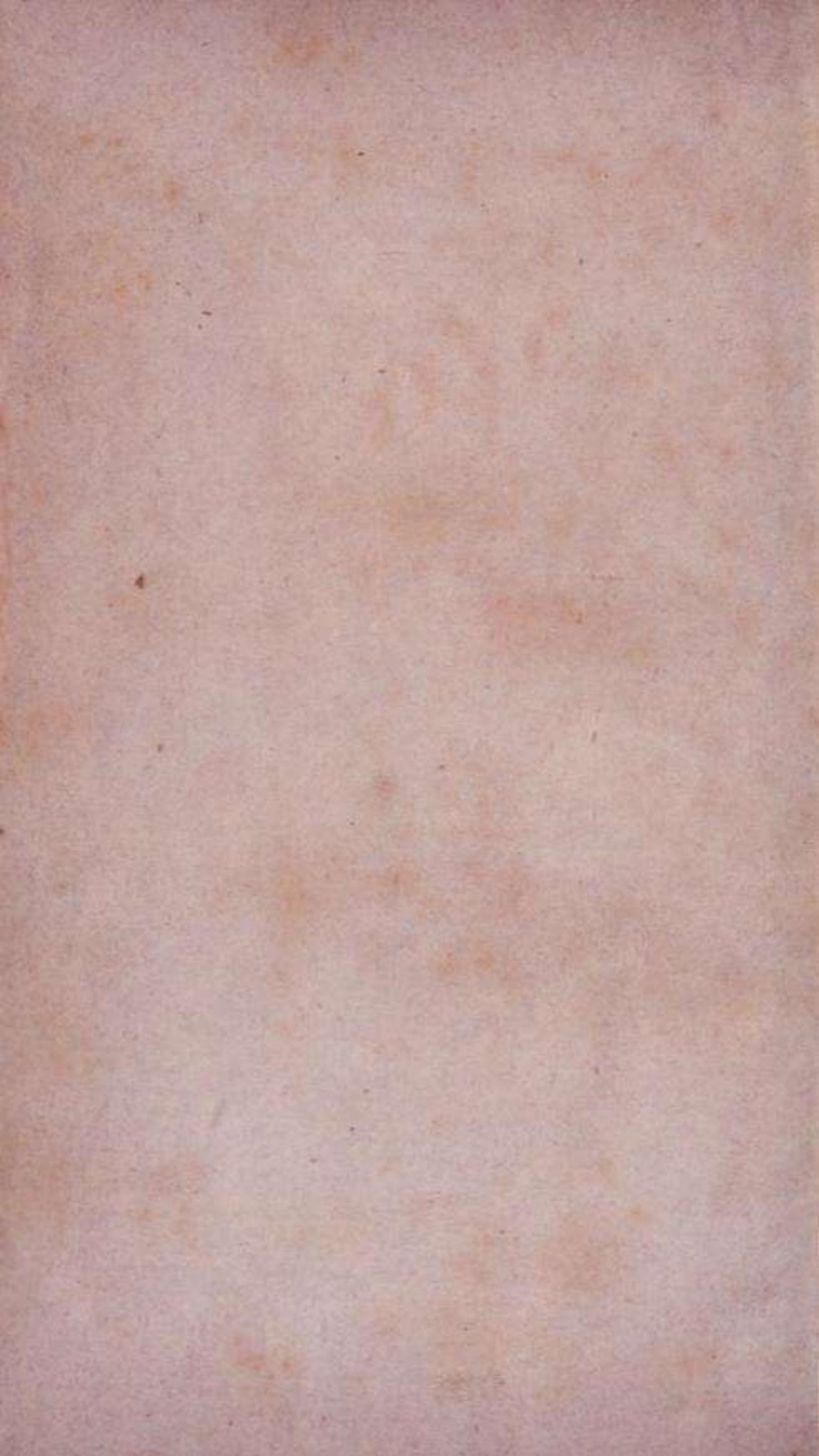


M

280



1530

EL SEPULCRO DE HIELO

RECUERDOS DE SUIZA

POR

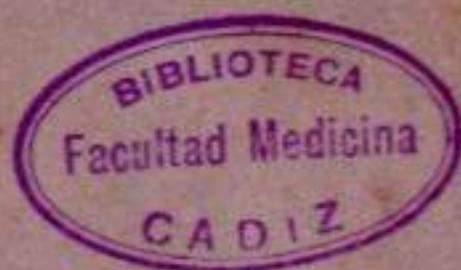
EMILIO AUBER

TOMO PRIMERO.

MADRID.

IMPRESA DE M. G. HERNANDEZ,
San Miguel, 23, bajo.

1877.



1880

PRIMERA PARTE

DESCRIPCION DE LA TIERRA

Los dos primeros

Nada más bello que una mañana de primave-
 ra en la montaña de la Cruz, en que
 la presente narracion pretende el autor
 de haber tratado con sus puros y sencillos
 callos encaja del mundo. El autor comienza
 de nuevo, al elevarse sobre el horizonte de la
 gran naturaleza, cuando se levanta de la
 el estrobo valle de Vique, al despertar
 de los tres años de sus primeros años.
 tiones de la ciencia y así por toda la vida,
 aumentado hasta ahora en la naturaleza de
 el conocimiento que sucede al espíritu.
 El autor por su propia region comienza
 siempre a repetir después de la vida de los

PRIMERA PARTE.

LA FALTA.

I.

Los dos sirvientes.

Nada más bello que una mañana de primavera en la montañosa Suiza. En 1857, en que la presente narracion principia, el sol, despues de haber iluminado con sus primeros rayos las calvas cimas del Monte Pilatos cubiertas aún de nieve, al elevarse sobre el sombrío é imponente Bürgenstock, acababa de inundar de luz el estrecho valle de Waggis, sin disputa uno de los más amenos de las pintorescas inmediaciones de Lucerna y tal vez de toda la Suiza, sumergido hasta entonces en la misteriosa semi-oscuidad que sucede al crepúsculo.

El céfiro que en aquellas regiones comienza siempre á soplar despues de la aurora en los

días serenos, á la vez que impelia blandamente las *nauen* ó barquillas cuyas velas se divisaban ya al través de la ligera niebla que, como un velo, se estendia sobre el lago de los cuatro cantones, despejaba por completo la atmósfera del tranquilo valle cuyos vapores se acumulaban lentamente en la base de las crestas del Pilatos, rodeándolas de un collar de nubes. La frescura penetrante del aire, el tierno verdor de los castaños y demás árboles frutales, tan distinto del negruzco follaje de los pinos y abetos sobre cuyas oscuras masas se alzan las desnudas pendientes del *Rothenfluh-Wand*, que imponente ostenta en lontananza su salvaje magnificencia; el gran número de labradores y carros que se dirigian á la sazón hácia la orilla del lago cuya superficie como un terso espejo reflejaba los objetos inmediatos, todo contribuia á dar un aspecto animado y risueño á aquel retirado sitio, de donde la alegre y frecuentada capital del canton saca los principales productos con que alimenta á sus 14.500 pobladores, y á los extranjeros que en verano y principios del otoño la visitan.

La naturaleza, sujeta á sufrir frecuentes convulsiones como la sociedad humana, y que á la par de ésta parece buscar, modificando lo existente, bien por medio de repentinos trastornos ó de lentos procedimientos debidos á la accion continua de los agentes que sobre ella obran, el árduo problema de la quietud y armonía universales, no ha respetado siempre aquel lugar que parece haber sido creado para servir de refugio en las agitaciones de la vida. En 1795 sufrió la misma suerte que Goldau y otros puntos situados al pié de los elevados montes de la Confederacion Helvética. Las lluvias desprendieron de lo alto del Righi un verdadero alud de lodo que, arrollando cuantos obstáculos encontró á su paso, cubrió extensas tierras de labor y precipitó nada ménos que treinta y una casas en el lago.

Sobre aquellos terrenos nuevamente formados, tan fértiles como los anteriores, se divisan numerosísimos *chalets* de sencilla, pero graciosa arquitectura, que iluminados por el nuevo sol, parecen desde lejos otras tantas naves de blancas velas flotando en un lago de verdor.

Muchos de ellos están muy lejos de dar una idea de las comodidades que en su interior encierran si se ha de juzgar por su rústica apariencia. Detrás de las paredes en que la madera que les sirve de esqueleto preservada de la acción de la lluvia por la parte saliente del techo forma en medio de la piedra y argamasa dibujos irregulares y angulosos, se suele encontrar la elegancia unida al más refinado lujo. Sus habitantes han preferido la quietud campestre y el espectáculo de una grandiosa y variada naturaleza al movimiento y estrépito de las ciudades populosas, aunque sin renunciar por eso al bienestar que la riqueza en las últimas proporciona.

Entre aquellas casas llamaba la atención una de mayores dimensiones que las comunes, pero cuyos rojos balcones y estrechas ventanas en nada la diferenciaban de las demás. Esto es en cuanto al exterior; porque interiormente, desde que se penetraba en ella, acusaban la opulencia de su dueño las alfombras, cortinas y muebles esculpidos que la decoraban, así como los cuadros de Holbein y Gleyre y otros céle-

bres pintores suizos, que cubrían las paredes, mezclados con lienzos más humildes, pero no por eso ménos apreciados por representar pasajes de la historia de la independéncia helvética. Es verdad que los últimos rara vez faltan en las moradas de la pequeña república. Para sus patrióticos hijos ningun adorno puede igualar al cuadro ó estampa iluminada que recuerda á Guillermo Tell en el acto de atravesar la manzana sobre la cabeza de su hijo; al mismo héroe legendario cuando salta en tierra desde la barca del tirano Gessler; el juramento en la pradera de Grütli; la batalla de Sempach y otros acontecimientos que, llenándolos de orgullo en cuanto á lo pasado, mantienen vivo el amor exaltado que á su país profesan.

Mas no siempre habia estado así el *chalet* á que nos referimos. Cerrado, y en un estado de completo abandono, se abrió en el otoño anterior á un considerable número de trabajadores que, desplegando la mayor actividad, lo transformaron por completo en poco tiempo. Carros cargados de muebles que sucedieron á los obreros, completaron un cambio que no dejó de es-

citar la curiosidad de los vecinos de las alquerías inmediatas, aunque poco curiosos de suyo, como por lo general lo son los habitantes de las tierras bajas, más positivos, tranquilos y reflexivos en sus actos que los de las altas, vivos, alegres y dotados de cierto aturdimiento, que no siempre retrocede ante la prudencia, y mucho ménos ante lo que se conoce con el nombre de conveniencias sociales. En aquel valle donde los acontecimientos extraordinarios escasean, el hecho más insignificante no puede dejar de llamar la atención. Natural era, pues, que se fijase en los nuevos moradores del *chalet* ya reparado y amueblado, cuando una tarde del mes de Octubre anterior, sin detenerse un momento en Waggis, donde desembarcaron, procedentes de Lucerna, llegaron á ocuparlo.

A juzgar por las apariencias, no eran muy numerosos los recién llegados. El que parecía su jefe podía contar unos 55 años de edad, si bien su cabello emblanquecido casi por completo lo hacía parecer mayor al pronto. Su aspecto era noble, su rostro severo, y sus movi-

mientos y palabras pronunciadas con imperio indicaban la costumbre de ser obedecido. Con él contrastaba, así por la dulzura como por la tristeza que se echaban de ver en su semblante de notable belleza, la jóven que le acompañaba y que cuidadosamente envuelta en un ancho abrigo guarnecido de costosas pieles, se apoyaba en su brazo en actitud melancólica. Aunque su edad no pasaria de los 20 años, la expresion de su fisonomía y la inseguridad de sus movimientos revelaban desde luego la falta de salud y la irresolucion. Tres personas mas, mujer una de ellas, que llegaron a la par que los dos primeros, manifestaron bien pronto que, no obstante haber dejado muy atrás la juventud, poseían, merced al deseo de complacer y al hábito de servir, la actividad que no debia esperarse de ellos.

Despues de algunas órdenes dadas en tono breve por el que he nos considerado como jefe de la familia á los tres criados, pues su respetuosa actitud indicaba que no eran otra cosa, todos desaparecieron en el interior del edificio.

Poco averiguaron los escasos curiosos agrupados para ver llegar á los forasteros, y no supieron mucho más en lo sucesivo, porque amos y sirvientes vivian en el más completo retiro, sin entablar relaciones con ninguno de los propietarios de las inmediaciones, que no dejaban de extrañar, con razon, tan misterioso retraimiento. Si se exceptúan algunos paseos que el señor de más edad y la jóven daban por los puntos ménos frecuentados del valle durante las últimas tardes de otoño, en que el estado de la atmósfera los permitia semejante esparcimiento, y las frecuentes excursiones que uno de los criados, que parecia gozar de más autoridad que sus demás compañeros, efectuaba á la poblacion de Waggis y algunas veces á Lucerna, probablemente con el objeto de abastecer la casa de los artículos necesarios á los que la habitaban, la más completa tranquilidad reinaba, así interior como exteriormente, en aquella morada siempre silenciosa y que lo fué más aún cuando el invierno, con su manto de nieve y el frio glacial que el viento hacia descender de las cumbres al centro del valle,

sumergia en su anual letargo á los animales que le dan animacion, y á los vegetales que constituyen su más bello adorno en las demás estaciones. Solo los pinos y abetos que cubren la base del Burgenstock osan desafiar altivos sacudiendo su desmelenada y siempre verde cabellera al impetuoso *Fohn* que, soplando desde el valle del canton de Uri, por donde se precipita el Reuss, alza en el lago encrespadas olas y sumerge las barcas que no han podido evitar con tiempo su furor. Si se ha de dar crédito á los pescadores y traficantes de las dos opuestas orillas, sus rugidos reproducen fielmente los del tirano que las inundó de lágrimas y sangre al sentirse dominado por el miedo que antes de desembarcar en ellas experimentó. La célebre capilla conocida con el nombre de *Tells Platt* (piedra de Tell), edificada en el fondo del lago, tiene por objeto recordar el sitio en que el héroe de la independencia suiza abandonó el esquife que conducia á Gessler.

El que parecia ocupar el primer puesto en la servidumbre permaneció tan mudo como la

naturaleza durante aquel largo invierno, cada vez que intentaron algunos hacerle hablar, y solo por medio de otro criado pudieron éstos averiguar entre una copa de kirsh y un vaso de cerveza en Waggis, donde diariamente iba á buscar lo necesario para la cocina de que estaba encargado, que su amo, cuyo nombre nunca dejaba de pronunciar con respeto y hasta con temor, habia residido constantemente en Zurich, donde su riqueza y posicion social le hacian gozar de la mayor consideracion; que se llamaba Conrado Waldmann; que su hija Berta y él jamás se hablaban delante de la servidumbre, pero que las señales de las lágrimas que con frecuencia se notaban en el triste semblante de la jóven, así como la severidad pintada de continuo en el semblante del primero, parecian indicar que no existia entre ámbos la afectuosa union que enlaza á los padres con los hijos.

De esta manera habia llegado la primavera. En el interior del *chalet* reinaba una mañana el movimiento que en ninguna casa deja de advertirse poco despues de haber salido el sol.

Mientras el jefe de la servidumbre sacudia y acepillaba algunas piezas del vestido de su amo, la criada, poco más ó ménos de su misma edad, segun hemos dicho, limpiaba los muebles de la habitacion en que ámbos se hallaban, pero con cierta distraccion, indicio seguro de que pensaba en objeto muy distinto del que llevaba en aquel momento á cabo.

De improvise, y como si no pudiese contenerse por más tiempo, rompiendo el silencio que hasta entonces habia guardado, dijo:

—¿Se ha levantado el amo, Walter?

—Creo que no. La campanilla de su habitacion no ha sonado todavía.

—Eso nada significa. El amo acostumbra pasar las noches sin dormir de algun tiempo á esta parte, y hasta se me figura que muchas de ellas ni aún se acuesta. Por la mañana encuentro frecuentemente su cama como la dispuse el dia anterior.

—Tal vez tengas razon, Gertrudis.

—¿Y qué piensas tú acerca de esto?

—¿Yo?... lo que he pensado siempre: es decir, nada.

—Lacónico estás hoy, Walter.

—Y tú curiosa como de costumbre, mujer mia. El deseo de averiguarlo todo constituye el único defecto que en tí he notado desde que nos casamos.

—Semejante defecto es disculpable en una persona de mi sexo y de mi edad, y sobre todo en mí, con quien nadie cuenta para nada en esta casa. El amo nunca despliega los labios si estoy presente; la señorita, cuando se encuentra sola conmigo, ó cuando la ayudo á arreglar su sencillo tocado, cosa que no he hecho de tres meses á esta parte, en vez de hablar, solo procura contener las lágrimas que de continuo se asoman á sus párpados. Tú únicamente gozas de la confianza de los dos. ¿No es natural, pues, que me devore la curiosidad y que acuda á tí que eres el que puede satisfacerla?

—La curiosidad, Gertrudis, es mala consejera. Recuerda que la mujer de Lot fué convertida en estatua de sal por no saber resistir á ella.

—Por eso como verdadera estatua me tratas tú, si se atiende al poco caso que de mí haces.

El mal humor con que Gertrudis se expresó debió causar alguna impresion en su marido que, mirándola afectuosamente, dijo:

—¡Cálmate por Dios! ¿Qué quieres saber? ¡Habla! Si puedo contestarte lo haré al momento.

—Quiero saber lo que aquí pasa, ¿lo entiendes? En esta casa se esconde un secreto que hace abrir los ojos á propios y extraños. ¿Por qué trata tan mal el amo á la señorita, que es un ángel de bondad y mansedumbre?

—¿Y quién te ha dicho que la trata mal?

—Nadie; pero yo no soy ciega y lo veo. Las pocas palabras que delante de mí le dirige, siempre sobre cosas insignificantes, son dichas en tono seco é imperioso que no sienta bien á un padre, y mucho ménos cuando habla con una hija enferma como lo está la señorita Berta, que cada dia se encuentra más abatida. Cualquiera otro hubiera llamado ya á un médico.

—¿Y no lo ha hecho acaso?

—Una sola vez, que fuiste tú á buscarlo á Lucerna, y eso tomando toda suerte de precauciones para que nadie advirtiese su llegada.

—¡Basta, Gertrudis! dijo Walter con una seriedad que no era habitual en él.—No nos corresponde á nosotros criticar á los que nos pagan para servirlos y no para calificar sus actos.

—Pero es que nosotros no somos sirvientes comunes. Cuando se ha permanecido en una casa, como nosotros en esta, durante más de veinte años, se adquiere el derecho de exigir ciertas consideraciones.

—¿Y no la tienen con nosotros el amo y la señorita?

Comprendiendo que ninguno de los dos le habia dado motivo para quejarse, Gertrudis no supo qué contestar; pero como si hubiese encontrado al fin un argumento que emplear en su apoyo, agregó poco despues:

—Si nos guardan consideraciones, nadie se atreverá á negar que las merecemos. ¿No hemos abandonado, por seguirlos, las risueñas orillas del lago de Zurich, donde tan dichosos éramos? Entonces el padre no tenia ese ceño adusto que causa miedo, y la hija reia y cantaba como los pájaros que saltaban de rama en

rama en los árboles de nuestro jardín. ¡Qué diferencia ahora! exclamó dando un suspiro. Aquí vivimos tristes, solitarios, y si continuamos así durante mucho tiempo, nos quedaremos fríos, inmóviles, mudos como las peñas que nos rodean.

—Al venir aquí no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber, exclamó Walter con grave acento.

—Pues yo creo que el deber no me impone la obligación de morir de melancolía y de fastidio. Si el amo insiste en exigir que le sacrifique mi vida, bueno será que te advierta que en el mundo no hay dinero bastante con que pagarla. Es mía y tengo el derecho de apreciarla en lo que se me antoje.

—¡Cálmate, Gertrudis! No creí que fueses ingrata hasta ese punto, exclamó Walter en tono de dulce reconvención. Si para devolver á mi amo la tranquilidad, que parece hair de él, fuese preciso dar en cambio mi existencia, no vacilaria un instante en hacerlo.

—¿Y serias capaz de someterte á igual sacrificio por la señorita Berta?

—¿Olvidas que la he visto nacer y que tú y yo la hemos mecido cuando niña sobre nuestras rodillas?

—¡Ah! Sí, dijo enjugando dos lágrimas de enternecimiento que corrían por sus mejillas. Dios, que nos ha negado la dicha de tener hijos, nos puso al lado de la señorita para que la amásemos como si lo fuese realmente. Figúrate, pues, cuánto sufriré al verla padecer.

Un suspiro en que prorumpió Walter, seguido de un nuevo apretón de manos, fué la única respuesta que obtuvieron las palabras de Gertrudis. Los dos fieles criados permanecieron algunos minutos bajo el peso del mismo doloroso pensamiento. Amaban á Berta con la mayor ternura; la veían enferma y comprendían con profundo sentimiento que les era imposible calmar sus dolores. Gertrudis fué la primera que salió del abatimiento en que ámbos habían caído.

—¿Cómo estará hoy? dijo. No sé si me habré equivocado; pero ayer, á eso de la media noche, me pareció oír entre sueños frecuentes gemidos. Figurándome que provenían del

cuarto de la señorita, estuve por levantarme.

—Hubieras hecho muy mal, exclamó Walter palideciendo ligeramente. Yo nada escuché, á pesar de que tengo el oído listo, esté dormido ó despierto.

—¡Quiera Dios que me haya engañado!...

Al llegar aquí, el sonido de una campanilla tocada con fuerza interrumpió á Gertrudis, que se estremeció.

—¿Qué será? exclamó sobresaltada.

—¡Nada! observó Walter aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. Es el amo que ha llamado: corro á ver qué quiere.

Y salió precipitadamente de la habitación.

—¡No permita el cielo que ocurra algo nuevo! dijo la buena sirvienta. En la disposición de ánimo en que me encuentro, como lo pasado era mejor que lo presente, figúrome que solo desgracias nos reserva el porvenir.

Al concluir de hablar quiso continuar su interrumpida tarea, pero no pudo. En su pensamiento se efectuaba un laborioso trabajo inquisitorial, y sabido es que en las mujeres, sea

eual fuere la clase á que pertenezcan, esta ocupacion las inhabilita mientras dura para otra cualquiera.

—No hay duda, continuó interiormente. Walter desimula conmigo si le hablo de la señorita, y hasta ella misma, que tanto cariño me ha mostrado siempre, huye de mí como si temiese mi presencia. Todos parecen querer evitar que me entere de lo que pasa. ¡Tanta reserva cuando se trata de esa pobre niña cuyos padecimientos me parten el alma!

Y como si tratase de evocar recuerdos capaces de aclarar el misterio que tanto la inquietaba, continuó enlazando sus ideas:

—Berta era feliz y su padre la adoraba. Llegó para ella el momento de amar. Nada más natural: á todas las mujeres les sucede lo mismo. Pero no para todas es tan funesto el amor. Su padre desprobó su eleccion; pero cuando se quiere de veras el corazon no recibe órdenes. Todo fué inútil. Las reflexiones primero, los ruegos despues, y finalmente, las amenazas se estrellaron contra su constancia. ¡Pues no faltaba más! Si nos quitan la facultad de dispo-

ner de nuestro cariño, ¿qué nos queda, infelices de nosotras?... Ello es que de los labios de Berta no salió jamás una sola queja; las lágrimas que en silencio derramaba eran la única muestra de cuanto sufría. Un día en que el amo se mostró más severo y exigente que de costumbre, se atrevió ella á replicarle temblando y bajando la cabeza: «no puedo, padre mio.» No oí más. Pero desde entonces el amo no volvió á dirigirle la palabra, ni ella dejó un momento de llorar. Hay mujeres que no saben hacer otra casa. Si hubiese sido yo, en vez de lágrimas, hubiera... Dios me perdone lo que iba á decir! Es verdad tambien que nada más sé. Un mes despues se dispuso nuestra partida para este sitio. Y quiere mi marido que tenga paciencia, y que calle, y que me someta á todo sin murmurar. Los hombres son todos iguales: nosotras venimos al mundo solamente para hacer lo que ellos quieren.

Al llegar aquí un pensamiento importuno debió ocurrírsele, porque su enojo se convirtió repentinamente en sobresalto.

—Sí, prosiguió, á pesar de tanta reserva,

creo adivinar algo de lo que sucede. El cariño que Berta me inspira me dá una penetracion que en otra cualquiera circunstancia no tendria. Pronto saldré de dudas.

Como si se propusiese realizar cuanto antes el propósito que su última idea indicaba, continuó su tarea con más actividad que al principio. Si su amo hubiese podido enterarse de lo que en su interior entónces pasaba, no hubiera quedado muy contento. Dotada de un carácter vivo, aunque bondadoso, afeaba la conducta que observaba con su hija, á la que compadecia de veras. Afortunadamente para ella, solo su marido podia saber su opinion.

II.

Terrible lucha en el corazon de un padre.

Entretanto Walter habia acudido al llamamiento de su señor cuyo severo rostro, en que se descubrian la firmeza al mismo tiempo que la autoridad, dejaba ver claramente las señales del insomnio y de los padecimientos. Al llegar el sirviente, Conrado Waldmann recorria con paso agitado y desigual su habitacion, decorada con una sencillez que no podia menos de llamar la atencion por lo mismo que no guardaba armonía con el lujo que en el resto del edificio se notaba. Aquel gabinete en que leia ó trabajaba todo el dia, comunicaba con una alcoba en que se veia una cama correspondiente en un todo á los demás muebles que la acompañaban. Lo

supérfluo faltaba allí: no había más que lo necesario.

Balzac ha dicho que la disposición interior de un aposento revela el carácter y los hábitos de la persona que lo ocupa: nada más cierto. Sin saberlo, no hay nadie que no procure rodearse de los objetos más á propósito para satisfacer sus necesidades ó inclinaciones. El cuerpo obedece dócilmente á las indicaciones del espíritu. Entre los actos y los pensamientos existe una correlación inevitable. La reflexión desempeña á veces el papel de modificadora entre unos y otros, pero por poco tiempo. Como no siempre le es dado estar vigilante, cede al fin á la fuerza del deseo, del mismo modo que ceden el cuerpo y el ánimo, necesitados de reposo, al sueño que debe proporcionárselo.

Las costumbres, pues, de Conrado debían ser sencillas y hasta cierto punto austeras, como lo eran las líneas de su rostro y el más insignificante de sus movimientos.

Walter conocía á su amo. Después de saludarlo respetuosamente al entrar, no tardó en comprender que en su interior reinaba el desa-

sosiego que en su exterior se advertía. Sin embargo, no hizo ni una sola pregunta: en la actitud humilde del sirviente, acostumbrado á someter su voluntad de otro cuya superioridad reconoce, á quien que le dirigiese la palabra. No tuvo que esperar mucho tiempo. Después de haber recorrido longitudinalmente la habitación dos ó tres veces en opuesto sentido, Conrado se detuvo de improviso. Entonces, cerrando las manos con esfuerzo; y como el que se dispone á tratar de una materia que le desagrada, dijo contestando al saludo de su mayordomo y ayuda de cámara, que ámbos puestos ocupaba Walter cerca de su persona á la vez:

—Buenos días, Walter. ¿Has dormido bien?

—No, señor, respondió el sirviente.

—Ni yo tampoco, agregó el primero con voz fatigada.

—No es difícil adivinarlo: la cama indica que nadie ha reposado en ella.

—¿Y cómo podía descansar devorado por el deseo de que llegase el día? ¿No has oído nada durante la noche?

—He creído oír los sollozos y gemidos de la señorita.

—No te equivocaste, Walter, dijo Conrado con voz sorda.

Y como si encontrase con dificultad las palabras de que quería servirse, añadió:

—Ha llegado el momento de obrar y sin pérdida de tiempo. Creo que el acontecimiento que debe sacarnos de esta situación llena de angustias y vergüenza, no tardará en realizarse.

—¡Cómo! ¿la señorita?...

Pero al ver la palidez que cubrió el rostro de su amo al hacerle esta pregunta, se detuvo, no atreviéndose á acabar de formularla.

—Sí, prosiguió Conrado; aunque tenga que ruborizarme, no debe ocultarte que ese momento de mí tan temido se halla ya cercano. El estado de Berta lo indica. ¿Has visto á Pedro, el cazador de gamuzas?

—Sí, señor. Ayer mismo le encontré en Waggis. Hace ocho días ha dado á luz su mujer una robusta niña.

—No ha sido poca fortuna, exclamó Conrado,

prorumpiendo en un suspiro de satisfacción:
¿Podrás avistarte hoy con él nuevamente?

—Es más que probable que permanezca aún en la población inmediata. La nieve que cubre los montes no le permite cazar todavía. Con tal motivo pasa los días en las orillas del lago buscando trabajo.

—¿Y está dispuesto á callar mediante la recompensa que se le ha ofrecido?

—Sí, señor. Además, no sabrá sino lo que es indispensable que no ignore.

—En tal caso, recomiéndale que procure encargarse el secreto á su mujer á la cual no necesita informar de todo lo que sepa.

—Su mujer nunca sale de las montañas en que ha nacido, y en que sin duda morirá.

—Tanto mejor: eso disminuye el peligro de que se haga pública mi deshonra, exclamó Conrado con amargura. Por desgracia mía, sé que la debilidad de la mujer la pone á la merced del primero que sabe explotarla.

—¡Señor!...

—¿Intentarías negarlo?... Es necesario también que vayas sin tardanza á Lucerna á avi-

sar al médico. Debe estar aquí inmediatamente despues que haya anochecido, á fin de que nadie le vea llegar.

Walter contestó tan solo con un movimiento de cabeza afirmativo. Desde luego se echaba de ver que era presa de la más viva agitacion, y que deseando hablar, no se atrevia á hacerlo. Su amo, que observó su estado, le dirigió una mirada interrogativa, diciendo:

—¿Y bien, Walter?

Esta pregunta hizo estremecer al sirviente que, revistiéndose de un valor que le sorprendió á él mismo, exclamó:

—Perdone Vd., señor. Lo que Vd. intenta es cruel y lo desaprobarán Dios y los hombres.

—¿Cómo? — preguntó con sequedad Conrado.

—Reflexiónelo Vd. bien. ¿No habrá un medio de conciliarlo todo?

—¿Cuál?

—Si la señorita cometió una falta, que yo como el que más deploro, las circunstancias en que se hallaba la disculpan en parte.

—¿Que la disculpan, dices?

—Cierto de que Vd. no habia de consentir nunca en su union con el hombre que amaba...

—Cubrió de vergüenza mis canas, deshonorando una familia que tantos mártires del deber cuenta en sus anales libres hasta hoy de toda mancha, exclamó Conrado interrumpiéndole con violencia. En su loca ceguedad olvidó que descendia de Hans Waldmann, el héroe de Morat, decapitado, no obstante, en 1489 para gloria suya y de aquellos á quienes legó su ilustre apellido, por querer libertar su patria. Semejante olvido no merece perdon.

--Pero señor, consintiendo en su enlace con el que su corazon ha elegido, quedaria cubierto el honor de la familia.

—¡Nunca! dijo Conrado, cuyo rostro cubrió de púrpura la cólera. ¡Nunca!... Antes mi humillacion, antes la muerte que esa union odiosa con el infame hereje que la ha seducido. Descendiente ese libertino de los que ayudaron á Zwingli á estender la reforma en Zurich, será siempre un objeto de horror para todo católico celoso, como me precio de serlo.

Walter no replicó temeroso de que la contradicción acabase de exasperar á su amo. Sin embargo, muy lejos estaba de haber agotado los argumentos que su amor á Berta le inspiraba; pero prefirió esperar mejor coyuntura para recurrir á ellos. Esta no tardó en presentarse. Observando que Conrado se hallaba algo más tranquilo, dijo tímidamente:

—Señor, Vd. no ignora cuán profundo es el cariño que mi mujer y yo profesamos á la señorita. El es el que me impone el deber...

—Tu deber es obedecer sin replicar, exclamó Conrado interrumpiéndole de nuevo bruscamente.

—Lo sé, señor, observó Walter con una firmeza de que nunca se hubiera creído capaz. Pero sobre las obligaciones que he contraído está mi conciencia. Ella me prohíbe ser instrumento del crimen que Vd. medita.

—¿Qué oigo? dijo Conrado sorprendido

—Sí, señor, un crimen: porque lo es sin duda arrebatár á una pobre madre el fruto de sus entrañas á quien comienza á amar desde el instante en que lo siente moverse en ellas.

—¡Ah! ¿Conque prefieres que conserve á mi lado ese padron de mi ignominia? preguntó Conrado friamente. Está bien: no necesito de tus servicios. Para destruir al hijo como destruiré más tarde á su aborrecible padre, basto yo solo. Quería salvarle haciendo de modo que viviese ignorado; pero veo que su destino lo ha dispuesto de distinta manera.

—Es imposible que Vd. piense lo que dice, exclamó Walter, en cuyo rostro se reflejaba la angustia de su alma. ¿Seria Vd. capaz?...

—De todo, contestó con sorda voz Conrado. La prudencia aconseja aplastar la cabeza del reptil antes de que pueda dañar con su mortífero veneno.

—¿Olvida Vd. que habla de un sér que no es responsable de las faltas de sus padres y por cuyas venas corre la misma sangre que por las de Vd.?

--¡Basta! No quiero oír más observaciones. Si tu conciencia te prohíbe seguir á mi lado, quedas en libertad de ir á servir á personas menos exigentes y más humanas.

Estas palabras acabaron de apocar á Wal-

ter, cuyo valor habia ido gradualmente desfalleciendo. Quería de veras á Berta, y la idea de separarse de ella cuando más útil podia serle, así como de su padre al que profesaba tanto afecto como veneracion, le quitó el resto de energía que le quedaba. El pobre criado ocultó su rostro entre las manos procurando sofocar un sollozo salido de lo más profundo de su alma. Era la imágen de la fidelidad dispuesta á sacrificarlo todo antes que rebelarse contra la voluntad que la domina.

—¡Perdon, señor! dijo con voz trémula. Tal vez he ido más allá de donde me proponia llegar. Ordene Vd. y cuente con mi obediencia. Las lágrimas que vierto indican demasiado cuán dolorosa herida han abierto las reconvenciones de Vd. en mi corazon.

Conrado profesaba afecto verdadero al fiel servidor de quien durante numerosos años solo muestras de respeto y abnegacion habia recibido, y al cual estaba acostumbrado á tratar más bien como amigo que como criado. Por tanto, su humilde actitud y el llanto que deramaba no tardaron en desarmarlo. Compren-

diendo que se habia mostrado con él demasiao severo, pues no se le ocultaba el origen de las observaciones que le habian irritado, no creyó rebajar su dignidad alargándole una mano, diciendo:

—Deben olvidarse las palabras pronunciadas en un momento de exaltacion, porque no es el convencimiento quien la dicta. Todo queda concluido.

Al ver Walter aquella mano estendida hacia él se precipitó sobre ella para estrecharla entre las suyas y llevarla á sus lábios sin poder articular una sola frase. El silencio que medió entre ámbos fué más elocuente que todas las protestas de mútua estimacion que hubieran podido formular. Dos personas que verdaderamente se aman no necesitan hablar para comprenderse. Todo habia sido, en efecto, dado al olvido.

—¿Necesitas más instrucciones? preguntó Conrado así que se lo permitió la emocion.

—No, señor; me bastan las que he recibido; pero creo deber hacer una indicacion.

—¡Walter! exclamó Conrado frunciendo sus espesas cejas.

—Lo que voy á decir puede Vd. escucharlo, señor, sin alterarse, se apresuró á agregar el sirviente.

—Prosigue entonces.

—A consecuencia del estado en que la señorita se halla, necesita á su lado una persona de su sexo.

—Tienes razon. Si Gertrudis fuese capaz de guardar reserva....

—Respondo de su discrecion. Su amor hácia la señorita no tiene límites. Puede Vd. contar con ella como conmigo.

—En tal caso, indícale lo que de ella se espera.

Al concluir estas palabras, el amo y el criado se separaron: el uno para entregarse á sus tristes pensamientos y futuros planes de venganza, y el otro para ejecutar las órdenes que habia recibido.

Nada notable ocurrió durante el dia, que pasó como los demás. El silencio no dejó de reinar un instante en el *chalet*, pero no así la

tranquilidad en el ánimo de los que lo habitaban. Mientras Walter realizaba las instrucciones de su amo, éste hacia frecuentes visitas á la habitacion de Berta, indicando de tal suerte la constante inquietud que la situacion de su hija le inspiraba. Su semblante, que al entrar reflejaba la esperanza, como reflejan las montañas los últimos rayos del sol poniente cuya ausencia las priva del colorido de que depende su grandeza, cubriase al salir, de las sombras del pesar. Tan completo cambio indicaba que, no obstante hallarse abrumado bajo la inmensidad de la falta que su hija habia cometido, no por eso dejaba de amarla. Antes por el contrario, la amaba más que nunca, y temia por su vida, lo que aumentaba su tormento.

Otra circunstancia hacia más enojosa su situacion, y era el cuidado con que procuraba ocultar á los ojos de todos lo que en su interior pasaba. Los viejos tienen frecuentemente puerilidades como los niños. Son capaces de recurrir á todos los extremos ántes que confesar su debilidad. Revelábase, pues, su orgullo á la idea de que pudiesen creer que se conforma.

ba con su vergüenza no odiando á los que la ocasionaban.

Y no se conformaba realmente. Su carácter impetuoso, violento como el aquilon que desarraiga los árboles cuando prestaba oídos al rencor y al deseo de venganza, era tierno y dulce como el céfiro que acaricia las flores cuando recordaba el abatimiento de Berta, resultado de su inflexible altivez y de su intolerancia religiosa. Al pensar en su hija y en su seductor, esos dos sentimientos opuestos luchaban en su corazón; pero su empeño principal consistía en que nadie pudiese sospechar el combate.

Por eso disimulaba delante de todos, sin exceptuar á la misma Berta, á quien trataba con una severidad calculada y en completa contradicción con el cariño que hacía ella residía en su alma. La única concesión que á este último sentimiento había hecho, era aplazar la realización de sus proyectos para cuando de ello no pudiese resultar perjudicada la salud de su hija. Restablecida ésta, ignorado de todos el fruto de su falta, solo se proponía vivir para aniquilar

al que se la habia hecho cometer. ¿Qué valor podia tener, en efecto, á sus ojos la existencia, mientras hubiese un hombre en situacion de jactarse de haberle deshonrado?

Walter volvió por la tarde: las órdenes de Conrado habian sido cumplidas en cuanto á Pedro, el cazador de gamuzas, y al médico. El primero partió sin pérdida de tiempo, á fin de avisar á su mujer: el segundo llegó al *chalet* por la noche, cuando su presencia no podia llamar la atencion de nadie. Todas estas precauciones fueron tomadas con gran tino. A la mañana siguiente el facultativo regresaba á Lucerna, y Walter y Gertrudis, que sostenia entre sus brazos un bulto cuidadosamente envuelto en una cubierta de seda y lana tan suave como gruesa, y sobre el cual se fijaban amenudo con la mayor solicitud sus ojos, aguardaban silenciosos se les indicase lo que debian hacer. Pronto quedaron enterados. Conrado apareció, y llamando á Walter á la habitacion inmediata, le dijo:

—No olvides ninguna de mis instrucciones. Al llegar ó Füllén busca un sacerdote católi-

co que suministre á esa criatura el Santo Sacramento del Bautismo: la salvacion de su alma antes de todo. Si sobre ella pesa mi cólera, líbrese á lo ménos de la del cielo que tal vez se mostrará piadoso, ya que no pueda serlo yo.

En seguida, abriendo un escritorio, tomó un pequeño saco lleno de monedas de oro que puso en manos del sirviente, agregando:

—Hé ahí la cantidad estipulada. La entregarás á Pedro quien durante cuatro años no tendrá derecho á hacer reclamacion de ningun género por los cuidados que él y su mujer tributen á esa...

Al llegar aquí se detuvo como si le repugnase pronunciar el nombre que debia completar su pensamiento; pero seguro de que Walter le habia comprendido, prosiguió:

—Al espirar el mencionado plazo determinaré lo que conviene hacer. ¡Ay! ¡es tan grande mi desgracia en el momento presente, que nada puedo resolver respecto del porvenir! ¡Solo Dios sabe cuál es el que me está reservado!

Despues de haber pronunciado estas palabras en un tono que indicaba los tristes pensa-

mientos que las dictaban, procuró serenarse.

—Adios, Walter, dijo así que lo hubo algun tanto conseguido. Durante tu ausencia me dedicaré exclusivamente á la asistencia de Berta. Procura regresar lo más pronto posible. Ni tú ni Gertrudis debeis olvidar que para ella su hija ha nacido muerta, y que tú has recibido de mí el encargo de darle sepultura. De otro modo, hubiera sido necesario arrancársela por medio de la violencia, y esto, en la situacion en que se encuentra, podria serle funesto. Dios condena la mentira, pero esta vez nos la perdonará en gracia del fin que la motiva.

No teniendo nada más que añadir, hizo á Walter una señal de despedida con la mano y se dirigió á la alcoba de la enferma cuyos sollozos pudieron oír Walter y Gertrudis cuando hubo abierto la puerta. Estos últimos, despues de enjugar las lágrimas silenciosas que se desprendieron de sus párpados, salieron del *chalet* para tomar el camino de Waggis, armado el primero del largo baston usado en Suiza para trepar por los montes, y llevando la segunda al preciosa carga que le habian confiado, y

que cuidaba con un esmero verdaderamente maternal.

—Dios nos guie en nuestro viaje, exclamó la buena mujer al dar los primeros pasos.

—Su proteccion nos será más que nunca necesaria, agregó Walter; así como la de San Nicolás, patrono de los navegantes del lago. O mis recuerdos me engañan, ó el collar que desde ayer conserva el maldito monte Pilatos nada bueno nos presagia. Todo me hace creer que dentro de dos ó tres horas tendremos mal tiempo. Afortunadamente, entonces estaremos ya en Füellen, y tal vez en Altorf.

III.

La cabaña del cazador.

En el pequeño valle de Geschenen, situado á legua y media poco más ó ménos de la romántica selva de Wasen limitada á la derecha por el magnífico camino que desde Füellen conduce á la cima de San Gotardo, y bajo cuyos negros pinos se descubre un verdadero caos de angulosos riscos que podrian tomarse por los huesos de la tierra descubiertos durante alguna de las frecuentes convulsiones á que está sujeta aquella montañosa parte del canton de Uri, cuna de la libertad y de la independencia hélieticas, se halla una pequeña aldea cuyas agrupadas casas parecen indicar la necesidad que sus pobres y escasos moradores tienen de la

union para resistir á los peligros que en invierno, y sobre todo en la primavera, de continuo los amenazan.

La nieve rodea de tal manera aquel pequeño monton de cabañas, separado, por decirlo así, del resto del mundo durante la primera de las estaciones mencionadas, que frecuentemente sus habitantes se ven en el triste caso de conservar durante tres ó cuatro semanas los cadáveres de los que fallecen, imposibilitados de ir á darles sepultura en el cementerio de Wasen, que es la poblacion más inmediata.

Una legua antes, y sobre el Reuss, que por entre rocas de granito precipita sus espumosas aguas con el ruido del trueno, cual si se mostrase ansioso de abandonar las solitarias regiones que baña más con su vapor que con su corriente, se halla el *Puente del fraile*, que pone en comunicacion las dos orillas del abismo por cuyo fondo desciende impetuoso el rio formando numerosas cascadas.

Cuenta la tradicion, y raro es el lugar que no tiene la suya en Suiza, que un monje, locamente enamorado de una linda jóven del valle,

no consiguiendo ablandar el corazón de ésta, tomó el partido de robarla. Hízolo así; mas perseguido por los hermanos de la víctima de sus desenfrenadas pasiones, saltó al llegar á aquel sitio de un lado al otro del precipicio, llevando su presa inanimada en los brazos.

Con aquel agreste paisaje que el sol baña únicamente con sus rayos al llegar al zénit en los días serenos de verano, contrasta por su amenidad el estrecho valle de Geschenen, donde hemos conducido al lector. En medio de las peñas en él esparcidas por los aludes que de las deslumbrantes neveras del Dammafirn se desprenden á menudo, aparecen las últimas muestras de horticultura. Los prados proporcionan alimento á algunos rebaños de vacas y ovejas cuya leche puede decirse que constituye casi, con los poco variados productos de la tierra, el solo alimento de los habitantes.

¿Cómo hay personas que se resuelven á vivir allí? pregunta el viajero. ¿Se puede pasar voluntariamente la existencia secuestrado así del trato de sus semejantes? ¿Hay quien dé la preferencia á regiones tan estériles, melancóli-

cas y oscuras, cuando á poca distancia ostentan sus bellezas fértiles llanuras cubiertas de frutos y flores y bañadas de aire y luz?

La experiencia demuestra que donde quiera que se reúnen algunos elementos de vida, por escasos que sean, se nota la presencia del hombre. Obedeciendo éste á la costumbre, al amor que, sin saber cómo, cobra al terreno en que nació y ha pasado su niñez, sólo con repugnancia se aparta de él. Más todavía: aunque cosmopolita, lejos de los objetos que le son familiares, que fueron en cierto modo los compañeros de sus más tiernos años, dominado primeramente por la melancolía y por la nostalgia despues, se aniquila poco á poco y muere. Al habitante de las tierras altas de Suiza le son absolutamente indispensables la libertad de que se halla privado en las grandes sociedades, el aire purísimo de las montañas, las imponentes magnificencias de la naturaleza cual ha salido de las manos de Dios, en que nunca se encuentra aislado; porque, aunque cristiano, bien pertenezca á la religion católica ó á la reformada, se cree acompañado por los enanos que pueblan

las cuevas y galerías interiores de la tierra, por los elfos ó silfos, espíritus aéreos que vuelan invisibles en torno suyo, ó que por las noches, como las nixas de encantadoras formas y de ojos lucientes como estrellas, bailan en los prados, sobre los estanques, bajo las encinas y abetos, donde marcan en la tierra con sus ligeros pies multiplicados círculos, y finalmente, por las ondinas vestidas de algas y dotadas de verde cabellera, que retozan en los arroyos y fuentes. Hé aquí por qué aquellos montañeses, á semejanza de las plantas que los rodean, que trasladadas á los jardines de la llanura se marchitan y mueren no obstante el esmero con que son cultivadas, prefieren las privaciones y peligros en sus elevados valles á las comodidades y goces del mundo verdaderamente civilizado. Un viaje á Lucerna ó á cualquiera de las poblaciones que el lago de los Cuatro Cantones baña con sus transparentes ondas, ó un triunfo conseguido en las luchas en que despliegan su destreza y fuerza los habitantes de Entlebuch contra los de Unterwalden en la fiesta de San Pedro y San Pablo, ó los pastores de Flühli

contra los de Obwalde el cuarto domingo de Agosto, son acontecimientos que durante años enteros les proporcionan materia para distraerse en las prolongadísimas veladas del invierno, mientras que el viento rugiendo en el exterior, despues de haber alzado la nieve del suelo en numerosos torbellinos, la descarga furioso contra las cabañas, cual si le irritase la resistencia que oponen á la continuacion de sus caprichosos giros.

En aquella oculta region, y casi al pié del Dammafirn, situada en la pendiente constituyendo un milagro de equilibrio, se divisaba desde la aldea una pequeña cabaña rodeada de un huerto de corta extension en que comenzaban á germinar las semillas confiadas á la tierra, así como á cubrirse de hojas los pocos y desmedrados árboles frutales que le daban sombra. La pobreza que en aquella rústica morada se advertia exteriormente correspondia á la del interior, donde sentada junto á una mesa se hallaba una mujer, jóven aún, y de constitucion robusta, pero cuyo semblante pálido y melancólico revelaba recientes padecimientos. El ca-

riño con que mecia en su regazo una niña cubierta de limpios, aunque groseros pañales, y la mirada deslumbrante de luz que en ella fijaba de cuando en cuando, bastaban para indicar que cumplía con el deber que más placer causa á una madre, cual es el de velar el sueño de su hija.

Casi á sus pies y sentado en el pavimento formado de toscas y mal unidas tablas, se ocupaba en arreglar algunos avíos de caza un montañés corpulento y de rostro oscurecido por la intemperie, notable particularmente por los ojos azul-verdosos dotados de un brillo salvaje que lo animaban, comunicándole una expresión dura á la par que resuelta. Este último era Pedro, el cazador de gamuzas, nombre conocido ya de nuestros lectores, y la jóven que con él compartía las privaciones de aquella morada muy distante de ofrecer las comodidades que en medio de la pobreza presentan las demás del valle, era su mujer que pocos dias ántes diera á luz la tierna criatura adormecida sobre sus rodillas.

Después de un largo silencio, durante el

cual aquellas dos personas parecían entregadas á poco lisongeras meditaciones, levantándose Pedro de improviso y acercándose al hogar situado en un ángulo de la habitación y en el cual despedían sus últimas llamas algunas ramas de pino casi consumidas, dijo:

—Tengo frío. Esta vez el invierno dura más de lo que quisieran los que carecen de medios á propósito para hacer ménos sensibles sus rigores. ¿Se ha concluido la leña, Ana?

—Sí, contestó la jóven con voz débil. La última que quedaba la empleé en calentar los pañales de mi hija.

—Es verdad, observó Pedro moviendo la cabeza pensativo. Hace poco no éramos más que dos, y en adelante deberé trabajar para tres. La nieve de que el Schneestock está cubierto no permite aún salir de sus cuevas á las gamuzas. Necesario es que se pongan pronto al alcance de mi escopeta, porque, si he de decir la verdad, mis hombros se hallan ya cansados de cargar pesados fardos en Flüelen y Waggis para ganar un mezquino salario.

Y acercándose á una alacena situada casi

en frente del hogar, tomó una botella de cuyo líquido se sirvió como medio vaso, diciendo:

—Ya que no puedo calentarme por fuera, me calentaré por dentro.

Y para conseguir su objeto, apuró el contenido del vaso, mostrando con el estallido producido por su lengua al separarla del paladar, el placer que experimentaba.

—¡Excelente kirsh! exclamó; si no hubiese sido por él, más de una vez hubiera muerto de frío. ¡Qué lástima! La botella está casi vacía. Será preciso reemplazarla con otra llena.

—Cosas más necesarias debieras procurarte, dijo Ana con timidez. Carecemos de pan: la leña se ha concluido. Si pasamos la noche sin fuego, temo que se resienta la salud de mi pobre niña.

—¡Bah! Las mujeres nunca están contentas; siempre tienen algo que pedir, replicó Pedro con visible mal humor. Si fuese á darte gusto, viviríamos en un palacio y comeríamos como los más ricos propietarios de Lucerna.

—Lo que he indicado es indispensable, mientras que el kirsh.....

—¿Pretendes acaso reconvenirme? preguntó Pedro frunciendo el entrecejo de una manera que nada bueno presagiaba.

—¡No lo permita Dios! Solo quisiera que fueses más económico. Ahora tenemos una hija y debemos ocuparnos de ella.

—Más le valiera, en realidad, no haber nacido. ¿Cuál será la suerte que la espera en estos montes y en medio de tanta miseria?..... ¡Pero basta! Prefiero no pensar en eso. Por de pronto haríamos mal en considerarla como una carga, pues va á proporcionarnos un beneficio. Sí, añadió disponiéndose para salir. Ahora tienes razon, lo que muy rara vez te sucede. Necesito traer pan para que comas. Debes adquirir fuerzas, pues de un dia á otro, hoy mismo quizá, te verás obligada á alimentar dos niñas á falta de una. Por las puertas nos entrarán en breve 4.000 francos. ¿Qué te parece? Con esa cantidad se puede ir muy lejos.

—Si se emplea bien, puede, en efecto, proporcionarnos grande alivio, dijo Ana tristemente. Pero ¿cuánto durará? Te conozco, Pedro, y estoy cierta de que te apresurarás á gastarla,

como gastas cuanto dinero ganas, sin que á ninguno de los dos nos aproveche.

—Tranquilízate. Me propongo realizar un pensamiento, merced al cual nuestra suerte mejorará notablemente. Ya hablaremos de eso. Voy á la aldea. Dentro de media hora estaré de vuelta.

Sin decir más, Pedro salió cerrando tras sí la puerta.

Ana, que durante algunos minutos permaneció pensativa, se levantó de su asiento, y despues de haber puesto á la niña en una cuna de mimbre que se hallaba en la habitacion inmediata, se ocupó en limpiar y restablecer el órden en toda la casa. Su tarea no fué larga: la cabaña no constaba más que de las dos piezas indicadas.

Ahora bien; ¿de qué provenia la tristeza de la jóven montañesa? ¿Cómo no la dominaba la alegría que la idea de la maternidad produce siempre en toda mujer al tener el primer hijo, sobre todo en aquellos sitios en que en perenne lucha con la naturaleza, incierta respecto del porvenir, solo se ocupa de lo presen-

te, poniendo su confianza en la Providencia?

Nada más fácil de explicar. El presente, que era á sus ojos la vida entera, carecia para ella de todo atractivo. En vez de encontrar en su marido el compañero bondadoso y amante que se habia prometido, habia unido su suerte á un tirano tan vicioso como desleal. La jóven no era la esposa, y sí la esclava del rudo cazador á quien al principio amaba y cuya dureza solo le inspiró despues recelo y desconfianza.

Contribuyó mucho á que se abatiera su ánimo el aislamiento en que vivia; porque los desórdenes de Pedro no tardaron en alejar de su morada á los vecinos de la inmediata aldea, que compadeciéndola á ella, evitaron todo trato con él. Entre aquellos honrados montañeses las malas costumbres y la falta de buenos sentimientos constituyen una excepcion, motivo por el cual no tardan éstos en captarse la reprobacion general.

Tales circunstancias influyeron extraordinariamente en el carácter de Ana. La jóven, alegre y activa de ántes, se convirtió á los pocos meses de casada en el taciturno y dócil

instrumento del que la dominaba no por medio del cariño, sino con el temor. Convencida de que la resistencia no era posible, perdió al fin no solamente la fuerza, sino hasta la voluntad. Obedecía sin replicar, aún cuando al hacerlo así se sintiese herida en sus más preferentes afecciones, y entablase una lucha con su propia conciencia.

Sin embargo de hallarse débil todavía, salió al huerto para recoger algunas ramas secas con que mantener el fuego espirante del hogar. Entonces distinguió en el camino un carruaje que rápidamente se acercaba á la cabaña, y que poco despues se detuvo á la puerta. De él se apearon dos personas de distinto sexo que, habiendo llamado sin que nadie les contestase, entraron cansados de esperar.

—¡Cuánta miseria! exclamó Walter, pues él era el que acompañado de Gertrudis acababa de llegar, despues de haber recorrido con la vista la pieza en que estaba.

—Tienes razon, observó Gertrudis, no ménos descontenta que su marido por lo que veía. No sé cómo la pobre niña podrá vivir aquí,

porque si no mienten las apariencias, no debe reinar en esta morada la abundancia.

— Esperemos que Pedro emplee una parte siquiera de la cantidad que va á recibir en procurarse la que echamos de ménos. La pobreza no excluye la robustez, que es la cualidad más necesaria en una nodriza, y hagámonos cargo desde luego de que la riqueza no es patrimonio de los que habitan esta region de los Alpes. Lo sabemos por experiencia nosotros, que hemos nacido en ella.

— Pero ¿no se podia haber elegido otra mujer en lugar ménos distante? Ahora comprendo cuán desacertadamente obran las madres que por no marchitar sus gracias criando á sus hijos, confían tan importante cuidado á personas extrañas, cuyos antecedentes ignoran.

— No habia medio de escoger. Se buscaba con urgencia una nodriza, y sólo se ha presentado esta. ¿Pero dónde se halla? preguntó recorriendo la habitacion.

En aquel mismo momento entró Ana, que despues de haber arrojado en el fuego algunas de las ramas secas que llevaba, saludó á los

recien llegados, preguntándoles lo que se les ofrecía.

El buen aspecto de la montañesa, la melancólica suavidad de sus facciones y el tono de su voz dulce é insinuante agradaron desde luego á los dos esposos.

—¿Es esta la morada de Pedro el cazador? inquirió Walter.

—Sí, señor, contestó Ana. Yo soy su mujer.

—¿Se halla ausente, por ventura?

—Ha ido á la aldea inmediata, pero debe regresar muy pronto.

—¿No esperaban Vds. á alguien?

—Esperamos un niño recién nacido á quien debo servir de nodriza.

—Y de madre, agregó Gertrudis; porque en tan tierna edad, tanto como el alimento se necesitan cuidados verdaderamente maternos.

—Una cosa y otra encontrará en mí, señora. Procuraré en cuanto sea posible que no eche de ménos á la que le dió la vida.

Ana, sin esperar indicacion alguna, tomó la niña que Gertrudis tenia en sus brazos y la aproximó á su seno exclamando:

—¡Qué hermosa es! Permita Vd. que dé principio á mis funciones: la pobrecita tendrá hambre. ¿Cómo se llama?

—Berta, contestó Walter.

—La mia se llama Margarita. Pronto se quedarán como dos hermanas.

—Y es preciso que lo sean para Vd., dijo Gertrudis.

—Lo serán, señora. Mi sangre, que corre ya por las venas de una de ella, no tardará en correr por las de la otra.

En aquel momento llegó Pedro, que saludó con cierta familiaridad á Walter sin manifestar ningun embarazo al verle.

—No creí que llegase Vd. tan pronto observó depositando sobre la mesa los objetos que traía.

—¿Está Vd. dispuesto á cumplir su ofrecimiento, le preguntó Walter?

—Siempre que Vd. cumpla por su parte los suyos. Bien sabe Vd. que mis recursos no me permiten aumentar mi familia con un miembro más sin buscar antes los medios de cubrir los gastos que necesariamente ha de ocasionarme.

—No es difícil comprenderlo, agregó Walter con cierto disgusto, al mismo tiempo que sus ojos recorrían de nuevo la habitación.

—¿Considera Vd. como una falta la pobreza? preguntó el cazador, que adivinó al instante el pensamiento de Walter.

—No, sobre todo si la acompañan la honradez y la laboriosidad.

—En cuanto á lo último, no ignora Vd. que trabajo cuanto puedo para ganar el sustento, y respecto de lo demás, no me corresponde hacer alarde de una cualidad que nadie me ha negado.

—En hora buena. Deposito en Vds. mi confianza, y espero que corresponderán dignamente á ella. Hé aquí la cantidad convenida, añadió poniendo sobre la mesa el bolsillo que Conrado le habia entregado al partir, sin advertir el relámpago de codiciosa alegría que despidieron los verdesos ojos de Pedro. Con la suma que le doy á Vd. mi hija no debe carecer de nada.

—¿Hija de Vd.? exclamó el montañés con una maliciosa sonrisa.

—Mi hija, sí; ó mejor dicho, nuestra hija, respondió Walter señalando á Gertrudis.

—Muy bien: de Vds. ó de otro cualquiera; poco me importa. A mí solo me corresponde obedecer las órdenes que recibo. Descuide usted, nada le faltará. Además, Vd. por sí mismo se convencerá de que soy hombre de palabra, pues supongo que vendrá Vd. á verla á menudo.

—Cada vez que me sea posible, dijo Walter despues de haber vacilado algunos momentos; aunque no tardaré mucho en volver, espero encontrar aquí cuando lo efectúe lo que ahora hecho de ménos.

A estas palabras pronunciadas con seriedad, solo contestó Pedro con un movimiento de cabeza afirmativo, mientras que Ana, que habia separado ya de su seno la niña profundamente dormida, lo hizo dando á ésta un cariñoso beso.

Gertrudis se acercó entonces á la montaña, y sacando del bolsillo una delicada cadena de oro de que pendia una medalla del mismo metal con una efigie de la Madre del Redentor, dijo:

—La que tan gran muestra de confianza le da á Vd. entregándole el sér que más ama en

este mundo, desea que esa imágen bendita no se separe nunca de su cuello.

—Había creído que era hija de Vd., observó cándidamente Ana.

—Vd. ha creído bien, y yo soy la que me he explicado mal. Acerque Vd. la niña.

Y uniendo la acción á las palabras, agregó:

—Pongo en su garganta esta sagrada imágen, rogando á la Imaculada Virgen á quien representa que la libre de todo mal.

Y al concluir, invocó la bendición del cielo sobre la dormida Berta.

—Quisiera verla descansar en su cuna, añadió en seguida.

—Por ahora no puede ser, observó Pedro; carecía de dinero con que comprarla. Mientras la traigo, lo que haré hoy mismo, la colocaremos al lado de mi Margarita.

Ana, obedeciendo la indicación de su marido, depositó su delicada carga junto á su hija, blanca y rubia como ella, y entregada también á un profundo sueño. La casualidad quiso que ámbas en aquel momento se sonriesen. Era su sonrisa la de los ángeles á quienes los niños

representan en la tierra. ¿Por qué han de tardar tan poco en perder sus alas?

Walter y Gertrudis no tenían ya nada que hacer allí. ¿Quedaban satisfechos? No del todo. Con disgusto se alejaban después de haberse despedido de los dos montañeses, que prometieron nuevamente realizar por completo sus deseos. En cuanto á Ana, hablaba sinceramente. ¿Le sucedía otro tanto á su marido? Los acontecimientos se encargarán de manifestarlo.

Los dos sirvientes sin perder un minuto emprendieron su viaje de regreso. Al salir del valle de Geschenen y al descender por el pendiente camino que conduce al lago, sin embargo de que los oblicuos rayos del sol no bañaban ya la profunda garganta por cuyo fondo se precipita el Reuss, podían distinguir todos sus accidentes merced al puro cielo inundado de claridad que los cubría. Nada más romántico á la par que magestuoso.

Pero cuando llegó al colmo su admiración, no obstante haber pasado en aquellas montañas los primeros años de su juventud, fué en el momento en que tuvieron ocasión de prolongar

la vista por una abertura que formaban delante las desnudas rocas coronadas de abetos, mudos testigos del magnífico trastorno efectuado en aquel sitio por la naturaleza al revelarse contra las leyes que la rigen.

Sin embargo, el lago no reflejaba entonces, como debia, los rayos del sol. Ocultaba su superficie un denso velo de nubes en constante movimiento cual si fuesen las olas del mar, y que desgarrándose en algunos parajes, dejaba percibir las tierras bajas por breves segundos, al cabo de los cuales se volvía á unir para recobrar su anterior uniformidad. Frecuentes relámpagos, deslumbrantes á pesar de la luz del dia, aumentaban la imponente belleza de aquel espectáculo, frecuente en los países montuosos, y que causa siempre sorpresa por hallarse invertido en él el orden con que por lo comun vemos los objetos que nos rodean. Cuando el politeísmo representó á Júpiter sentado sobre un trono de nubes desde las cuales despedía los rayos con que castigaba en su cólera á los culpables mortales, debió inspirarse en un fenómeno atmosférico análogo al que contemplaban

nuestros viajeros. Estos, descendiendo precipitadamente, no tardaron en atravesar aquel océano de vapores en que por algun tiempo estuvieron envueltos, y que, impelidos al fin por el soplo del huracan, se agitaron sobre sus cabezas, como lo habian hecho antes á sus pies. La noche puso término á tan grandioso espectáculo, confundiéndo lo todo en su impenetrable oscuridad.

Muy tarde era cuando regresaron al *chalet* en que Conrado los aguardaba impaciente. La tempestad que en el lago y sus inmediaciones habia reinado casi durante todo el dia, le hacia temer por la vida de sus fieles criados: de la niña que aquellos llevaban, ni una vez siquiera se acordó. Los sirvientes llegaron sanos y salvos para darle cuenta del resultado de su excursion. Cuando les preguntó por segunda vez si habian cumplido fielmente sus instrucciones, Walter tardó algun tiempo en contestarle, pero lo hizo al fin afirmativamente, y como Conrado tenia en él una confianza completa, fueron á buscar el descanso que, físicamente unos y moralmente otros, todos necesitaban.

IV.

El último encargo de la moribunda.

Algunas semanas trascurrieron dedicadas casi exclusivamente á la convalecencia de Berta. La jóven recobraba con suma lentitud una parte de sus perdidas fuerzas, pero su ánimo estaba cada vez más abatido. Conrado, afable contra su costumbre, procuraba alentarla; pero ella, aunque agradecida á sus cuidados, sólo pensaba en su hija á quien no había podido conocer, y quizá también en el hombre causa de su desventura.

Un día, el facultativo encargado de su asistencia dijo á Conrado que el mal de Berta no podía curarlo la medicina. Dominada por un deseo al que había subordinado todos los actos

y aspiraciones de su vida, era indispensable satisfacerlo, ó bien hacerlo desaparecer con nuevas y variadas impresiones. La primera indicacion renovó en el corazon de Conrado todos los ódios que estaban en él adormecidos, pero no muertos. La segunda, por el contrario, le encontró tan dócil, que sin perder tiempo lo dispuso todo para una partida inmediata. Por primera vez se le ocurrió la idea de que podia perder á su hija y se alarmó.

Los preparativos no causaron en la jóven la más ligera emocion: era una planta casi marchita, á la que sólo podia dar nueva vida y animacion el amor cuyos rayos la habian hecho florecer.

No seguiremos al padre y á la hija durante los tres años que duró su peregrinacion por Alemania, Inglaterra y Francia. Al llegar á Marsella, la última se sintió algun tanto repuesta. Con placer respiró el puro aire del otoño, perfumado por la vegetacion de las alamedas que embellecen sus calles, jardines y paseos, y las salinas emanaciones de su puerto artificial, uno de los más vastos y comerciales

del mundo. Su principal distraccion consistia en recorrer por las tardes *la Corniza*, admirable paseo como suspendido sobre las olas, y desde el cual se puede ver al sol cuando sumerge su luminoso disco en las azules aguas, rodeado de nubes de oro y de rubí que le forman una aureola.

Pero esta mejoría fué de corta duracion. La lámpara próxima á extinguirse, habia despedido su última llamarada. La infeliz se acostó una noche más abatida que nunca, y á la mañana siguiente no pudo abandonar el lecho.

Por una de esas reacciones que parecen inexplicables, y mucho ménos en los hombres de carácter violento y perseverante, su padre experimentó una angustia mortal. El ódio que acibaraba su existencia procedia en gran parte del amor que profesaba á su hija. Así es que, al aumentar éste á vista del peligro que aquélla corria, se calmó en parte el primero. Sentado á la cabecera de su cama, oprimiendo entre las suyas sus húmedas y enflaquecidas manos, y dejando caer sobre su pálida frente una lágrima que brotó de sus párpados enrojecidos por el

insomnio y el pesar, le rogó encarecidamente que viviese. Figurábase el desgraciado que la pobre enferma podía recuperar el aliento que sus padecimientos morales habían ido agotando lentamente.

Fuera de sí al convencerse de la inutilidad de sus ruegos, medio trastornado por la angustia, llegó hasta decirle que su hija vivía, y notando que estas palabras no la reanimaban, no tardó en agregar que haría el sacrificio de unirla al hombre que amaba. Vana fué su porfía. Una sonrisa dolorosa iluminó el semblante de la paciente, pero fugaz é incierta como la azulada llama que se desprende de los cadáveres, no tardó en desaparecer. El dolor silencioso y resignado de tantos días de martirio había secado en ella las fuentes de la vida.

Conrado lo adivinó al notar aquella significativa indiferencia, y vehemente en el pesar como lo había sido en el rencor, se alejó de la víctima de su terquedad prorumpiendo en un grito de desesperación. Una mirada que Berta le dirigió al salir, y otra que elevó al cielo en seguida, indicaron que comprendía y que per-

donaba: la última era una oracion á la par que un ruego á favor de su desventurado padre.

Dos dias despues de esta dolorosa entrevista, Berta, cuyo estado se agravaba por momentos, rogó á Gertrudis que no se apartaba de su lecho, que llamase á Walter. Este no tardó en presentarse.

—Mis fieles y buenos amigos, les dijo; ha llegado el momento de separarnos. No lloreis, voy á ser dichosa, pues confío en que Dios, perdonando mis faltas, me concederá en el cielo la felicidad que me ha negado en la tierra.

Y así que se hubo recogido por algunos instantes para poder proseguir, agregó:

—Debajo de mi almohada está la llave de aquella cómoda. En ella encontrareis una cajita de plata cincelada que hace mucho tiempo conservo. ¡Traédmela!

Hecho lo que ordenaba, continuó:

—La caja contiene en oro y en billetes de Banco unos 60.000 francos que debo á la liberalidad de mi padre y que no he tenido ocasion de gastar. Walter, esa corta suma es lo único que puedo legar á mi hija.

Los dos sirvientes, fuertemente conmovidos, hicieron un movimiento de sorpresa.

—¡Tranquilizaos, amigo mío! Lo sé todo. Mi padre me ha dicho la verdad; pero por desgracia mía, cuando ya no es tiempo. Con esa cantidad estableceos en Suiza, lejos de las ciudades populosas, cerca del lugar en que se encuentre mi hija, quien debe ignorar su origen, y á la cual servireis de padres, ya que el mío no le perdonará nunca su nacimiento. Confiándosla sé que la amareis y la educareis de acuerdo con las leyes de la moral y dirigiéndola por la senda de la virtud...

Al llegar aquí volvió á detenerse por faltarle las fuerzas; pero reuniendo con algunos momentos de reposo las que necesitaba para manifestar su última voluntad, añadió:

—Cuando haya cumplido diez y ocho años, procurad ver á su padre, y si éste ha permanecido fiel á mi memoria se la entregareis. En el caso contrario, ántes que darle una madrastra que podría algun dia echarle en cara una falta que yo sola he cometido, prefiero que viva oscura con vosotros ó con el esposo que la eli-

jais... Walter, Gertrudis, si me amais haced feliz á mi hija. ¡Si pudiese al ménos darle el último besol... entonces moriria más tranquila..... Pero ¡ay! solo me es dado bendecirla... ¡Dios mio!..... ¡Siento que la vida me abandona!...

Y cayó en un profundo letargo del que volvió al cabo de algun tiempo para suplicar con voz apenas perceptible á los afligidos sirvientes que abriesen una ventana situada frente á su cama.

—Me falta aire, y sobre todo, dijo, quiero contemplar la luz del sol antes de cerrar mis ojos para siempre.

Walter se apresuró á satisfacer su deseo.

El cielo estaba puro y trasparente en aquel instante, y sobre el azulado fondo que formaba, se destacaba el gracioso templo de Nuestra Señora de la Guardia, dominando el puerto de Marsella y bañado por los rayos del sol próximo ya á su ocaso. Al fijar Berta, algun tanto reanimada, sus debilitados ojos en aquel santuario bajo cuyo abovedado techo van á tributar los habitantes de la ciudad focense sus ado-

raciones á la Madre del Redentor, cruzando las manos sobre el pecho invocó la proteccion de ésta sobre su hija. Al concluir de hablar, como si en su oido hubiese resonado una voz divina, una halagadora promesa, pareció iluminarse su semblante brillando en él la expresion de la alegría. Era que su espíritu se disponia á abandonar la prision terrestre en que hasta entonces habia estado encerrado.

Cumplido que hubo con lo que consideraba como su último deber aquí abajo, cayó en su anterior postracion, perdiendo el uso de la palabra. Walter y Gertrudis trataron de hacerla volver en sí, valiéndose de los medios que les sugeria su cariño; pero todo fué inútil. Berta no se hallaba ya en comunicacion con los hombres. Su pensamiento estaba fijo únicamente en Dios. Sin embargo, con los ojos, ya que no con los lábios, mostró su agradecimiento á los dos sirvientes que, sobresaltados, pero resueltos á guardar silencio sobre cuanto habia pasado, llamaron á su amo.

Veinte horas despues, Berta dejó de existir. Cometió una falta, es cierto; pero la expió con

aerbos y prolongados padecimientos. Su castigo consistió en haber entrevisto la felicidad cuando le era imposible ya gozar de ella. En el cielo la aguardaba la que concede Dios con su perdón á los que sufren y se arrepienten.

Conrado permaneció algunos días agobiado por el dolor más profundo. Pasada la primera impresion que es siempre, por más que digan, la más fuerte, sintió que el ódio renacia en su corazón con el deseo de venganza. Tenia, en efecto, un nuevo agravio que castigar: la muerte de su hija.

Una mañana, á poco de haberse levantado, llamó á Walter, á quien dijo:

—Sin pérdida de tiempo dispongámonos á regresar á Zurich. Hoy mismo nos pondremos en camino.

Fué obedecido. A medio día un tren del ferro-carril conducia un considerable número de viajeros á la populosa Lyon. Muchos de ellos iban á visitar la gran ciudad del trabajo, mientras que Conrado pasó por ella sin apearse. Quería llegar cuanto antes á Suiza donde le llamaba la venganza.

El desafío.

¡Qué bello es el lago de Zurich! ¡Con qué placer recorre la vista la marmórea superficie de sus aguas en que se reflejan las verdes campiñas y fértiles collados cubiertos de viñedos y árboles frutales que le rodean! Privado del aspecto grandioso y en cierto modo sombrío del de los Cuatro Cantones, cautiva desde luego la atención inundado de aire y luz con sus risueñas y graciosas orillas sembradas de aldeas, casas de campo y hermosos palacios que indican el buen gusto y riqueza de sus dueños.

Y cuando los ojos, después de haberse fijado en los pormenores de la parte baja bañada por las cristalinas ondas surcadas en todos sen-

tidos por numerosas embarcaciones, se alzan en busca de más lejanas perspectivas, no sin agradable sorpresa tropiezan con el soberbio panorama que, sobre una cortina de verdes bosques, forman las desigualdades caprichosas del Albis, y más lejos con las de los Alpes de Gláris, de Schwyz y de Uri, cuyas cumbres nunca se desnudan del manto de nieve que acusa su grande altura. La nieve en aquellas regiones es el armiño de la superioridad.

En el momento en que conducimos al lector á una elegante quinta poco distante de la ciudad é inmediata á la alegre aldea de Kilchberg, que es casi un barrio del embarcadero de Bendlikon, y junto á la cual se efectuó en 1799 el combate entre franceses y austriacos, que constituyó uno de los más sangrientos episodios de la gran batalla de Zurich, en ese momento, repetimos, mostraba el Todi orgulloso sobre la alta cordillera alpestre su brillante cima iluminada por los rayos del sol poniente, mientras que los demás montes privados de ellos mucho tiempo habia yacían perdidos en una vaga y vaporosa sombra. ¡Hasta en la naturale-

za la elevacion goza de privilegios negados á la humildad!

En la elegante quinta á que nos contraemos, rodeada de otros edificios más pequeños y sencillos que constituian sus dependencias, indicando desde luego el sitio de una vasta explotacion, reinaba un inusitado movimiento. Un gran número de trabajadores se entregaban á sus respectivas ocupaciones con la regularidad que revela un objeto comun. Aquel debia ser el lugar de una industria llevada á cabo en escala mayor. Era, en efecto, la de la seda, la más importante de las orillas del lago despues de la notable estension que le dieron los refugiados protestantes del Tesino que en Zurich se establecieron. Pero esta actividad calculada, metódica, destinada á poner término á las tareas del dia, no estaba relacionada con la que se echaba de ver en el edificio principal cuyas cerradas puertas se habian abierto para dar libre entrada á varias personas que acababan de llegar.

Conrado y su servidumbre regresaban en aquel momento de su largo viaje, y al pisar nuevamente la morada en que todos ellos ha-

bian disfrutado de tantos y tan felices dias, sintieron aumentarse el dolor que los abrumaba. El padre recordó con más viveza á la hija que acababa de perder, y los criados á la que durante tantos años habia sido preferente objeto de su cariño. Habia, sin embargo, una diferencia: de los ojos del primero, en que brillaba un fuego sombrío, no corrió una sola lágrima; mientras que los otros prorumpieron al entrar en abundante llanto. El pesar era comun á todos; pero se manifestaba de diferente modo en cada uno de ellos segun la pasion que los dominaba. En el ánimo de aquél predominaba el ódio, en el de los últimos el más profundo pesar.

Al dia siguiente, á eso de las tres de la tarde, Conrado completamente vestido de negro, se presentó en una casa de la inmediata ciudad. Tiró de la campanilla, pronunció el nombre de Guillermo Muralt, y penetró en una elegante sala donde tuvo poco que aguardar, porque no tardó en aparecer, saliendo de un gabinete inmediato, un jóven de unos treinta años de edad, de noble continente y de una fisonomía en que

se leía la franqueza, unida á cierta altivez á que más bien podia darse el nombre de dignidad; tanto su espresion se diferenciaba de la del orgullo.

Al encontrarse éste frente á frente con Conrado, no obstante los esfuerzos que hizo para conservar la posesion de sí mismo, palideció ligeramente, mas fué para recobrar bien pronto su primitiva serenidad. No le sucedió lo mismo á Conrado. Al ver á Guillermo, sus mejillas se pusieron lívidas como las de un cadáver, cubriéndose inmediatamente despues de púrpura, mientras que sus ojos inyectados de sangre, lanzaban llamas de furor. Hubo un momento en que este último se sintió vacilar cual si la tierra girase bajo sus pies, y cuando se sentó á la indicacion silenciosa que para ello le hizo el jóven, más bien obedeció á una imperiosa necesidad que al deseo de corresponder á la muestra de cortesía de que era objeto.

Un silencio de algunos minutos medió entre ámbos. Conrado lo rompió al fin.

—Creo, dijo con voz ronca y trémula, que habrá Vd. adivinado el objeto de mi visita.

—No, señor, contestó Guillermo con respetuosa deferencia. Lejos de haberlo adivinado, ruego á Vd. me lo explique.

—¿Ha fijado Vd. la atención en el vestido que llevo?

—De igual color es el mio, dijo el jóven con acento que revelaba profunda tristeza. Sin embargo, el luto que me cubre dista mucho de expresar el que reina en mi corazón.

—¿De cuando acá se viste de negro el verdugo por la víctima á quien ha dado muerte?

—¡Caballero! exclamó Guillermo procurando sofocar su indignacion. La víctima á quien usted se contrae nos ha juzgado á entrambos aquí abajo. Dios nos juzgará más tarde despues de nuestra muerte en su supremo tribunal.

Estas palabras promovieron una tempestad de cólera en el interior de Conrado. Su cuerpo se enderezó repentinamente, sus lábios temblaron, y, aunque intentó contenerse, su tono era amenazador cuando dijo:

—El nombre de Dios en boca de Vd. es una blasfemia, lo afirma el católico ferviente al secretario estraviado y pervertido: el padre descon-

solado y herido en la parte más sensible de su corazón al asesino de su hija, de cuyo prematuro fin viene á pedirle cuenta.

Guillermo no contestó á lo que acababa de oír. Luchaban en él el resentimiento causado por la ofensa hecha al amor que nunca habia dejado de profesar á Berta y á sus creencias religiosas, y el respeto que por su edad Conrado le inspiraba. Este triunfó al fin, pues dijo con profunda amargura:

—Señor, dejemos en paz á la desventurada cuya ausencia deploramos ámbos, y no me haga Vd. olvidar con sus insultos que ha sido usted su padre. Tenga Vd. presente que nuestra culpa y nuestra desgracia son obra de Vd. Déjeme Vd. entregado á mis recuerdos y no trate de acibararlos eligiéndome por blanco de un rencor que nunca he provocado y mucho menos merecido.

—Veo que me ha comprendido Vd.; mientras Vd. viva, imposible me será disfrutar de un momento de tranquilidad. Vd. posee el secreto de que depende mi honra, y lo considero á Vd. bastante bajo para revelarlo en una no-

che de orgía con sus compañeros de desórden. Es necesario, pues, que le mate á Vd., ó que muera yo en la demanda.

—Reflexione Vd. bien lo que dice. Yo no puedo, ni debo batirme con Vd.

—El que no tuvo inconveniente en ocasionar la muerte de la hija, debe completar su obra haciendo otro tanto con el padre á quien ha asesinado moralmente, cubriéndole de vergüenza.

—¿Y no es Vd. el asesino de mi amor? Nada nos debemos, pues.

—¿Se atreve Vd. á indicar que no me debe nada?

Y cada vez más exasperado, atacado de una convulsion nerviosa que apenas le permitia hablar, se quitó furioso uno de sus guantes que hizo girones en su impaciencia.

Guillermo tuvo lástima de aquel hombre, á quien la razon comenzaba á abandonar. Así, fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir, exclamó:

—¡Tranquilícese Vd., señor! A su edad no sientan bien tales arrebatos que ni la misma juventud sabria cómo justificar.

—¿Qué escucho? gritó Conrado, cada vez más irritado al ver la aparente serenidad de Guillermo. ¿Pretende Vd. acaso darme lecciones? Si á tal punto llega su osadía, desde luego declaro que las rehuso, por no haber adquirido Vd. el título de maestro en la escuela del honor.

Esta vez fué Guillermo quien palideció.

—Razon tenia yo en negar la mano de mi hija al que, abusando de su inocente credulidad, demostró que, incapaz de valor ante los hombres, cifra su orgullo en vencer á las débiles mujeres. Los seductores fueron siempre cobardes.

Guillermo, á este nuevo insulto, se puso en pié. La cólera comenzaba á invadirle. Sin embargo, pudo dominarse todavía, exclamando con dignidad á la par que con esquisita cortesía:

—Caballero, esta entrevista ha durado más de lo que debía; tiempo es, por tanto, de que le pongamos término. Está Vd. en mi casa y sentiria que me obligase Vd. á olvidarlo con sus ofensas. Sep rémonos y déjeme Vd. en paz.

—¿Alejarme sin la seguridad de matarle á Vd.? De ningun modo. He de batirme con usted y no descansaré mientras no haya derramado la última gota de su sangre.

—¡Nunca! dijo Guillermo con horror. Nuestras fuerzas no son iguales.

—Las armas de fuego harán desaparecer toda diferencia.

—¡Déjeme Vd., repito! He dicho que no me batiré con Vd.

—¿Piensa Vd. seguir negándose?

—Sí, señor: debo hacerlo.

—¿Y se negará Vd. ahora?

Y al mismo tiempo que le dirigia esta pregunta le arrojó al rostro el guante que tenia en la mano.

Guillermo no pudo permanecer insensible á tamaña injuria. Ciego de ira alzó el brazo para responder con otra igual, pero al considerar los blancos cabellos que iba á manchar, se abstuvo de cometer un acto que consideró indigno de él.

—¡Basta! exclamó.

Ya que Vd. lo exige, consiento. Caiga sobre

la cabeza del provocador la sangre que se va á derramar.

—El combate será á muerte.

—Como Vd. guste.

—¡Hasta mañana entonces!

Y sin agregar más palabras, se alejó dejando á Guillermo abismado en las más dolorosas reflexiones.

Ahorraremos al lector los preliminares del desafío que debia verificarse entre ámbos, por ser conocidos de todos.

A la mañana siguiente los contendientes estaban frente á frente con sus respectivos padrinos que, á petición de Conrado, convinieron en que los adversarios marcharian pistola en mano uno sobre otro disparando cuando lo tuviesen por conveniente.

Ambos habian tomado las armas y el combate iba á comenzar; pero ántes que se hiciera la señal, Conrado manifestó el deseo de hablar á solas con Guillermo. Los padrinos se retiraron.

—Uno de los dos debe dejar de existir en breve, le dijo. Yo por mi parte deseo matarle

á Vd.; pero como la muerte me parece pequeño castigo para el crimen que Vd. ha cometido, quiero que sufra Vd. otro mayor. Escúcheme Vd. con atencion: la hija de Berta no ha muerto.

Al oír estas palabras, Guillermo prorumpió en una exclamacion de alegría:

—¿Mi hija vive? preguntó acercándose á su contrario, en cuyo rostro brilló un gozo más terrible mil veces que el mismo furor.

—Sí, vive; pero no para Vd. En el caso de que yo muera, jamás sabrá Vd. quién es, ni dónde se halla. Si es Vd., por el contrario, el que debe sucumbir, á los dolores que su impía secta le reserva, privado de la presencia de Dios en la eternidad, precederán los que sin duda le ocasionará la idea de exhalar el último suspiro sin haber recibido sus caricias.

—¡Qué espantosa crueldad! exclamó el joven, cuya alegría desapareció instantáneamente, reemplazada por un profundo abatimiento.

—Más cruel ha sido Vd. todavía, que me ha quitado hija y honra á la vez.

—¡Concluyamos! dijo Guillermo desespera-

do. Termine de una vez tan horrible suplicio. ¡Perdónele Dios á Vd. como yo le perdono!

Terminado que hubo este diálogo, que ninguno de los testigos pudo oír por haberse efectuado en voz baja, los dos contrarios se pusieron delante uno de otro. Los padrinos hicieron la señal; y un instante despues resonó un tiro. Conrado, agitado é impaciente, habia disparado. Su misma precipitacion salvó á Guillermo. Segun las condiciones del duelo, el anciano era hombre perdido: pero Guillermo, lejos de aprovecharse de la ventaja que tenia, sin moverse del sitio en que estaba, alzó tranquilamente el brazo y descargó al aire su pistola.

Este acto de generosidad aumentó la rabia de Conrado, que se negó á aceptar la humillante concesion que se le hacia. La intervencion de los padrinos no logró aplacar su furor. Sediento de sangre, queria derramarla á toda costa, reclamando que se cargasen nuevamente las armas. Por irregular que fuese semejante peticion, al oír Guillermo que su enemigo estaba dispuesto á quitarse la vida si no se accedia á

su deseo, consintió en ello sin oponer ninguna objecion, deteniendo á los padrinos que querian retirarse.

Conrado apuntó la segunda vez con más detenimiento que la primera, pero con igual resultado. Guillermo, en silencio como antes, disparó al aire su arma: el combate no podia continuar. Comprendiéndolo así Conrado, lanzó un grito de desesperacion que horrorizó á los presentes, y girando sobre sí mismo, rígido y cárdeno, cayó desplomado cual si hubiese sido herido por un rayo. Lo que no habia hecho la pistola de su contrario lo efectuaron sus pasiones. Conrado respiraba todavía, pero solo vivia á medias: con el conocimiento de sí mismo y de los objetos que le rodeaban, habia perdido el uso de la palabra. Llevado á su casa, entró en ella para exhalar el último suspiro. La verdadera causa de su muerte fué un secreto para el público, que atribuyó su repentino fin á una congestion cerebral.

Dos dias despues, la buena sociedad de Zurich tributó á sus restos la última prueba de afecto y consideracion que el hombre puede re-

cibir en la tierra. Walter y Gertrudis tomaron parte sincera en aquella demostracion. Amaban de veras á su amo, y su muerte les causó un vivísimo pesar. Sin embargo, les quedaba otro deber que cumplir y al cual habian prometido consagrar su existencia. Eran honrados y no vacilaron un instante.

Despues de haber hecho los preparativos necesarios, se despidieron de los allegados de Conrado, ménos afligidos que ellos y que, pre-dispuestos á la generosidad con el placer que causa por lo general una pingüe herencia, premiaron su fidelidad espléndidamente. Ambos aceptaron sin vacilar aquel donativo. Al recibirlo pensaron en la hija de Berta, á quien lo destinaron.

—Mediante esta cantidad, dijo Walter, no necesitaremos recurrir al depósito que nos confió su madre, el cual conservaremos íntegro hasta que la que consideramos como nuestra hija cumpla los 18 años que aquélla designó.

—Hasta entonces espero que no carecerá de nada, añadió la buena Gertrudis.

La víspera de su partida, cuando más ata-

reados estaban con los preparativos, se presentó Guillermo en la quinta, donde fué recibido por Walter, que no sabia cómo tratarle. Al pronto solo vió en él al hombre que habia causado la muerte de su amo; pero cediendo al instante á un sentimiento de equidad y de justicia, como estaba instruido de cuanto habia pasado en el desafío, en el que diera muestras de una magnanimidad poco comun, se abstuvo de mostrar hácia él ninguna señal de hostilidad.

Sabiendo la mucha confianza que en el antiguo sirviente tenia Conrado, Guillermo creyó que podria indicarle el paradero de su hija. Walter, que adivinó el objeto de su visita, fiel á su compromiso, se puso en guardia. Al principio negó la existencia de la niña; pero enterado por el mismo Guillermo de que el padre de Berta le habia dicho lo contrario, ciñéndose á las intenciones de aquella cuya voluntad consideraba como inquebrantable ley, se encerró en un completo silencio. El ofrecimiento de una recompensa adecuada al servicio que se le pedia no produjo más efecto que sus súplicas. Walter era un ejemplo raro de incorruptible fi-

delidad, hasta en la misma Suiza, donde, sin embargo, el trato frecuente con los extranjeros ha modificado considerablemente las costumbres á la vez que los sentimientos de sus habitantes. Convencido Guillermo de la inutilidad de sus esfuerzos, dijo antes de retirarse:

—Veo con sentimiento que rehusa Vd. acceder á los ruegos de un padre desconsolado, ansioso de encontrar á su hija. Hace Vd. mal. El que separa á dos seres que tan estrechamente ha unido la naturaleza, comete un crimen.

—Comprendo, señor, lo que Vd. dice, contestó Walter. Quisiera complacer á Vd., pero no puedo. Ahora ignora Vd. el paradero de su hija. Tal vez con el tiempo logre Vd. descubrirlo. Confíe Vd. en la Providencia, que no desatenderá sus súplicas si juzga que deben ser escuchadas.

—¿Pero sabe Vd., al ménos, dónde está, y si se halla á cubierto de la miseria?

Walter, á quien repugnaba la mentira, dió una respuesta evasiva que no satisfizo á Guillermo, pero que le hizo comprender la inutilidad de sus esfuerzos.

Sin embargo, Guillermo no podía dudar ya de que Walter estaba perfectamente instruido de todo. Así, en tono que indicaba no poca amargura, exclamó:

—Y si yo encontrase á mi hija, ¿quién intentaría impedirme que me apoderase de ella?

—Nadie, señor, Pero ¿cómo podría Vd. reconocerla, suponiendo que llegase Vd. á adivinar dónde está?

—En tal caso, Dios me iluminará disipando las tinieblas que me rodean. Es demasiado justa mi pretension para que no la atienda.

—No lo niego. Comprendo cuánto debe Vd. sufrir, y le compadezco, pero yo no puedo hacer nada en su favor.

—Vd. me engaña, Walter. Estoy persuadido de que negándose Vd. á complacerme obedezca las órdenes que ha recibido. No discutiré hasta qué punto pueden ser éstas para Vd. obligatorias en el terreno en que nos hallamos. La conciencia será su mejor consejero. Esperando que algun dia variará Vd. de propósito, le volveré á ver á Vd. Entre tanto, si es Vd. el encargado de velar por mi hija, tenga Vd. presente que

su padre le hace responsable de su vida mientras no consienta Vd. en devolvérsela. ¡Adios!

—El le acompañe á Vd., señor.

Guillermo se retiró desconsolado, pero no abatido. Sabiendo que su hija vivía, resolvió poner por obra cuantos medios le sugiriese su imaginación para encontrarla. La esperanza restituyó el valor á su corazón.

Walter y Gertrudis, estimulados por el cariño y por el deber, se apresuraron á realizar el plan que habían concebido. Si los tristes pensamientos que á la mente de entrambos se agolpaban al alejarse de la quinta no los hubiesen absorbido por completo, quizá hubiesen fijado su atención en un hombre de aspecto vulgar que, recatándose de ellos, los siguió disimuladamente hasta la estación del ferrocarril. Cuando el tren se puso en movimiento, el desconocido había entrado ya en un coche inmediato al que ellos ocupaban. Muy lejos estaban los dos de sospechar siquiera que eran objeto de tan esquisita vigilancia.

VI.

Desgracia y miseria.

Mientras sucedían los acontecimientos que acabamos de referir, la pequeña Berta crecía en compañía de su hermana Margarita. Ambas eran rubias, como hemos dicho; tenían blanquísima tez y una armoniosa regularidad de facciones, que anticipadamente anunciaban una belleza poco común. Cuando estaban dormidas en dos cunas inmediatas, colocadas en la habitación que ya conoce el lector, parecían dos ángeles. Las pasiones no agitaban todavía su sueño, que era tranquilo y profundo, como el que únicamente tenemos en la edad en que la inocencia vuela de continuo en torno nuestro acariciándonos con sus alas.

La bondadosa Ana no hacia ninguna diferencia entre las dos niñas. Iguales cuidados tributaba á una y á otra. Alimentándolas con su seno, parecia que tenian igual derecho á su cariño. ¿No correspondian ámbas con sus sonrisas á sus maternales cuidados?

No le sucedia lo mismo á Pedro, su marido, cuyo carácter no habia mejorado el bienestar relativo que en la cabaña reinaba. Desde que recibiera la cantidad que Walter habia puesto en sus manos, las gamuzas saltaban descuidadas de risco en risco en el alto Schneestock. La detonacion del arma del atrevido cazador, tan hábil para buscar sus guaridas por ocultas que se hallasen, y bastante osado para no retroceder nunca ante los peligros que habia que arrostrar para llegar á ellas, no las habia inquietado mucho tiempo hacia. Los asustadizos animales, tan inteligentes como ágiles y graciosos, sabian que no amenazándolos el plomo de su más encarnizado enemigo, podian entregarse con confianza á sus juegos, y pastar con sosiego la yerba y las criptógamas que el calor hacia brotar entre las piedras de la montaña.

Pedro, en efecto, ya no cazaba. Provisto de dinero abundante, solo pensaba en divertirse. El trabajo frecuentemente es el resultado de la necesidad más bien que el cumplimiento de un deber. No encontrando en la aldea ni en todo el valle de Geschenen, donde era muy conocido y por tanto de nadie estimado, personas que se asociasen á su vida irregular y disipada, hacia frecuentes excursiones á las poblaciones del lago, donde nunca faltan aventureros dispuestos á complacer á aquellos que cuando llega el momento de pagar, sacan liberalmente el bolsillo para efectuarlo, sin hacer otro cálculo que el que exige la suma de las personas que los acompañan. Estas excursiones, además de ser numerosas, duraban á veces semanas enteras.

Ana, al principio, se afligia y sobresaltaba con las ausencias de Pedro; pero como su regreso sólo le causaba sinsabores, cuando no malos tratamientos, éste en su desorden había adquirido el vicio de la embriaguez, llegó al fin á no echarle de ménos si faltaba, y á temerle siempre que se hallaba presente. A lo ménos cuando estaba sola podia dedicarse ex-

elusivamente al cuidado de sus hijas, como las llamaba, y á las faenas de su casa. En cuanto á sus necesidades, ¡eran tan pocas las de la pobre y abandonada esposa!

El otoño avanzaba rápidamente y Pedro habia cerca de dos meses que faltaba de la cabaña. Nunca habia estado tanto tiempo ausente. Ana comenzó á inquietarse, no porque temiese por la vida de su marido, sino por ser ya la época de comenzar los preparativos del invierno, tan riguroso en aquellas asperezas, y carecer de dinero, agotada totalmente la cantidad que aquel le habia dejado.

Una tarde, cerca del anochecer, hallándose en el huerto con las dos niñas que jugaban y corrian risueñas sobre el césped, se presentó Pedro de improviso. El polvo que cubria sus vestidos indicaba que habia sido para él larga y penosa la jornada.

—Al fin he llegado al fin despues de haber dejado en el interior de la cabaña los efectos que llevaba al hombro colgados de un nudoso palo. Creí que no terminaba nunca este infernal camino.

Y sin acercarse á su mujer ni á las niñas, que se asustaron al verle, se sentó en un banco situado bajo un árbol.

—Estoy medio muerto de cansancio, añadió limpiándose con la mano el sudor que abundante por la frente le corria. He andado mucho y temí pasar la noche en alguna cueva de la selva de Wassen corriendo el riesgo de que sus habitantes los enanos no me dejaran dormir. Figúrate que vengo de Schupfen.

—¿Tan lejos está ese sitio? preguntó Ana, á quien el tono glacial de su marido despues de separacion tan larga habia algun tanto lastimado, porque la indiferencia ofende siempre en el primer momento el amor propio, ya que no el cariño de la mujer, por muy acostumbrada que esté á ella.

—Cómo, ¿no sabes dónde está Schupfen? dijo Pedro con ademan despreciativo. Es verdad que tú no sabes nada.

—Solo sé que un hombre de bien no deja tanto tiempo abandonadas á su mujer y á sus hijas, exclamó Ana en tono de reconvencion.

—¡Hola, hola! ¿De cuándo acá te atreves á

alzar la voz para denigrar mi conducta? Obro como mejor me parece, y no te corresponde á tí manifestar si lo hago bien ó mal. ¿Lo entiendes?

Ana sintió el deseo de replicar, pero la cólerica mirada que Pedro le lanzó la redujo al silencio. Estaba acostumbrada á temblar ante aquellos ojos en cuyo brillo sombrío nunca habia para ella más que desden y mal humor. El tirano habia recobrado su dominio sobre la tímida esclava.

Siguieron algunos instantes de silencio pasados los cuales dijo Pedro con áspera voz:

—¿Qué diablos les pasa á esas chicas? Cualquiera diria que me tienen miedo.

—¿Y cómo no han de tenértelo si nunca estás en casa, y si cuando te ven nunca reciben de tí una caricia?

—¡Para caricias estoy yo! Sus gritos me incomodan: hazlas callar.

Como era natural, las niñas, en vez de tranquilizarse, lloraron cada vez más asustadas. Esto aumentó la cólera de Pedro, que, levantándose de su asiento con aire amenazador, dijo:

—Aléjalas de aquí al momento: de lo contrario, les quitaré las ganas de seguir aturdiéndome.

Ana, que conocía á su marido, temerosa de que cometiese cualquier exceso, se apresuró á retirar las niñas. Pero no bien entró en la cabaña, volvió á salir oyendo que aquél la llamaba.

—Estoy cansado y necesito algun reposo, la dijo Pedro; sin embargo, quisiera comer algo ántes, porque tengo hambre.

—¿Y qué te he de dar no habiendo nada en casa?

—¡Cómo! ¿Y el dinero que te dejé?

—Se ha concluido.

—¿Tan pronto?

—Me entregaste dos monedas de diez francos y has estado ausente cerca de dos meses.

La respuesta de Ana envolvía una acusación. Pedro lo comprendió así. No queriendo con todo darle la razón, lo que hubiera sucedido indirectamente tratando de justificarse, exclamó de un modo que hizo todavía más ofensivas sus palabras:

—Para lo que vales y lo que sirves, demasiado bien lo pasas.

—Yo nada te he pedido, observó la pobre mujer procurando contener las lágrimas que se asomaron á sus párpados. ¿Te he exigido nunca que trabajes para mí y para mis hijas?

—Yo no trabajo porque no lo necesito, dijo el montañés con jactancia.

—Pero el dinero que tienes no tardará en desaparecer, y cuando esto suceda, imposible me será encontrar un nuevo niño que criar para reponerlo.

El modo con que Ana reclamaba en cierto modo la propiedad de aquel dinero, despertó mayor ira en el desalmado montañés que lo consideraba como enteramente suyo. Estaba acostumbrado á encontrar en ella una obediencia pasiva, y se sintió herido como si le hubiese hecho una inmerecida injuria. El traficante jamás se cuida de averiguar cuáles es la voluntad del animal que le proporciona el sustento llevando sobre su lomo el fardo de las mercancías con que especula. Exige de él absoluta sumisión, y si alguna vez por cansancio

se detiene en su marcha, sufre al instante los efectos de su despiadada cólera. Para Pedro no era su esposa más que un ente destinado fatalmente á servirle. Hé aquí por qué habia considerado aquella especie de protesta como un ultraje, como un acto de rebelion digno solo de castigo.

Ana, á quien no se ocultaban las consecuencias que podia tener para ella la reconvencion que habia dirigido contra el que la dominaba con todo el peso de su brutal despotismo, se retiró precipitadamente al interior de la cabaña. E hizo bien, porque el iracundo cazador se habia nuevamente levantado de su asiento dispuesto á hacerle sentir el peso de su superioridad.

Solo cuando consideró que debia haberse algun tanto calmado su enojo, se atrevió á volver con un pedazo de pan que puso sobre el banco, diciendo:

—Hé aquí lo único que queda. Lo reservaba para hacer la sopa de las niñas antes de acostarlas.

—¡Un pedazo de pan duro! exclamó arroján-

dolo con desprecio al suelo. Cómele tú, si quieres; es bueno solo para tí..... ¿No hay siquiera algo que beber?

Y se dirigió á la alacena para elegir entre un considerable número de botellas vacías una que lo estaba á medias y con la cual regresó.

—Esto, á lo ménos, se puede tomar, dijo apurando una parte del líquido que contenia. ¡Buen kirsh! No se bebe mejor en las tabernas de Altorf ó de Lucerna.

Hecho este elogio, acabó de trasladar á un vaso el que quedaba para contemplarlo con un placer facil de adivinar en sus ojos húmedos y brillantes.

—¡Es verdaderamente delicioso! exclamó mientras lo saboreaba apurándolo sorbo á sorbo. Muy bueno me lo han proporcionado durante las luchas de Wittenbach y Schupfen, pero no superior á este. Aquí, donde tú me ves, agregó en tono jactancioso mostrando uno de sus musculosos brazos que indicaba una fuerza poco comun, en esas luchas he conseguido echar por tierra seis veces á mis contrarios. Si

antes me llamaban Pedro el cazador, Pedro el luchador me llamarán en lo sucesivo. Este nombre han comenzado á darme las bellas montañas que han admirado mi pujanza y destreza. San Miguel habrá quedado contento de su campeón, puesto que en honor suyo, como todos los años, se efectuaba la fiesta. Allí sí que reinaban el placer y la alegría, mientras que aquí...

Al ver que Ana, para ocultar su disgusto, se habia retirado á la cabaña, contrariado por no tener quien alimentase con su conversacion la locacidad que el espirituoso licor habia en él despertado, la llamó nuevamente. Aquella voz, que estaba acostumbrada á obedecer, la atrajo como atrae á la deslumbrada mariposa la luz de la lámpara que debe consumir sus alas. Sin saber casi lo que hacia, corrió hácia donde él estaba, diciendo temerosa y humilde:

—Manifestaste que te sentias cansado, y lo estaba disponiendo todo para que puedas encontrar el reposo que necesitas.

—¿Sin cenar?... ¡Bien! mañana comeré.

Dicho esto se separó de ella.

Sola la pobra Ana, prorumpió en amargo llanto. La idea de que se encontraba sin nadie que la amparase á la merced de aquel hombre en que los vicios habian destruido todo sentimiento humano, le causó mayor terror que nunca.

Sobrevino la noche. La oscuridad con sus fantasmas la llenó de pavor, no obstante haberla acostumbrado su miseria á las tinieblas en medio de aquellas profundas soledades. Pero ántes era libre y confiaba en sí misma: ahora, sujeta á un poder para ella irresistible, tenia miedo. Al fin era mujer y temblaba al encontrarse en tan absoluto desamparo.

Como todos los desvalidos en los momentos de angustia, fijó sus ojos velados por las lágrimas en el cielo, despues de lo cual involuntariamente corrió hácia las dos niñas que dormian en sus cunas. Cuando estuvo junto á ellas se abrieron sus labios para implorar su ayuda, sintiéndose aún más débil que ellas, y sin duda lo hubiera hecho á no reflexionar que podia despertar á su marido. Sus labios murmuraron entonces una oracion que Dios oyó sin

duda, porque le envió el sueño y con él el olvido de sus penas. Sentada al lado de sus hijas, pasó la noche sin pensar en los padecimientos que su aciago destino le reservaba. Estas horas de reposo entre sus angustias y sus temores fueron para ella un inmenso beneficio.

VII.

El pensamiento de un malvado.

No trataremos de referir detenidamente los padecimientos de Ana. La historia de su matrimonio es la de todos aquellos en que figuran dos esposos entre quienes en vez del amor reina la indiferencia, ó, lo que es peor aún, el hastío. Pedro no se sentía satisfecho sino lejos de su casa: Ana no vivía sino cuando su marido se alejaba de ella. Entónces recobraba su libertad y discurría. Volvía Pedro, y era nuevamente el instrumento dispuesto á obedecer sin murmurar.

Y las niñas, entre tanto, crecían bien abrigadas junto al hogar durante el riguroso invierno de las montañas, y en las otras estaciones

frescas y graciosas como las plantas que la primavera hacia florecer y el estío fructificar.

Si físicamente se desarrollaban, moralmente comenzaban á revelar el carácter y los sentimientos que las animaban. Belias ámbas, no eran, sin embargo, del mismo modo dóciles. Margarita, imperiosa y dominante, arrebatava si podia, la flor ó la piedrecilla que servian de juguetes á Berta, y ésta, en vez de imitarla, ni áun siquiera protestaba, por lo general, contra tales usurpaciones. La primera frunció el ceño ó lloraba si no era complacida, y más de una vez mordió el seno de su madre cuando tenia hambre y no le daba al instante de mamar: la segunda se sonreia casi siempre dulcemente y acariciaba con su regordeta manecita el pecho en que sus lábios chupaban el líquido nutritivo que casi nunca reclamaba. Ana las queria igualmente, pero habia momentos en que hubiera deseado tener á Berta por hija verdadera. Pedro, por el contrario, mostraba marcada predileccion hácia Margarita cuyo carácter envidioso y colérico tanto se parecia al suyo.

Una mañana, y al dia siguiente de una de

sus prolongadas ausencias, se hallaban los cuatro en el huerto. Ana cosía, las niñas jugaban, y él, recostado sobre un banco, se fastidiaba. El hogar doméstico es una verdadera prision para el hombre disipado á quien asusta hasta el nombre del deber.

El sol mientras tanto brillaba en un cielo de purísimo azul por el cual corrían blancas y ligeras nubes que se disipaban antes de llegar á las cumbres de los montes donde las acumula el viento en las horas solemnes y terribles de la tempestad. Penetrando sus rayos por el inquieto follage de los árboles, dibujaba en la yerba variables y caprichosas manchas luminosas.

Los pájaros cantaban saltando de rama en rama; millares de insectos revoloteaban enloquecidos de placer en el aire, á la vez que otros en el suelo emitian el estridente y monótono chirrido que les es propio al agitar sus élitros de esmeralda y de rubí, y las florecillas de los Alpes exhalaban de sus pintadas corolas los aromas que perfumaban el ambiente. Todos los séres de la creacion mostraban su contento.

Los únicos que en aquella espléndida mañana no participaban de la alegría general, eran: Ana, que guardaba silencio pensativa, y Pedro, que, como hemos dicho, lejos de sus compañeros de desórden se aburría fumando su pipa. Cansado este último, al fin, de la postura que tenía, despues de haberse sentado, dijo estirando los brazos y dando un prolongado bostezo:

—Al ver esas dos inquietas criaturas que juegan sobre la yerba, no he podido ménos de pensar en la suerte tan distinta que les está reservada. Para una de ellas la riqueza, el lujo, los placeres probablemente, en un magnífico palacio: para la otra, la miseria, los padecimientos en esta pobre cabaña desabrigada y ennegrecida por el tiempo. ¿Por qué la fortuna no habrá repartido con igualdad sus dones?

Durante algun tiempo continuó dando mil vueltas en su mente á la idea que acababa de emitir, hija de la envidia, y tormento constante de los holgazanes y codiciosos.

Ana, que conocia á su marido, comprendió por sus palabras lo que en su interior pasaba,

Compasiva como era, tuvo lástima de él, y para consolarle observó con resignada dulzura:

—La Providencia es madre solícita de todos sus hijos y los atiende según sus necesidades. En sabiendo conformarnos con la suerte que nos ha tocado, todos podemos ser felices.

—No es eso verdad. Tú, que así hablas, lloras con frecuencia.

—Pero sin culpar á la Providencia.

—¿A quién acusas entonces? preguntó Pedro arrugando la frente.

Ana abrió los labios para contestar, pero los cerró inmediatamente, muriendo en ellos las palabras.

—¿Callas? dijo el montañés moviendo la cabeza con disgusto. Haces bien, por más que tu silencio sea una acusación. No obstante, tus reconvenciones me importan poco, sobre todo si son mudas como ahora, porque al menos no irritan.

Un grito en que prorumpió repentinamente Margarita interrumpió á Pedro que, fijando de nuevo su atención en las niñas, exclamó:

—Como siempre: esa chiquilla parece com-

placerse en contrariar á mi hija. Ven acá, pobreilla. Haces bien en no permitir que nadie te mortifique.

Al hablar así se levantó y tomó en sus brazos á la niña; pero ésta, en vez de calmarse, continuó dando gritos cada vez más agudos.

—¿Qué significa esto? exclamó Pedro á quien el llanto de su hija comenzaba á impacientar.

—¿El vestido de Margarita está ardiendo? exclamó Ana acercándose precipitadamente á la niña y apagando con sus manos la tela en que quedó un grande agujero.

En efecto: al tomar Pedro en sus brazos á su hija no advirtió que con el movimiento habia caido sobre el vestido de ésta el contenido encendido de la pipa que fumaba. Aquel accidente dió lugar á que el fuego atacase la piel de Margarita que recibió en el costado derecho una fuerte quemadura. Ana quiso tomarla en sus brazos, pero Pedro la rechazó con aspereza.

—Eso no es nada, dijo acabando de apagar el fuego. Dentro de pocos dias el daño que ha recibido habrá cesado, y si le deja alguna señal no empañará su belleza por no hallarse en

lugar visible. Conviene que se vaya acostumbrando á sufrir. ¿Te figuras, por ventura, que pueden ocasionar la muerte tales percances?

—No, contestó Ana afligida; pero la pobrecita padece y es natural...

—Que calle. Ahora verás como cesa su llanto.

Y dirigiéndose á Berta, que se habia quedado inmóvil y sorprendida en el sitio en que se hallaba, le quitó brutalmente el pedazo de pan que tenia en la mano y que su hermana de leche habia intentado ántes arrebatarle.

La pobre niña no lloró. Sus azules ojos se fijaron espantados en Pedro, incapaz de comprender la causa del acto violento de que era víctima.

—Has hecho mal, exclamó Ana; Margarita ha comido una porcion igual.

—No permitiré que nadie deje de dar gusto á mi hija en mi presencia, contestó Pedro. Vivimos en un país en que todos somos iguales.

—Y en que por lo mismo se castiga al que se apropia lo que no le pertenece, observó Ana, á quien la injusticia de su marido habia hecho salir de su habitual indiferencia.

—El derecho está siempre del lado del más fuerte.

—¡Tienes razón, por desgracia! dijo la infeliz con amargura, pensando en su propia situación.

—Y es tan cierto lo que indico, que voy á demostrártelo con la mayor facilidad.

Sin embargo, ántes de hacer lo que decia, reflexionó durante algunos minutos. Al fin, con una sonrisa á la que debió parecerse la de Satan cuando por primera vez concibió el pensamiento de rebelarse contra su Creador, exclamó:

—Yo, que soy fuerte, tengo un proyecto que tú, más débil, nunca hubieras imaginado, y que te verás en el caso de aprobar.

—¿Un proyecto? preguntó Ana estremeciéndose sin saber por qué.

—Sí. Realizándole haremos feliz á nuestra hija.

Ana dejó caer la aguja que tenia en la mano, y escuchó, palideciendo ligeramente.

—Walter y su mujer no son los padres de Berta, continuó Pedro. Ciertos rumores que

corrieron en Waggis pocos dias despues de su nacimiento me lo hicieron creer así desde luego.

—Y á nosotros ¿qué nos importa eso? preguntó Ana con timidez.

—Nos importa mucho, por el contrario. El silencio que tanto se me recomendó al proponerme que me hiciese cargo de la niña, el misterio con que fué conducida á este sitio, y la crecida cantidad que me han dado al confiármela, demuestran suficientemente que no es hija de unos pobres criados.

—Pues á mí me parece muy natural cuanto ha sucedido.

—Juzgas como quien eres. ¿Te parece natural que la haya traído aquí su misma madre pocas horas despues de haberla dado á luz? Por otra parte, recuerda los ricos pañales en que la niña venia envuelta, la finísima cubierta de lana que la preservaba del frio y que vendí hace seis meses en Lucerna por 500 francos, y la medalla de oro que lleva aún al cuello. Los pobres no adornan de esa manera á sus hijos.

—Deliras, como de costumbre.

—No deliro, sino que veo las cosas tales como son. Además, deseoso de averiguar si eran ciertas mis sospechas ¡admira mi prevision! pedí informes en el templo católico en que Berta fué bautizada. Entonces acabé de convencerme de que no me había engañado. Esa niña será muy rica algún día.

—¿Y suponiendo que hayas acertado?...

Pedro al pronto no supo qué respuesta dar á esta pregunta. Parecía indeciso y como temeroso de manifestar lo que pensaba. Al fin, haciendo un movimiento difícil de interpretar, pero que asustó á Ana, pues ésta comprendió que su marido había tomado una resolución irrevocable, dijo levantándose de su asiento y dando algunos pasos sin dirección fija:

—¿No te alegrarías de que tu hija nadase en la opulencia en vez de gemir en la miseria, único porvenir que aquí la aguarda?

—Repito que me conformo con la voluntad de Dios, contestó Ana, cada vez más alarmada.

—Pues yo no, exclamó el montañés alzando con soberbia la cabeza. Si Dios quiere cometer una injusticia, yo lo evitaré.

Esta blasfemia horrorizó á la pobre Ana, que miró con espanto á su marido.

—Estoy decidido, gritó el malvado hiriendo fuertemente el suelo con el pie, como si tratase de darse ánimo á sí mismo. Lo he reflexionado bien y ¡desgraciado el que se oponga á mis designios!

El sobresalto de Ana seguía en aumento, porque comenzaba á comprender. Las niñas entretanto jugaban sobre la yerba. ¡Cuán distantes estaban de sospechar en su inocencia, que de las palabras que iba á pronunciar aquel hombre dependía quizá su porvenir!

—Los supuestos padres de Berta no podrán ya reconocerla, prosiguió Pedro. Han trascurrido más de dos años, y solo la han visto el mismo día de su nacimiento. Lo que la distingue de nuestra hija es esa medalla que pende de su cuello: coloquémosla en el de Margarita. Las niñas cambiarán de nombre desde hoy, así como en lo futuro cambiarán de condición.

Aunque Ana había adivinado las intenciones de Pedro, al oírse las manifestar sin embo-

zo se sintió desfallecer. Quiso hablar, y no pudo. Descubría tanta maldad, tal olvido de las leyes divinas y humanas en aquel pensamiento, que solo con horror y hasta con vergüenza pudo considerar al hombre que lo había concebido.

Durante largo tiempo permaneció muda, incapaz de hacer el más leve movimiento, fascinada por la mirada imperiosa, casi salvaje de Pedro que la dominaba en pie con su elevada estatura, y más que todo con la decision indomable que se leía en su semblante, en que ya nunca se reflejaban sino las pasiones más viles y rastreras. Su situación era la de la débil ave-cilla sorprendida por el asqueroso reptil que desde el suelo la atrae aprisionada en invisibles lazos y con una fuerza contra la cual lucha en vano.

Pero los espíritus apocados experimentan á veces reacciones increíbles, sobre todo en las situaciones supremas. El amor maternal que hasta entonces habia permanecido callado, hizo oír su elocuente voz en el alma de la sumisa esposa, cuyo temor sedesvaneció súbitamente,

El sér más tímido defiende á sus hijos si alguien intenta arrebatárselos.

Así, adquiriendo un valor y una energía de que era incapaz en las circunstancias ordinarias de la vida, se levantó con ademan resuelto de su asiento, y poniéndose delante de su hija como si tratase de protegerla con su cuerpo, exclamó de una manera que revelaba tanta entereza como abnegacion:

—¡Arrebatarme á mi hija!... Nadie se atreverá á hacerlo. Tu pensamiento, tan infame como infame, solo puede haber sido inspirado por el infierno; Dios me ayudará á combatirlo.

La actitud y el acento de Ana impusieron á Pedro. Mas, pasada la primera sorpresa que le causó una resistencia á que no estaba acostumbrado, comparó la debilidad del sér que le contrariaba con su propio vigor, y la sorpresa se convirtió en desprecio. El sentimiento noble que animaba á su esposa no podia causar impresion en aquel hombre feroz, embrutecido por el vicio, pues era ininteligible para él.

Quería para Margarita la riqueza, no solo por cariño hácia ella, sino tambien porque

satisfacia así la envidiosa saña que henchía su corazón. Por otra parte, pocos momentos le bastaron para calcular las ventajas que su hija podía procurarle en la alta posición que para ella imaginaba. En tono, pues, amenazador, y uniendo su rostro al suyo hasta el punto de hacerle sentir el soplo de su aliento infecto, repugnante, como el de todos los que se entregan al desorden abusando de las bebidas alcohólicas, se acercó á Ana, y fijando en ella sus ojos brillantes como los del tigre cuando se dispone á atacar su presa, exclamó:

—¿Y eres tú la que se opone á la realización de mis planes?

—Yo, contestó Ana sosteniendo su mirada. Jamás consentiré en que me separen de mi hija.

Al hablar así, se hallaba poseída del sublime entusiasmo con que toda madre ama á los seres á quienes da la vida; sublime, sí, lleno de abnegación, porque no exige remuneración ninguna, fundándose únicamente en el bien de los que lo motivan.

Pedro entretanto se agitaba en uno de los

paroxismos de furor que tan comunes le eran. Causaba verdaderamente espanto la expresion de su fisonomía y la hacía aún más terrible la faja horizontal que en su frente contrastaba por su lívida blancura con el color purpúreo del resto de su rostro.

Ana vió aquella faja, y aunque sabia lo que significaba, no se intimidó, sin embargo de que Pedro, que se habia apoderado de una de sus manos, la agitaba como agita á la débil caña el violento empuje del huracan. Al fin, haciendo un esfuerzo, porque la ira casi le sofocaba:

—¡Desventurada! dijo con ronca voz. ¿Sabes á lo que te expones?

—Lo sé, respondió la animosa madre. Pero ¿qué me importa morir? Perdiendo la vida en defensa de mi hija, no presenciare al ménos su desgracia y tu deshonor.

—¿Te atreves á hablar así cuando puedo aniquilarte con un soplo?

Y cediendo á los malos instintos que le dominaban, despues de haberla sacudido repetidas veces con violencia, la atrajo hácia sí para impelerla en seguida en sentido contrario con

toda la fuerza que poseía. La infeliz, perdiendo el equilibrio, cayó de espaldas, quitándole el sentido la violencia del golpe. La sangre que brotó abundantemente de su cabeza al chocar contra una piedra, humedeció la tierra, pero no conmovió en lo más mínimo á aquel corazón de fiera. Toda consideración desapareció para él ante la idea que había concebido y que deseaba poner en práctica á toda costa.

Así lo hizo. Acercándose á Berta, que del mismo modo que su hermana de leche, lloraba al ver tendida en el suelo é inmóvil á la infeliz Ana, le quitó la medalla que llevaba al cuello y la colocó en el de su hija que, enjugando sus lágrimas, se sonrió haciendo un movimiento de infantil complacencia al verse engalanada de aquella manera, mientras que la otra niña, sin cuidarse de la joya de que acababan de despojarla, se acercó inundada en llanto á la que consideraba como su madre y quería como si lo fuese.

En aquel momento pasó por encima del huerto un buitre de los Alpes de inmenso tamaño, tocando casi las copas de los árboles con

sus poderosas alas. El grito agudo, fuerte, desagradable en que prorumpió, asustó á las niñas y causó impresion hasta al mismo Pedro, que exclamó:

—Ave maldita y de mal agüero: ¡qué pronto has olido la sangre!

Y fijando la vista en la que habia salido de la cabeza de su mujer, agregó en tono burlon:

—Esta vez te has llevado chasco. Tan poca es, que la tierra la ha bebido antes que tú.

Tal vez hubiera continuado sus observaciones, hijas del temor supersticioso que experimentaba, si no le hubiese distraído un gemido que exhaló Ana al volver en sí. La infeliz, que haciendo un esfuerzo habia logrado sentarse, llevó la mano á su dolorida cabeza, y al notar al retirarla que estaba manchada de sangre, prorumpió en un sollozo. Aquel llanto indicaba que la madre animosa y decidida ya no existia, quedando en su lugar la mujer sumisa.

Pedro, á quien no se ocultó el cambio, le dijo con voz imperiosa tomando á su hija por un brazo:

—Escúchame bien y ten presente que quie-

ro ser obedecido. Esta niña se llamará en adelante Berta, y será la protegida de Walter. La otra pasará por hija nuestra y llevará el nombre de Margarita. ¡Desgraciada de tí si llega alguien á sospechar siquiera la sustitucion!

Otro sollozo fué la única respuesta que obtuvo Pedro de su mujer. Cierto de que habia de ceñirse puntualmente á sus órdenes, se alejó de la cabaña. El malvado habia conseguido su objeto.

Pasados algunos dias en que el cambio de nombres debia necesariamente ocasionar cierta confusion, todos acabaron por acostumbrarse á él. Nosotros haremos otro tanto, designando á las niñas, no con los que de derecho les corresponde, sino con los que Pedro les habia asignado, que servirán para distinguir las en lo sucesivo.

La misma Ana, cuya falta de energía se hacia cada vez mayor, se familiarizó al fin en cierto modo con la seguridad de que en una época más ó ménos cercana tendria que separarse de su hija en cuyo corazon hacia nacer Pedro intencionalmente deseos y sentimientos

en armonía con la situación que quería verla ocupar. Esta desatentada conducta, que halagaba las inclinaciones dominantes de Berta, daba lugar á que se mostrase más exigente y descontentadiza que nunca. Cuando el montañés se hallaba ausente, Ana procuraba corregirla; pero el mal habia encontrado terreno fértil y habia echado raíces demasiado profundas para que fuese posible estirparlo. Los niños, en general, por lo mismo que no los domina la razón y obedecen ciegamente á sus apetitos, son inclinados al despotismo. Si desde muy temprano no se combate esta tendencia, se convierten en pequeños tiranos dispuestos á hacer sentir su voluntad á cuantos los rodean. No es de extrañar, pues, que Berta lo fuese en sumo grado convirtiendo á la dulce y tranquila Margarita en víctima principal de sus caprichos.

Cuando habian cumplido ámbas tres años de edad, la última habia perdido la costumbre de pronunciar la palabra *mío*. Sabia que nada le pertenecía, y si al principio se asomaban las lágrimas á sus ojos cuando su imperiosa her-

mana de leche le arrebatava cualquier objeto cuya posesion le causaba placer, lo cedia despues sin dificultad alguna. El carácter de los niños se modifica fácilmente obedeciendo á una presion perseverante, y rara vez en la edad adulta desaparece, á lo ménos del todo, la obra efectuada en los primeros años. En esta circunstancia se fundan las ventajas de una bien dirigida educacion.

Tal era la existencia de la pequeña Margarita. Los besos de Ana, que no obstante su amor de madre y la debilidad física y moral que la minaba lentamente, comprendia la notable diferencia de índole que entre las dos niñas existia, eran la única compensacion que tantas contrariedades le proporcionaban. Ella correspondia á estas muestras de afecto con sus inocentes caricias. Berta, por el contrario, trataba con sumo despego á la que le habia dado la vida, la cual se afligia, sin atreverse, no obstante, á quejarse, temerosa de las brutales convenciones de su merido.

Como se ve, la diferencia que se advertia entre las dos hermanas era ya considerable, y

las circunstancias contribuian á acentuarla cada día más. Pedro, incapaz de indulgencia, lejos de disimular sus pequeñas faltas ó sus irreflexivas exigencias, las reconvenia ásperamente, descargando siempre su cólera en la pobre Margarita. Y así trascurre el tiempo y se iba agotando su capital. En la cabaña, donde hasta entónces reinara cierta abundancia, comenzaba á sentirse la escasez. El antiguo cazador de gamuzas habia perdido el hábito del trabajo, y la perspectiva de volver á perseguir á aquellos animales por los elevados montes que tenia á la vista, no le sonreía.

El invierno acababa de pasar afortunadamente, y merced á la prevision de Ana, los solitarios de la cabaña no perecieron de hambre y de frio. En cuanto á Pedro, permaneció casi siempre lejos de su familia gastando los últimos francos que sonaban en su bolsillo. La primavera, al reanimar la naturaleza, proporcionó algun alivio á la abandonada madre y á sus niñas. Ella trajo tambien á su morada á Pedro que, como de costumbre, no trató de

disculpar su ausencia, cosa por otra parte que nadie exigía de él.

Ana, sin embargo, aprovechó aquella ocasión para manifestarle que carecía completamente de recursos y que dentro de breves días no tendría ni un bocado de pan que dar á sus hijas. Pedro recibió mal esta advertencia y trató con la dureza de siempre á su mujer, culpándola de la miseria que los rodeaba.

Nada indigna tanto como la injusticia; pero Ana había sufrido demasiado para que esta pudiese sacarla de su abatimiento. Soportó con paciencia sus reconvenciones y solo se atrevió á decir temblando:

—Para mí nada pido: me es indiferente la vida ó la muerte. Mis esperanzas las fundo únicamente en Dios, que es el consuelo de los desgraciados. Pero esas pobres niñas, ¿qué va á ser de ellas?

—Siempre quejas, y nada más que quejas, replicó ásperamente Pedro. ¡Y extrañarás después que huya de esta morada donde nunca encuentro más que llanto y monotonía!

—No lo extraño, no. Tus ausencias no son

una novedad para mí. Si pudiese trabajar, callaría; pero me faltan las fuerzas, y además no sería prudente que dejase abandonados estos pobres angelitos, demasiado débiles aún para valerse á sí mismos.

—A la verdad, tiempo es ya de que los padres de Berta, ó á lo ménos los que pasan por tales, vengan á buscarla. Ni una sola vez han estado á verla. Semejante conducta no demuestra mucha ternura.

—Recuerda que nuestro compromiso no ha terminado. Solo han trascurrido tres años desde que nos la confiaron, y no tenemos derecho á exigir que la retiren mientras no se cumpla el cuarto.

—He sido un nécio: debí haber pedido una cantidad mucho mayor. ¡Tan poco dinero para tanto tiempo!

Un ruido repentino que oyeron fuera de la cabaña interrumpió á Pedro. ¿Quién podía dirigirse á aquella morada siempre solitaria, abandonada de los hombres y al parecer, de Dios?

Cuando Ana se levantó para averiguar de

dónde el ruido procedía, se abrió la puerta y entraron Walter y Gertrudis, cuya presencia sorprendió á los montañeses. Aquélla palideció, temerosa de perder á su hija. El semblante de Pedro, por el contrario, expresó una viva alegría. Con la llegada de los padres de Berta tenía la esperanza de reponer el dinero que tanta falta le hacía.

Como las niñas estaban entonces dormidas, el primer cuidado de Walter y de Gertrudis fué preguntar por la suya. Pocos minutos después, ámbos cubrían de besos á Berta, que Pedro depositó en sus brazos, no sintiéndose Ana con valor suficiente para efectuarlo.

La niña no se prestó de buen grado á unas demostraciones cuya significacion desconocía. Uraña, y por decirlo así, salvaje, le causaban miedo aquellas personas á quienes por primera vez veía. No le sucedió lo mismo á Margarita que recibió sonriéndose dulcemente el beso de los padres de su hermana de leche, así como las golosinas y juguetes que llevaban para ella y de que la hicieron partícipe.

Walter y Gertrudis quedaron satisfechos.

Encontraron á su hija bella, robusta y crecida: no deseaban más. El primero, despues de haber mostrado su contento á Ana, le dijo:

—Ahora sienta manifestar que ha llegado el momento de aliviarles de la carga que hasta hoyha pesado sobre Vds.

—¿Tan pronto? preguntó Ana consternada.

Una mirada de Pedro bastó para sofocar aquella espontánea manifestacion del amor maternal.

—No pensamos llevarnos la niña inmediatamente, dijo Gertrudis. Todavía permanecerá con Vds. algunos dias. Hemos determinado establecernos no lejos de aquí, y mientras no estemos convenientemente instalados, seguirán Vds. tributando sus cuidados al objeto de nuestro cariño.

Estas palabras calmaron en parte la angustia de la sobresaltada madre. Unos cuantos dias más era mucho para aquella infeliz privada de toda esperanza. Le sucedió lo que al condenado á muerte, para quien son siglos de vida los pocos minutos de espera que le concede el verdugo al conducirlo al cadalso.

Pedro, atento siempre á lo que le convenia, alegó las mejores razones que se le ocurrieron para manifestar que habia invertido hasta su último franco en procurar el mayor bienestar posible á la niña. Walter, sin tratar de discutir la validez de aquella reclamacion indirecta, puso en manos del cazador un rollo de monedas, que éste recibió con aparente gratitud, pues sabia muy bien que no tenia derecho para pedir nada. Las dificultades del momento estaban vencidas, y esto era lo más urgente.

Conseguido el objeto que allí los habia conducido, se retiraron los padres de Berta, prometiendo volver en breve. Ya no les faltaba más que establecerse en aquellas montañas para cumplir por entero las instrucciones que en su lecho de muerte les diera su llorada señorita.

En cuanto á Pedro, su primer cuidado así que se vió sólo con su familia fué deshacer el rollo que Walter acababa de darle. Aunque abultaba poco, como las monedas eran de oro, formaban una cantidad que, si no satisfacía su

codicia, debía proporcionarle los medios de entregarse durante algun tiempo á sus desordenados placeres. Muy á disgusto suyo entregó, pues, á Ana dos piezas de veinte francos para que atendiese con ellos á las más perentorias necesidades de la familia.

—Ya te habrás convencido, le dijo. Nuestra hija será para nosotros un verdadero tesoro.

—Pero vivirá léjos de mí, observó Ana.

—Si su ausencia te aflige, te consolarás al pensar que es dichosa.

—¡Oh! nunca lo será tanto como al lado de su madre.

—Envidiable felicidad la que le deseas, exclamó Pedro irónicamente. No hay dicha posible en la miseria.

—Déjame á mi hija, y yo sabré ponerla á cubierto de ella.

—¿Otra vez? preguntó Pedro, en quien la contradicción comenzaba á producir su acostumbrado efecto.

La mirada con que acompañó su pregunta bastó para anonadar á la desalentada Ana. La

pobre madre se sentia ya incapaz de luchar. La lucha no es posible sino cuando hay fuerza y esperanza de vencer, y ella habia perdido la una y la otra. En aquel momento solo deseaba morir.

VIII.

El convenio.

Nada notable ocurrió en la cabaña durante algunas semanas. Pedro no se había ausentado como deseaba hacerlo, temeroso de que Walter y Gertrudis encontrasen sola á Ana. No hallándose presente él podía ésta desconcertar en un momento sus planes. Es propio de los que obran mal vivir siempre sobresaltados.

Lo único que en cierto modo había alterado la monótona existencia de los solitarios montañeses era el paso de un desconocido por las inmediaciones de su morada. ¿Qué objeto podía llevarle á aquel sitio distante de todo camino público? Como en Suiza nadie piensa en ladrones, y como por otra parte Pedro no tenía nada

que pudiese tentar la codicia de ninguna persona, por miserable que fuese, no dieron grande importancia á aquel acontecimiento. Ni por un momento se les ocurrió la idea de que el individuo á quien habian visto fuese guiado allí por algun fin relacionado con ellos.

Y sin embargo, se engañaban. El mismo dia que llegó Walter á la cabaña, se presentó un hombre en Geschenen, donde despues de haberse informado de cuál era la mejor posada, se dirigió á la del Caballo Blanco. Pero pocos instantes permaneció en ella. Dejando en su habitacion la pequeña maleta que consigo llevaba, tomó la direccion del valle cuya aldea, situada á un cuarto de légua de la poblacion ántes indicada, atravesó rápidamente, recorriendo en seguida, como quien tiene prisa, la distancia que le separaba de la cabaña de Pedro.

Llegado que hubo á ésta, la examinó cuidadosamente por el exterior, procurando no ser visto por ninguno de los que la habitaban. Oculto se hallaba cuando Walter y su mujer se retiraron. Entonces sus miradas se fijaron con extraordinaria tenacidad en el huerto don-

de las niñas habían acudido corriendo. Allí permaneció un buen rato contemplándolas, y al parecer con el deseo de acercarse á ellas, pero se contuvo al ver á Pedro que, sin detenerse, tomó el camino de la aldea, y que lo descubrió aunque trató de esconderse.

No obstante, el último siguió de largo sin manifestar ninguna curiosidad, aprovechando él su ausencia para penetrar en el huerto, lo que pudo hacer sin dificultad por hallarse abierto por todas partes. Su presencia, como era natural, asustó á las niñas, que intentaron huir, lo que hubieran hecho si no hubiese él procurado inspirarles confianza. La uraña Berta, sin embargo, lejos de estar tranquila, cuidó de mantenerse siempre á una respetuosa distancia.

El desconocido, bajando entonces la voz, preguntó á ésta su nombre, y como no obtuviese respuesta, se dirigió á Margarita que al instante le dijo el suyo, así como el de su hermana. El nombre de Berta causó viva impresion en el desconocido, impresion que fué más profunda aún cuando por boca de Margarita su

po que la que así se llamaba era hermana suya.

En su emocion, abandonando la reserva que se habia impuesto, se acercó á las niñas que, intimidadas, se alejaron refugiándose en el interior de la cabaña. Persuadido de que su permanencia en aquel sitio era ya inútil, se retiró él tambien, pero resuelto á volver al dia siguiente, como lo efectuó.

Quiso la casualidad que cuando Pedro se dirigia á la aldea en busca de pan y otros artículos que hacian falta á la familia, en el momento en que atravesaba el fondo del huerto donde comenzaba un sendero pendiente, pero recto, y por lo mismo más corto que el del lado opuesto, se hallase frente á frente con el mismo individuo que habia llamado su atencion el dia anterior.

Este nuevo encuentro no dejó de sorprenderle. Más difícil era trepezar allí con un hombre que con una gamuza, no obstante la timidez propia de este gracioso cuadrúpedo, que le hace buscar su guarida lo más lejos posible de su mortal enemigo.

Los dos se miraron como si quisieran adivinar por medio de este rápido exámen sus intenciones. Pedro, siguiendo la costumbre de los montañeses, saludó al desconocido que correspondiendo á esta muestra de urbanidad con otra igual, le preguntó si era el cazador del mismo nombre.

Al recibir una respuesta afirmativa, le manifestó que deseaba tener con él algunos momentos de conversacion. Pedro accedió sin dificultad. ¿Buscarle á él y en aquel sitio? El suceso era demasiado extraordinario para que no despertase su curiosidad. Bajo el dominio de este sentimiento, volvió á mirar detenidamente á su interlocutor. Todo fué inútil: no recordó haberle visto en ninguna parte.

Mientras tanto, Pedro se habia dirigido hácia el huerto en el que entró seguido del desconocido, á quien dijo indicándole un lugar en el banco que allí estaba despues de haberse sentado él en el mismo sin ceremonia.

—Estoy á las órdenes de Vd. ¿Puedo saber ahora á quién tengo el gusto de hablar?

—Pronto los deseos de Vd. quedarán satis-

fechos si logro que nos pongamos de acuerdo, contestó el interrogado.

—Todo acuerdo exige antes una proposicion. ¿Cuál es la de Vd?

—Veo que no estoy hablando con un montañés como los demás. El lenguaje de Vd. y su pregunta me lo indican.

—He perdido una parte de mi rudeza en el trato frecuente que he tenido con los habitantes de las ciudades, dijo Pedro sonriéndose socarronamente.

—Tanto mejor. Quiere Vd. saber cuál es mi proposicion. Antes de responder necesito yo á mi vez hacer algunas preguntas.

—Dos condiciones me ha impuesto Vd. ya, y todavía ignoro el motivo que da lugar á nuestra conversacion, observó Pedro que, con la sagacidad instintiva del podenco cuando olfatea en el aire la proximidad de la presa, adivinó un objeto grave en aquellos preliminares. Interrógueme Vd., que al enterarme del asunto que aquí le trae reflexionaré si me conviene contestar ó no.

Las palabras del cazador hicieron compren-

der al desconocido que se las había con uno de esos hombres taimados que no se desembozan sino cuando están seguros de que no ha de resultarles de ello ningun perjuicio.

El descubrimiento que acababa de hacer se hallaba de acuerdo, por otra parte, con los informes que respecto del montañés le habían dado en la aldea. Así, convencido de que no debía mostrarse escrupuloso con él, que sin duda estaba muy lejos de serlo, dijo:

—En esta casa se halla una niña á quien ha criado su mujer de Vd., supongo. y á quien he visto hace poco con otra de su misma edad.

—¡Ah! ¿La ha visto Vd.? exclamó Pedro, que comenzó á sospechar el verdadero objeto de la conversacion.

—Sí, varias veces. ¿Cuánto tiempo hace que le fué a Vd. criada?

—Unos tres años, más bien más, que menos.

—Perfectamente. ¿Y qué edad tiene?

—La misma que acabo de indicar, porque la trajeron recién nacida.

—¿Le dijeron á Vd. su nombre?

—Sí: se llama Berta.

—¿Y el nombre de sus padres?

—El que me la confió manifestando que lo era se llama Walter.

—¿Walter á secas?

—No sé más.

—¿Entonces ignora Vd. los antecedentes de ese hombre?

—El único que poseo es que tanto él como su mujer se hallan ó se hallaban entonces al servicio de una persona rica que en compañía de su hija, al parecer enferma, se estableció pocos meses ántes que la niña naciese en las inmediaciones de Waggis.

—¿Y cree Vd. que ese Walter sea realmente el padre de Berta?

—Al contrario: no lo he creído nunca. Tengo varios motivos para figurarme que el nacimiento de esa niña contraría á alguien que tiene ahora interés en ocultarlo...

Pedro se detuvo. Conoció que habia faltado á la confianza que en él habian depositado, y no le pareció prudente seguir adelante, al ménos que de hacerlo comprendiese que podia resultarle alguna ventaja.

Por otra parte, con sus respuestas se habia ido demudando gradualmente el semblante del desconocido quien, despues de haber permanecido callado durante algunos minutos, con un ademan imperioso, exclamó:

—¿Sabe Vd. acaso el nombre de la señorita que en compañía de su padre se estableció cerca de Waggis?

—No.

—Me alegro de ello, y le aconsejo que no trate Vd. de averiguarlo.

El tono altanero con que fueron pronunciadas estas palabras desagradó á Pedro que comenzó á mirar con recelo á su interlocutor. Por tanto, dando visibles muestras de mal humor, dijo contrayéndose á la anterior indicacion:

—Si me conviene seguir el consejo, quedará Vd. complacido; de lo contrario, obraré como mejor me parezca.

Esta respuesta irritó al forastero, que, poniéndose en pié y con un gesto decidido poco conforme con la humildad de su traje, exclamó:

—Hará Vd. lo que yo le mande y nada más.

Pedro no estaba acostumbrado á ser tratado de ese modo. Disponíase á responder con la violencia propia de su carácter, cuando Berta y Margarita entraron corriendo en el huerto. La presencia de las niñas distrajo la atención de ámbos, particularmente la del desconocido cuyo descontento se disipó, como en presencia del sol de estío se disipan las nubes que un capricho del viento acumula en el horizonte.

Pedro, atento á aquel súbito cambio, sentó la primera base del cálculo que hasta entonces no había podido hacer por falta de datos. Sospechó que el individuo con quien hablaba distaba mucho de ser lo que por su traje aparentaba, y su imaginación, que no era lenta en concebir, le trazó la senda que debía adoptar. Para aclarar más la situación, llamó á Berta á la que colocó entre sus rodillas, diciendo:

—Hé aquí la niña por quien tanto Vd. se interesa.

Los ojos del forastero se fijaron en ella con una espresion de cariño indescriptible. Acercóla á sí, y oprimiendo dulcemente entre sus

manos su rubia cabeza, depositó un prolongado beso en su frente.

Aquel beso hubiera bastado para desvanecer toda duda en el ánimo de Pedro, si un incidente que entonces ocurrió no la hubiese disipado por completo.

Al apartar el desconocido sus labios de la frente de Berta, hizo ésta un movimiento de impaciencia que abrió la parte del vestido que cubría su cuello. Sus ojos, que parecían querer devorar á la niña, repararon en una medalla que sobre su blanca piel brilló herida por los rayos del sol. Aquel adorno, el mismo que por mandato de la difunta Berta había colgado Gertrudis al cuello de su hija, produjo en él un efecto indecible. Todo en él revelaba una vivísima emoción.

Pedro no necesitó más: sabía cuanto le convenía saber. En un momento formó su plan. Para llevarlo á cabo se levantó de su asiento, y dejando en libertad á la niña, le indicó con un movimiento del brazo que se alejase. La niña obedeció, pero no sin que ántes la llenase nuevamente de caricias el desconocido.

—Ya lo ha visto Vd., dijo éste así que el enternecimiento le permitió hablar. Sería inútil disimular más tiempo. Esa niña es hija mía.

—¿Hija de Vd.? preguntó Pedro fingiendo un asombro que estaba muy lejos de experimentar.

—Sí. Su edad, su nombre, el de la persona que aquí la ha traído y la medalla que lleva al cuello regalada por mí mismo á su desdichada madre en un día de felicidad que jamás se renovará, no me dejan ninguna duda. Es mi hija, repito, y como padre vengo á reclamarla.

—Perdone Vd., señor, observó Pedro con una indiferencia que no dejó de llamar la atención de su interlocutor. Yo no sé quién es usted, y para mí esa niña no tiene otro padre que el que me la confió. Si Vd. se considera con derecho para reclamarla, á él debe Vd. dirigirse y no á mí.

El desconocido, bajo cuyos toscos vestidos habra reconocido ya el lector á Guillermo Muralt, extrañó al pronto esta contestacion que contrariaba sus proyectos; pero los enfermos

que le habian dado respecto del montañés y sus propias observaciones no tardaron en tranquilizarle.

—Dirigirme á Walter, como Vd. indica, era lo más natural, dijo éste; pero á tratar con él he preferido entenderme con Vd. por razones que no le importa á Vd. saber, ni me conviene á mí manifestar. Por la tercera vez repito que esa niña es hija mia, que como tal me pertenece y que vengo á buscarla.

—Y yo siento tener que decir que no puedo consentir en ello. Solamente debo entregarla al que me la ha confiado.

—¿Y si yo insistiese?

—Me veria obligado á persistir en mi negativa.

—¿Es esa la última palabra de Vd.? preguntó Guillermo midiendo las suyas para que hiciesen mayor impresion en Pedro. ¿Considera Vd. que su resistencia se halla de acuerdo con su propia conveniencia? Reflexiónelo Vd. bien: Walter es un pobre sirviente que poco ó nada posee, mientras que yo, á pesar del traje que visto, soy rico. ¿A cuál de los dos le conviene á Vd. más complacer?

Pedro no contestó: estaba calculando. El interés era el único móvil á que obedecía. Después, sin embargo de hallarse cerrada su alma á todo sentimiento delicado, preciso es confesar que el porvenir de su hija entraba también en sus combinaciones.

Su atención no se fijó por tanto al pronto, sino en la ventaja que habia de resultarle de entregarla á un hombre acaudalado capaz de asegurar su felicidad, y que además de pagarle bien su complacencia, podia serle útil en lo venidero. De Guillermo debia esperar mucho, mientras que Walter nada más podia hacer ya por él. Sin embargo, el primero ninguna proposición le habia dejado entrever siquiera, y semejante tardanza comenzaba á irritarle. Como todos los hombres violentos, deseaba llegar pronto á su objeto. Hé aquí por qué para aclarar cuanto ántes la situación, dijo al fin:

—El asunto de que tratamos es demasiado grave para que lo ventilemos sin conocernos mutuamente. Si Vd. no lo lleva á mal, desearia saber su nombre ya que Vd. no ignora el mio.

—Me llamo Guillermo Muralt, contestó éste.

—Muy bien: el mismo apellido con que la niña ha sido bautizada en Waggis... ¿Y qué respuesta debo dar á Walter cuando venga en busca de la que llama él su hija?

—Cualquiera... Le dirá Vd. que ha desaparecido: que se la han robado. Careciendo de título que le dé derecho á su posesion, se hallará en el caso de contentarse con la primera disculpa que Vd imagine.

—Pero es lo cierto que, accediendo á lo que Vd. me propone, me expongo á perder mucho, sin que vea todavía lo que puedo ganar.

—¿Qué exige Vd. como recompensa de su condescendencia? preguntó Guillermo, á quien fué muy difícil ocultar el desprecio que Pedro le inspiraba. ¿Es oro lo que Vd. desea? Entonces señale Vd. mismo la cantidad.

Sin sentirse de ningun modo humillado por el tono que Guillermo habia empleado al hacer su pregunta, indicó la suma que exigia.

—Soy pobre, dijo, y debo pensar en mis necesidades y en las de los que de mí dependen...

—¡Basta! exclamó Guillermo interrumpiéndole y disponiéndose á partir. No necesito saber más. Mañana volveré á buscar á mi hija, y así que la haya recibido, quedará pagado el servicio que Vd. me presta. ¿A qué hora debo venir?

—Lo aguardo á Vd. á media noche, contestó Pedro despues de haber reflexionado durante algunos minutos.

—No faltaré.

Guillermo hizo un frio saludo con la cabeza, y se alejó.

—Poco me importa tu desden, pensó el montañés siguiéndole con lo vista. Eres muy dueño de sentirlo, ya que tan caro te resuelves á pagarlo. Los podecimientos que aguardan á tu hija en la miseria, me vengarán. El rudo cazador ha sabido más que tú, opulento señor, pues sin saberlo engrandeces á la mia mientras que humillas á la tuya, siendo yo el único que conoce la clave del secreto. Como el cucillo, la he introducido en tu nido para que la alimentes y la eduques. ¿Dónde está, imbécil, tu superioridad sobre mí para que así me desprecies?

Y satisfecho de sí mismo celebró con una sonrisa su victoria. ¿Era indicio aquella sonrisa de que reinaba la alegría realmente en su corazón? No podremos decirlo.

Sea como fuere, al recordar de improviso que iba á comparecer ante Ana, sintió una turbación que hasta allí no habia experimentado. Mientras pensaba en la ganancia que debia proporcionarle la venta de su hija nada temia; pero despues de haber realizado el infame contrato se sentia ménos sereno.

En semejante situacion adoptó el partido que le pareció mejor, y fué el de alejarse de la cabaña sin tardanza. Así lo efectuó, no regresando sino á hora de la noche suficientemente avanzada para que todos estuviesen dormidos.

El durmió tambien: su conciencia no hablaba bastante alto para quitarle el sueño. Sabia que no obraba bien; ¿pero qué le importaba? ¿No tenia la seguridad de que con su conducta, buena ó mala, labraba la dicha de su hija? ¿No han dicho otros, que se proclaman fieles observadores del deber y de la moral, que el fin justifica los medios?

Guillermo, que lo habia preparado todo durante el dia, fué exacto á la cita por la noche. A la hora convenida encontró á Pedro que le aguardaba en el huerto.

—¿Y mi hija? le preguntó sin perder tiempo.

—Ahora mismo la traeré, contestó.

—Despache Vd. Deseo estar lejos de aquí al amanecer. Cuando Vd. vuelva recibirá la cantidad prometida.

Con el paso cauteloso de todo el que se dispone á cometer una mala accion, penetró Pedro en la cabaña y despues en la habitacion en que Berta dormia. Conocedor del terreno, se acercó como un fantasma á la cuna en que ésta se hallaba sin producir el más leve ruido. Temia que Ana despertase y se opusiese, en el primer momento al ménos, á la realizacion de su criminal pensamiento.

Provisto de una cubierta de lana que le habia dado Guillermo, envolvió en ella la cabeza de la niña cuyos gritos sofocó. Tomóla en sus brazos en seguida, y salió usando de las mismas precauciones que al entrar.

En la cabaña siguió reinando el más pro-

fundo silencio, interrumpido solamente por la agitada respiracion de la desventurada madre á la que parecia atormentar entónces un penoso ensueño. Quizá dormida sufría anticipadamente los dolores que al despertar debia causarle la triste realidad. Cuando un gran sentimiento domina el alma, ésta vela mientras el cuerpo reposa, gozando á menudo del don de segunda vista.

—He cumplido mi palabra, dijo Pedro, acercándose á Guillermo inquieto con su tardanza.

—Y yo cumplo igualmente la mia, respondió éste, entregándole un saco lleno de oro con una mano, mientras que con la otra se apoderaba ansioso de su hija, cual si temiese que pretendiesen arrebatársela.

—Hemos concluido, exclamó despues de haberla cubierto cuidadosamente para resguardarla de la penetrante frescura de la noche.

—Ahora deseo que no averigüe Vd. dónde residido. Toda relacion entre nosotros queda terminada desde hoy.

Dicho esto, oprimió á la niña contra su corazon y desapareció en las tinieblas, á la vez que

Pedro, despues de haber recibido el saco, precio de su infame condescendencia, lo palpó ávidamente, como si tratase de averiguar por su volúmen y peso la cantidad que podia contener.

En seguida, despues de haberse cerciorado de que un completo silencio reinaba en la cabaña, se introdujo en ella sin hacer ruido, cerrando tras sí la puerta. Algunos momentos despues dormia profundamente extendido en el suelo.

Es verdad que ántes habia apurado una buena parte del kirsch contenido en una botella de que á tientas se apoderara. El malvado comprendió que necesitaba el pesado sueño de la embriaguez para alejar de su imaginacion algunas ideas enojosas que, á pesar suyo, le asaltaron y que en vano procuró rechazar.

—¿Qué será de mi hija? se preguntó á sí mismo con cierta inquietud. ¿Habré labrado su dicha ó su desgracia?

El amor paternal es un sentimiento tan natural y vivo, que hasta en el corazon de los malvados echa profundas raíces. Todos los demás afectos paeden morir en él ménos el que

inspiran los hijos, que con muy raras excepciones dura tanto como la existencia.

Y á no ser el amor de padre, ¿qué otro movimiento del alma podia agitarle? ¿Comenzaba acaso á sentir el punzante dolor de los remordimientos? Los remordimientos no existen para los hombres pervertidos, y él hacia mucho tiempo que lo estaba. Es cierto tambien que sus lábios pronunciaron varias veces el nombre de Walter, y entonces experimentaba un temor vago, indefinible. ¿Qué debia contestarle cuando fuese á reclamarle su hija?

—Nada, dijo cerrando los ojos. Mañana, ántes de amanecer, abandonaré para siempre esta miserable cabaña. Necesito aire, libertad: estas montañas me oprimen... sí... huiré de ellas.

Y mecido por tan criminal pensamiento, se quedó dormido.

IX.

El alud.

Al día siguiente, cuando Ana despertó, Pedro se hallaba ya lejos. La desamparada esposa, fatigada más bien que fortalecida por un sueño lleno de tristes imágenes y de pavorosos fantasmas, miró con desaliento en torno suyo. Todo le pareció triste y sombrío.

—¿Qué debo esperar hoy? pensó. Nuevas amarguras y sobresaltos.

Habia soñado, en efecto, que le robaban á su hija. Bajo el dominio aún de tan dolorosa ilusión se levantó, y para tranquilizarse, se acercó á la cuna en que la habia dejado la noche anterior.

La ilusion no tardó en convertirse en realidad: la niña no estaba allí. ¿Qué habia sido de ella entonces?

Al hacerse esta pregunta sintió una angustia que la privó al pronto de la facultad de raciocinar. El temor embarga las facultades mentales al mismo tiempo que paraliza las fuerzas físicas.

—¡Mi hija! dijo procurando contener las palpitaciones de su corazon que le impedian casi respirar. ¿Qué ha sido de mi hija?

Sin darse cuenta de lo que hacia, trató de ir en busca suya. ¿Dónde? ¿Lo sabia acaso? Levantóse, no obstante, con este objeto; pero le fué imposible dar un solo paso. Su cuerpo todo temblaba, y al llevar las manos á su frente como si quisiese hacer brotar debajo de ella una luz que la guiase en las tinieblas que oscurecian su entendimiento, las retiró bañadas en frio sudor.

Horrorizada, tanto por su desgracia como por su impotencia, procuró gritar y la voz espiró en su garganta.

—¿Qué es lo que me sucede, infeliz de mí?

¿No hay quien me socorra? exclamó interiormente.

Cuando se consideraba abandonada de todos, hasta de Dios, surgió una idea en su cerebro y con ella renació á la esperanza. Su cuerpo, que guardaba con dificultad el equilibrio, adquirió repentina firmeza. Adelantó un pie, y convencida de que podía andar, corrió hácia la otra cuna para ver si Berta estaba en ella. A fin de no equivocarse abrió extraordinariamente los ojos y los fijó en la almohada. ¡Ay! Bascaba dos cabezas y no encontró más que una. Era la de Margarita rodeada de rizos de oro, en medio de los cuales brillaba un rostro embellecido por la sonrisa de la inocencia.

La desdichada madre no pudo más: sus fuerzas estaban agotadas. Sintiendo que la vida la abandonaba por momentos, quiso luchar todavía, pero inútilmente. Sus rodillas se doblaron, vaciló, y despues de haber agitado los brazos en el aire buscando un apoyo, incapaz de sostenerse por más tiempo, cayó en el suelo exánime, pesadamente, como el árbol cuyo tron-

eo ha cortado por su base el hacha del leñador.

El ruido que su enflaquecido cuerpo causó al chocar contra las tablas del pavimento, despertó á la niña que dormía y que se sentó asustada en la cama. Cualquiera otra hubiera prorumpido en llanto; pero Margarita temió ser reconvenida y lo contuvo. Esto no impidió que procurase averiguar la causa que habia turbado su sueño. Entonces fué cuando al mirar en rededor suyo vió á Ana estendida en el suelo sin movimiento. Dar un grito y precipitarse sobre ésta fué para ella obra de un momento. Sofocando sus sollozos, mientras le prodigaba los más afectuosos nombres, intentó calentar su frio rostro con el suyo bañado en lágrimas. Sin tener aún idea de la muerte, temió perder á la que consideraba como su madre: el cariño es muchas veces más precoz y perspicaz que la inteligencia.

Los halagos de aquel ángel volvieron á la vida á la que casi era ya un cadáver. El primer movimiento de Ana fué llevar nuevamente sus manos á la frente para reunir sus ideas.

Trató de recordar, y con la memoria renació su desesperacion.

—¡Berta! gritó recorriendo la habitacion con extraviados ojos. ¿Dónde está la hija de mis entrañas?

Al oír Margarita esta pregunta, se levantó y corrió hácia la cuna de su hermana. No encontrándola en ella, se detuvo algunos instantes como para reflexionar, y se lanzó en seguida por la puerta de la cabaña que daba al huerto, y que como solo estaba entornada, cedió sin dificultad á la presion de su débil mano. Cuando la desventurada madre cesó de oír su vocecita argentina que fuera llamaba á la compañera de sus juegos, quiso levantarse para seguirla: el nombre de Berta, pronunciado por Margarita, habia llegado nuevamente hasta ella y se detuvo. La niña siguió llamando, pero cada vez más lejos. Al fin dejó de oír la por completo.

Aquel silencio la aterró. Con el objeto de calmar la ansiedad que la martirizaba, contuvo la respiracion, creyendo poder así oír mejor. El silencio continuaba. Entonces se decidió á salir

de la cabaña. Había dado ya el primer paso, cuando un ruido sordo, parecido al de un trueno lejano, paralizó sus movimientos. A quel rumor, bien conocido de los montañeses de los Alpes, pareció irse perdiendo en el aire gradualmente; mas fué para repetirse en seguida con mayor fuerza que al comenzar. Ana tembló comprendiendo el peligro:

—¡Mis hijas! exclamó angustiada, uniendo sus manos suplicantes.

El grito agudo, prolongado, salvaje de un buitre que pasó volando por encima de la cabaña fué la única contestacion que obtuvo la desolada madre.

Considerándose perdida, murmuró yerta de supersticioso terror:

—El *lamerqueyher* reclama su presa, héme aquí. Muera yo, pero sálvense mis hijas!

Y con el objeto de advertir á éstas que procurasen ponerse á cubierto del riesgo que las amenazaba, corrió hácia el huerto, pero tampoco aquella vez pudo llegar á él. El suelo comenzó á temblar, y la puerta, al llegar á ella Ana, se cerró estrepitosamente, como si la

hubiese impelido el brazo de un gigante.

Este inconveniente, sin embargo, lejos de abatirla, la afirmó en su resolución. No siéndole posible salir por impedírsele las mal unidas tablas que se oponían á su voluntad, se precipitó contra ellas con todo el peso de su cuerpo, insensible al dolor que al golpearlas experimentaba; pero aunque la desesperación centuplicaba sus fuerzas, las tablas resistieron.

En aquel momento recordó que podía hacer uso de la puerta principal de la casa, cerrada también. Igualando en rapidez al nuevo pensamiento que había concebido, se dirigió á aquella segunda salida. Su mano había cogido ya el cerrojo para correrlo, cuando otro sacudimiento más fuerte que el primero la derribó en tierra.

Entonces comprendió que luchaba con un poder superior al suyo. Convencida de que solo de Dios podía esperar ayuda, procuró enderezar su magullado y dolorido cuerpo para ponerse de rodillas y dirigirle una nueva súplica.

Sus labios pronunciaron los nombres de sus hijas, pero nada más. Un horroroso estrépito, helándola de espanto, le impidió proseguir. Cien cañones disparados á la vez no hubieran producido otro igual: parecia que el cielo se desplomaba sobre la tierra.

Anonadada bajó la cabeza y esperó resignada la muerte que consideró inevitable y que por todos lados la amenazaba. En efecto, no habia salvacion posible en la espantosa obra de destruccion que en aquel instante se efectuaba. El suelo, en vez de servir de fundamento á las obras sobre él levantadas, osciló como las olas del mar embravecidas por la tempestad: un viento impetuoso, arrancando las puertas de la cabaña, levantó el techo de ésta cual si hubiese sido de pluma: meciéronse las paredes, y paredes, puertas y techumbre fueron reducidas á menudos fragmentos, y envueltas en la oscuridad que sucedió repentinamente á la luz de la mañana, giraron en el aire con la rapidez del torbellino para caer en breves segundos sobre la tierra en que formaron un confuso monton de polvo y escombros. Lo que sucedia era

la renovacion del caos y la anulacion completa de las leyes que lo hicieron desaparecer.

Uno de los inmensos aludes de rocas y nieve endurecida, tan frecuentes en los altos Alpes durante la primavera, desprendiéndose de la empinada cima del Galenstock, se habia precipitado como un torrente en la llanura, arrastrando consigo cuanto se oponia á su paso. Las casas, los árboles que las rodeaban y los añosos abetos de que estaba cubierta la pendiente del monte, desaparecieron en un momento deshechos, confundidos, sepultados bajo una inmensa capa de hielo y piedras.

Como la mayor parte de las sinuosidades de la cordillera central de Europa en épocas anteriores, el valle de Geschenen acababa de sufrir en su fondo una trasformacion completa.

Obedeciendo los habitantes de la aldea á la propension investigadora que nos induce á buscar causas conocidas á los efectos extraordinarios, atribuyeron á los vicios de Pedro el cazador el terrible fenómeno que acababan de presenciar. Cansado el cielo de sufrir sus mal-

dades las habia castigado, segun ellos, sepul-
tándole bajo la tierra de modo que no quedase
señal de él ni de su morada. Desde aquel dia
tuvieron un suceso más que referir en las lar-
gas veladas del invierno.

X.

La aparición.

Hemos dicho que Walker y Gertrudis se habian retirado de la cabaña de Pedro satisfechos. Habian encontrado crecida y robusta á Berta, cuya belleza se podia ya adivinar. La atencion de ámbos se reconcentraba en aquella niña en que se figuraban ver revivir á la madre que tanto habian amado y á la realizacion de cuyos deseos habian resuelto consagrar toda su existencia.

Sin embargo, el desórden que en la casa habian advertido, la tristeza y decaimiento visibles de Ana y los rumores poco favorables que á sus oidos habian llegado respecto del cazador, les hacian desear llegase cuanto ántes el

momento de recobrar á su hija, como llamaban á Berta. A ello contribuyó tambien el desagrado que les causó Pedro con sus palabras y modales, que les parecieron muy distintos de como eran cuando le conocieron.

Personas sencillas, sin otro trato íntimo que el que habian tenido con sus amos, más inclinados por temperamento y por bondad á creer en el bien que en el mal, eran incapaces de adivinar la perversidad que en el abismoso corazón de aquel hombre se albergaba: carecian del conocimiento y penetracion indispensables para descubrir por la expresion de la fisonomía lo que en el alma pasa; pero con ese buen sentido natural, que es la ciencia de los que no poseen ninguna, habian comprendido que su confianza podia ser burlada de un momento á otro, y se felicitaban de que hasta entonces no lo hubiese sido.

Nacidos en aquellas alturas, en vez de dedicarse al cultivo de los campos, como sus padres, que vivian en la pobreza, habian preferido trasladarse á las ciudades para reunir, sirviendo á las personas ricas, una corta suma con

que adquirir en sus queridas montañas, por las que siempre habían suspirado, una propiedad en que pasar la vejez al abrigo de la miseria.

Al lado de Conrado y de su hija se conocieron y se casaron, y protegidos por ellos, que apreciaban en lo mucho que valían su honradez y fidelidad, pudieron efectuar considerables ahorros con que realizar sus planes. Muertos aquellos y aumentado su capital á consecuencia de los acontecimientos que conoce el lector, ya nada se oponía á sus deseos. Antes, por el contrario, hallándose estos completamente conformes con los de la madre de Berta, no dudaron en satisfacerlos lo más pronto posible.

Conocedores del país y de sus recursos por haber pasado en él su niñez y primera juventud, al saber que en el elevado y pintoresco valle de Urseren, no muy lejos de Geschenen, se hallaba de venta una granja rodeada de fértiles terrenos, como lo son por lo general los que se forman en el centro de las sinuosidades montañosas, resolvieron hacer su adquisición.

Los habitantes de las cuatro aldeas que en él se encuentran, y entre las cuales descuella

por su mayor importancia Andermatt, son de carácter vivo y alegre, y muy emprendedores, al revés de los de los valles inferiores: melancólicos y ménos comunicativos. Dedicados al cultivo de legumbres y otros frutos de la tierra, así como á la crianza de ganado que les proporciona los quesos más estimados en Suiza, se hallan siempre contentos, porque la naturaleza rara vez deja de corresponder á sus esfuerzos, colmando sus modestas aspiraciones. Los hoteles ó posadas que durante el verano y una parte del otoño se llenan de viajeros, y el transporte de mercancías á que el camino de San Gotardo da lugar, contribuyen á que los propietarios de terrenos no encuentren allí dificultad en colocar sus productos.

Por lo demás, el valle de Urseren, cubierto de verdor desde que el sol de primavera derrite las nieves del prolongado invierno de aquellas altas regiones, es en sumo grado romántico y pintoresco por sus bellezas naturales á la par que por el contraste que forma, apacible y risueño, con el lúgubre y oscuro paso de Schöllinen que á él conduce mediante la comunica-

cion establecida en las dos orillas del precipicio por el célebre Puente del Diablo, cuyo atrevido arco humedece de continuo el Reuss con el vapor que de él se desprende al precipitarse furioso y cubierto de blanca espuma despues de haber bañado el valle con su cristalina corriente.

Merced á sus soberbios puntos de vista coronados al Oriente por las nieves del Blauberg cuya cima se pierde en las nubes, el magnífico hotel del San Gotardo y otros más modestos que le rodean, se llenan materialmente de viajeros durante el verano. Es extraordinario el número de nombres ilustres que se leen en los baules y maletas depositados á la entrada del primero de dichos establecimientos, en que todo el que llega encuentra el *confort* más refinado.

Como se comprende, Walter empleó algunos dias en instalarse. La casa, sin ser grande, tenia capacidad suficiente para las tres personas que debian habitarla. No reinaba en ella la riqueza, muy lejos de ello; pero no faltaba tampoco cuanto es necesario para la vida.

—No estará mal aquí nuestra hija, dijo Gertrudis echando en torno suyo una mirada de satisfaccion, despues de haber arreglado algunos muebles en la pieza que servia de comedor á la vez que de lugar de reunion para toda la familia. Una labradora laboriosa y activa como será Berta, no debe desear más.

—Así lo espero, agregó Walter. Si cumple los diez y ocho años sin que su padre la reclame, con una buena dote y con un buen marido, quizá sea más feliz en esta humilde granja que en los dorados salones de Zurich á los cuales parecia estar destinada. Confiemos en que la Divina Providencia secunde nuestros esfuerzos y nos permita verla dichosa ántes de llamarnos á su presencia.

—Sí, confiemos en ella. Necesitamos su proteccion, porque cuanto dinero teniamos lo hemos invertido en la compra de esta propiedad, cuyos productos espero cubran nuestros gastos. Solo nos queda el depósito que nos entregó nuestra señorita para que constituya la dote de Berta.

—Ese depósito, por lo mismo, no nos perte-

nace. Es de nuestra hija, y debemos considerarlo como un objeto sagrado. El asegurará su futuro bienestar.

—Dices bien. ¿Y cuándo iremos en busca de la niña?

—Tan pronto como haya concluido algunos arreglos que absorben todo mi tiempo, y para los cuales necesito uno ó dos días más.

—¡Deseo tanto verla aquí, saltando sobre mis rodillas y corriendo por toda la casa! dijo la buena Gertrudis conmovida.

—Pronto quedarás satisfecha. El cielo que nos ha negado la dicha de tener hijos, nos ha concedido esa niña que nos consolará absorbiendo todo nuestro cariño.

Dos días después, como Walter lo había indicado, abandonaron los dos esposos su morada por la mañana muy temprano para dirigirse al valle de Geschenen.

El sol no inundaba de luz como otras veces los prados de esmeralda, cuya yerba pastaban las vacas y ovejas de larga lana tan blanca como la nieve del Blauberg. Era uno de esos días nublados tan agradables, no obstante, por la

dulce melancolía que ocasionan. Los objetos, careciendo de la dureza de contornos que les comunica la luz directa del padre de la naturaleza, aparecen con cierta vaguedad que aumenta su encanto. En días tales se vive más con los recuerdos que con las nuevas impresiones que se reciben.

Walter y Gertrudis pasaron, no sin santiguarse, el puente cuya aérea construcción sobre el Reuss parece confirmar el diabólico origen que se le atribuye, como lo indica su nombre. Numerosas son las tradiciones que á él se refieren, así como las relaciones de los sangrientos combates entre franceses, austriacos y rusos al disputarse su posesion. De aquí procede que nunca lo atraviesen los montañeses sin cierto temor, que aumenta en parte lo agreste del paisaje formado por una série de enormes rocas cortadas perpendicularmente, y en cuyas oscuras grietas solo crecen pinos negros y retorcidos destrozados por el raye ó por el soplo del impetuoso Fhon.

Los viajeros habian llegado al desfiladero de Schollinen, que precede al puente de Ho-

derli, cuando hirió sus oídos un lejano ruido cuya causa al momento conocieron.

—Una *avalancha*, dijo Gertrudis. No permita Dios que haya sorprendido á algun caminante ó cazador.

—Paréceme, observó Walter con vaga inquietud, que el ruido procede del rumbo cuya direccion llevamos: el Galenstock es temible durante la presente estacion por los desprendimientos de nieve que en él se efectúan.

—Nada más cierto por desgracia. Ahora me haces recordar que la cabaña de Pedro se halla situada al pie precisamente de ese funesto monte.

—Tienes razon.

—No sé cómo ese hombre ha podido resolverse á vivir con su familia en tan peligroso sitio.

—Para el montañés el peligro no existe nunca. Si lo temiese no habitaria nuestros valles.

Walter pronunció estas palabras con aparente tranquilidad; pero sin que él mismo lo advirtiese apresuró el paso de manera que

Gertrudis tuvo mucha dificultad en seguirle.

El presentimiento no es más que el anuncio interior de un acontecimiento próximo que se adivina ó prevé, y cuya realizacion anticipa la situacion de espíritu en que se halla el que lo experimenta. Walter, que caminaba rápida y silenciosamente, obedecía sin saberlo al influjo del que le atormentaba al penetrar en el valle de Geschenen.

Al llegar á la aldea, el presentimiento se convirtió en verdadero temor al observar el movimiento que en ella reinaba. Ya no le era posible dudar: la voz pública con sus centenares de lenguas cuya multiplicidad oscurece en vez de aclarar las noticias que propala, le instruyó bien pronto de la espantosa desgracia que acababa de suceder.

Fuera de sí, y acompañado de su mujer, no ménos atribulada que él, en poco tiempo se encontró en el lugar de la catástrofe. ¡Horrible espectáculo! La cabaña de Pedro el cazador habia desaparecido. En la altura donde se hallaba no quedaban más que las señales bien conocidas que deja todo alud tras sí. La pequeña

casa, sus infelices habitantes, los árboles que la rodeaban, todo yacia sepultado bajo un enorme monton de nieve y piedras.

Inútiles fueron cuantos esfuerzos se hicieron para encontrar siquiera los cadáveres de los que habian perecido. Walter y Gertrudis, casi locos de dolor y con la energía que comunica el último resto de esperanza, estimulaban el celo de los aldeanos dedicados con empeño á tan piadosa tarea, pero todo fué en vano. Transcurrió el dia, y nada se pudo hallar. Ningun gemido interrumpió el silencio solemne, religioso, con que sin descansar procuraban remover las rocas y los trozos de hielo.

Como debia suceder, tan infructuoso trabajo fué seguido al fin del desaliento. Sucdieron las sombras de la noche á la claridad del dia, y persuadidos los habitantes de la aldea de que Pedro habia perecido con toda su familia, comenzaron á retirarse lentamente encomendando á Dios la salvacion de las almas de aquellos cuyos cuerpos tan tristemente habian fenecido.

Los últimos que se quedaron allí fueron

Walter y Gertrudis. Sin embargo de hallarse exhaustos por la ansiedad y la fatiga, no se resolvieron á imitar á los demás. Perdiendo la esperanza de salvar á Berta, veían destruidos sus planes de dicha, no descubriendo en el porvenir más que soledad y vacío.

No obstante, cuando más afligidos estaban, se acordaron los dos esposos uno de otro, y como se amaban de veras, comprendieron que no estaban enteramente solos. El pensamiento de que se necesitaban mutuamente los reanimó. Entonces, obedeciendo á un movimiento simultáneo, se abrazaron, confundiendo sus lágrimas.

En aquel momento una voz débil, aguda, prolongada como un sollozo, trémula como un gemido, hirió los oídos de entrambos. Aquel sonido lejano, apenas perceptible y que nadie había notado hasta entonces en medio de la confusión general, los dejó inmóviles é hizo palpar sus corazones. Prestaron atención, y lo escucharon de nuevo.

Procurando no hacer ruido para no perder ninguna de sus inflexiones, se dirigieron hácia

el punto de donde parecía provenir. Aquellos instantes fueron solemnes para ellos.

La voz, entre tanto, se iba haciendo más distinta á medida que avanzaban.

—Si no me engaño es una niña la que llama, exclamó Gertrudis.

Walter aplicó el oído á una de las rocas más inmediatas situada al pie de la pendiente: la voz no procedía del suelo. Alzó la cabeza, y parecióle que, por el contrario, provenía de lo alto.

A pesar de las tinieblas que eran profundas, los dos esposos comenzaron á subir por el declive que formaba el terreno, ayudándose de las manos y siguiendo sin saberlo la direccion de la planicie en que ántes se hallaba la cabaña y que habia totalmente desaparecido.

La voz continuaba llamando su atencion, cada vez más clara.

Estimulados por una esperanza siempre en aumento é invocando la ayuda de Dios, prosiguieron su ascension.

No cabia duda: el sonido que los atraia con una fuerza tan misteriosa é irresistible, como

la que atrae el acero al imán, salía de debajo de las rocas de que estaba cubierta la pequeña parte de la superficie del plano horizontal saliente que en la pendiente del monte había constituido la propiedad de Pedro. Cubierto por aquellas rocas y enormes trozos de nieve, había allí sin duda un ser viviente, y en tal caso, no podía ser otro que una de las niñas que habitaban la cabaña.

—¡Berta! exclamó Gertrudis.

Esta obtuvo por respuesta un nuevo grito cuya procedencia fué imposible comprender. Además, la vista era inútil en la impenetrable oscuridad que los rodeaba. Cansados de subir sin fruto, y convencidos de la ineficacia de sus esfuerzos, los dos esposos comenzaban á desmayar.

—Cerca de nosotros hay alguien en peligro, dijo Gertrudis que, como mujer, conservaba una parte del ánimo que las personas de su sexo no pierden nunca completamente en las situaciones supremas. No debemos abandonarla. Corre á la aldea inmediata. Yo te aguardaré aquí mientras vuelves con los auxi-

lios necesarios. Sobre todo, que traigan luces.

Walter se disponia á seguir el consejo de su compañera, cuando la nevera del Dammafirn, invisible hasta entonces, se iluminó de improviso difundiendo en todos sentidos una claridad suficientemente viva para que se pudiese distinguir los objetos á bastante distancia. Aquella luz que, partiendo del fondo inundaba el espacio comprendido entre el Schneestock y el Galenstock, si bien ménos intensa que la eléctrica, trazaba en el aire su resplandeciente camino, reflejándose en la pendiente del último monte hasta el punto de hacer perceptibles sus menores asperezas.

—¡El *Alpenglúhen!* (1) gritó Walter. ¡Dios acude en ayuda nuestra!

(1) Las cimas nevadas de los Alpes se iluminan algunas veces cuando las condiciones atmosféricas son á propósito para ello, con una viva claridad algun tiempo despues de puesto el sol. Este fenómeno, debido probablemente al reflejo de nubes distantes, es llamado *Alpenglúhen* por los alemanes y *Segunda coloracion* por los franceses.

La voz que hasta allí les habia servido de guía, de que estaban pendientes con febril ansiedad despues de un silencio de algunos minutos, resonó más fuerte que nunca sobre sus cabezas, desde donde se esparció formando invisibles hondas hasta sus oidos.

Walter miró entonces hácia arriba, y entre las rocas que cubrian la ladera del monte distinguió una mancha oscura, cuyo centro ocupaba un objeto luminoso que variaba de forma frecuentemente.

—Allí está, exclamó Walter, cuya ansiedad se convirtió en la más viva alegría. Allí está.

Y con la agilidad propia de los montañeses, sin apartar los ojos de la vision temeroso de que se desvaneciese, trepó como una gamuza por encima de las piedras que rodaban bajo sus pies, llegó á una cueva en que reinaba una lóbreguez profunda, y estrechó entre sus brazos á una niña que cubrió de besos y que le devolvió sus caricias llorando con otras iguales.

Apoderóse de ella sin vacilar, bajó con su precioso fardo sin reparar dónde fijaba su plan-

ta, y la entregó á Gertrudis, que la recibió en sus brazos llena de júbilo.

Los dos esposos, formando con la niña un grupo tanto más conmovedor, cuanto que contrastaba con la muda insensibilidad de las sombras de la noche y de las asperezas de aquel solitario sitio, cayeron de rodillas para dar gracias á la Providencia.

Entonces Gertrudis, que habia tomado amorosamente entre sus manos el rostro de la niña para contemplarlo á la luz de la nevera, prorumpió en un grito. Aquel semblante no era el que anhelaba ver: era el de la hija de Pedro, que la miraba llena de inocente sorpresa.

—¡No es Berta! exclamó ¡No es nuestra hija!

Y, obedeciendo á un sentimiento que no consiguió dominar, rechazó de sí á la niña que prorumpió en llanto.

Walter y Gertrudis, al ver destruida la esperanza que hasta allí los habia animado, bajaron la cabeza agobiados por el peso de su dolor. Mientras tanto, Margarita lloraba en silencio sin comprender la causa del cambio que acababa de verificarse.

Walter fué el primero que fijó sus ojos en ella, y al advertir la dulzura y el pesar que en su cándida fisonomía se pintaban, se sintió enternecido.

—¡Pobre criatura! exclamó inclinándose y acercándola á sí; mira cómo llora.

—Pero no es nuestra hija, observó Gertrudis.

—Si no lo es, no por eso deja Dios de ordenarnos que la salvemos. Nuestra dureza la ha entristecido.

Gertrudis comenzó á comprender que no habia obrado bien.

—El silencio de muerte que nos rodea, continuó Walter, indica que aquí no hay más seres vivientes que nosotros tres. Nuestros pies están probablemente pisando los restos de los que habitaban la destruida cabaña, entre los cuales..... mi corazón se destroza al decirlo, se encuentran los de Berta. Respetemos los impenetrables designios de Dios. Si él nos ha privado de ella, nos envía en su lugar esta pobrecita huérfana á quien ha dispuesto que amparemos.

—¡La hija de Pedro! dijo Gertrudis.

—Que no es responsable de las culpas de su padre. Ella ocupará el puesto que la *otra* deja vacío. Ven á nosotros, inocente criatura, que al dar los primeros pasos en la vida, tropiezas ya con la desgracia. Enjuga tus lágrimas, que no estás desamparada. Bajo nuestro techo hallarás abrigo, y nuestros pechos te darán calor. Gertrudis, ¿me he engañado al hacerle también, á nombre tuyo, esta promesa?

Gertrudis, en vez de responder, cogió precipitadamente entre sus brazos á Margarita, y la cubrió de besos.

El angelito la miró sonriéndose al través de sus lágrimas. Aquella sonrisa tan inocente, al par que tan expresiva, ¿no era ya de por sí una dulcísima recompensa?.....

.....

.....

Las investigaciones practicadas en los días sucesivos solo dieron por resultado el hallazgo de los mutilados restos de Ana, los cuales fueron sepultados por los habitantes de la aldea en el cementerio del pueblo más cercano. El

cielo habia puesto término á los padecimientos físicos y morales de la infeliz esposa cuya existencia solo hubiera servido para continuarlos.

En cuanto á los demás, su desaparicion quedó envuelta para aquellos piadosos montañeses, así como para Walter y Gertrudis, en el más profundo misterio. Sin embargo, la creencia más general era que sus cuerpos yacian bajo la inmensa cantidad de rocas caidas sobre la cabaña, imposibles de remover por su gran tamaño.

En cuanto á la intervencion divina en el funesto acontecimiento, los aldeanos modificaron su opinion. La aceptaban, pero les repugnaba considerar lo sucedido como un castigo provocado por las maldades de Pedro, porque aun cuando hubiese sido él víctima de la catástrofe, lo habian sido tambien Ana y la pequeña Berta, que en nada habian ofendido á Dios.

Margarita, cuya salvacion se debia á la circunstancia de haber ido á buscar á su hermana á la cueva donde acostumbraban jugar juntas, y en cuyo interior la sorprendió el alud, era la única que habia sobrevivido. ¿Fue una fortuna

ó una desgracia para ella? Este era un secreto que reservaba el porvenir. Por de pronto habia sido perfectamente acogida en la hospitalaria morada de Walter. Al penetrar en ella solo habia encontrado rostros benévolos y sinceras caricias. Los montañeses no tenían la certeza de que Berta hubiese perecido; pero todas las probabilidades parecían indicarlo. Podían, pues, cifrar su amor entero en la huerfanita que Dios por medios tan extraordinarios parecía confiarles. Ni siquiera por un momento volvieron á recordar la perversidad del hombre á quien creían que debía la vida, y de cuya mala conducta se informaron despues minuciosamente. Como Walter lo habia dicho, la hija no debía ser responsable de las faltas del padre. La habían tomado bajo su proteccion, y desde el día en que penetró en su morada, le prometieron quererla como si hubiese sido su hija. Walter y Gertrudis pertenecían al número de los que nunca faltaban á su palabra.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

LAS DOS HERMANAS DE LECHE.

I.

El baile.

Quince años han trascurrido desde que ocurrieron los acontecimientos que acabamos de referir. Dos de las personas que en ellos figuraron se hallan reunidas con otras muchas en una de las moradas más suntuosas de Ginebra, recientemente edificada, fuera del oscuro recinto constituido por las estrechas y tortuosas calles de la antigua ciudad. Aquel palacio, pues bien merece tal nombre por sus vastas proporciones y elegante construcción, pertenece á Guillermo Muralt, que lo inaugura con la brillante fiesta que en él se efectúa.

Mientras en el exterior la blancura de la

nieve caída el día anterior refleja los rayos de la luna, cuyo pálido resplandor parece mitigar los rigores de una de las noches más frías que se recuerdan en la población bañada por el azulado Lehman, en el interior de los salones, adornados con el gusto más esquisito, se entregan al placer cuantos constituyen la mejor sociedad ginebrina.

Ninguno de los que allí están ha podido sustraerse al deleite que en aquella atmósfera radiante de luz, embalsamada por los más penetrantes perfumes, forma invisibles corrientes que como las de la electricidad, circulando en mil sentidos diferentes los envuelve á todos sin distinción de sexo ni edad, conmoviéndolos y penetrándolos. Los jóvenes particularmente, que siguiendo los precipitados compases de un vals, arrebatados por la embriaguez que los domina al mundo ideal de las ilusiones, han perdido de vista la vida real, disfrutan sin reserva del placer que embarga sus facultades; y es que la juventud tiene la envidiable facultad cuando goza de repeler lejos de sí los recuerdos muchas veces importunos de lo pasado, y

las inquietantes incertidumbres del porvenir para entregarse por entero á las emociones del momento presente. Que sea larga ó corta la vida, ¿qué le importa? En el delirio que la exalta, solo placeres le pide, aun cuando para obtenerlos sea condicion precisa morir así que hayan terminado.

Dos personas, sin embargo, parecen no hallarse en el mismo caso que los demás. Una de ellas es Guillermo que, en su calidad de amo de casa no cesa un momento de vigilar para que nada falte de cuanto pueda contribuir al recreo de los concurrentes, martirio á que está condenado todo el que da una fiesta; y la otra un mancebo de aspecto distinguido y rostro tan bello como inteligente, que en vez de tomar parte en el contento general, contempla en actitud melancólica y medio oculto en el hueco de una de las ventanas del salon, á los que bailan, con sus negros ojos en que brilla unas veces la cólera contenida por el disimulo que la buena sociedad impone á cuantos la frecuentan, y que revelan otras tanta tristeza como desaliento.

que se burlan de su inercia poco conforme con sus años al pasar bailando por delante de él con la rapidez del torbellino, ni las simpáticas miradas de las jóvenes que, como otras tantas apariciones, se le acercan para desvanecerse en seguida en la animada corriente de que forman parte. Insensible á todo, permanece inmóvil cual una de las estatuas de mármol que adornan el salon, ménos solamente cada vez que una de aquellas encantadoras bayaderas le toca con la falda del vestido ligeramente alzada por la velocidad del movimiento, ó le dirige una sonrisa que le hace estremecer.

Bajo aquel aspecto elegante, tras aquella fisonomía á que una barba negra unida á sedosos cabellos del mismo color, comunican una viveza y expresion verdaderamente meridionales, se alberga sin duda un alma que en vez de gozar sufre, y á quien el contento de los demás importuna. Por eso es que ninguna impresion le causan las chanzas de sus amigos.

Este era el cuadro que ofrecia el salon cuando, fuese cálculo ó casualidad, la jóven, que parecia absorber por completo la atencion del

personaje que hemos presentado primeramente al lector, en una de las vueltas que dió al llegar cerca de él, dejó caer el perfumado ramillete de violetas que llevaba en la mano. Ver las flores y precipitarse sobre ellas para librarlas de las pisadas de los que bailaban, fué obra de un momento. Cuando intentó devolverlas á su dueña ya no era tiempo: Berta, pues la joven no era otra que la hija de Guillermo Muralt, habia desaparecido.

Pero la orquesta habia dejado de tocar entonces, y como cesando el baile era posible la circulacion, se dirigió hácia una de las puertas contando con que Berta no tardaria en pasar por ella. Su cálculo salió errado. Inútilmente la aguardó algun tiempo.

Convencido de que habia tomado otra direccion, se encaminó hácia una prolongada galería cubierta de cristales y trasformada en jardin, circundada como se hallaba de macetas en que las flores y los arbustos más fragantes así de la zona templada como de la intertropical, estimulados por una temperatura artificial mucho más elevada que la reinante en el exterior,

ostentaban en medio del invierno todos los esplandores de la primavera.

En aquel sitio delieioso bañado por los rayos de la luna cuya palidez contrastaba agradablemente con el tono más subido y fuerte de los que despedían las arañas y candelabros pendientes del techo y hábilmente distribuidos en medio del follaje, la encontró jadeante y presa aún de la agitación que produce el baile, sentada en un sofá al lado del que había sido su compañero.

¡Qué hermosa estaba reclinada sobre los cojines de verde terciopelo, cuyo color oscuro hacía resaltar los contornos de sus formas algo robustas, pero hábilmente disimuladas bajo la elegancia de un vestido de rico encaje salpicado de rosas de subido color que, formando dos guirnaldas al partir de entrambos lados del borde de la falda, iban á cruzarse en su redonda cintura proporcionada al desarrollo de su busto cuya opulencia se adaptaba admirablemente á la corrección de las curvas que en todos sentidos la limitaban! No era ménos bello su rostro ovalado, animado por dos ojos azules,

brillantes y expresivos, en que se adivinaban eclipses fascinadores de amor y relámpagos deslumbrantes de orgullo, sombreados por arqueadas cejas rubias á la par que los cabellos que, formando abundantes bucles naturales, caian por detrás sobre sus hombros blancos como el alabastro y suficientemente descubiertos para que se pudiese notar el movimiento que á su garganta comunicaban los restos de la excitacion causada algunos momentos ántes por el baile. Su boca, en forma de corazon y ligeramente levantada por ámbos extremos bajo una nariz recta y bien delineada como la impone el tipo de la belleza griega, daba á su fisonomía una expresion más propia de la altivez de Juno que del natural abandono de Venus. En fin, sus manos, cuyos prolongados dedos cubrian guantes de delicada piel blanca, y sus pies no muy pequeños, pero estrechos y bien calzados, que en la actitud llena de gracia y abandono originada por el cansancio, permitia ver la falda del vestido ligeramente alzada cruzados sobre la alfombra imitando fresco musgo, completaban su hermosura realzada por su

propia irregularidad, que constituía en ella la armonía, y perteneciente por tanto al género de aquellas que lo mismo pueden inspirar un amor ciego que un ódio profundo, pero nunca indiferencia. La perfección física no constituye siempre el atractivo exterior de la mujer. Sus defectos son capaces de cautivar siempre que se adapten rigurosamente al carácter general del conjunto. Un pintor de la antigüedad creyó trazar una figura adorable reproduciendo los rasgos más correctos de las bellezas que se presentaban á su vista, y solo produjo un monstruo de fealdad. Faltábale á la figura la unidad sin la cual no podía constituir un todo armónico.

Tal era Berta, á la que hemos conocido niña en la cabaña de Pedro el cazador, y á la que volvemos á ver al cabo de quince años en todo el apogeo de su hermosura, en la espléndida morada del que la consideraba como su hija. Dotado Guillermo Muralt de la independencia que proporciona la riqueza, á fin de evitar las hablillas á que no podía ménos de dar lugar su repentina aparición en Zurich, donde era de

todos conocido, con una hija de tres años que ántes nadie habia visto, y cuyo origen debia necesariamente inspirar curiosidad á causa de su estado de soltero, resolvió desde luego mudar de domicilio y establecerse en Ginebra donde no existian para él iguales inconvenientes.

Un año despues de su llegada, la buena sociedad, cuyas puertas le abrió sin dificultad su opulencia, sabia, porque así se lo dijo, que era viudo, que su esposa habia perdido la vida al dársela á la preciosa niña que le acompañaba, y que el objeto principal de la suya era educar á su hija de un modo conveniente á la posicion que debia ocupar. Instruida de estos antecedentes, nadie le preguntó más, porque nadie necesitaba más aclaraciones. La riqueza es el más persuasivo de los argumentos; su brillo deslumbrante hace cerrar los ojos de todos, llevando siempre en pos de sí la confianza y la conviccion. El mundo solo se muestra exigente con aquellos cuya situacion no se halla bien definida. ¿Quién es capaz de mirar con recelo á un millonario cuyo dinero le permite dar y le

evita pedir? ¡Si se tratase de un pobre sería cosa muy distinta!...

Así trascurrieron los años que dedicó á la educacion de Berta, tarea que absorbió todo su cuidado. Fiel á la memoria de la que consideraba como su esposa ante Dios, ya que no lo habia sido ante los hombres, su hija fué el único objeto de su amor, así como fué su único pensamiento asegurar con una instruccion esmerada y sólida su futura felicidad. ¿Y consiguió acaso su objeto?

Guillermo habia logrado, en efecto, adornar el entendimiento de Berta que aprendió con facilidad cuantos conocimientos son necesarios á una señorita destinada á brillar en los salones, pero no formar como deseaba su corazon. La amaba demasiado para conocer sus defectos.

Envanecido, extraviado por los interesados elogios de los profesores encargados de instruirla, no advirtió que las inclinaciones que le hemos visto manifestar en sus primeros años se habian convertido en verdaderas cualidades con la edad, constituyendo la base de su carácter. Esta falta de penetracion, ó más bien la incon-

siderada indulgencia de un cariño irreflexivo dispuesto á disculparlo todo, dió lugar á que los defectos que debieron ser combatidos cuando niña, fue en aumentándose hasta el punto de perjudicar á la jóven. La que al principio mandaba como déspota en su casa exigiendo de todos, incluso su padre, una obediencia inmediata, incondicional, cuando conoció más tarde el poder de su belleza, se mostró tiránica tambien con cuantos la rodeaban. En vez de cerrar desconfiada y modesta sus oidos á los elogios que le dirigian, los aceptó desde luego como un tributo debido á su mérito. ¡Ay de aquél que se hubiese atrevido á negárselos!

Este engreimiento dió lugar á que en su alma, exigente y egoísta, no cupiesen en las contrariedades de la vida, de que nadie se halla exento, la conformidad y mucho ménos la resignacion. Su voluntad, como el torrente que no pudiendo arrastrar los obstáculos que se oponen á su curso salta por encima de ellos, ante nada se detenía cuando queria obtener un resultado. La única concesion que hacia á las formas sociales que la costumbre le habia en-

señado á respetar, era ocultar sus sentimientos y sus proyectos bajo el velo del disimulo. Desde el momento en que concebía un deseo, necesitaba satisfacerlo. La reflexion no era capaz de detenerla en su camino.

Hé aquí por qué Berta deslumbraba en vez de cautivar. Al reflejarse en su semblante los sentimientos que constituian su índole, si se fijaban en él los ojos, se experimentaba la impresion que lo bello nunca deja de producir, cualquiera que sea el género á que pertenezca, pero no sin advertirse al mismo tiempo cierta dureza que sin saber por qué causaba á veces recelo y casi siempre temor. Por esta razon tenia admiradores dispuestos á quemar incienso en el altar de sus gracias, pero no amantes verdaderos. En las adoraciones que recibia, tomaban parte los lábios, intérpretes de los sentidos fascinados, y no el corazon. Mas ¿qué le importaba á ella que así fuese? ¿Se ha tomado el trabajo reina alguna de averiguar el origen de las adulaciones que recibe? La lisonja halaga su vanidad, acaricia su orgullo, establece su supremacía, y esto le basta. Así se explica el

origen de los desaciertos de casi todas ellas.

Guillermo, no obstante su alucinacion, comprendia frecuentemente que Berta no habia realizado ninguna de sus esperanzas. Echaba de ménos en ella la dulzura de carácter, la sencillez atractiva, el modesto recogimiento que adornaban á su madre. Entre ésta y ella no pudo encontrar nunca, ni en lo físico ni en lo moral, el más leve rasgo de semejanza. Pensaba que su hija hubiera sido más perfecta, si en vez de su imperiosa energía, hubiese tenido la encantadora timidez que, siendo verdadera debilidad, constituye no obstante la fuerza irresistible de la mujer.

Pero estos momentos de lucidez no duraban más que el resplandor del relámpago en la bóveda del cielo: no eran suficientes para disipar las tinieblas en que vivia, y de las que tampoco pretendia salir por encontrar en ellas su dicha y su reposo. El hombre, cuando carece de bienes reales, se consuela frecuentemente con quimeras. La vida de Berta era la vida de Guillermo.

Ulrich de Travers, nombre del jóven que

en actitud melancólica hemos visto en el salon, no habia podido sustraerse al irresistible influjo que Berta con sus gracias ejercia en cuantos la contemplaban. Perteneciente á la antigua familia de los condes del mismo apellido cuyo miembro más ilustre fué Juan de Travers, estadista y reformador ardiente de su época, y dueño del castillo de Ortenstein situado en una romántica elevacion no lejos del punto en que se reunen los dos brazos del Rhin, solo conservaba del esplendor de sus antepasados una reputacion sin tacha.

Reducido por las vicisitudes de los tiempos á una modesta posicion, lo debia todo á un tio suyo, opulento propietario con quien vivia, y que le queria como si fuese su hijo. Hombre de experiencia éste, conociendo las ventajas que trae consigo toda profesion por humilde que sea, le obligó á que abrazase una. Ulrich se decidió por la medicina, y despues de asíduos y fructuosos estudios, vió coronados sus afanes con el título de doctor. Satisfecho por tener un modo de cubrir sus necesidades, trató de sacar partido de la ciencia que poseia sin que su tio

le hiciese observacion ninguna persuadido como se hallaba de que el trabajo es una de las mayores bendiciones de Dios. Secundado en sus nobles deseos por la fortuna, y más que todo por el aprecio que con sus buenas cualidades se habia grangeado, pronto contó un número considerable de enfermos que le proporcionaron dinero y bendiciones.

Demasiado grave, no obstante su edad, para formar parte del séquito de admiradores que en pos de sí llevaba Berta do quiera que iba, y demasiado reservado para hacer pública ostentacion del amor que ésta le inspiró al ser presentado en una de las reuniones que durante el invierno daba semanalmente Guillermo Muralt, encerró el sentimiento que lo dominaba en lo más íntimo de su corazon.

La primera recomendacion de todo hombre en Suiza, es el talento. La inteligencia en aquella nacion pobre, pero en alto grado ilustrada, vale casi tanto como la riqueza. Ulrich tenia, pues, un doble motivo para ser bien recibido en la buena sociedad que le asignaba de antemano los cuantiosos bienes de su tio; sin

embargo, prudente por naturaleza y acostumbrado á no contar sino con lo suyo, creyó ver una inmensa distancia entre Berta y él. Este pensamiento y la modesta opinion que de sí mismo habia formado, dieron lugar á que procurase sofocar los sentimientos de su alma, contentándose con amar en silencio á la jóven cuyo afecto no tenia la esperanza de conquistar.

De esta manera siguió frecuentando la casa de Guillermo que le recibia siempre con distincion, y si alguna vez con su tristeza desmentia su aparente serenidad, atribuíanlo sus amigos á las desigualdades de carácter generalmente consideradas como compañeras inseparables del talento.

Pero no era esta la opinion de Berta. Dotada de una penetracion poco comun, no tardó en adivinar lo que pasaba en el corazon de Ulrich. Además, ¿cuál es la mujer que no descubre al instante el amor que inspira?

Lo que no podemos decir, es si el descubrimiento le causó ó no satisfacion. Conociendo el mérito que solo con injusticia podia ne-

garse al jóven doctor, halagó su vanidad la certeza de contarle en el número de sus adoradores, pero no hubo más. Como su corazón no habia hablado hasta entonces á favor de ningun hombre en particular, las galanterías de todos la lisonjeaban. Antes por el contrario, mariposa así por su gentileza como por su volubilidad, las flores de la lisonja le eran tan necesarias, como las del prado al alado insecto á quien tambien por su versatilidad, ella y todas las mujeres las más de las veces se asemejan.

Sin embargo, entre esa cohorte de galanes que se disputaban sus sonrisas como los mendigos se disputan las migajas que de su mesa deja caer el poderoso, no faltó alguno que se quejase á la misma Berta de ciertas preferencias concedidas por ella á Ulrich. Esta hablaba sinceramente al defenderse de tales acusaciones, calificándolas de infundadas. Creia de buena fé que trataba al jóven médico de igual modo que á los demás, y como no habia consultado su corazón por pereza ó por no haberlo considerado necesario, si era cierta la deferencia que los celosos habian advertido, no habia sido compren-

dida por ella ni por la persona en quien habia recaído. Ambos tenían los ojos cerrados: él por modestia, y ella por vanidad.

No es de extrañar, pues, que al recoger Ulrich el ramillete que Berta dejara caer á sus pies, no experimentase alegría alguna. Lo llevó disimuladamente á sus labios por ser un objeto perteneciente á la mujer que amaba; pero no se consideró con ningun derecho para conservarlo. Atribuyó lo sucedido á la casualidad y se apresuró á entregarle á su dueña que al verle llegar, le acogió con una de sus más dulces sonrisas.

—Al fin, doctor, ha salido Vd. de su inmovilidad, le dijo. Si este caballero no me hubiese pedido anticipadamente el wals bailado últimamente, y al hablar así, señaló al jóven sentado á su lado, no habiendo en el salon ninguna señorita sin compañero, me hubiera considerado obligada como ama de casa á ofrecer á Vd. mi mano.

—Héahí un favor que todos hubieran envidiado y yo el primero, observó el jóven á quien acababa de indicar.

Berta sin contestar nada á estas palabras, agregó:

—El señor conde de Amerbach: el señor doctor de Travers.

Y presentó mutuamente á los dos jóvenes que se saludaron ceremoniosamente. Como ámbos frecuentaban el mismo círculo, se conocían de vista; pero aspirando á un mismo objeto, no habían entablado relaciones. Por otra parte, el aire pretencioso del conde alemán, pues procedía de la nación vecina, y el carácter reservado y sério de Ulrich, no eran propios para simpatizar.

—No comprendo, doctor, cómo puede usted permanecer indiferente al atractivo de las numerosas bellezas que esta noche nos han favorecido, dijo Berta algunos momentos despues.

—Bien sabe Vd. que no acostumbro bailar. Me divierto viendo cómo se divierten los demás.

—Eso quiere decir, exclamó Berta picada, que si le hubiese invitado á Vd. hubiera sufrido yo una negativa.

—Como, por fortuna ó por desgracia, no lle-

gó ese caso, no ha habido tentacion para mí, ni desaire para Vd. Reconvéngame Vd. por las faltas que haya cometido; pero no por las que se figura Vd. que pueda cometer.

—El doctor opina tal vez que los placeres del alma son impropios de los que se dedican á curar las enfermedades del cuerpo, observó el conde.

—Se equivoca Vd., contestó Ulrich. Otros placeres hay independientes del baile que están al alcance de todos los caracteres y que ninguna profesion rechaza. No creo que el alma goce solamente cuando los piés se mueven al compás de una melodía más ó ménos rápida, más ó ménos bulliciosa.

—No extrañe Vd. la observacion del doctor, dijo Berta riéndose; aunque jóven, tiene los gustos de un viejo. Prefiere los libros, así lo aseguran al ménos sus amigos, á las distracciones propias de su edad. Supongo, pues, que se habrá referido á los que aquéllos proporcionan.

—Tambien Vd. se equivoca, señorita. Sin embargo, no me negará Vd. que los libros son unos buenos amigos que cautivan el ánimo, en-

riquecen el entendimiento y no ocasionan desengaños.

—Tiene razon el doctor, exclamó Berta con tono que dejaba percibir una mal encubierta ironía. En este momento habla como un libro abierto.

—¡Por qué las palabras no han de expresar siempre el pensamiento del que las pronuncia! dijo Ulrich.

—Recuerde Vd. que, segun el más astuto de los diplomáticos, las palabras solo sirven para disfrazarlo.

—Y Vd. aprueba, al parecer, el precepto. Hubiera deseado lo contrario. De la costumbre de no decir lo que se siente, depende muchas veces que se separen personas nacidas para vivir estrechamente unidas.

—El disimulo es una necesidad á menudo impuesta por las leyes sociales, dijo el conde, que hasta entonces habia permanecido callado.

—No lo niego, contestó Ulrich. Con todo, el hombre verdaderamente leal debe recurrir á él lo menos posible.

—Veo que no es fácil cogerle á Vd. despre-

venido en la discusión, observó el conde de una manera que desagradó á Ulrich.

—Y yo por mi parte, agregó éste en el mismo tono, tengo la certeza de que si Vd. toma parte en ella, no faltarán frases ingeniosas dictadas por el talento.

—Perdone Vd. que no sea de su opinion, doctor, dijo Berta, que no acostumbraba tratar al conde con mucha dulzura. El verdadero talento no se revela con una palabra más ó ménos oportuna, con un concepto más ó ménos ingenioso. La luna resplandece en la oscuridad de la noche y, sin embargo, no hace más que reflejar una luz que no le pertenece.

—¡Muchas gracias! exclamó el conde poco satisfecho de lo que la jóven acababa de decir. Me ha rebajado Vd. á la categoría de los satélites. Bien; me conformo con serlo, siempre que sea Vd. el astro en torno del cual deba girar.

—Siento que haya Vd. dado tan mala interpretacion á una broma cuyo único objeto era sacar la conversacion del terreno de la seriedad en que estaba encerrada, dijo Berta riéndose.

Recuerden Vds., señores, que nos hemos reunido aquí esta noche para gozar y no para discutir. Estoy segura, doctor, de que no se ha acercado Vd. á nosotros para hablarnos de cosas tan graves.

—Nada más cierto. Con muy distinto objeto la buscaba á Vd.

—¿A mí? preguntó la jóven fingiendo una sorpresa que no sentia. ¡No es poca dicha! Por la primera vez tengo el gusto de que me dirija Vd. la palabra esta noche.

—Me hará Vd. el favor de creer que si no lo he hecho ántes, no ha sido por falta de ganas, sino de ocasion.

—Así son todos los hombres que presumen de leales. Se parecen á los políticos del dia, cuya conducta rara vez está de acuerdo con los principios que proclaman. Vd. para justificarse acaba de decir una mentira galante y, segun manifestó Vd. hace poco, la mentira no halla gracia nunca á los ojos de la lealtad. Confiese Vd., pues, que es la casualidad la que le ha conducido á este sitio.

—Vd. me ha juzgado mal, y presento la prueba de ello.

La prueba que indicaba Ulrich era el ramillete de violetas que tenia en la mano y que mostró á Berta.

—¡Flores! exclamó ésta, cuyas mejillas se tiñeron ligeramente de carmin. Si la dama que le ha hecho á Vd. el favor de regalarle su ramillete supiese la indiscrecion que acaba usted de cometer, no estaria muy contenta.

—Desgraciadamente, no he cometido ninguna, porque ningun favor de esa especie he recibido. Este ramillete es de Vd. Le ha dejado Vd. caer inadvertidamente, y la buscaba á usted para entregárselo.

Con el disgusto que sintió y que no pudo completamente ocultar, demostró Berta que, si no pronunció la palabra «torpe,» no fué porque no se le habiese ocurrido. Pero mayor desazon experimentó el conde que en tono que la dejaba percibir, dijo:

—La fortuna se complace á menudo en colmar de dones á los que ménos dispuestos se hallan á aceptarlos.

—Supongo que no se referirá Vd. á mí, replicó Ulrich. Yo no rehusó los dones de la fortuna, sobre todo cuando la caprichosa diosa tiene como en la presente ocasion tan encantador aspecto. Lo que sí no acostumbro nunca es apropiármelos si por casualidad los deja caer junto á mí.

—No harian todos otro tanto, exclamó Berta, que habia recobrado la posesion de sí misma. Tales escrúpulos los considero dignos de elogio, sin embargo de que se hallan aquí fuera de lugar. Ese ramillete no es mio.

—¡No es de Vd.! repitió Ulrich acariciando una esperanza que hasta allí no se habia atrevido á concebir.

—Si no recuerdo mal, no hace mucho llevaba Vd. uno igual en la mano, dije el conde disfrazando con trabajo su despecho.

Berta sintió el tiro que le habia dirigido el más asídúo de sus adoradores. El abanico que tenia colgado del brazo y que agitó vivamente cerca de su rostro le sirvió para ocultar su confusion.

—Dice Vd. bien, era sin duda igual, como van ustedes á verlo, murmuró.

Y aparentó que buscaba algo junto á sí.

—Es inútil que se tome Vd. ese trabajo: por más que haga no le encontrará Vd., prosiguió el conde deseoso de prolongar, por espíritu de venganza, la turbacion de la jóven. Además, este caballero asegura que lo ha visto caer.

—Repito que ese ramillete es de otra, exclamó Berta á quien comenzaba á mortificar la embarazosa situacion en que se hallaba. Habia olvidado que cedí el mio á una de mis amigas, que por haber llegado tarde no recibió al entrar el que le correspondia.

Esta explicacion buena ó mala, hecha en tono decidido, puso término á la discusion. Por otra parte, la orquesta favoreció á Berta prelu-diando la pieza que iba á bailarse.

—Conde, hágame Vd. el favor de conducir-me al salon, dijo la última levantándose.

—Tendré ese gusto yo si Vd. me lo permite, agregó un jóven que llegó precipitadamente á la galería, ofreciéndole su brazo. Esta es la polka que Vd. me ha prometido.

Berta consultó la pequeña hoja impresa con letras de oro en que habia marcado las piezas por ella ofrecidas.

—Tiene Vd. razon, dijo aceptando el brazo del jóven. Lo prometido es deuda.

Sus palabras pronunciadas en tono ligero fueron acompañadas de una agradable sonrisa, dirigida al conde, y de una mirada á Ulrich, que éste no supo cómo interpretar. En seguida, despues de haberse inclinado con gracia en ademan de despedida, se alejó. El primero no tardó en hacer otro tanto. En cuanto á Ulrich, se quedó en el mismo sitio en que se hallaba como petrificado.

Si el desconcertado doctor hubiese pertenecido al número de los que cuando comienzan á frecuentar el mundo sólo se ocupan en estudiar á la mujer, le hubiera llenado de satisfaccion aquella mirada, áun cuando espresase la desaprobacion de su conducta; pero tan tímido como modesto, sus investigaciones se habian limitado á los libros, único entretenimiento suyo ántes de conocer á Berta. No comprendió, pues, que reconviniéndolo ésta directamente,

como lo habia hecho, le indicaba segun todas las apariencias que intencionalmente habia dejado caer junto á él su ramillete; y que negándose á recibirle, le mostraba el deseo de que lo conservase.

Descontento de sí mismo y desorientado, sintió que comenzaba á invadirle el cansancio. Al pensar en los numerosos rivales con quienes tenia que luchar, todos hábiles, resueltos, perseverantes cuando se trataba de conquistar el amor de una mujer, se consideró inferior á ellos. ¿No era mejor renunciar con tiempo á una empresa que el éxito, á su ver, no debia nunca coronar? Este pensamiento atravesó rápido por su imaginacion, pero era ya demasiado tarde. Incierto llevó la mano á su corazon, y sus precipitados latidos le indicaron que amaba demasiado para poder dominar un sentimiento por el cual, al contrario, se hallaba él dominado.

—Sí, la amo, pensó bajando la cabeza con pesar. Lejos de huir de ella, una esperanza cuyo fundamento yo mismo no percibo, me induce á insistir en la demanda. Mi razon me

aconseja lo primero; mi pasión me impele á arrojarme á sus pies. ¿A cuál de las dos debo obedecer? ¿A cuál?... ¡A la que más de acuerdo se halla con los sentimientos de mi alma! ¡Ah! ¿Por qué la habré visto? ¡Es tan hermosa, por desgracia mía!...

Al hablar de este modo llevó el ramillete á sus labios y respiró con deleite su perfume. Sus ojos se fijaron entonces involuntariamente en el sofá que hacia poco habia ocupado Berta. Aunque mullido y elástico, conservaba visible aún la depresión causada en él por el peso de su cuerpo. La vista de aquel hueco que solo él hubiera podido advertir, acabó de extraviar su imaginación. Un cúmulo de sensaciones que hasta entonces no habia conocido, hicieron vibrar las fibras más delicadas de sus nervios, como si por ellas hubiese circulado el fluido eléctrico. Era un estremecimiento que le causaba placer y dolor á la vez, pero tan vivos que, incapaz de sostenerse en pie, cayó sin fuerzas en el sofá.

Esta especie de delirio durante el cual perdió de vista los objetos que le rodeaban, debió

prolongarse sin duda mucho, porque al abrir nuevamente los ojos que habia mantenido cerrados para que nada le distrajesse en la contemplacion de la imágen que admiraba con los de su alma, se fijaron en la misma Berta que lo consideraba desde lo alto de su imponente hermosura.

Por más que digan, un tonto y un hombre discreto, pero ciegamente enamorado, se asemejan entre sí como dos hojas de un mismo arbol. Ambos se hallan imposibilitados de calcular, y del cálculo depende las más de las veces la palabra oportuna que agrada y el movimiento gracioso que cautiva. En el que se halla poseido de un amor vehemente es donde con frecuencia se encuentran reunidos lo sublime y lo ridículo.

No sabemos bajo cuál de estos dos aspectos vió Berta á Ulrich, al encontrarlo extendido en el sofá, pero lo que sí podemos asegurar es que prorumpió en una carcajada al exclamar:

—¿Estaba Vd. dormido? En tal caso, siento haber interrumpido su sueño.

Estas palabras, dichas en tono burlon, las-

timaron al pobre Ulrich, precipitado repentinamente del delicioso devaneo que le extasiaba poco ántes por aquella risa sarcástica que más de una vez le habia hecho sufrir y temblar. Persuadido de que no le era favorable la situación en que se hallaba, intentó salir de ella echándolo todo á broma; pero su ingenio le negó el auxilio que le pedia, y las frases que encontró le encerraron en el círculo de las vulgaridades.

Puesto en pié, y sin saber qué postura tomar, los esfuerzos que hizo para ocultar su turbacion aumentaron el buen humor de la jóven.

—¡Pobre doctor! dijo ésta. Sin duda cansado de luchar con algunos de los complicados problemas que los fenómenos vitales oponen á las prescripciones de la ciencia, se rindió usted de fatiga.

—¡Oh! no, exclamó Ulrich recobrando una parte de su perdido aplomo. En vez de dormir estaba bien despierto. No se duerme bajo el influjo de un sentimiento que á todas horas del dia y de la noche nos domina. El sueño es el

reposo del espíritu, y el espíritu no descansa si el temor y la ansiedad le agitan de continuo.

—¿En tan triste situación se halla Vd.? preguntó Berta sin abandonar su tono festivo. Preciso es convenir en que nadie hubiera sido capaz de adivinarlo.

—¡Puede ser! dijo Ulrich tristemente. Usted, sin embargo, no debe ignorarlo.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Se figura Vd. que me divierto descifrando charadas? Jamás hubiera sospechado que el hombre acostumbrado á oír sin pestañear los gemidos del infeliz cuyos músculos corta sin piedad, fuese capaz de abrigar en su pecho un alma tan sensible y delicada.

—¿Segun eso, un médico no es un hombre para Vd.?

—Lo es; pero constituye una excepcion por lo mismo que tiene bastante sangre fria para hacer padecer á los demás sin padecer él por su parte.

—¿Y quién le ha dicho á Vd. que no padece?

¿Quién le ha dicho á Vd. que su mano no tiembla cuando toma el bisturí para hundirlo en el cuerpo del enfermo? Pero su valor es tan grande, tan grande su abnegacion, que animado por el deseo de salvar á un semejante suyo, se hace superior á sí propio, sofoca sus sentimientos, contiene los latidos de su corazon, y su mano deja de temblar, porque comprende que el temor ó la vacilacion pueden ocasionar la muerte del paciente á quien se propone salvar.

Ulrich, que se expresaba con vehemencia, se atrevió á fijar sus ojos en el rostro de Berta que por primera vez bajó los suyos, no pudiendo resistir los rayos de amor y de entusiasmo que lanzaban. Aunque la jóven no se conmovia fácilmente, sintió que los movimientos de su corazon se habian acelerado. Una mujer no es nunca indiferente á las manifestaciones de la pasion que inspira, sobre todo cuando la acompaña el lenguaje de la verdad.

No hallándose completamente serena, le fué difícil encontrar una de esas frases de dudosa significacion con que las personas de su sexo logran salir de las situaciones embarazosas en

que la vanidad y la imprudencia amenudo las colocan. No pudiendo, pues, hablar como quería, guardó silencio.

Ulrich, cuya natural timidez habia desvanecido la injusticia con que acababa de ser tratado, obedeció á la fuerza que le impelia. Su modestia le hacia desconfiar de sí, pero no era cobarde. Aprovechando, pues, la ocasion favorable que se le presentaba, exclamó interrumpiendo aquel silencio que comenzaba á ser molesto para ámbos:

—Acusábame Vd. hace poco de ser insensible, porque atormento el cuerpo del enfermo sin temblar. ¿Qué acusacion debo yo entónces dirigir contra Vd., que atormenta mi aima sin experimentar el deseo de aliviar sus dolores?

—¿Tan cruel soy? preguntó Berta sonriéndose. No lo sabia. ¿Cómo quiere Vd. que alivie dolores que Vd. tan hábilmente ha sabido disimular?

—O que Vd. no ha querido comprender. A ser cierto lo que Vd. dice, Vd. es la única que ignora mi amor.

Una nueva carcajada en que prorumpió

Berta fué el mejor medio que ésta encontró para salir del paso. Como Ulrich distaba mucho de ser un hombre vulgar, lisonjeábala el sentimiento que en él habia despertado y que no queria apagar negándole el combustible de la esperanza. Sin embargo, en aquel momento estaba muy lejos de participar de él. Tratando, pues, de hacer creer que consideraba como una broma lo que sabia era demasiado cierto, dijo:

—¡Pobre doctor! Los conocimientos humanos dicen que conducea al materialismo, pero los que Vd. posee lo han lanzado á Vd., por el contrario, en el mundo de las ilusiones.

La carcajada de Berta y su fria contestacion desconcertaron á Ulrich. Por la primera vez, á pesar de su inesperienza, le pareció ver bajo el seductor aspecto de aquella mujer el corazon helado y calculador de la coqueta. Ulrich se equivocaba quizá. Lo que habia de cierto era que no habia logrado conocer aún á Berta, mientras que esta lo conocia perfectamente á él, lo que le daba inmensa ventaja. Asi, con acento que revelaba profunda amargura, dijo:

—Ahora comprendo que me he equivocado.

¿Pero por qué me ha dejado Vd. continuar en mi error?

—¿Podía yo adivinar que pertenece Vd. al número de aquellos que, apoyando los pies en la tierra, dan lugar, por querer elevarse demasiado, á que su cabeza se pierda en el vaporoso azul de los cielos?

—¡Tiene Vd. razon! exclamó Ulrich abatido. He sido un loco y sufro el castigo que merece mi locura.

—Pero los locos pueden volverse cuerdos. Usted que es médico debe saber eso mejor que yo.

Y al hablar así, lo hizo con una de las sonrisas capaces de privar á cualquier hombre de la razon.

—¿Olvida Vd. que la locura es con frecuencia precursora de la muerte? preguntó Ulrich.

—Felizmente no nos hallamos en semejante caso, replicó Berta con su habitual ligereza. Pero ha terminado la polka y pronto dejaremos de estar solos. Ya que no hay tiempo que perder, ocupémonos del objeto que aquí me ha

traído. ¿Conserva Vd. el ramillete que perdí en el salon?

—O la memoria me es infiel, ó dijo Vd. no há mucho que no le pertenecía.

—La indiscrecion de Vd. me puso en el caso de faltar á la verdad, observó Berta con cierta acritud. Es mio y como tal vengo á reclamarlo. Lo necesito.

Berta se guardó muy bien de manifestar que el deseo de evitar los celosos comentarios del conde de Amerbach, capaz en su despecho de dar al lance más importancia de la que tenía, la ponian en la necesidad de obrar así.

Ulrich comprendió, sin embargo, que despues de su última separacion algo debia haber ocurrido que obligaba á Berta á recobrar lo que él nunca se habia atrevido á considerar como un donativo voluntario. Por supuesto, lo sucedido, en su natural desconfianza, se apresuró á interpretar en contra suya. Así, con profunda tristeza, dijo devolviéndole el ramillete:

—Hélo aquí. Todo lo he perdido á la vez.

—Pronto se desalienta Vd. El hombre debe perseverar.

—¿Y para qué? Cuando se pretende un imposible, vale más retroceder que continuar.

—Solo los cobardes obran de esa manera. Pero, como ama de casa, hago falta en otra parte. ¡Adios!

Dicho esto, desapareció por una puerta lateral.

Al encontrarse nuevamente solo Ulrich, se sintió presa de una angustia mortal. Lejos de Berta, cesó el valor que le sostenía. El exámen que de sí propio hizo no dió un resultado que le alentase. Antes, por el contrario, se estremeció al ver los estragos que en su alma había hecho aquel desgraciado amor. Entonces conoció la conveniencia que resultaría para él de alejarse de Berta sin tardanza; pero no se resolvió á efectuarlo sin contemplarla por la última vez. Con este objeto se dirigió al salón donde á la sazón no se bailaba. Las parejas que debían tomar parte en el próximo wals lo recorrían de un extremo á otro hablando alegremente. Entre ellas descubrió á Berta que acababa de entrar con el conde.

La jóven llevaba en la mano el ramo de vio-

letas que el último le pedia con insistencia. Berta, irreflexivamente, iba á dárselo, cuando al volver la cabeza vió en una puerta á Ulrich que, pálido y lleno de ansiedad, observaba sus movimientos.

La presencia del jóven doctor la hizo sin duda cambiar de propósito, porque en vez de entregar el ramillete al conde, como habia pensado, lo colocó en su seno. Ulrich, por desgracia suya, no advirtió la nueva determinacion de Berta, porque de haber sido así, no hubiese salido precipitadamente de aquella morada en que tanto habia sufrido.

¿Pero qué habia logrado con su fuga? ¿Halló por ventura en su casa el reposo que necesitaba? No: su lecho no le proporcionó más que largas y dolorosas horas de insomnio y de martirio.

En cuanto á Berta, no le sucedió lo mismo. Encontró el sueño reparador que en los dias de la juventud ocasiona generalmente el cansancio; pero no tan pronto como otras veces. Sin que pudiera evitarlo, la imágen de Ulrich, pálido como pocas horas ántes lo habia visto, la fascinaba, la importunaba á pesar suyo.

Al fin reflexionó que era jóven, bella y rica. Sabia por experiencia lo mucho que valen estas cualidades. La certidumbre de poseerlas hizo nacer en su espíritu turbado la confianza, y la confianza desvaneció el temor. Sus ojos se cerraron entonces y se quedó dormida.

II. ¿Es amor ó capricho?

Como hemos dicho, Ulrich no encontró en el lecho alivio á sus pesares. Cuando el alma sufre, el espíritu vela. Cansando al fin de padecer, cayó en una especie de sopor poblado de fantasmas y fecundo en dolores. Aquel sueño incompleto que no pudo privarle del conocimiento de su situación, fué causa de que se sintiese al despertar más abatido y desgraciado que nunca.

Pero llegó la hora en que acostumbraba visitar á sus enfermos, y la voz del deber imperiosa, irresistible para todos los caracteres rectos, le hizo olvidar sus sufrimientos y no pensar más que en los de aquéllos que esperaban de

su ciencia el restablecimiento de su perdida salud.

¡Cuán bella es la mision del médico! Su sola presencia basta, por la confianza que inspira, para reanimar al doliente y hacer revivir la confianza en el corazon de toda una familia atribulada. ¿Y la convicción de haber salvado la vida á un semejante suyo? ¿La satisfaccion que esto causa no es la mayor de las recompensas? No obstante, muchos hay que al poner en manos del médico unas cuantas monedas *en pago de sus visitas*, se consideran libres de toda obligacion hácia él. «Ha salvado á mi hijo, dice una madre, si es que llega á hacer esta concesion que otras convierten en la conocida frase: estaba de Dios que no muriese, y he retribuido su trabajo. Qué caros cuestan los médicos en el dia.» Estas palabras no necesitan comentarios.

Todo habia terminado, pues, para Ulrich. Convencido de que Berta no le amaba y de que como todas las coquetas sólo queria que aumentase el número de aquéllos á quienes sus gracias habian cautivado, tuvo momentos de

debilidad durante los cuales consideró la existencia como una carga; pero hombre digno aunque modesto, altivo en medio de su humildad, hizo un esfuerzo y se sintió al fin con valor bastante para romper las cadenas que le sujetaban y recobrar su perdida libertad.

Desde aquella noche en que le manifestó lo que sentia no volvió á su casa. Trascurrieron tres meses y se consideró curado de su pasion. Entónces ¿por qué su último pensamiento al quedarse dormido y el primero que se le ocurría al despertar era para ella? Más difícil es conocerse á sí mismo que conocer á los demás. La razon que proporciona su alimento á la fuerza de voluntad puede llegar á dominar así las pasiones como los vicios, pero con la condicion precisa de no ponerse otra vez al alcance del influjo de estos. Son enemigos de quienes se debe huir, evitando la lucha á toda costa, porque si ésta llega á renovarse, se pierde en un instante todo el terreno que con una prudente retirada se ha logrado conquistar.

Berta, entre tanto, seguia satisfecha dictando leyes á los que se disputaban sus sonri-

sas. El que más sumiso las obedecía era el conde de Amerbach, sin que por eso corriese con más fortuna que sus rivales. Desde el momento en que hablaba de su amor y de sus esperanzas, Berta se reía del uno y ponía coto á las otras. Aceptaba las adoraciones que le tributaban sin considerarse obligada á retribuir-las con ninguna concesion. Como todas las divinidades, admitia un culto incondicional sin cuidarse de lo demás.

Sin embargo, un dia tuvo el antojo de contar á sus súbditos, y halló uno ménos. Examinólos individualmente, y sus labios pronunciaron el nombre de Ulrich. La falta del jóven doctor la dejó pensativa. Las flores que aquel dia le prodigaron todos le parecieron descoloridas, sin fragancia, así como sus rebuscadas frases insípidas, vacías de sentido. Hubiera preferido á aquellos madrigales en que el arte ocupaba el lugar del sentimiento, uno de los pensamientos espontáneos de Ulrich, que eran el acento de un alma conmovida, y la expresion fiel del amor que en ella rebosaba.

Desde aquel día conoció que en la vida hay momentos de fastidio. Como era la primera contrariedad que sufría, mortificó su vanidad. Hasta allí le había parecido imposible que existiese un hombre bastante fuerte para resistir á sus deseos, para no acatar servilmente los decretos de su voluntad.

Viendo que pasaban semanas y hasta meses sin que Ulrich se presentase, el despecho que al principio sintió comenzó á convertirse en melancolía.

—¿Por qué no vendrá? se preguntaba á sí misma en la soledad de su aposento.

Y calculando el tiempo trascurrido desde que le viera por la última vez, recordó su declaración de amor en el baile y el modo como ella la había recibido.

—Sin embargo, pensó, no dije una palabra que pudiese ofenderle. Me reí de sus protestas aparentando no darles crédito... Nada había en esto que le humillase. Es verdad que le pedí el ramillete de violetas que dejé caer... no recuerdo si con intención ó sin ella; pero en vez de dárselo al conde de Amerbach, que me lo pi-

dió, tuve lástima de su tristeza y lo guardé en mi pecho.

Abriendo entonces un cajón de su tocador, agregó:

—¡Es singular! Esas violetas marchitas, sin fragancia, están aquí aún... ¿Por qué las conservo? ¡Debiera arrojarlas!... Así lo haré.

Y las dejó caer otra vez en el sitio en que antes se hallaban.

—¿Querrá acaso luchar conmigo el sábio doctor? preguntó en seguida pensativa. El combate no me parece igual. Por mucho que sepa, yo sé más que él, siendo yo además hermosa, mientras que él es... el mejor parecido de cuantos me fastidian con sus obsequios. ¿Por qué no vuelve? Esperaré todavía.

Y esperó, en efecto, algún tiempo, pero inútilmente. No solo no se presentó Ulrich en casa de Guillermo, sino que nadie le vió en los salones que acostumbraba frecuentar.

Esta terquedad acabó por irritar á Berta. Acostumbrada á ser complacida, la resistencia la puso de tan mal humor que nadie podía sufrirla. Triste unas veces, colérica otras,

eran víctima de sus caprichos, de su desigual carácter cuantos la rodeaban.

Sola una mañana en su tocador en el que el fuego de la chimenea mantenía una suave temperatura, envuelta en un finísimo peinador de batista, y contemplando libremente en el espejo sus encantos ocultos á los ojos de los profanos, y que aquél reflejaba fielmente, dominada por ese sentimiento voluptuoso que hace estremecer á la mujer cuando en la temprana edad, llamada por Dante *primavera de la vida*, libre de las trabas que la sociedad impone, se considera simplemente como uno de los seres animados pertenecientes á la naturaleza con todos sus instintos y deseos, dijo, admirando sus propias gracias:

—¿Pero cómo huye de mí? ¡Y yo que me creía irresistible! Porque sin duda soy bella; lo estoy viendo. ¡Oh! si trata de imitar á Aquiles retirándose despechado á su tienda, hace mal. Yo no puedo olvidarme de mí misma hasta el punto de ir á buscarle.

Si no le había ocurrido precisamente el pensamiento de ir á buscarle, había concebido el de

atraerle por medios indirectos, y cuando un deseo se apodera de las mujeres dotadas de su carácter, no acostumbran éstas separar por largo espacio el pensamiento de la ejecución.

—Bien considerado, añadió alzando la cabeza que habia tenido inclinada en actitud reflexiva, mientras que sus manos reunidas sobre sus rodillas jugaban distraidamente con el adorno de encaje que por delante guarnecía el peinador, no sé por qué me irrito. ¿Le amo acaso?

Esta era la primera vez que habia sondeado su corazón.

—De todos modos, murmuró como si temiese ser oída, hace mal, muy mal, desafiándome con su retraimiento. Se consideró humillado, y quiere que me humille yo á mi turno..... Eso no: ¡nunca!

Y se levantó despechada llamando á su doncella para que la vistiera.

Como necesitaba una persona en quien desahogar su mal humor, trató duramente á la pobre sirvienta, no perdonándole el más pequeño descuido.

Cuando se presentó en la sala descontenta

de todo y de todos y hasta de sí misma, se lamentó interiormente de las infinitas incomodidades que el trato social impone. Era día de recepción, y justamente deseaba estar sola. No obstante los esfuerzos que hacia para disimular su disgusto, comprendieron cuantos fueron á visitarla que se encontraba en uno de sus días de *spleen*, y no permanecieron en su compañía sino el tiempo indispensable, perdonándole su brusquedad en la que solo vieron los caprichos de una niña mimada.

El conde de Amerbach fué el que peor librado salió. Como se habia humillado, tuvo que sufrir el peso de sus desdenes. Berta lo calificó de insoportable; pero él habia concebido una opinion demasiado elevada de sí mismo para creerla. Segun él, á una jóven hermosa y rica se le pueden permitir tales veleidades.

Así que se hubieron retirado las personas que estaban en el salon, lanzó un suspiro de alegría y regresó á su tocador. Sin duda habia tomado una determinacion repentina. Al entrar fué su primer cuidado mirarse al espejo.

—¡Estoy bien! pensó.

Arregló con su blanca mano algunos bucles rebeldes que alteraban la armonía de su peinado, salió con la misma precipitación con que había entrado, recorrió en breves segundos la distancia que separaba sus habitaciones de las de su padre, y penetró en las últimas sin hacer ruido. Guillermo estaba de espaldas escribiendo y no la vió.

—Papá, dijo acercándose á él.

—¡Ah! ¿Eres tú, Berta? preguntó Guillermo volviendo la cabeza con semblante sério. Me alegro de que hayas venido. Así me ahorras el trabajo de llamarte. Siéntate.

Berta obedeció en silencio. La furtiva ojeada que dirigió á su padre le bastó para hacerle comprender que estaba descontento.

—Berta, dijo éste; la conducta que de algunos días á esta parte observas con todos nuestros amigos, sin distinción de sexo ni edad, es inconveniente y chocante.

—¿Pues qué falta he cometido? preguntó la jóven sorprendida. ¿Qué he hecho?

—Lo bastante para enagenarte la buena voluntad de cuantos nos favorecen con su trato.

—¡Bah! ¿No es más que eso? exclamó Berta riéndose. Recuerda que solo tengo diez y ocho años, y que á esa edad no le es posible á nadie dominarse, como los viejos que han venido á vernos hoy.

—Había personas de tantos años como tú, y ninguna se ha tomado la libertad de satirizar á los demás como tú lo has hecho.

—¿Qué quieres? No soy hipócrita y no sé por tanto disimular. Pero aprenderé, descuida. Cuando haya vivido tanto como tú, lo haré á las mil maravillas. Lo que deseo ante todas cosas es que deseches esa severidad que sienta mal á tu bondadosa fisonomía. ¿He perdido, por desgracia, tu cariño?

Y con los movimientos ondulantes, provocativos, de una gata ansiosa de caricias, se acercó á él, le echó un brazo por el cuello, y sentándose al borde del sillón que aquél ocupaba, agregó despues de haberle dado un beso en la frente:

—Papá, perdóname y no me guardes rencor. Repito que me corregiré. ¿Quedas satisfecho?

Esto era demasiado para Guillermo, poco

acostumbrado á recibir de su hija halagos tan expresivos. Débil en sumo grado, y dispuesto siempre á disimular sus faltas, su disgusto se desvaneció bien pronto. Sin embargo, persuadido de que las demostraciones de Berta, lejos de ser motivadas por el afecto, debian tener más interesado origen, continuó mostrándose reservado:

—Mil veces, le dijo conservando su seriedad, me has hecho igual promesa y mil veces has dejado de cumplirla. La sociedad impone á las jóvenes deberes que éstas no pueden infringir impunemente.

—¡Válgame Dios! Cualquiera que te oiga creerá que soy la peor mujer del mundo. Puedo tener defectos, pero mi conducta y mi nombre me ponen á cubierto de la crítica. Por lo que soy en público se colige lo que debo ser en lo privado.

—No todos acostumbran hacer tales deducciones. Decia Balzac, y Balzac era profundo observador, lo que no significa que te aconseje que lo leas, que nada se parece tanto á una mujer honrada como otra que no lo es.

—Eso decía Balzac porque era malo, como lo son en general todas las personas de su sexo. No extrañes, pues, que yo le pague en la misma moneda, recordando que cuando el Dr. Faust ordenó á Satan que se le apareciese bajo su más repugnante aspecto, se le presentó con la figura del hombre.

—Debo estarte agradecido, exclamó Guillermo riéndose. Ni aún siquiera me has exceptuado á mí en el epígrama.

—¡Oh! yo no me contraigo á tí, que eres el mejor de todos, replicó Berta renovando sus caricias.

—Bien, bien, consiento en creerte. Pero ya que hablas del Dr. Faust, he observado que otro doctor que venia amenudo á casa, que concurría con la mayor asiduidad donde nosotros acostumbrábamos ir, que frecuentaba, en fin, la mejor sociedad, que es la que tú y yo frecuentamos, ha desaparecido sin que le hayamos vuelto á encontrar en ninguna parte.

—¿Te refieres al Dr. Travers? preguntó Berta tratando de ocultar la turbacion que á pesar suyo avivó el carmin de sus mejillas. En efec-

to, ha dejado de venir acá; ignoro el motivo.

—Lo siento, porque es un jóven de talento mil veces superior á los que constantemente te rodean.

—Quizá tengas razon, pero no he venido en busca tuya para hablar del Dr. Travers.

—¡Ah! ¿Conque te trae aquí un objeto determinado? Ya lo suponía.

—Sin duda. Tú mismo me has dicho que al fin de la más insignificante accion humana se encuentra un deseo.

—Y lo repito. Lo que debemos procurar es que el deseo sea bueno y que se pueda manifestar delante de todos.

—Yo no los siento nunca de otra clase.

—Lo creo, observó Guillermo en un tono que desmentia sus palabras.

El giro que insensiblemente habia tomado la conversacion desagradó á Berta, poco dispuesta á recibir consejos y mucho ménos repreciones, aunque procediesen de su padre. Con el fin, pues, de darle otra direccion, comenzó á recorrer el gabinete en diferentes sentidos.

—¿Qué es eso? preguntó Guillermo. ¿Por qué te alejas de mí?

—¡Hace mucho calor!

—¡Calor! exclamó Guillermo sorprendido. Por Dios, Berta, acaba de una vez. Dí lo que quieres, y déjame continuar la carta que estoy escribiendo.

—¿Pues no me has oído? He dicho que tengo calor.

—Ahora sí que te comprendo ménos. Sentir calor cuando nos hallamos á principios de Abril.

—El mes de las lilas..... ¡Oh! este año se anticipa el verano, exclamó Berta con admirable aplomo.

—Ignoraba que te entretuvieses en hacer observaciones meteorológicas. Yo, por mi parte, creía, y sigo creyendo, que el fuego es aún necesario.

—Terrible empeño el tuyo en quererme igualar á tí, olvidando la diferencia de edad que entre los dos existe. La primavera no puede parecerse al otoño.

—Preciso es convenir en que no te has pro-

puesto hoy lisonjearme. Sin embargo, no olvides que las dos estaciones que has nombrado, para merecer su nombre deben ser *templadas*.

Guillermo pronunció con intencion la última palabra; pero Berta, sin darse per entendida, continuó:

—Será como tú quieras. En cuanto á lo que quiero yo.....

—¡Acaba! dijo Guillermo al advertir que Berta se detenía como si temiese proseguir.

—Quisiera, papá mio, murmuró la jóven, que anticipásemos este año nuestra ida á la quinta de Chambésy.

—Ya me figuraba yo que se te había ocurrido, como de costumbre, algun disparate. ¿No adviertes que sería demasiado pronto?

—La temperatura ha subido y no ignoras cuánto me disgusta el calor.

—¡Pero si no lo hace todavía!...

—Pues yo lo tengo y basta. Además, estoy cansada de fijar la vista en las calles y tejados de Ginebra. Deseo contemplar la naturaleza, ver cómo se cubren de verdor los árboles, oír el canto de los pájaros que saltan de rama en ra-

ma en el bosque ó que humedecen las puntas de sus alas en el lago al sorprender en su superficie los peces que constituyen su alimento. Quiero, en fin, respirar el aire puro que baja de las montañas, tan conveniente para mi salud...

Como si la larga relacion que acababa de hacer la hubiese sofocado, renovó Berta su interrumpido paseo por el aposento, echándose aire al rostro con las manos. Su peticion era tan extemporánea, que el primer impulso de Guillermo fué negarse á acceder á ella; pero no contaba con la astucia femenil á que tuvo que ceder al fin. Berta, que conocia la debilidad de su padre, le pintó de tal manera las diferentes indisposiciones que sufría y lo agobió con tantas caricias, que se salió con la suya. No se rindió, sin embargo, de un modo completo.

—A pesar de cuanto dices, vas á ser la primera en fastidiarte, observó éste. Cuando te encuentres sola en la quinta, echarás de ménos á tus amigas y amigos.

—Los invitaremos á que vayan á vernos como otras veces lo hemos hecho.

—Pero no irán, porque no son como tú, admiradores de la naturaleza cuando hace tiritar de frío y no reúne los encantos que has tenido tú la bondad de concederle en la presente estación.

—No temas que falten. Saben por experiencia que acostumbramos tratar bien á nuestros huéspedes, y no se negarán á acompañarnos.

—¿Y á quiénes corresponde figurar en la primera lista de convidados?

—Allá arreglaremos eso.

—¿Invitaremos también al doctor Travers?

Esta vez Berta se puso pálida. Su emoción fué tan visible, que Guillermo se apresuró á exclamar:

—Bien, bien, excluirémos al doctor.

—¿Y por qué? preguntó la jóven despues de haber vacilado algunos momentos y enrojeciendo repentinamente. No hay motivo para que deje de ir á vernos. Antes por el contrario: por lo mismo que ha tardado tanto tiempo en presentarse en casa, debemos darle la preferencia..... De esta manera, si tiene algun resentimiento..... infundado por supuesto, desapare-

rá en seguida. Además, como es hombre de talento, el doctor Travers no fastidia nunca. ¡Ojalá pudiese decirse de todos otro tanto!.....

Al oír á su hija, Guillermo fijó en ella una mirada interrogativa. Tan clara fué, que Berta no pudo ménos de comprenderla; pero se guardó muy bien de darse por entendida. Con la habilidad que las mujeres tienen para mudar de conversacion cuando hacerlo les conviene, cogió entre sus manos la de su padre exclamando:

—¡Qué bueno eres, papá querido!

—Sí, dijo Guillermo moviendo la cabeza en ademan de duda. Las hijas califican de buenos á sus padres cuando éstos les dan gusto en todo. ¿Pero indica semejante conducta bondad ó debilidad?

Guillermo pronunció estas palabras con cierto disgusto. Parecióle notar en las caricias de Berta una doblez impropia de sus pocos años. La hubiera querido más ingénua y ménos artificiosa. Pero esta advertencia interior de su propia conciencia solo duró un instante. El amor ciego que á su hija profesaba pudo más que todo.

—Déjame ahora, exclamó tomando la pluma que habia abandonado; quedarás complacida. Te prometo hacer cuanto debe hacerse.

—O lo que quiera yo que se haga, murmuró la jóven en voz baja al retirarse corriendo como una niña, despues de haber enviado á su padre un beso con la punta de los dedos.

La ficcion habia concluido. Berta varió completamente de aspecto al llegar á su habitacion. La alegría juguetona, casi infantil que su triunfo le habia ocasionado, desapareció enteramente. Despues de haber permanecido pensativa, cayó como fatigada en un sillón. exclamando:

—Las primeras dificultades están vencidas. ¿Lograré mi objeto?... Querer es poder.

III.

La elocuencia de las armas de fuego.

A pesar de la impaciencia de Berta, trascurrieron algunos días antes que su padre diese la orden de ir á Chambesy. Semejante traslación no ofrecía para él dificultades, porque la casa de campo poseía el mismo *confort* que la de la ciudad. Sin embargo, detuviéronle algunos asuntos en Ginebra más tiempo del que suponía, á pesar de las súplicas é importunidades de la caprichosa Berta.

Una circunstancia que pasó desapercibida para todos ménos para ella convirtió sus ruegos en exigencias, que Guillermo, no obstante su complacencia, creyó deber reprimir con cierta severidad.

Una noche en que la temperatura estaba más suave que de costumbre, se paseaba Berta con algunas amigas suyas por el gran muelle situado en la orilla izquierda del lago, precisamente en el punto en que sale de él, después de atravesarlo, el Ródano de azulosas aguas é impetuosa corriente.

A pesar de la estación, otras muchas personas de ámbos sexos habían abandonado los espléndidos hoteles cuyas fachadas miran hácia aquel hermoso y concurrido sitio con el objeto de disfrutar del tibio ambiente de tan apacible noche y del animado golpe de vista que el muelle ofrece con las elegantes tiendas y numerosos cafés que lo guarnecen y delante de los cuales ejecutan sus monótonas sonatas y populares canciones no pocos músicos ambulantes, la mayor parte de ellos italianos.

Berta y sus compañeras habían llegado á la extremidad del *punte des Bergues* cuando de improviso indicó aquella el deseo de tomar un sorbete en la isla Rousseau, á la que dicho puente conduce. La proposición fué unánimemente aprobada.

Algunos minutos despues, todas rodeaban una mesa situada junto á la puerta del café que en aquel sitio tantas personas atrae en verano y desde el cual, rodeada de frondosos árboles á la sazón privados de hojas, se contempla cómodamente la estatua de bronce que, sobre un sencillo pedestal y á poca distancia, representa el célebre soñador que ha dado su nombre á la isla, y cuyas numerosas obras le han inmortalizado apesar de no haberse realizado ninguna de las utopias con admirable estilo en ellas consignadas. Aquella islita en torno de la cual nadan durante el día numerosos cisnes y animada en las noches de estío por los acordes de una numerosa orquesta, estaba entónces silenciosa. Unicamente se oían las alegres carcajadas de las jóvenes que acompañaban á Berta, y las de ésta que parecia estar más alegre que otras veces. Los pájaros que con las últimas brisas de la primavera llegan á aquel sitio en busca de sombra y frescura, no dejaban oír aún su canto plañidero y triste á veces como un gemido, y alegre otras como la voz misteriosa de alguna de las ondinas que ju-

guetean en las transparentes aguas del lago.

Sin embargo, el contento de Berta no fué de larga duracion. La sonrisa que iluminaba su semblante desapareció de repente, dejando en su lugar una seriedad melancólica. ¿Qué podia haber ocasionado tan completo cambio? ¿Porqué sus ojos en vez de dirigirse indiferentes á uno y otro lado, se fijaban con frecuencia á la par que con disimulo en el tronco de un viejo y carcomido sauce, situado enfrente de ellas?

Es que detrás de aquel tronco habíale parecido distinguir un hombre que no apartaba de ella la vista. Como la luz que del café salia no llegaba al lugar en que estaba, no pudo cerciorarse de quién era; pero al hacer éste un movimiento le dió de lleno la claridad en el rostro y le pareció entónces reconocer en él á Ulrich, que se desvaneció en la oscuridad como una sombra tan pronto como se levantó ella de su asiento para retirarse.

¿Era realmente el jóven doctor el que Berta habia visto ó más bien una de las frecuentes alucinaciones á que se hallan sujetas las imaginaciones exaltadas por una idea fija ó un

deseo vehemente? Esta pregunta que ella á sí misma se hizo, indica que desconfiaba del testimonio de sus ojos.

De todos modos, aquel suceso no sirvió más que para aumentar la excitacion que experimentaba. Su padre, que habia advertido su tristeza y desasosiego, resolvió hacer de modo que recobrase la tranquilidad. Temia que con su carácter irritable, la resistencia á su último antojo tuviese para ella malas consecuencias. El sacrificio que su hija le exigia lo consideró como una parte de la expiacion de su falta. Tales contrariedades, aunque pequeñas, cuando se repiten con demasiada frecuencia, acaban por convertirse casi en un martirio. ¡Berta le ocasionaba tantas, por su desgracia!...

Obligado á permanecer unas tres semanas más en Ginebra á causa de sus negocios, dió al fin Guillermo una mañana la voz de marcha, y en la tarde de aquel mismo dia corria Berta alegre por las prolongadas alamedas del parque de Chambesy, cuyos árboles, cubiertos de nuevas hojas, exhalaban la suave fragancia que con deleite se respira al renovarse la vegetacion.

Como se habia previsto, el primero que se presentó en la quinta fué el conde de Amerbach. La jóven lo recibió llena de contento. Habia pasado tres dias sin ver más que á su padre y á las personas de la servidumbre, y aunque no lo decia temerosa de la burla de aquél, la soledad comenzaba á fastidiarla. El conde tuvo, pues, en su favor la oportunidad, que no es poca ventaja. Su llegada la libraba de la monotonía y, sobre todo, de la necesidad de encontrarse frente á frente consigo misma. Las personas dotadas de un alma contemplativa, sin ser misántropas, no consideran como una necesidad la continua compañía de sus semejantes. Berta no se hallaba en semejante caso. Si algunas veces suspiraba por el silencio del campo, era porque el bullicio de la ciudad la cansaba, como se cansaba de todo lo que no proporcionaba nuevas y vivas emociones á su alma desierta y perdida en un cúmulo de deseos, muchos de ellos irrealizables. De aquí provenia la versatilidad de carácter que tanto desagradaba á su padre.

Esa necesidad constante de proporcionar

alimento á su actividad, la hacia mirar, por otra parte, con desden las ocupaciones sedentarias de su sexo. Montar á caballo, trepar por las rocas en los sitios más peligrosos, matar al vuelo con una pistola la golondrina que hiende el aire velozmente, eran sus diversiones favoritas. Hé aquí por qué á los placeres monótonos de la poblacion preferia los que le brindaba la naturaleza agreste y accidentada de su patria. Guillermo habia tratado de hacerla renunciar repetidas veces á sus varoniles inclinaciones, pero inútilmente. Habia tenido que renunciar á su empresa, dejando que constituyesen uno de los rasgos de su original carácter.

El conde permaneció algunos dias en compañía de Berta y de Guillermo. Tan amable como la primera se habia mostrado con él al principio, se mostró reservado el último á quien el conde no agradaba. Poco tiempo despues las cosas cambiaron enteramente: Guillermo tenia que templar con sus atenciones la sequedad demasiado franca con que Berta le trataba.

El conde, á pesar de su amor propio, que á

veces lo cegaba, comprendió que no era aquella la ocasión más á propósito para captarse su cariño. Resolvió, pues, retirarse como lo efectuó, aunque sin renunciar á sus pretensiones, cuya realizacion aguardaba del tiempo.

—Yo volveré, decia en su interior al regresar á Ginebra, y entonces... entonces conseguiré mi objeto. Berta es un fruto que se desarrolla, pero que no ha llegado aún á su completa madurez. Un hombre hábil como yo debe esperar á que se haya sazonado y aprovechar el momento oportuno de cogerlo.

El conde discurría así fascinado por la belleza de Berta y deslumbrado por sus millones. Y como por otra parte el amor propio es ciego, no le permitió ver que el papel que desempeñaba era precisamente el de los personajes que en los dramas y novelas se limitan á poner en relieve las cualidades de los *protagonistas*, no influyendo de una manera directa en la marcha de los acontecimientos. Parecióle, pues, bastantes dos semanas, terminadas las cuales, arrastrado por su impaciencia, regresó á Chambesay.

Tanto Berta como Guillermo le recibieron cortésmente, pero sin mostrar grande alegría. A la primera no le pesaba tener una persona en quien poder descargar su mal humor, y el último consentía en disimular su repugnancia con tal que el que la motivaba fuese capaz, bien con su ingenio ó con sus torpezas, de distraer á su hija.

A la verdad, nadie más á propósito que él para eso, porque á trueque de conseguir la realización de sus planes, sabía plegarse á todo con la astucia de la serpiente que se recoge sobre sí misma para lanzarse con mayor seguridad sobre su presa y clavar en ella sus emponzoñados colmillos.

El placer mayor de la jóven era montar á caballo, á fin de recorrer las pintorescas inmediaciones de la quinta. Osada hasta la imprudencia, se divertía en poner á prueba la habilidad ecuestre del conde, saltando elevadas cercas y profundas zanjas abiertas por el agua que, descendiendo de lo alto de las montañas al derretirse las nieves ó en la estación de las lluvias, va á perderse en el lago.

Esto hacian una tarde. Nunca se habia mostrado Berta más ávida de emociones, ni el conde más dispuesto á complacerla. Los caballos comenzaban á dar muestras de cansancio el cual iba tambien invadiendo á los ginetes.

Hallábanse á la sazón no lejos de Pregny, donde ostenta sus elegantes líneas el palacio habitado un dia por Josefina, primera esposa de Napoleon I, y más tarde por la famosa Lola Montes, que tanto dió que hablar por sus galantes aventuras, y que tan vehemente pasión logró inspirar á uno de los monarcas alemanes de su tiempo.

En el momento en que el sol se ocultaba tras el Monte Blanco que, visto de aquel punto, se eleva á lo lejos como un gigante sobre las demás montañas, regresaban á la quinta por un camino profundo trazado en el antiguo lecho de un torrente, sin advertir que los densos y oscuros nubarrones que por el Este se amontonaban los amenazaban con una de las repentinas tempestades tan frecuentes y terribles en los Alpes.

—Es necesario que nos apresuremos, dijo el

conde fijando por primera vez la vista en el cielo. La oscuridad se hace cada vez mayor, y si no me engaño no tardará mucho en llover.

—Tiene Vd. razon, observó Berta, haciendo sentir ligeramente la punta del látigo á su caballo. Sin embargo, espero que podremos llegar á la quinta antes de que caigan las primeras gotas.

—Lo dudo. El camino es demasiado desigual para que nos sea dado ganar mucho terreno.

—Estamos ya en casa. Hé ahí la roca que limita el parque en esta direccion.

El terreno era cada vez más quebrado á causa de los torrentes que en diferentes sentidos se cruzaban en su superficie irregularmente como las arrugas en la frente de un anciano. La roca á que Berta se referia se alzaba delante de ellos aislada, negra, destituida de vegetacion, presentando la forma de un inmenso cono truncado, terminada en su parte superior por una meseta en cuyo centro se hallaba un pequeño *chalet* rodeado de añosos pinos. Berta frecuentaba aquel sitio al que se complacia en subir á caballo por una senda que formando hélice con-

ducia á la parte más elevada. Desde el *chalet* se descubria el magnífico panorama á que sirven de límite en lontananza los encumbrados Alpes de Saboya.

—En el caso de que llueva, dijo la jóven, podremos ponernos á cubierto en aquel pequeño edificio situado allá arriba.

—¡No lo habia visto! observó el conde. ¡Estraña morada! Tiene más bien el aspecto de un nido de águila que de una habitacion humana. ¿Cómo conseguiremos llegar á él careciendo de alas?

—Sígame Vd.: conozco el camino.

—Si el camino existe, debe ser más propio para cabras que para caballos.

—Con sus comparaciones ha convertido usted el *chalet* en un museo de Historia natural.

—Sea lo que fuere, lo que importa es subir ántes que estalle la tempestad.

—¡Adelante entonces! exclamó Berta.

Al concluir estas palabras descendió sin vacilar á la escavacion profunda que constituyendo un foso natural, separaba la base de la roca del terreno que acababan de abandonar.

En la estacion de las lluvias era indispensable para pasar de una á otra orilla un estrecho puente giratorio á la sazón desviado de su puesto.

No bien los caballos hubieron atravesado el lecho del torrente por cuya parte más honda se deslizaba murmurante una pequeña corriente de agua que apenas les llegaba á las rodillas, comenzaron á caer gruesas gotas de lluvia.

—No nos detengamos, gritó Berta animando con la voz y el látigo al potro que montaba, y haciéndole subir á la carrera el sendero trazado en espiral en la pendiente. La tardanza de dos minutos inutilizaria el trabajo que nos estamos tomando.

El conde la siguió sin vacilar por aquel peligroso camino, y ámbos se encontraron poco despues sobre la planicie buscando un refugio en el *chalet*, que se lo proporcionó tan completo como *comfortable*.

Aunque de rústica apariencia en el exterior, aquel pequeño edificio contenia interiormente una sala y dos gabinetes adornados con sencillez, pero no sin elegancia. Desde sus ventanas se dominaba por un lado el lago y por el otro

los blancos páramos de los montes invisibles á la sazón tras el impenetrable velo formado por la lluvia que caía á torrentes.

—¡Magnífico espectáculo! exclamó Berta entusiasmada al ver, al través de los cristales de una de las ventanas que el soplo de la tempestad hacia temblar, el cielo ceniciento.

—¡Bellísimo sin duda! dijo el conde. Y más me lo parece cuando reflexiono que nos inspira á los dos iguales temores, originados por un peligro comun.

—¿Peligro? preguntó Berta desdeñosamente. ¿Cuál es el que ahora nos amenaza?

—¡Escuche Vd.! El viento hace rodar, cual si fuesen pequeños guijarros, las grandes piedras cuyo peso sujeta la parte superior del techo. Por poco que aumente su violencia, corremos el riesgo de ser arrebatados con el *chalet* como ese monton de hojas secas desprendidas de los árboles.

—¿Tendria Vd. miedo, por ventura? preguntó la jóven en tono burlon.

—Miedo yo, encontrándome solo aquí con usted, libre de que nadie me robe sus pala-

bras, ni la más ligera de sus emociones? Para quien se considera tan dichoso como lo soy yo en este instante, no puede haber más que un temor: el de que felicidad tan grande se desvanezca, como se desvanecen las ilusiones.

—Y^o, lejos de recurrir á ellas, en el mundo real en que estoy, quisiera, por el contrario, adquirir mayores medios de percepción para admirar más á mi gusto el grandioso espectáculo que tengo delante. ¡Ah! exclamó extendiendo el brazo hácia el cielo, é indicando un águila que, con vuelo oblicuo y desigual, se complacia en luchar con el viento. Vea Vd. cómo desafía aquella ave el furor de la tempestad. Siento no tener alas como ella para lanzarme en el espacio y remontarme hasta penetrar en el seno de esas nubes apiñadas y sombrías, de donde el rayo y la lluvia se desprenden. Pero ya que no me es dado imitarla, doy gracias á la casualidad, que me ha traído á este sitio, desde el cual contemplo sin obstáculos la naturaleza en una de sus más magestuosas convulsiones. Hace un momento decia Vd. que era feliz; pues yo no lo soy ménos.

—¿De veras?

—En circunstancias como estas, que interrumpen la monotonía á que la sociedad nos sujeta, es cuando se siente uno vivir. El alma se ensancha, el espíritu se eleva, y el corazón se dilata ávido de sensaciones. Si éste llega á estallar, no importa: estallará de placer. Cuando como ahora se hallan en ejercicio las facultades todas de nuestro sér; cuando merced á ellas podemos abarcar con la vista ilimitados horizontes de esperanza, es cuando comprendemos realmente lo que valemos y el grado de ventura á que tenemos el derecho de aspirar.

—¿Y no es tambien la facultad de amar uno de nuestros principales atributos?

—¿Quién lo duda? exclamó Berta, cuya exaltacion iba en aumento. Nunca se halla el alma tan dispuesta á dar entrada al amor, como cuando la dominan la admiracion y el entusiasmo sin los cuales el amor, que es un entusiasmo tambien, no puede existir.

—¿Le agradaria á Vd. entonces sentir sus dulces emociones?

—¿Y por qué no? ¿No soy una mujer como las demás?

—Como las demás, no: superior á todas ellas; dijo el conde animándose tambien gradualmente.

—Superior, de ningun modo, observó Berta haciendo un movimiento de incredulidad; pero dotada quizá de ideas que desgraciadamente no poseen. Las mujeres en general buscan la dicha en la calma, en el sosiego, y yo no la concibo sino en los momentos de exaltacion y de delirio. Para que yo me halle dispuesta á amar, necesito encontrarme en situaciones extraordinarias.

—¿Como la presente?

—Sí. Solo cuando, como ahora, realza el entusiasmo cuanto se presenta á mi vista, podria resolverme á dar á un hombre el encargo de conducirme por la escarpada y peligrosa senda que él puede seguir libremente y que la sociedad nos prohíbe á nosotras recorrer.

—¡Oh, dicha! exclamó el conde lleno de alegría. ¿Seré yo por ventura el hombre á quien considera Vd. digno de tan envidiable favor?

Y al hablar así, intentó apoderarse de una de las manos de Berta.

—¿Qué dice Vd.? preguntó ésta, dando un paso hácia atrás llena de sorpresa.

—Lo que Vd. sabe mucho tiempo hace. La amo á Vd., y mi mayor ventura consistirá en demostrarle que no se ha engañado Vd. al elegirme para labrar la suya.

—¡Elegirlo yo á Vd. para labrar mi dicha! exclamó Berta, lanzando al conde una mirada que le dejó parado en el sitio en que estaba, como si le hubiese herido uno de los rayos que se cruzaban á la sazón con terrible estrépito en el aire. ¡Donosa suposición! El hombre que yo amo debe tener cualidades que no he encontrado hasta ahora en Vd.

—¡Cómo! dijo el conde turbado.

—No me explico la equivocación de Vd., replicó la jóven con altivez. Mucho tiempo hace que nos conocemos, y no creo haber dado á usted nunca motivo para concebir esperanzas que siento no poder realizar.

Dicho esto, le volvió la espalda y se dirigió

á una ventana para contemplar la tempestad que comenzaba á ceder.

El conde, á quien las palabras de Berta acabaron de confundir, volvió en sí despues de algunos instantes de dolorosa lucha. Herido más bien que en su amor, el cual era cuestionable, en su amor propio, perdió la cabeza olvidando su habitual prudencia. Sus ojos fijos en el suelo se levantaron, su tez se coloreó y su acento adquirió la firmeza que habia perdido cuando dijo:

—Podia Vd., señorita, haber empleado palabras ménos duras y humillantes al formular una negativa que me aflige, porque destruye mis sueños de dicha, y que me ofende, porque no la creo justa.

—Pues qué, ¿merecen otra contestacion las que acaba Vd. de dirigirme en este sitio y en las circunstancias que nos rodean? Cuando debia contar con su proteccion, me hace Vd. comprender, ántes de habérmela prestado, que se halla dispuesto á ponerle precio. ¿Se conduce de esta manera un hombre de honor con una señora?

—Ha hecho Vd. muy bien en recordarme las circunstancias en que nos hallamos, contestó el conde que comenzaba á sentir en su corazón, además de la cólera el deseo de vengarse.—Si he sido imprudente eligiendo un momento como éste para manifestar el sentimiento que no he podido dominar, más lo ha sido Vd. todavía olvidando que al fin y al cabo soy hombre, dotado de las mismas debilidades que los demás, y dispuesto, por tanto, á sacar todo el partido posible de la situación en que me encuentro.

Al oír esto, Berta se estremeció y se volvió hácia el conde para fijar en él sus ojos que parecían querer penetrar hasta lo más recóndito de su alma. Su aspecto era altivo y su tono imperioso cuando preguntó:

—Quisiera que se explicase Vd. con más claridad, pues temo no haber comprendido bien.

—Fué mi intento decir que los que aman como yo la amo á Vd., están casi locos, y sabido es que los locos jamás se detienen á examinar los medios que emplean para realizar la única idea que los domina.

—En efecto, comienzo á creer que está usted loco de veras, cuando se atreve á amenazarme. Desgraciadamente para Vd., tales amenazas nada me importan.

—Pero sí le importará á Vd. mucho lo que no tardará en suceder. Observe Vd. que es ya casi de noche, dijo el conde con una sonrisa que indicaba el péfido gozo que en su corazón sentía. Al ver que no regresamos, su padre de Vd. debe estar poseído de la más viva inquietud.

—¿Y bien?

—Como la tempestad ha cesado ya casi enteramente, es muy probable que no tarde en venir en busca nuestra.

—Prosiga Vd...

—Pero probablemente no vendrá solo. Le acompañarán los criados y las personas que hayan llegado á la quinta quienes, despues de haber recorrido inútilmente el parque, agregó lleno de alegría al ver el cambio que se iba efectuando en el semblante de Berta, se dirigirán á este sitio, donde nos encontrarán solos,

libres de toda mirada indiscreta, rodeados de una misteriosa oscuridad...

—¡Basta, basta! exclamó Berta indignada. ¡No continúe Vd.!

—Guardaré silencio puesto que Vd. lo ordena; pero ántes de obedecer, debo manifestarle que, resuelto á conseguir mi objeto, no perderé el tiempo en vanas discusiones. He dicho ya que estoy loco, y los locos no se detienen ante ningun obstáculo.

—¿Y ha podido Vd. figurarse que me asusta cuanto acaba Vd. de decir? preguntó Berta procurando contenerse. Poco me importaría que llegase aquí mi padre acompañado del mundo entero si me hallase con un hombre digno de mi amor y de mi estimacion. Soy mujer á quien no imponen las consideraciones que asustan á otras. Tengo un carácter demasiado independiente para temblar ante la opinion. Pero se trata de Vd., á quien nunca he amado, y á quien ahora... desprecio, y por un hombre semejante no quiero que padezca mi reputacion. Así, salga Vd. de aquí, exclamó señalándole la puerta del *chalet* con un ademan lleno de dig-

nidad. ¡Aléjese Vd. de aquí sin tardanza!

A pesar suyo se sintió el conde dominado por la actitud imperiosa de la jóven, y sólo vacilando se atrevió á contestar:

—No puedo dejarla á Vd. sola á esta hora y en este sitio. Semejante conducta seria vituperada y con razon.

—¿Y qué me importa á mí lo que se pueda pensar de la conducta de Vd.? ¿Prefiere Vd. que refiera al llegar á la quinta en presencia de todos cuanto aquí ha pasado? ¿Prefiere Vd. que considerándolo mi padre indigno de ser castigado por su propia mano, lo arrojé á Vd. fuera de su morada valiéndose de sus criados? Lo repito por la última vez: ¡salga Vd. de aquí!

Conociendo el conde á Berta y sabiendo que era inaccesible á todo temor, y muy capaz, por tanto, de hacer lo que decia, calculó al momento que le convenia obedecer. Por grande que fuese su amor propio, comprendió que se habia puesto en una situacion falsa y que habia perdido la partida. Resolvió retirarse, como lo efectuó, dirigiendo un silencioso saludo á la jóven, que no se dignó siquiera contestarle.

Para alejarse lo más pronto posible, montó á caballo y comenzó á bajar, no sin miedo, por el estrecho y único sendero que conducia á la base de la roca, sumamente resbaladizo entonces á causa de la lluvia. Pero como digimos ántes, el puente giratorio habia sido llevado á la otra orilla, y el torrente crecido con el agua que descendia de las montañas, lejos de dar paso, amenazaba con una muerte casi segura al imprudente que hubiese osado atravesarle.

El conde adivinó desde luego el peligro, y se detuvo indeciso sin saber qué partido tomar. Delante de él, el torrente enfurecido, rugiente, espumoso, cuyas turbias ondas bañaban los cascos del caballo: detrás, la granítica pendiente de la roca convertida en una isla, cuyos fundamentos la corriente hacia temblar.

Berta, que desde arriba le habia seguido con la vista, observó que se detenia y comprendió su situacion. Lo que sucedia era para ella una contrariedad; pero las contrariedades, lejos de acobardarla, solo servian para irritarla y hacer nacer en ella el deseo de vencerlas. Era

preciso tomar una resolución, y la tomó sin tardanza.

Su caballo se hallaba en un cobertizo inmediato. Como la lluvia había cesado, se dirigió á él, lo montó desembarazadamente, y sin calcular el peligro que corría bajando con paso rápido el sendero tortuoso y estrecho abierto en la roca, hizo sentir el látigo al obediente animal que, recogiendo sobre sus cuartos traseros como en casos análogos acostumbran hacerlo en América los caballos de los Andes, resbalando unas veces y afirmando los cascos en las desigualdades del piso otras, la condujo en breves instantes al lugar en que se hallaba el conde.

—No esperaba encontrarle á Vd. aquí, le dijo al llegar.

—Si no he partido no ha sido por falta de voluntad, contestó aquél. El torrente no da paso, y el puente se encuentra en la orilla opuesta.

—Me figuré que el deseo de hacer olvidar con una pronta complacencia su conducta le daría á Vd. la resolución que le falta.

—¿Pretende Vd. que atravesese la corriente embravecida como está?

—¿Y quién se lo impide á Vd.?

—Mi conservacion. El que tal haga encontrará en ella la muerte con seguridad.

—La situacion en que Vd. se ha colocado no le permite á Vd. optar por otro partido. Es necesario que Vd. se aleje de aquí.

—Eso es imposible. No me importuna de tal manera la vida que me exponga néciamente á perderla.

—¿Prefiere Vd., segun eso, que corra riesgo mi honor?

—Tal reflexion debió Vd. hacerla ántes de venir aquí.

—He dicho que es necesario que Vd. parta y partirá Vd. sin dilacion, exclamó Berta alzando la voz en tono resuelto.

—Por mucho que Vd. grite, grita más que usted el torrente, respondió el conde. No partiré.

—¡Ah! veo que es Vd. tan cobarde como insolente.

—¡Señorita! dijo el conde á quien la vergüenza dió valor para replicar.

—Cobarde, sí; cobarde y villano, repitió Berta con desprecio.

El conde iba á contestar cuando al alzar los ojos vió en la mano de Berta un *revólver* que esta habia sacado del bolsillo y que con ánimo decidido dirigia hácia él. Aquella arma que no parecia sino un juguete, lo intimidó realmente, pues consideraba á la que con ella lo amenazaba muy capaz de emplearla en contra suya, si no obedecia en el acto.

—¡Aléjese Vd.! exclamó Berta. Se lo mando á Vd. por la última vez.

El conde no resistió más. Enfurecido al reconocer su inferioridad, pronunció en voz baja una maldicion, y clavando las espuelas en los ijares del caballo, cerró los ojos y se lanzó en el torrente, impelido por la desesperacion.

El caballo pudo al principio seguir la línea recta en busca de la opuesta orilla; pero al llegar al medio de la corriente, que lo cubrió de espuma, perdió pie y no tuvo vigor bastante para resistir á su violencia. Arrastrado por ella, á pesar de las voces del conde, que se habia agarrado á las crines de su cuello, abandonó su

primera direccion; pero nadando siempre y sacando la cabeza del agua, sobre cuya superficie daba fuertes resoplidos á los que el ginete contestaba con sus gritos para estimularlo.

Varios minutos duró aquella lucha terrible entre el líquido, impelido por su propio peso con un movimiento constantemente acelerado, y el caballo cuyos esfuerzos aumentaba el amor instintivo de la vida. Al fin, cuando fatigado, casi sin aliento, iba á sucumbir, chocó el casco de una de sus manos contra una piedra. Reanimado al sentir bajo sus pies un punto de apoyo, alzó nuevamente la cabeza, empleando para ello el último resto de vigor que le quedaba, precipitó sus movimientos y, temblando, erizadas las crines de su frente, con los ojos inyectados de sangre y las ventanas de la nariz dilatadas, se lanzó y pisó un instante despues el terreno firme, para huir en seguida de la orilla loco de terror.

El conde, que continuaba inclinado sobre el cuello del animal y agarrado á él con la energía y tenacidad que solo son capaces de producir las angustias supremas de la agonía, se dejó

conducir hasta el bosque en que se detuvo cuando no hirió ya su oído el fragor causado por la corriente. Había cesado el peligro y con él la decision casi sobrenatural que hasta entónces le sostuviera. Faltándole ésta, dejóse caer á tierra, incapaz de hacer ningun movimiento á que se negaban sus miembros entumecidos por el frio y rígidos á causa de la posicion violenta que habian conservado, y como si le abandonase la vida que con tanto empeño acababa de disputar al torrente, perdió el sentido.

Berta, que habia contemplado inmóvil é insensible como una estatua la terrible lucha que se verificaba casi al alcance de su mano, vió salir el caballo del agua, sin prorumpir siquiera en una exclamacion. ¿Qué le importaba á ella que se salvase ó sucumbiese el conde? Perteneciente al número, escaso por fortuna, de las mujeres que con suma dificultad perdonan una ofensa, tenia muy presente la que de él habia recibido, resuelta á recordarla siempre. El conde habia muerto, pues, moralmente para ella, considerándole indigno de ejercer,

despues de lo sucedido, influjo alguno en su porvenir, ni de ocupar puesto ninguno en su pensamiento.

Entre tanto, se habia realizado lo que era de esperar. Asustado Guillermo con la tardanza de Berta, salió en busca suya acompañado de todos los criados que registraron el bosque en vano. Al fin uno de éstos, hombre ya de bastante edad y de cabello encanecido, que no obstante haber entrado recientemente á servir en la casa manifestaba en encontrar á la jóven un interés que distaban mucho de mostrar los demás, recordó la roca que limitaba por aquella parte los terrenos de la quinta, y la indicó á Guillermo. Este consideró al principio el pensamiento del criado fuera de lugar; pero convencido poco despues de que, en cuanto se referia á Berta, lo más inverosímil era lo más probable, consintió en dirigirse al designado sitio, poco distante, por otra parte. Al efectuarlo así, llamó al criado para hacerle algunas preguntas. En vano se le buscó. Habia desaparecido.

Su ausencia repentina, el empeño que ha-

bia manifestado por encontrar á Berta, y el eco de su voz, que le parecia haber oido en otra ocasion, le hicieron reflexionar. Interrogó acerca de él á los otros sirvientes, y supo por ellos que se llamaba Pedro, que le habia admitido algunos dias ántes en la quinta el mayordomo, y que se habia hecho cargo de una de las barcas que Guillermo tenia en el lago para su recreo. Esto fué todo lo que pudo averiguar.

Guillermo se quedó pensativo, pero siguió andando. Pocos pasos habia dado cuando oyó un grito procedente de la extremidad de la alameda.

—Es la voz de Pedro, dijo uno de los criados.

—Apresuremos el paso entonces, agregó Guillermo.

Obedecido éste, no tardaron en llegar al sitio en que aquél los aguardaba.

—La señorita está donde yo suponía, exclamó el sirviente cuando los que se dirigian hácia él estuvieron cerca.

Guillermo siguió inútilmente con la vista la direccion que Pedro le indicó al llegar: la oscuridad era ya demasiado intensa para que se

puédesse distinguir ningun objeto lejano. Pero si no vió, oyó el ruido del torrente á cuya orilla no tardaron en encontrarse.

—Ayúdenme Vds., dijo entonces Pedro acercándose al puente.

Y el puente, cediendo á los esfuerzos de todos reunidos, giró sobre su eje y estableció la deseada comunicacion.

Algunos minutos despues se hallaba Berta al lado de su padre, completamente tranquilo ya.

—¿Y el conde? preguntó Guillermo así que hubo concluido aquélla de referirle las peripecias de su paseo.

—No sé qué ha sido de él, contestó la jóven con sequedad.

—¿Pues no estaba contigo?

—Sí; pero se arrojó al agua, y despues de haber luchado con la corriente pudo alcanzar la orilla. Lo demás lo ignoro.

—Habrá ido á la quinta en busca de socorro.

—Es muy posible. De todos modos, no te ocupes de él, pues no merece el interés que te inspira.

—Quisiera que hablaras con más claridad, dijo Guillermo, que no pudo comprenderla. Tus palabras y el tono en que las dices parecen encerrar un misterio que despierta mi curiosidad.

Berta, en vez de contestar, guardó silencio. Quería evitar un choque entre su padre y el conde, y para lograr su objeto agregó:

—El conde es á veces importuno, y esta tarde me ha fastidiado más que nunca con sus galanterías. Apurada mi paciencia, le mandé, en términos que no debieron ser de su agrado, que me dejase sola. Espero que habrá accedido á mis deseos, apresurándose á abandonar la quinta. Es un necio y merece lo que le ha sucedido. Regresemos á casa, pues me siento fatigada.

Cuando llegaron volvió á preguntar Guillermo por el despedido galán. Una de las criadas le informó de que habia llegado pálido, mojado y cubierto de lodo, y de que despues de haber cambiado de traje, habia salido para Ginebra donde dijo que le llamaba un asunto urgente. Desde entonces no se volvió á hablar de él.

IV.

El naufragio de una esperanza.

Berta y Guillermo se habian quedado nuevamente solos. La primera se fastidiaba de muerte: el último padecía al verla vagar por el jardín melancólica y pensativa. Era una flor que parecia buscar en vano á sus compañeras, que el aire de la primavera mostraba poco empeño en revivir.

Una tarde se paseaban ámbos á pie. El sol se hallaba próximo á su ocaso, y sus oblicuos rayos proyectaban las sombras prolongadísimas de sus cuerpos, cual si procediesen de dos gigantes, á lo largo de la alameda de corpulentas encinas por donde se dirigian.

El cuadro que la naturaleza presentaba no

podia ser más bello por su amenidad y apacible calma. A un extremo decubriase el lago cuya superficie ligeramente ondulada por el céfiro parecia quebrarse en pequeñas láminas de záfiro y plata, y al otro el astro del dia sobre una cordillera de montañas cubiertas de nieve y rodeado de nubes de oro y de rubí desde las cuales descendian torrentes de deslumbrante luz en que se agitaban en todos sentidos infinitos átomos de polvo para el vulgo; pero no para el sábio que los ha estudiado y que ha encontrado en ellos otros tantos séres dotados de vida cuya efimera existencia y estremada pequeñez ponen en relacion el mundo visible con el mundo microscópico.

—Tú, que tantos deseos tenias de contemplar la naturaleza, debes gozar mucho en este instante, dijo Guillermo.

—Sin duda, contestó Berta con una dejadez que indicaba su indiferencia.

—Te expresas en un tono que no guarda armonía con tus palabras, observó Guillermo sonriéndose. Nada más cierto; para que la sed cese no hay como beber. Cuando se siente hambre

se piensa con deleite en los manjares; después de haber comido, hasta sus nombres repugnan. Del mismo modo, el deseo satisfecho de una mujer no tarda en convertirse en hastío.

—Tus comparaciones te han llevado hasta la injusticia. Lejos de estar fastidiada, contemplo todos los días con admiración creciente el cuadro que tengo delante.

—Consiento en creerte; pero dices eso de una manera que revela todo ménos entusiasmo.

—¿Pues de qué modo quieres que lo haga? preguntó con una impaciencia nerviosa que indicaba su disgusto.

—¿Yo? Con la animación y alegría que mostrabas en Ginebra al inportunarme para que nos trasladásemos á este sitio. Ha sucedido lo que predije: estás sola y te fastidias.

—Creí que nuestros amigos se darían más prisa en venir á vernos.

—No ha llegado aún la época en que las personas ricas acostumbran sacrificar sus comodidades á la moda y al deseo de lucir mudando de lugar. He dirigido á Ginebra un centenar de invitaciones. Solamente el conde

de Amerbach ha correspondido á la suya.

—Así es, dijo Berta tristemente. Los primeros en llegar son siempre aquellos cuya presencia ménos se desea.

—¡Pobre conde! exclamó Guillermo en tono burlon. Bien caro le has hecho pagar el hospedaje.

—El conde con sus continuos obsequios es á veces insoportable.

—No se ha mostrado tan solícito el Dr. Travers, observó Guillermo fijando en su hija una investigadora mirada. Como su reputacion crece de dia en dia, quiza embargan todo su tiempo los deberes de su profesion.

—Lo cierto del caso es que no ha venido, y lo siento.

—¿Lo sientes?

—Sí, porque no me encuentro bien, contestó Berta con una naturalidad que aumentaba el temblor de su voz.

—¿Pues qué tienes? preguntó Guillermo sobresaltado.

—He perdido el sueño y el apetito. Mis nervios se sublevan á menudo y no obedecen siem-

pre á mi voluntad. Quisiera que el Dr. Travers me viese. Tiene talento y pondrá remedio al mal.

—¿Pero cómo llamarle otra vez? dijo Guillermo pensativo. Le he invitado ya, y no puedo traerle aquí contra su voluntad.

—Si en vez de llamar al amigo llamas al médico, cierta estoy de que acudirá al momento. El Dr. Travers jamás desatiende la voz de un enfermo.

—Pero...

—Prefieres verme padecer y obligarme á que desesperada...

—¿Qué quieres decir? preguntó Guillermo.

—Quiero decir que necesito consultar á un médico, pues de lo contrario...

—¡Acaba! exclamó Guillermo, que lo temia todo del impetuoso carácter de su hija.

—Eso haré: acabaré conmigo ya que nadie me atiende.

—No digas disparates.

—Peor seria que me obligases á hacerlos.

—Bien: vendrá un médico.

—Quiero que sea el Dr. Travers. Solo él me inspira confianza.

—Cosa rara, siendo tan jóven, dijo Guillermo irónicamente.

—Pues qué, ¿quieres acaso que haga resucitar un médido de la edad de piedra ó de los que curaban en las poblaciones lacustres?

—¡Hola! ¡Recurres al lenguaje de la ciencia para convencerme! exclamó Guillermo sonriéndose.

—Puedes burlarte cuanto quieras. Pero yo en estas materias pienso al revés de la generalidad.

—Lo que yo extrañara fuera que pensases como todo el mundo.

—Los médicos jóvenes tienen entusiasmo, estudian, trabajan y conocen la última palabra de la ciencia, mientras que los viejos, acostumbrados á seguir el camino que les enseñaron, no se apartan de él por sistema, por orgullo ó por desidia, quedándose atrás mientras que los otros progresan. Así intelectual como físicamente, los que tienen menos fuerzas y menos decisión no pueden llegar tan léjos como los que se hallan en el caso contrario.

—Bien, está bien, mi entusiasta doctora,

exclamó Guillermo en tono festivo. Me doy por vencido. Vas á quedar complacida. Escribiré al incomparable facultativo que ha tenido la dicha de agradarte. En medicina, como en otras muchas cosas, la fé es la que salva. Siendo pasado mañana tu cumpleaños, nos acompañará á comer con las demás personas que pienso invitar. Tengo curiosidad de saber cuánto debe durar el favor de que hoy disfruta.

Berta no contestó. Se hallaba en una situación muy extraña: en vez de alegrarse por haber conseguido su objeto, lo sentia casi. Mientras tenia dudas, deseaba. Ahora que las dudas habian desaparecido, el deseo se habia en gran parte disipado con ellas.

Sin embargo, el jóven doctor á quien estimaba sin saberlo, iba á interrumpir con su llegada la monotonía de su existencia, y eso por de pronto era ya mucho. Sintiéndose, pues, más tranquila, no experimentó la necesidad de analizar sus sentimientos.

¿Y á Ulrich, qué le pasaba entre tanto? Era desgraciado, porque amaba sin esperanza. Todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones

lo empleaba en pensar en Berta, pero como se piensa en la dicha imaginaria que se ha entrevisto en sueños, que conmueve y deleita, y que no obstante se procura apartar de la imaginacion como imposible, lo que no impide que á cada instante se renueve su recuerdo.

Convencido de que la jóven no experimentaba hácia él más que indiferencia, era demasiado honrado para tratar de captarse su amor por los medios calculados y tortuosos que emplean la avaricia y la seducción, y demasiado altivo para importunarla con súplicas que no habian de ser atendidas. El papel de víctima sumisa y resignada de sus caprichos no se acomodaba á la dignidad de su carácter. Era libre, no habia cometido ninguna falta que hacerse perdonar, y para captarse el afecto de una mujer, no tenia ésta que imponerse ningun sacrificio, ni que sufrir ninguna humillacion. No se hallaba, pues, en el caso de rebajarse. Preferia, por tanto, sufrir en silencio á recibir nuevos desaires.

Esto no obstante, á semejanza del que ha recibido una herida cuyos dolores se complace en aumentar oprimiéndola, en vez de buscar,

alejándose de la que tantos le ocasionaba, los medios de olvidarla, aprovechaba, por el contrario, cuantos de verla se le presentaban, pero ocultándose á los ojos de todos, cual si se avergonzase de su debilidad. Evitaba encontrarse con ella, y más de una noche siguió sus pasos, protegido por la oscuridad, como le sucedió en la isla Rousseau al ocultarse detrás del tronco de un árbol. Entónces bebia con deleite el veneno que lo asesinaba, sin acordarse, como los fumadores de ópio, de los padecimientos que debia experimentar al desvanecerse la vision. De esta manera daba pábulo á una pasion que con el tiempo y la ausencia hubiera facilmente sofocado. Pero aunque infeliz, no tenia valor para tanto. En la situacion en que se encontraba, consideraba como una dicha verla, siquiera fuese por un instante, y á los desgraciados no se les debe llevar á mal que aspiren á algunos momentos de felicidad, aun cuando deban costarles despues largas horas de martirio.

Grande fué, pues, la impresion que le causó la carta de Guillermo. Aquella invitacion le llenó al pronto de alegría.

Guillermo le llamaba como amigo y como médico. ¿Y Berta? ¿Tenía ella alguna parte en el paso que su padre daba? Esta pregunta que á sí mismo se hizo, indica que la duda se habia apoderado de él nuevamente. Pero la situacion era siempre la misma. Cuando hay duda, la voluntad vacila; mas si la causa que la motiva es poderosa, la resistencia cesa.

—Me llama como médico, pensó procurando convencerse de que no cometia imprudencia alguna esponiéndose al peligro que hasta entonces habia evitado. Mi deber me manda acudir donde quiera que un enfermo necesita mis cuidados. No puedo negarme. Me mostraré reservado con ella, y mi amor propio no se rebajará.

Así sucede frecuentemente: creemos obedecer al deber y acatar sus leyes, y no hacemos más que dejarnos conducir por nuestras pasiones. El caso es buscar pretextos que nos eviten todo conflicto con nuestra conciencia.

Ulrich obró como habia pensado. Concluido que hubo sus ocupaciones, se dirigió á Chambesy, donde fué perfectamente recibido por

Guillermo. Cuando se presentó Berta, su corazón palpitó con violencia y su semblante se demudó, pero no tardó en reponerse. Desembarazadamente contestó á las quejas que le dió el primero, relativas á su larga ausencia, disculpándose con las exigencias de su profesion.

—¿Y quién es la persona que necesita aquí la asistencia del médico? preguntó al fin.

—Los temores de los enfermos causan más impresion en el doctor que las súplicas de la amistad, observó Berta con mal encubierta ironía. Sin embargo, como médico, debiera estar más familiarizado con los primeros que con las últimas.

—Los que nos dedicamos á curar los males ajenos no encontramos nunca gracia ante esta señorita. Es un grande infortunio que pesa sobre nosotros, dijo Ulrich sériamente. En cuanto á mí, puedo asegurar que ni los gemidos del doliente me encuentran nunca sordo, ni soy indiferente á las demostraciones de afecto que recibo. Lo único que acostumbro hacer es acudir con preferencia á aquellos que prueban los sufrimientos del prógimo, y desatender, cuando

me veo precisado á ello, las últimas, en cuyo caso sufro solamente yo.

—Razones especiosas que no justifican el abandono en que hace tiempo Vd. nos tiene, replicó la jóven.

—Doy á Vd. las gracias por haberlo advertido.

—Ha sido necesario que hubiese aquí un enfermo para que se resolviese Vd. á venir. De todos modos, nos alegramos de verle á Vd. en Chambesy, y yo particularmente que, aunque segun Vd., no miro bien á los médicos, no por eso dejo de estar dispuesta á invocar su ciencia en mi favor cuando es necesario.

Como la dolencia de Berta era imaginaria, se comprende desde luego que la consulta no duraria mucho tiempo. Contribuyó, por otra parte, á abreviarla la presencia de varias personas invitadas por Guillermo, con motivo del cumpleaños de su hija, que consideraba siempre como una verdadera fiesta.

La mayor parte de los recién llegados eran jóvenes, y la conversacion perdió bien pronto la gravedad con que habia comenzado. Ulrich hubiera preferido estar solo con Berta: los ena-

morados en tales casos pecan siempre de egoístas; pero no siendo esto posible, se conformó con desempeñar el papel de uno de tantos, aparentando una indiferencia que de ningun modo sentía.

—Señores, dijo Berta, que estaba de buen humor, cosa á la verdad poco frecuente en ella; ya que nos han dispensado ustedes el honor de venir á vernos, debemos procurar por todos los medios posibles que ustedes no se fastidien. Tratemos de emplear agradablemente el tiempo. Esta tarde daremos un paseo por el lago; á nuestro regreso comeremos, y despues de comer tendremos un poco de canto y baile.

El programa fué unánimemente aprobado.

Ulrich tuvo el pensamiento de escusarse; pero el pensamiento no llegó á convertirse en hecho. Había visto nuevamente á Berta, se hallaba bajo el influjo mágico de su belleza y de su palabra, y ya no era dueño de sí mismo. Además, insistiendo en retirarse, ocasionaba un rompimiento completo, lo que equivalía á destruir la esperanza que á pesar suyo se había apoderado de su corazón.

Por otra parte, al hablar la jóven de los obsequios que disponia para sus convidados, le habia dirigido una mirada que cualquier otro ménos presuntuoso que él, que no lo era de ningun modo, hubiera interpretado en su favor, pues parecia decirle que para él solamente se hacia todo aquello.

En la lucha que entabló su deseo con la prudencia, venció el primero: resolvió, por tanto, quedarse. Ya que Berta se dignaba pensar en él, no debia mostrarse descortés. Veia de antemano el abismo que tenia delante; pero atraído por él, no se sintió con valor suficiente para evitarlo. Por segunda vez se arrojaba á los pies de la nueva Circe á quien temia, y á quien, sin embargo, adoraba más que nunca.

Entretenidos todos en agradable conversacion los sorprendió un criado encargado de advertirles que las barcas estaban prontas. Guillermo tomó la delantera para desempeñar el papel de guia. Un cuarto de hora despues, aquella alegre juventud discurria por la orilla del lago en cuya superficie se reflejaba el azul de los cielos, sólo empañado por algunas nu-

bes que el viento Sur impelia. Guillermo, instruido de la facilidad con que cambia el tiempo en primavera, dirigió una investigadora mirada al horizonte. No muy satisfecho del exámen, llamó al barquero. Era éste el mismo criado que tanto empeño mostrara algunos días ántes en encontrar á Berta.

—¿Conoce Vd. lo bastante el lago para aventurarse en él sin riesgo en la presente estacion? le preguntó.

—Lo conozco mucho tiempo hace, respondió Pedro, pues tal era su nombre segun hemos dicho. Sus aguas pocas veces me engañan.

—¿Y se estiende ese conocimiento hasta la parte del cielo que le cubre?

—Acostumbrado á estudiarlo, ni me asusta cuando le ocultan densos nubarrones, ni me alucina su trasparente pureza.

—¿Qué opina Vd. entonces del aspecto que presenta por aquel lado? continuó preguntando Guillermo, á la vez que indicaba con la mano el Sur, que se oscurecia por momentos.

—Que de aquellas nubes no tardará en soplar el *bornand*.

—El *bornand* es la tempestad. ¿Habrá imprudencia entonces en arrostrar su furor? Al llegar repentinamente de las gargantas de los Alpes saboyanos levanta encrespadas olas en el lago y sumerge las barcas que se dejan sorprender por él.

—Cuando una mano destituida de experiencia las dirige.

—¿Tiene Vd. confianza en la suya?

—Respondo de todo si se me deja obrar con completa libertad.

—Sin embargo, observó Guillermo pensativo, creo que valdria más renunciar por esta tarde á nuestro proyectado paseo.

—Dispuesto estoy á hacer lo que se me mande.

—¡Oh! ¡no! exclamó Berta á quien lejos de intimidar la idea del peligro, la llenaba de placer, por el contrario. Ese hombre dice que responde de todo: debemos fiarnos de él.

Guillermo opuso aún algunas observaciones, pero Berta las rebatió animosamente.

—La señorita hace bien en no desconfiar de mí, dijo Pedro que habia escuchado á la jóven,

dando visibles muestras de satisfaccion. De todos modos, si hemos de partir hagámoslo sin tardanza. Siempre será mejor estar de vuelta antes que el *bornand* comience á soplar.

Estas palabras pusieron término á la discusion.

Como las barcas eran dos, tuvieron los circunstantes que dividirse.

Guillermo, acompañado de Berta y de una de sus amigas, entró con Ulrich y otro jóven en la que dirigia Pedro: las personas restantes, en número poco más ó ménos igual, ocuparon la segunda.

El doctor y el jóven indicado tomaron los remos, y Pedro se encargó del timon.

A una voz dada por este último, las dos navicillas se alejaron á la vez de la orilla, surcando con sus proas la superficie del lago, tersa como la de un espejo. El silencio que reinaba solo era interrumpido por las estrepitosas carcajadas de las jóvenes, que se burlaban de las amonestaciones de Guillermo empeñado en reprimir su juguetona movilidad, y de la poca maña de los remeros por cuyas frentes comen-

zaba ya á correr el sudor. Estos, lejos de llevarlo á mal, sufrían con paciencia las bromas, y fuese por malicia ó por falta de habilidad, se vengaban salpicando á las burlonas que, después de haberse enjugado sus frescas mejillas ea que las gotas de agua brillaban como las del rocío sobre los pétalos de una rosa, ó de haber sacudido la falda del vestido, prorumpían en nuevas carcajadas. Completaban el cuadro los peces que en torno de las barcas saltaban sobre la superficie, y cuyas plateadas escamas hacían relucir los rayos del sol que lo animaba todo con su vivificante luz.

—¡Qué lástima! exclamó Berta. Si hubiésemos traído utensilios de pescar, no se burlarían de nosotros, como lo están haciendo, los habitantes del lago.

—Pues yo, por el contrario, creo que si usted sigue hablando, no tardarán en caer dentro de la barca, observó Ulrich.

—¿Cómo? preguntó la jóven.

—Atraídos por la melodiosa voz que los seduce.

—Ese sería un verdadero milagro; pero ma-

yor todavía me parece el que ofrece el doctor olvidando su gravedad hasta el punto de dirigirme una galantería.

—Vd. sabe muy bien que nosotros los médicos solo nos valemos de la verdad, fruto constante de nuestras investigaciones.

—Lo que no impide que se equivoquen amenudo como Vd. acaba de demostrarlo.

—Yo no veo ahora en el doctor más que un remero que falta á su obligacion, dijo Guillermo.

En efecto, ocupado Ulrich en contemplar á Berta, habia dejado de remar.

—Es inútil que continúe fatigándose, exclamó Pedro.

Una ligera brisa que rizó la superficie del lago comenzó á hacerse sentir.

—Economícen Vds. sus fuerzas para cuando las necesitemos, agregó el barquero.

Y al hablar de este modo examinó con cuidado el horizonte que se iba gradualmente oscureciendo.

Un momento despues las velas estaban tendidas, y las barcas que al recibir en ellas el so-

plo del aire se habian inclinado ligeramente como dos golondrinas cuando rozan suavemente las ondas para sorprender en ellas á los peces que les sirven de alimento, se alejaron rápidamente de la tierra.

Mientras la alegría reinaba en las navecillas, el cielo, hasta entonces tambien risueño, comenzó á perder su uniforme color azul. Ocasionaron semejante cambio las nubes que, acumuladas hasta entonces en el Sur, se separaron al fin unas de otras para invadirlo, haciéndole perder su transparencia, á la vez que la suya al lago que fielmente las reflejaba.

—¿No es ya tiempo de regresar? preguntó Guillermo al observar la oscuridad que iba estendiéndose por la atmósfera.

—El *bornand* no sopla todavía, contestó Pedro. Sus primeras ráfagas, que nunca son peligrosas, nos servirán para acercarnos á la orilla con velocidad. Si se deja sentir con demasiada violencia, cargaré las velas y acabaremos de hacer nuestro camino al remo.

—¡Atencion, señores! exclamó alegremente

Berta. Vayan Vds. disponiéndose, que pronto nos será necesario su auxilio.

—Y más pronto de lo que yo quisiera, porque el viento comienza á arreciar, agregó Pedro.

Sus ráfagas, en efecto, hinchando las velas y convirtiéndolas en alas, hacian volar las dos barcas por cuyos costados, merced á una ilusion óptica que denota la imperfeccion de nuestros sentidos considerados como medios de observacion, pasaba la espuma levantada por sus proas al chocar con el agua, imprimiéndoles al mismo tiempo un movimiento que no hubiera dejado de asustar á personas más tímidas.

Berta, inaccesible al miedo, seguia con el cuerpo el balance de la navecilla, aspirando con deleite el aire que sacudia su rubia cabellera, y cuando sus compañeras mostraban alguna alarma, lejos de participar de ella, prorumpia en exclamaciones de entusiasmo.

—¡Señores, á sus puestos! dijo Pedro de improviso con voz imperativa. Dentro de un instante será preciso echar mano á los remos.

El tono con que el barquero pronunció estas

palabras chocó á Guillermo. No solo le causó extraña impresion su voz áspera y fuerte, sino que se la causaron igualmente sus rudas facciones, que revelaban entónces una energía poco comun.

—Pero ¿por qué nos quedamos atrás? preguntó Berta. La otra barca va delante de la nuestra.

—Su tripulacion no ha perdido tiempo, contestó Pedro sonriéndose.

—Ya lo han oido ustedes, señores remeros; la culpa es de ustedes. ¿Permitiremos que nos venza?

—Pronto la alcanzaremos.

Al decir esto, el barquero llamó hácia sí la caña del timon y obligó á la dócil navecilla á describir una curva que expuso la vela al soplo perpendicular del viento y que la hizo inclinar de un modo alarmante. Este movimiento aceleró su marcha.

—Nada de locuras, exclamó Guillermo. Poco importa que lleguemos antes ó despues que los otros, con tal que lleguemos sin accidente.

—De ningun modo, dijo Berta. Debemos lle-

gar antes, aunque nos expongamos á zozobrar.

La vehemencia con que se expresó la jóven dió á su fisonomía una expresion exaltada y resuelta, más propia de un hombre que de una mujer.

Dominado por su aspecto, Guillermo guardó silencio, mientras que Pedro, obedeciendo á un sentimiento análogo al que ella experimentaba, continuó sujetando el timon hasta que las dos barcas tuvieron sus proas en una misma línea.

Sin embargo, el viento habia aumentado de tal manera, que hubiera sido grande imprudencia continuar haciendo uso de la vela.

—Ahora ¡á los remos! gritó Pedro en voz bastante alta para que lo oyesen en la otra barca que, siguiendo el ejemplo dado por la primera, recogió su vela igualmente. Es preciso vogar con energía, porque el *bornand* comienza á soplar como acostumbra en uno de sus dias de mal humor.

Los remeros no aguardaron que se repitiese la órden. Deseoso Ulrich de complacer á Berta, sacaba fuerzas de flaqueza, pero no lograba

complacerla, ansiosa como estaba de volar sobre el agua con la misma presteza con que volaban las nubes por el espacio. La lucha era para ella una cuestion de amor propio.

El jóven encargado del otro remo, más vigoroso que el doctor y más familiarizado con aquel ejercicio, se esforzaba en vano. Como los dos impulsos no eran iguales, tenia Pedro que corregir con el timon la desviacion que de la falta de uniformidad resultaba, operacion que ocasionaba pérdida de tiempo y de velocidad.

Berta no tardó en comprender lo que sucedia. Pálida, agitada, como si su vida dependiese del resultado de aquel insensato regateo, seguia con el cuerpo los movimientos de la barca cual si quisiese darle impulso con los suyos. En vano le indicó su padre que se sentase. Lejos de atender á su consejo, advirtiendo que el doctor estaba cada vez más fatigado, incapaz de contenerse, se acercó precipitadamente á él con objeto de ayudarle; pero entónces la barca mecida por las olas se inclinó de tal manera sobre el costado izquierdo, que haciéndole perder el equilibrio la derribó sobre la borda en la que

quedó horizontalmente con la mitad del cuerpo hácia fuera.

Aquel fué un momento de angustia para todos. Ulrich, que estaba más cerca de ella, soltó el remo y la agarró por la cintura; pero en vez de contenerla fué arrastrado por su peso. Indudablemente ámbos hubieran caído al agua, si Pedro con una ligereza impropia de su edad no se hubiese precipitado sobre la jóven gritando poseido de terror:

—¡Hija mia, hija mia!

Entónces con un vigor que solo puede dar la exaltacion del sentimiento, apartando brusca-mente á Ulrich, sujetó á Berta por los hombros y la atrajo hácia sí introduciéndola en la barca.

En cuanto al doctor, habia cedido al fuerte impulso que Pedro le habia comunicado, y aunque trató de buscar un lugar de que agarrarse, no pudo encontrarlo. Despues de haber oscilado durante algunos segundos como los dos brazos de una balanza, se inclinó hácia el exterior y desapareció en el agua.

—¡Detenga Vd. la embarcacion! gritó Guillermo. Es preciso salvar al doctor.

—Al contrario, es preciso seguir adelante, gritó Berta á su vez poniéndose en pie enfurecida por lo que acababa de suceder.

—¿Pero no ves que su vida corre peligro?

—El doctor procurará salir del apuro lo mejor que pueda. Si no lo consigue, que pague su torpeza. Pedro, ocupe Vd su lugar: es necesario que nuestra barca llegue ántes que la otra á la orilla.

—Se lo prohibo á Vd., exclamó Guillermo indignado.

—Y yo se lo mando, dijo Berta cada vez más exasperada.

Pedro obedeció á la última.

Con el aumento de fuerza, la barca se deslizó rápida como una flecha sobre el lago.

La lucha adquirió tal interés para todos, que un silencio en cierto modo solemne sucedió al anterior tumulto. El mismo Guillermo aplazó los efectos de su enojo, y no pudo ménos de sentir cierta satisfaccion al llegar á tierra ántes que sus rivales. Por lo que hace á Berta, la exclamacion de alegría en que prorumpió fué una muestra evidente del placer

que experimentaba. En pié, con los brazos levantados, sin cuidarse de recoger su rubia cabellera que el viento azotaba en rededor de su rostro animado por un regocijo salvaje, parecia una de las sacerdotisas de la antigua Helvecia al disponerse á entonar el canto de triunfo.

—Eso es, dijo Guillermo. Tú misma celebras tu victoria sin reflexionar cuán cara puede costar.

—La celebrara aunque debiera pagarla con mi vida, contestó la jóven en la embriaguez que produce la vanidad satisfecha.

—Salvemos al doctor Travers.

—No es necesario tomarse ese trabajo, observó Berta riéndose. Paréceme que le veo venir nadando como un pez.

—No importa, puede estar fatigado. Pedro, vaya Vd. á su encuentro con la barca.

—Si mi experiencia no me engaña, dentro de cinco minutos, ayudado por el viento y por las olas llegará sin auxilio de nadie.

Guillermo contestó á esta observacion con una mirada cuya expresion no hubiera dejado

muy satisfecho al que era objeto de ella si la hubiese notado; pero la atención del barquero se hallaba fija en Ulrich, que seguía avanzando con rapidez y que al cabo de unos cinco minutos llegó en efecto á la orilla, quedando inmóvil sobre la arena como si hubiese sido un tronco de árbol arrojado por el agua.

Guillermo asustado corrió en su auxilio; mas ántes que llegase, Ulrich haciendo un esfuerzo se incorporó pálido y jadeante para lanzar una mirada de cólera á cuantos le rodeaban.

—Bien venido sea Vd., exclamó Berta prorumpiendo en una carcajada. No le falta á usted más que una cintura de juncos y una corona de cañas para representar con maravillosa exactitud á la divinidad principal del lago.

El aspecto de Ulrich chorreando agua, con el vestido pegado al cuerpo y el cabello caído sobre la frente justificaba en cierto modo las palabras de la jóven. El pobre distaba mucho de presentar entónces la elegancia natural, la serenidad magestuosa que en la estátua de Apolo cautiva al bello sexo. Así es que mien-

tras Guillermo se acercó á él para estrechar su mano en muestra de agradecimiento por el auxilio que habia prestado á su hija, ésta continuó riéndose inmoderadamente.

—¡Aquí está también la mia! dijo revistiéndose de burlona seriedad y estendiendo el brazo sin advertir el mal efecto que aquella inoportuna alegría causaba en todos los presentes, algunos de los cuales se preguntaron si la hija de Guillermo se hallaba destituida realmente de sensibilidad como muchos aseguraban.

Ulrich, que habia correspondido á la accion de Guillermo cortesmente, aparentó no advertir el movimiento de Berta á quien dejó con la mano levantada. Este desaire, sin embargo, lejos de ofenderla, pareció, por el contrario, dar nuevo pábulo á su buen humor, porque variado que hubo tranquilamente de actitud, añadió sin que se notase alteracion ninguna en su voz:

—¡Bien! El doctor está distraido. No lo extraño. Recuerda quizá, los encantos de la compasiva Ondina que le prestó ayuda bajo las

aguas. ¿Qué noticias nos trae Vd. de aquellas húmedas regiones? ¿Se parecen á las que nosotros habitamos?

—No he tenido tiempo de recorrerlas detenidamente, contestó Ulrich procurando disimular su enojo. Pero aún cuando *nadie me haya prestado ayuda*, añadió acentuando fuertemente las últimas palabras, no dudo que haya en las aguas habitantes más humanos que en la tierra.

—Está visto: el doctor se ha puesto de mal humor con el baño frío que acaba de recibir. Esperemos que la vehemencia con que acaba de expresarse le haga entrar en calor.

—Infinitas gracias doy á esta casualidad, que ha disipado mis dudas por completo, dijo Ulrich en voz baja á Berta á fin de ser oído de ella solamente.

—¿Qué quiere Vd. darme á entender? preguntó la jóven con sequedad.

—Que no siempre bajo un exterior bello se esconde un corazón generoso y compasivo.

—¡Caballero! exclamó Berta ofendida.

—Recuerde Vd. la conducta que acaba de ob-

servar, y se convencerá de que no me falta razón para expresarme así. De todos modos, me felicito por lo que ha sucedido. Destruyendo mis esperanzas y matando por completo mis ilusiones, me ha prestado Vd. un gran servicio. Desde este momento termina el dulce encanto en que á mi pesar vivía. Adios, señorita. Le perdono á Vd. todo el mal que me ha hecho, por el bien que me ha causado revelándome la verdad. Ojalá que la insensibilidad de que Vd. hoy se jacta la preserve de las penas que algun dia pueda ocasionarle la de los demás. Procure Vd. conservarla, ya que parece cifrar en ella su ventura.

Ulrich, al concluir de hablar, pretestó la necesidad de mudar de traje, y se separó de los que le rodeaban para dirigirse á la quinta.

Este diálogo, que como hemos dicho se verificó en voz baja, pasó desapercibido para todos ménos para Guillermo que habia observado á los dos jóvenes, adivinando por sus semblantes los sentimientos de que se hallaban dominados. La conducta de Berta le habia desagradado; pero al fin era su hija, y á fuer de

padre débil, acabó inspirándole en vez de cólera compasión. Para formar el corazón de una mujer se necesitan el amor y vigilancia de una madre. Guillermo lo comprendió así, y lanzó un profundo suspiro. Nada es tan doloroso para un padre como tener que admitir los defectos de que sus hijos adolecen.

Lo sucedido, después de todo, como no había tenido ningún resultado deplorable, no alteró el general contento. Berta, que al principio parecía hallarse algún tanto pensativa, no tardó en participar de él. El doctor, que se dirigía precipitadamente hacia la quinta, le proporcionó nueva ocasión de manifestarlo.

—Señores, dijo, comienza á llover, y si nos detenemos vamos á mojarnos. El doctor Travers no corre igual peligro que nosotros.

—¿Por qué? preguntó uno.

—Porque ya lo está.

Este chiste no hizo, sin embargo, reír á nadie. Todos habían desaprobado en su interior la conducta de Berta; pero su seriedad no fué de larga duración. ¿Qué les importaba á ellos lo que acababa de pasar? Estaban allí para di-

vertirse y no para constituirse en jueces de la que les proporcionaba los medios de lograrlo. Siendo Ulrich el único ofendido, no debían tomar parte en un asunto que en nada se refería á ellos. Mientras Berta siguiese tratándolos bien, no tenían derecho para quejarse. Este sentimiento egoísta es el que, por lo general, domina en el corazón de todos.

La misma alegría continuó reinando durante la comida después de la cual se bailó hasta hora muy avanzada de la noche. Ulrich no contribuyó al contento de los demás. Permaneció en la habitación que le habían destinado, escusando su ausencia con una ligera indisposición á que todos dieron crédito.

Guillermo fué á informarse del estado de su salud, y aunque deseaba disculpar á su hija, no se atrevió á hacerlo, temeroso de no poder rebatir las reconvenciones justas que no hubiera dejado de dirigirle. Se limitó, pues, á hacerle los ofrecimientos propios del caso, á los que el jóven, después de mostrar su agradecimiento, contestó manifestando la necesidad en que estaba de regresar al día siguiente á Gine-

bra donde sus enfermos lo aguardaban. Guillermo no trató de detenerlo, persuadido de que hubieran sido vanos sus esfuerzos. Se retiró, pues, despidiéndose de él afectuosamente.

Dudas y sobresaltos.

Ni Guillermo ni Berta se atrevieron á hablar al dia siguiente de lo que habia sucedido el anterior. Ambos procuraron olvidar un acontecimiento cuyo recuerdo les era desagradable. El primero sabia con sentimiento suyo que sus amonestaciones no habian de remediar un mal ya incurable, y la segunda deseaba evitar una discusion en que tenia la certeza de quedar vencida. Su conciencia la acusaba de no haber obrado bien, y las reconvenciones hubieran aumentado su descontento. Era la única vez hasta entonces en que no se hallaba satisfecha de sí misma. Por tanto, lo que el uno no hacia por debilidad, rehusaba hacerlo la otra por egois-

mo y orgullo. ¡A qué tristes resultados puede dar lugar esta reserva entre padres é hijos!

Pero si Guillermo era débil con Berta, no adolecía de igual defecto con los demás. La conducta de Pedro había hecho nacer en su imaginación un cúmulo de ideas desagradables y confusas que deseaba aclarar. Además, había un acto de desobediencia que corregir. Con este objeto mandóle comparecer en su presencia. El sirviente se presentó con un desembarazo que no dejó de chocarle.

—¿Sabe Vd. para lo que le he llamado? le preguntó en tono severo.

—Si no lo sé con certeza, creo adivinarlo.

—Entonces no extrañará Vd. le diga que aunque me hallo siempre dispuesto á premiar un servicio, no lo estoy ménos á castigar las faltas que en mi casa se cometen.

—Lo que importa saber es si lo que Vd. califica de falta merece ese nombre realmente, observó el barquero con desenfado.

—¿De cuándo acá se ha llamado de otro modo la desobediencia? Usted ha olvidado que

aquí nadie tiene derecho á dar órdenes más que yo, desatendiendo las mias.

—Si falté, el interés que la señorita Berta me inspira me servirá de disculpa.

—¡Interés bien singular! observó Guillermo irónicamente. Interés que le ha hecho á usted ofender á mi hija, tomándose la libertad de designarla con un nombre que nunca debe pronunciar un criado cuando se trata de las personas que se han dignado admitirle en su casa.

—No comprendo todavía á qué ofensa alude Vd., señor, exclamó Pedro perdiendo una parte de su anterior serenidad.

—¿No recuerda Vd. que ayer en un *acceso de temor* llamó Vd. á Berta hija suya?

El modo como Guillermo acentuó sus palabras aumentó la turbacion de Pedro, que trató de disculparse respetuosamente.

—Todo eso será muy bueno, dijo Guillermo despues de haberle escuchado con la mayor atencion; pero mis dudas no se han desvanecido. Antes de encontrarnos en este sitio pareceme que nos hemos visto en otra parte.

—Tal vez.

—¿No tiene Vd. presente dónde?

—No, señor, contestó Pedro sin vacilar.

—Pues yo me hallo dotado de mejor memoria que Vd. Nos hemos visto muchos años hace en un lugar en que al celebrar con Vd. un convenio, establecí como condicion precisa que no debiamos volver á hablarnos nunca.

—¿En qué sitio?

—En la cabaña de Pedro, el cazador de gamuzas.

—¡Señor!... exclamó el montañés desconcertado, no encontrando al pronto razon alguna que alegar.

—Ahora bien, añadió Guillermo con imperio. ¿Qué objeto le trae á Vd. aquí?

—¿Es extraño que al cabo de tanto tiempo haya sentido el deseo de volver á ver á la que cuando niña queria como si fuese mi hija propia? preguntó hipócritamente Pedro que, al verse descubierto, consideró innecesario seguir disimulando.

—¡Mentira! exclamó Guillermo indignado. Los hombres como Vd. no quieren á nadie. Si

hubiese Vd. sentido algun afecto hácia Berta, ¿la hubiera Vd. cedido por dinero cual se cede una mercancía ó un objeto que no se necesita? Usted no ha venido aquí por ella.

—¿Y por qué no?

—Porque no puede inspirarle á Vd. interés alguno. A los hombres como Vd. solo es capaz de interesarlos el oro.

—Motivo ha tenido Vd. ayer tarde para convencerse de lo contrario.

Estas palabras causaron en Guillermo una impresion dolorosa de cuyo origen no pudo darse á sí mismo cuenta.

—Un hombre como Pedro, insensible y depravado, pensó, tiene endurecido el corazon. Las penas y hasta la vida de sus semejantes le son indiferentes. Solo un hijo en peligro puede hacerlo salir de esa indiferencia, de esa insensibilidad. Para que el frio acero produzca fuego es preciso que lo hiera un cuerpo más duro que él, cual es el pedernal. Del mismo modo, únicamente el amor paternal es capaz de encender el generoso fuego de la humanidad en un corazon

helado por el vicio ó convertido en fango por la abyeccion.

Esta idea se presentó á su imaginacion, pero se apresuró á desecharla con espanto.

—¡Oh! Quiero alejar de mí un mal pensamiento que además de hacerme sufrir, es absurdo, se dijo á sí mismo. Este hombre no viene aquí sino en busca de dinero.

Fortalecido con tal seguridad, agregó en ta voz:

—No comprendo cómo se ha decidido Vd. á vivir al lado de Berta, cuando su mujer y su verdadera hija, privadas de apoyo y probablemente en la más completa miseria, reclaman sus cuidados en la cabaña del valle de Geschenen.

—La cabaña del valle de Geschenen ha desaparecido, y con ella cuantos la habitaban, exclamó Pedro, que no pudo ménos de estremecerse al recordar aquella terrible catástrofe.

—¿Cómo? preguntó Guillermo sorprendido.

—Un alud destruyó mi pobre morada al dia siguiente de habernos visto por la última vez usted y yo en ella.

—¿Y su mujer y su hija?

—Debieron perecer, porque nadie ha vuelto á oír hablar de ellas, contestó el montañés con voz ahogada, tal vez por los remordimientos.

—¿Qué horror! exclamó Guillermo.

Después de haber permanecido algunos momentos en silencio, fuertemente impresionado por lo que acababa de saber, agregó:

—¿Está Vd. seguro de que su hija fué víctima de tan espantoso suceso?

—Debo suponerlo, contestó Pedro con cierta vacilación que dió que pensar á Guillermo.

—¿Suponerlo?... ¿En tantos años como han transcurrido no ha logrado Vd. averiguar la verdad?

—¿Podía interrogar acaso á las rocas del valle? respondió Pedro, á quien las preguntas de Guillermo comenzaban á impacientar.

—Hasta las piedras se hallan dispuestas á contestar cuando es un padre desconsolado el que las interroga.

—Pues para mí han permanecido mudas, exclamó Pedro con dureza.

—Cuando Vd. ignora lo que hay de cierto, es porque no ha querido tomarse el trabajo de indagarlo. Esa indiferencia no se concibe en un marido, y mucho ménos en un padre.

Estas palabras irritaron á Pedro. Por endeuido que tenga un hombre el corazon, no puede permanecer completamente insensible á las reconvenciones merecidas que se le dirigen. Conceió que en el ánimo de Guillermo habia nacido una sospecha, y temió proporcionarle involuntariamente datos capaces de hacerla crecer si la conversacion continuaba. Así, resolvió ponerle fin.

—Señor, Vd. puede pensar lo que quiera, dijo bruscamente. Pero mi vida pasada me pertenece y no concedo á nadie el derecho de examinarla de una manera indiscreta y contra mi voluntad.

—Es que la vida pasada de Vd. puede servir-me para calificar como debo su conducta presente, observó Guillermo con altivez. Yo le dí á Vd. una crecida cantidad como precio..... de su condescendencia. Un hombre arreglado, sobre todo destituido de familia como Vd., que per-

dió la suya desgraciadamente segun dice, hubiera manejado ese dinero de modo que le produjese lo bastante para vivir con holgura.

—Han trascurrido muchos años desde entonces.

—No importa: con economía y prevision no se veria Vd. obligado á servir, y quizá á mendigar.

—¿Me dió Vd. por ventura aquella cantidad en préstamo? preguntó Pedro, no pudiendo contenerse por más tiempo.

—Esa pregunta...

—Es muy natural. Solo habiéndomela dado de esa manera, tendria Vd. el derecho ahora de pedirme cuenta de ella.

—¡Insolente! exclamó Guillermo irritado. ¡Basta! Vd. me acaba de prestar un nuevo servicio salvando á... Berta. Como no ignoro que los hombres de la condicion de Vd. no saben hacer nada de balde, tome Vd.

Y abriendo un cajon de su escritorio, sacó de él un bolsillo lleno de monedas, que arrojó sobre una mesa, diciendo:

—Si es eso lo que Vd. ha venido á buscar

aquí, bien pronto ha conseguido Vd. su objeto. Está Vd. pagado. Retírese Vd.: no quiero que permanezca Vd. en mi casa ni una hora más.

—Está bien, dijo Pedro cínicamente, recogiendo el dinero. Es muy justo que los ricos den á los pobres lo que necesitan para vivir.

—Cuando los pobres saben trabajar honradamente, no necesitan recurrir á los donativos de nadie. Hemos concluido. Espero que no nos volveremos á ver.

—¡Quién puede responder de lo futuro!

—Este es el último dinero que recibirá Vd. de mi, porque ya nada le debo.

—Pues qué, ¿es incapaz el hombre de sentir otro amor que el del dinero? preguntó Pedro irónicamente.

—Cuando se asemeja á Vd., no puede sentir otro, contestó Guillermo palideciendo.

—¡Quién sabe!

Pedro, sin saludar siquiera, se retiró, agregando entre dientes:

—Por segunda vez he triunfado, necio que has creído intimidarme. Yo he sabido sacarte lo que me hacia falta, mientras que tú no lo-

grarás sacar la espina que he clavado en tu corazón, y que te atormentará mientras vivas. Lo que pensé ha sucedido. Mi hija, en la posición que ocupa, será para mí una fuente de recursos inagotables, si no doy lugar á que se seque. Ya que la prudencia es necesaria, procuraré ser prudente.

Guillermo por su parte, siguiéndole con la vista mientras se alejaba, decia en su interior:

—Las palabras de ese hombre me han hecho daño. Antes estaba tranquilo, y ahora me siento inquieto, sobresaltado. ¿Y por qué? Al querer retroceder á lo pasado, se extiende delante de mis ojos un velo que no me permite ver con claridad. Ese hombre es indudablemente un malvado, dispuesto á sacrificarlo todo al vil interés. Puede ser que á fuerza de oro consiga de él explicaciones capaces de sacarme de la dolorosa duda en que estoy. No debo vacilar: voy á llamarle de nuevo.

Pero lo llamó inútilmente: Pedro acababa de partir, sin que diesen resultado favorable cuantas diligencias se practicaron para encontrarle. Los hombres dañinos, á semejanza de

los animales que lo son, cuidan siempre de establecer sus guaridas en lugares inaccesibles.

Guillermo se resignó.

Trascurrieron varios días, y su ánimo se fué gradualmente serenando. Todos tenemos una marcada propension á considerar como cierto aquello que se halla más conforme con nuestros deseos. Guillermo acabó por persuadirse de que era un loco, atormentándose sin motivo. ¿Qué crédito podia merecerle un hombre acostumbrado como Pedro á explotar en provecho propio las pasiones de los demás? Habia comprendido las ventajas de su posicion y procuraba sacar de ellas todo el partido posible. Nada más natural. Por otra parte, Guillermo amaba á Berta y la tenia á su lado. ¿Qué más podia apetecer? Pero... al considerarse curado de sus dudas, las dudas se renovaban. ¡Ay! cuando llegan á penetrar en el corazon, es inútil intentar, jamás vuelven á salir de él.

Berta no estaba más tranquila que su padre, aunque por distinto motivo. Desde que se disipó la especie de embriaguez que le causaba su alegría, estimulada por la de los demás, co-

noció cuán desacertada habia andado recompensando con intempestivas burlas é inmerecidos sarcasmos el amor de Ulrich, amor que le habia impelido á salvarle la vida con riesgo de la suya. ¿Cuál de los jóvenes que la rodeaban era capaz de hacer otro tanto? ¿Cuál de ellos era más digno de su ternura, poseia mejores cualidades? ¡Ninguno!

Esta confesion que por primera vez se hizo á sí misma la affigió. Habia tratado á Ulrich delante de otras personas de un modo que un hombre pundonoroso no puede nunca perdonar sin avergonzarse. Debia suponer, pues, que todo entre ella y él habia terminado.

Esta idea, que jamás se le habia ocurrido, la hacia ahora padecer. Sin embargo, puede tanto la vanidad producida por el convencimiento del propio valer y excitada por la adulacion, que la esperanza, trascurrido que hubieron algunos dias, se volvió á apoderar de ella.

—Si me ama de veras, olvidará cuanto ha sucedido, y si logro encontrarle en cualquiera parte donde pueda hacerle sentir el influjo que

sobre él éjercicio, le volveré á ver encadenado á mis pies.

Pero por lo mismo que Ulrich la amaba, no se realizaron sus presunciones. Un mes despues de los sucesos que habian convertido en inquietudes y sinsabores la paz de tantas personas felices, supo Berta que el doctor habia salido de Ginebra con el objeto de viajar durante dos ó tres años. Al recibir por conducto de una amiga esta noticia que le hizo experimentar un dolor que hasta entónces jamás habia sufrido, nada dijo, ni áun siquiera se inmutó; pero al llegar á su casa, al encontrarse sola, corrieron por sus mejillas dos lágrimas ardientes. Eran las primeras que vertia, eran dos lágrimas de fuego que al humedecer sus párpados los abrasaban.

Sorprendida de su debilidad, se atrevió á investigar su origen. Insensiblemente llegó á su corazon, y al interrogarle se cubrió los ojos con las manos deslumbrada: el fuego latente que hasta entonces existia en él, se habia convertido en un incendio. Sí, ya no podia disimulárselo á sí misma: amaba á Ulrich. Y como

en ella todos los sentimientos se exaltaban, sintió que le amaba hasta el punto de no poder ser feliz sin él.

En cualquiera otra mujer, semejante convencimiento hubiera llevado en pos de sí el desaliento ó la desesperacion; mas dotada de un alma enérgica, dispuesta á luchar para tener el placer de vencer, alzó altiva la cabeza, que habia tenido hasta allí inclinada, exclamando:

—¡Triunfaré! ¿cómo? Lo ignoro todavía, pero triunfaré. Los medios poco me importan: todos serán buenos con tal que logre realizar mis deseos. Cuando poseia el bien cuya falta deploro, no supe apreciarle y le miré con desden, y ahora que le he perdido veo que es necesario para mi tranquilidad. Estoy, pues, en el caso de reconquistarle. ¿Y si no consiguiese mi objeto?

A esta idea se levantó pálida de su asiento, y con voz vibrante cual si hubiese alguien escuchándola, dijo llena de soberbia:

—En vano me atormento. Cuando huye es porque me teme. Mi perseverancia triunfará

de su despecho. Salvaré los obstáculos que nos separan... ¿Y si lejos de mí llegase á contraer un nuevo empeño, si otra mujer me robase su corazón?... ¡Infeliz de ella! Ahora que me siento capaz de amar, me siento también capaz de aborrecer y de vengarme!

VI.

La huérfana del valle.

Tiempo es ya de que el lector retroceda con nosotros en la serie de años que han trascurrido, y que nos acompañe al valle de Urseren, donde hemos dejado á Walter con su familia despues de la catástrofe en que logró salvar á la hija de Pedro el cazador.

Como las repetidas indagaciones que practicó no arrojaron luz alguna sobre tan terrible suceso, estaba casi cierto de que Berta habia perecido bajo los escombros del solitario *chalet* destruido por el alud y cubierto ahora de rocas ennegrecidas por el aire y manchadas de musgo por la humedad.

Pero la esperanza nunca muere del todo en

el corazón de los que aman de veras. Vive mientras no la mata el testimonio de los sentidos, y él nada había visto. No procuraba, pues, hacer grandes esfuerzos para alejar de sí una duda que le era grata. Estaba persuadido de que después de tanto aguardar solo un milagro podía realizar sus deseos; pero ¿cuándo fueron los milagros considerados como imposibles por los creyentes animados de ardiente fé, sobre todo, si como Walter tienen la costumbre de considerar las imponentes maravillas que los rodean como una prueba evidente del ilimitado poder de Dios?

Desde que eligiera su nueva morada se había dignado éste colmar de prosperidades á sus habitantes. Sus campos se habían cubierto de abundantes mieses, y sus prados de verde y fresca yerba que á su placer pastaba el ganado. Con el producto de las cosechas había llenado abundantemente sus necesidades. Su inteligencia y actividad por una parte, y la eficaz ayuda de los hombres de que se rodeaba en el momento oportuno, habían bastado para conservarlo todo en el estado más floreciente.

Es verdad que Gertrudis contribuía con su infatigable laboriosidad á tan satisfactorio resultado. ¿Pero era ella sola la que auxiliaba á Walter? No. El móvil principal que ponía en ejercicio todas las fuerzas en la granja, que las estimulaba y las reunía para hacerlas converger al mismo fin, era Margarita, la huérfana del valle de Geschenen, el génio tutelar de aquella morada donde reinaban la dicha y la paz.

A los pocos dias de haber encontrado un abrigo bajo aquel hospitalario techo, se habia grangeado la niña, por la docilidad y dulzura de su carácter, el cariño de sus dueños. Algunos años despues, con el deseo que mostraba de corresponder dignamente á las bondades de que era constante objeto, habia cautivado su voluntad. Un poco más tarde, al convertirse la niña en mujer, cuando el ejemplo y las máximas de virtud que diariamente veía practicar formaron su corazon, y los conocimientos adquiridos en la escuela de Andermatt, allí inmediata, disipando las tinieblas de su ignorancia, enriquecieron su entendimiento, au-

mentados despues con los que ella misma se proporcionó por medio de la lectura, Margarita fué el ídolo de sus padres adoptivos. Jamás hubo hija más querida: ninguna prodigó nunca caricias más tiernas, profesó un cariño más acendrado y respetuoso á los autores de su existencia. Todos la consideraban como una flor fresca y lozana que desde lejos atraía con la suavidad de su perfume, y que de cerca emblesaba con su modestia y hermosura.

—Eres tan bella como buena, le decia un dia Gertrudis depositando un tierno beso en su blanca frente al recibir de sus manos, concluido, un trabajo urgente de costura que le habia encomendado; eres la bendicion que nos reservaba el cielo para colmarnos de dicha en nuestros últimos dias.

Estas palabras indicarán desde luego lo que era Margarita.

Otra circunstancia hacia más vivo el cariño que inspiraba la jóven á sus padres, nombre que ella se complacia en darles. A medida que aumentaba en años y en virtudes, sus azules ojos brillaban con tanta dulzura bajo sus ar-

queadas cejas rubias como la espesa madeja de sedosos cabellos que, formando una cascada de oro, se desataban en rizos sobre sus hombros de alabastro; su boca pequeña se sonreía con tanta bondad dejando entrever dos filas de blancos y menudos dientes, y su cuerpo de mediana altura, esbelto y elegante, se mecía con tan modesta gracia y lánguida naturalidad al andar, que Walter al verla una tarde coger en el prado un ramillete de florecillas silvestres con que se proponía adornar el justillo de la bondadosa Gertrudis, no pudo ménos de admirarla.

—Ven acá, hija mia, dijo atrayéndola hácia sí. Deja que te estreche contra mi corazón. Bendita seas por el momento de gozo que me has hecho experimentar.

—¿Un momento no más, padre mio? preguntó la jóven con su habitual dulzura.

—¡Oh! sí: tienes razon: he sido injusto, porque tú eres la alegría de estos pobres viejos, que probablemente no existirían ya si no hubieses venido tú á endulzar sus pesares con tu afecto, y á hacerles cara la vida con tu constante solicitud.

—¿Y hubiera podido yo encontrar padres más llenos de indulgencia y de ternura? La ingrata aquí soy yo, exclamó Margarita, cuyas mejillas se humedecieron con las lágrimas que le hizo verter el enternecimiento. No: la pobre huérfana no está satisfecha, porque sabe muy bien que jamás podrá pagar la inmensa deuda de gratitud que con sus bienhechores ha contraído.

—¡Oh! mírala ahora, Gertrudis, dijo Walter alzando con sus manos la cabeza que Margarita había reclinado sobre el hombro de aquella al mismo tiempo que rodeaba su cuello con uno de sus brazos; mira bien la expresión de su semblante; ¿no te recuerda el de otra persona?

—Seguramente: me recuerda el de nuestra difunta señorita, contestó Gertrudis. Hay momentos en que, al fijar en ella mis ojos como ahora, paréceme estarla contemplando. En su rostro brilla la belleza angelical, la inalterable benevolencia con que aquella desventurada criatura se captaba el cariño de todos y contra la cual se estrelló más de una vez, quedando desarmada, la implacable severidad del hombre que la llevó al sepulcro.

—Gertrudis, recuerda que hablas de nuestro amo, observó Walter en tono de reconvención.

—Bien sabes, esposo mio, que yo no sé decir más que la verdad. Y de ella no me aparto, hija del alma, agregó dirigiéndose á Margarita nuevamente, al asegurarte que aun cuando Berta, de quien tantas veces nos has oido hablar, fuese tu madre, no podria existir entre ella y tú más completa semejanza.

—Es una casualidad, sin duda, dijo Walter; casualidad extraña que me ha inspirado pensamientos extravagantes, insensatos, inadmisibles.

—Casualidad que yo deploro, observó Margarita en tono de queja, porque me priva de la parte de afecto que mis padres dedican á la otra hija que han perdido, y cuyo recuerdo contribuyo á mantener constantemente vivo en ellos.

—Al contrario, celosilla, exclamó Walter sonriéndose. Ese es un motivo más que aumentará en vez de disminuir nuestro amor hácia tí.

Escenas como estas se repetian frecuentemente en la granja. Margarita era en su casa su más bello adorno, y fuera de ella, por su reputacion de hermosa, instruida y honrada, el tema de las conversaciones de cuantos la conocian en muchas leguas á la redonda.

En efecto: se necesitaba verla cuando con el sencillo y gracioso traje de aldeana, cuyos vivos colores hacian resaltar la interesante palidez de sus mejillas y cuya corta saya dejaba en descubierto dos pequeños pies de aristocrática forma que contemplaban con asombro no completamente exento de envidia las jóvenes de aquellas montañas, se dirigia á las poblaciones inmediatas para desempeñar las comisiones que á su inteligencia confiaban sus padres. En todas partes estaba cierta de encontrar simpatías, en todas partes se agolpaban los jóvenes para verla pasar, sin que ninguno se atreviese á manifestar la admiracion que inspiraba sino por medio de un cortés y respetuoso saludo. La inocencia y la casta reserva que en su porte y ademanes se advertian, bastaban para contener el fogoso entusiasmo de

unos y mantener á una prudente distancia el atrevimiento de otros.

Además, ninguno de ellos ignoraba que sus padres, acostumbrados á vivir en las ciudades y en la buena sociedad cuyos modales habian tenido por modelo, le habian dado una educacion muy superior á la que reciben en general los habitantes de aquellas apartadas regiones. Esto, unido á sus naturales atractivos y, sobre todo, á la instruccion que ella misma se habia procurado con los libros de que abundantemente la proveia Walter, la elevaban á una altura que, por lo mismo que era por todos reconocida, nadie dejaba de proclamar.

Pero, lejos de envanecerla semejante supremacía, ninguna jóven habia más afable, más asequible, más indulgente que ella. La discrecion de que se hallaba dotada le hacia evitar el ridículo en que la hubieran hecho caer pretensiones de su parte poco en armonía con su estado. Resultaba de aquí que sus compañeras la trataban familiarmente, haciéndola partícipe de sus sencillos placeres, y que los aldeanos, sin atreverse á dirigirle los requie-

bros que prodigaban á las demás, se le acercaban sin temor, ansiosos de manifestarle con el mayor comedimiento la alta opinion que de ella habian formado.

Esto explica cómo no obstante haber cumplido ya diez y siete años de edad, nadie hubiese solicitado su mano, á pesar de ser muchos los que en silencio por ella suspiraban. De otro modo, esa reserva hubiera sorprendido tanto más, cuanto que corria el rumor de que sus padres poseian una riqueza mucho mayor que la que manifestaban, riqueza que, por carecer de hijos propios, habia de heredar naturalmente Margarita á la que querian como si lo fuese. Difícil seria, si no imposible, indicar de dónde nació esa general creencia. En las poblaciones pequeñas nada se ignora. La más ligera indiscrecion, el descuido más leve, sirven de datos al público curioso para formar juicios pocas veces equivocados. Ni Walter, ni Gertrudis, ni Margarita recordaban haber tenido nunca conversacion alguna capaz de fomentar tales suposiciones; y sin embargo, de público se decia que independientemente del valor que repre-

sentaba la granja, que no era corto, tenia su dueño una gruesa cantidad en dinero guardada.

Tales rumores los hubieran sobresaltado en cualquiera otra parte; pero en Suiza, y mucho ménos en las montañas, no obstante la libertad que reina y el ningun peso que hace sentir la autoridad á los ciudadanos, se desconoce casi el robo, tan frecuente en otros países dotados de gobiernos llamados conservadores, imperando en su lugar el respeto más absoluto, así á las personas como á las propiedades. De aquí proviene que, naturales y forasteros pueden recorrer valles, montes y ciudades sin temor alguno, encontrando por todas partes proteccion y franca hospitalidad cuantos van á aquella pequeña y no obstante ilustradísima nacion en busca de salud y recreo. Solamente en las grandes poblaciones el trato con los extranjeros de todas clases que las frecuentan ha pervertido el sentido moral de algunos suizos hasta el punto de haber dado lugar á un limitadísimo número de excepciones que, de otro modo, probablemente nunca hubieran sido señaladas. Sin esa

circunstancia es casi seguro que no habria más casos de perversidad humana que aquellos que en vez de ser el resultado de la mala educacion ó del mal ejemplo, proceden directamente de una defectuosa organizacion. La naturaleza, que parece complacerse en reunir los elementos armónicos que constituyen así la belleza física como la moral, crea tambien los mónstruos. En la misma Suiza, al lado del montañés robusto y gallardo, se ve arrastrar su automática existencia al *cretino* ó raquíptico idiota.

Walter y su familia se hallaban protegidos, pues, en aquellas soledades por la moralidad de los habitantes á la vez que por la estimacion que éstos les profesaban. ¿Qué extraño entonces que se considerasen felices?

Sin embargo, una inquietud solia turbar aquella felicidad á semejanza de las nubes pasajeras que en verano interrumpen la plácida tranquilidad de los dias serenos. Margarita, imitando á lasavecillas del bosque durante la primavera, solo pensaba en cantar las alegrías de su existencia libre hasta entonces de disgustos y cuidados; pero sus padres, ménos im-

presionables y más previsores, se ocupaban de su porvenir.

—¿Qué será de nuestra hija si nosotros llegamos á faltarle? preguntaba un dia Gertrudis á Walter. Nosotros la amamos, porque es un conjunto poco comun de perfecciones, la miramos con satisfaccion y orgullo, porque es superior á todas las jóvenes de su edad; ¿pero no podria llegar á ser esa misma superioridad un obstáculo para ella?

—Dices bien, contestó Walter: con frecuencia me ocurre el mismo pensamiento. Muy en breve se hallará Margarita en situacion de buscar al lado de un esposo el apoyo que nosotros ahora le prestamos. ¿Y cómo encontrarlo en estas montañas dotado de las condiciones capaces de asegurar su futura felicidad? Muchos jóvenes honrados, laboriosos y hasta acomodados hay que aspiran á su mano: ¿pero existe alguno entre ellos que pueda realizar por completo sus aspiraciones?

—Hé ahí la duda que me atormenta. Yo no sé cómo explicar lo que sucede. Margarita ha recibido la misma educacion que sus compañe-

ras de escuela. Sus costumbres no difieren de las de todos los que habitan estas montañas, y no obstante, sus modales son más distinguidos, sus gustos más delicados, más elevados sus sentimientos. Más propia la considera para brillar en los salones de las ciudades por su elegancia y natural dignidad, que para pasar su vida dedicada á las rústicas tareas de una granja en estas ásperas soledades.

—Tan cierto es eso, que al verla reunida con las jóvenes de su edad, en vez de una simple campesina me ha parecido estar contemplando una señorita que, á consecuencia de un capricho, ha trocado provisionalmente sus galas por el tosco traje de las aldeanas. Entonces es cuando más me recuerda á nuestra Berta á quien tanto se parece. Esta semejanza es sin duda muy singular.

—Soy de tu misma opinion..... ¿Pero qué conseguiremos atormentándonos antes de tiempo? preguntó Gertrudis viendo á Walter pensativo y procurando ella misma tranquilizarse. ¿No nos mostramos ingratos con la Providencia que nos ha concedido la paz presente, des-

confiando de su bondad respecto del porvenir? Solo los ambiciosos obran así, y Dios castiga la ambicion cuando se funda, como ahora sucede, en el olvido de los beneficios recibidos.

—¡Tienes razon! dijo Walter en tono grave.

—No debemos ser descontentadizos; y si más tarde no tenemos noticias de nuestra pequeña Berta, lo que es probable que suceda por desgracia, cumpliremos la voluntad de su madre.

—¿Cómo? preguntó Walter alzando brusca-mente la cabeza.

—La cantidad que nos confió debía servir para dotar á su hija así que llegase á los diez y ocho años. Teniendo en aquella época la seguridad de que ésta ha muerto, el mejor uso que de ese dinero podremos hacer será emplearlo en asegurar la felicidad de Margarita, que la ha remplazado á nuestro lado y en nuestro co-razon.

—¡Nunca! exclamó Walter en un tono que asustó á Gertrudis: tan grande era la energía y decision que revelaba. La cantidad á que te re-fieres nos ha sido confiada con un fin único, y ese fin es preciso que se cumpla. Mientras no

tenga la certeza de que Berta pereció, vive ésta para mí. La voluntad de los muertos debe ser más respetada que la de los vivos, así como deben serlo igualmente las promesas que en el momento de espirar aquellos se les hacen, por cuanto se hallan imposibilitados de alegar su derecho. Ese depósito pertenece á nuestra señorita, y disponer de él sin su anuencia fuera un robo. No: el inmenso cariño que Margarita me inspira no me hará incurrir en una falta que me echaria en cara continuamente mi conciencia.

Gertrudis no mostró en la discusión la terquedad con que solia defender sus opiniones. Comprendió cuán fundados eran los escrúpulos de su compañero, y nada encontró que replicar.

En aquel momento justamente entró Margarita alegre y risueña, como le sucedia siempre que volvía á casa, donde se hallaban los únicos objetos de su cariño. Sus padres imprimieron en su pura frente sus labios, y su presencia bastó para disipar la tristeza que los habia invadido. Margarita era el lazo que los unia á la vida, y solo vivian realmente cuando la veian contenta. Entonces nada echaban de ménos.

VII.

Los dos bandidos.

Muy distinta era la conversacion que acabamos de referir de otra que, no lejos de allí, al mismo tiempo se efectuaba. Más arriba del valle de Urseren, y subiendo por un magnífico camino abierto entre rocas de granito, que muestran sus formas angulosas unas veces, y redondeadas otras sobre la superficie de un terreno árido, oscuro, destituido de vegetacion y sembrado de manchas blancas de figuras caprichosas, formadas por otros tantos pequeños depósitos de nieve que han resistido á los rayos del sol de estío, se encuentra la elevada cumbre del San Gotardo. Es imposible concebir, sino sintiéndola, la tristeza en cierto modo

solemne que se experimenta al atravesar aquellas inmensas soledades donde reina un silencio perpetuo, interrumpido únicamente en primavera por los aludes ó por el coche de algun curioso viajero, y en invierno por las terribles tempestades de que ha sido víctima más de un traficante que al pasar á Italia, ó al proceder de ella, se ha atrevido á arrostrar los peligros con que allí á cada paso se tropieza.

Sin embargo, en aquella alta depresion rodeada de cimas aún más elevadas, en aquel peñascoso desierto privado de los elementos que dan vida á los seres organizados, así animales como vegetales, ha osado fijar su planta el hombre, pero con un fin benéfico, pues solo un ardiente amor á la humanidad puede hacerle soportable el sacrificio que le impone la absoluta falta de recursos durante nueve meses de un horrible invierno. Porque allí se carece de todo. Aquel suelo pedregoso ni aún criptógamas produce; los dos pequeños lagos situados en la cumbre carecen de peces; ningun animal, en fin, alegra con su presencia, como lo hemos dicho, lugares que le niegan

cuanto es indispensable para su existencia.

Frente al hospicio donde el viajero extraviado encuentra proteccion y asilo y que acusa no obstante su sencillez la presencia del hombre, se eleva otra construccion medio arruinada, de fachada ennegrecida por el tiempo y provista de una enorme puerta, terminada en medio punto como si fuese la de una iglesia. Antiguamente servia de aduana entre los dos cantones vecinos, hermanos actualmente, y hoy de sitio de descanso á los animales de carga y de tiro. Allí muda de caballos la diligencia de la administracion de correos y dan de comer á los suyos los traficantes procedentes del canton del Tesino y de Italia.

Sentados contra la pared y aplacando su hambre con un pobre almuerzo compuesto de pan y queso, hablaban en voz baja dos hombres que, si se atendia á su rostro oscurecido por el sol y la intemperie, y provisto de inculta barba encanecida, y á su traje de paño burdo, raído y empolvado, debian ganar su vida conduciendo de un canton á otro los efectos más necesarios á sus habitantes.

—Lo repito, Pedro, decia uno de ellos. Este es el último viaje que hago. Estoy cansado de un ejercicio que solo produce trabajos y privaciones. En mi país espero pasarlo mejor.

—Igual resolucion he tomado yo, agregó el otro. Despues de haber vivido muchos años en Italia, gastando alegremente lo mio y..... lo ageno, vigilado por la policia, que ha tenido el mal gusto de no permitirme la continuacion de un oficio que no será el de los hombres de bien, pero que proporciona los medios de no pasarlo mal, me he puesto en camino para mi patria, donde me conocen ménos y donde espero encontrar mayor número de inocentes á quienes explotar. Los suizos no están tan acostumbrados como los italianos á habérselas con gente de nuestra especie.

—Sí. No ignoro que despues de haber sido cazador de gamuzas y casado, perdiste el mismo dia tu mujer y tu hija, ganando en cambio algunos miles de francos. No todos tienen igual fortuna.

—Porque no todos saben sacar partido de las circunstancias en que se encuentran. Aquí

donde me ves, mal traído y avejentado, me sobran recursos, Mauricio. Sin ser capitalista ni propietario, poseo una mina que, bien explotada, puede producirme mucho dinero todavía.

—*¡Per Bacco!*..... como dicen nuestros vecinos los italianos, exclamó Mauricio lleno de curiosidad. ¿Una mina? ¿Y dónde se halla situada? Hé aquí lo que quisiera saber.

—Lo mismo quiero yo, y espero averiguarlo muy pronto. Desgraciadamente, se han agotado mis provisiones, y mientras encuentro el medio de renovarlas, no se me ocurre por ahora el medio de que necesito valerme para comer y variar un poco mi exterior: hablo del traje, que en cuanto á la cara, acostumbrado estoy á darle la expresion que más me conviene.

—Pero eso no es contestar á mi pregunta.

—¿Y si no me acomodase ser más franco por ahora?

—Bien, bien; siendo así, no insisto.

—En Italia tenia siempre á los agentes de la autoridad sobre mis talones, y harto he hecho en reunir lo preciso para llegar aquí.

—¡Qué lástima de país! Para mí sería Italia la primera nación del mundo si no tuviese tan buena policía. Pero está visto, agregó Mauricio con sentimiento, no puede haber nada completo aquí abajo. Hasta las cosas que más lo parecen adolecen de grandes defectos.

—Calculando que en mi patria nadie se meterá conmigo, he regresado á ella; pero estoy sin blanca, y Suiza, aunque muy hospitalaria, no acostumbra alimentar de balde á sus hijos, por grandes que sean sus merecimientos. Es preciso, pues, ingeniarse.

—Enhorabuena: ingeniémonos. ¿Qué partido piensas tomar? Aunque no quieres franquearte conmigo, no por eso estoy ménos dispuesto á ayudarte. Por otra parte, la historia de todos los hombres como nosotros es, con corta diferencia, la misma. Esto significa que, si no hay escrúpulos para tí, tampoco los hay para mí. Habla, pues.

Pero el cazador de gamuzas, bien conocido ya de nuestros lectores, no respondió inmediatamente. Reflexionó algunos instantes, y dijo al fin:

—Nos hallamos de acuerdo: el queso de Urzeren, suave y mantecoso, tiene fama de ser uno de los mejores de Suiza y quizá del mundo entero; pero estoy cansado de comerlo todos los días. Necesito variar de alimento: mi paladar lo exige despóticamente. Así, para darle gusto, me veo en el caso de buscar dinero. ¿Sabes dónde lo hay?

—El que busca encuentra, exclamó Mauricio sentenciosamente.

—Perfectamente dicho. ¡Busquemos, pues! ¿Conoces bien los pueblos de las inmediaciones?

—Como que hace más de veinte años que estoy en constante comunicación con ellos. Desde que dejé la Saboya, mi patria, he pasado mi vida haciendo viajes entre Suiza é Italia.

—¿Y sus habitantes?

—Caminando más bien de noche que de día por razones que adivinarás, no los conozco tanto. Tengo pocas relaciones con ellos, pues me limito á frecuentar el trato de las pocas personas capaces de apreciar mis cualidades y de utilizarlas cuando la ocasión se presenta.

—Si no los conoces, no puedes estar al cabo de los recursos con que cuentan.

—Eso según y conforme, dijo Mauricio sonriéndose maliciosamente, al mismo tiempo que se metía en la boca un gran pedazo de queso. Sigue preguntando, que tal vez pueda contestarte de modo que quedes contento.

—Veamos. Las poblaciones inmediatas pertenecen todas al valle de Urseren. ¿Sabes quiénes son en ellas los individuos más ricos?

—Primeramente, los dueños de los *hoteles*.

—No hablemos de ellos, Mauricio. Están demasiado acostumbrados á explotar á los viajeros para que se dejen explotar por nosotros. Los lobos no se muerden.

—Menos cuando tienen hambre y sed, y esta me atormenta de tal manera que no puedo tragar ya un bocado.

—Allí está el lago.

—¡No tener ni un vaso de mal vino! ¡Paciencia!... Continúo: Hay también propietarios, labradores acomodados.....

—Has llegado donde yo quería, dijo Pedro con acento que revelaba su satisfacción, así co-

mo los malos pensamientos que á su imaginacion se agolpaban. Detengámonos en las granjas, y con preferencia en las más solitarias.

Mauricio le miró atentamente, cual si quisiese adivinar sus intenciones; pero como nada logró descubrir en su rostro duro é impasible, exclamó:

—Ante todas cosas, entendámonos, porque como dicen los italianos vecinos míos desde que perdieron la propiedad de su casa: *altro é parlar di morte, ed altro é morire*. Entre personas como nosotros, el disimulo está demás. Ni tú ni yo ponemos en duda que somos dos bribones dispuestos á obrar como tales y á sernos mutuamente útiles. Juguemos limpio, por tanto. No tengo inconveniente en ayudarte como he dicho, pero corriendo ambos el mismo riesgo, ¿no te parece que debe correspondernos partes iguales al distribuir las ganancias? ¿Te acomoda el arreglo?

—Sí que me acomoda. Hé aquí mi mano en prueba de que lo acepto y de que lo cumpliré fielmente. Esta demostracion á nada nos obliga con los ricos, pero constituye un juramento sa-

grado entre nosotros, que somos pobres...

—Y que estamos cansados de serlo. Puedes vivir tranquilo. Así como me llamo Mauricio... mientras no me acomode tomar otro nombre... no tendrás motivo para arrepentirte de haber depositado en mí tu confianza.

Después de haberse quitado la máscara, los dos montañeses siguieron hablando sin ningún temor de sus proyectos.

—Lo que conviene es no perder tiempo y permanecer ocultos en cuanto sea posible, á fin de que no puedan conocernos si llegan á buscarnos, dijo Pedro.

—¿Y te figuras tú que, aunque nos sigan la pista, será fácil dar con nosotros? observó Mauricio. En cualquiera de las cuevas del oscuro paso de Schollinen á que puedo conducirte, estaremos más seguros que en una fortaleza rodeada de fosos y artillería. Los montañeses, no me contraigo á los que se parecen á tí y á mí, tienen mucho miedo al diablo, y éste habita, según ellos, en aquel horrible desfiladero, ántes morada de los osos, y conocido solamente

ahora de un corto número de hombres prudentes y precavidos.

—Ya sé que no nos descubrirán allí ni los cazadores más atrevidos: conozco tan bien como tú aquella localidad.

—Sin embargo, no estarán de más algunas medidas precautorias. Por de pronto, me conviene deshacerme de mi caballo. Es un mal rocín; pero con su producto podremos vivir algunos días. En Hospenthal tengo un conocido que nos dará posada y comida por poco dinero. Es hombre muy reservado y que compra desde luego cuanto se le propone de venta sin averiguar su procedencia. Los objetos que con frecuencia se echan de ménos en los hoteles van á parar todos á su casa.

—¡Corriente! Voy viendo que conoces el terreno que pisas.

—Tan cierto es eso, que desde luego quiero indicarte el que he elegido para dar principio á nuestras operaciones.

—¿Cuál?

—La granja de Walter Steiner.

—¡Walter Steiner! exclamó Pedro, deteniend-

do ante la boca el pedazo de pan que se disponia á introducirse en ella.

—Cómo, ¿le conoces por ventura? preguntó Mauricio sorprendido.

Pedro vaciló, como si no supiese qué contestar. Al fin, temeroso de que su silencio fuese mal interpretado por su compañero, dijo:

—He oido pronunciar ese nombre, pero no recuerdo dónde ni con qué motivo.

—Yo no he visto nunca al que lo lleva, pero he oido asegurar que es hombre rico, y que por avaricia le gusta guardar el dinero, en vez de gastarlo alegremente, como es natural. Vive en una granja algo distante de Andermatt, y no le acompañan más que su mujer y una hija adoptiva, muy bonita por cierto.

—¿Y esa jóven tiene ó tuvo padres conocidos?

—Téngalos ó háyalos tenido, sus nombres no han llegado á mi noticia. Pero me sorprende la curiosidad que te inspira la rapaza. ¿Deseas, acaso, contraer segundas nupcias? preguntó Mauricio, prorumpiendo en una estrepitosa carcajada.

—Los hombres como yo están mejor sueltos

que encadenados, contestó Pedro, acompañando al otro en su risa. Una mujer es siempre una carga, nunca un alivio. Lo sé por experiencia.

—En efecto, debes saberlo, puesto que eres viudo.

—Lo cual no me pesa. Pero volvamos á nuestro asunto. ¿Crees que Walter tiene realmente dinero guardado?

—Así se corre, y voz del pueblo, voz del cielo.

—O de los que dicen más bien que lo que saben, lo que suponen. De todos modos, ya que dinero aseguran que hay, nos conviene estudiar el modo de dar con él.

—La hija adoptiva de los poseedores nos suministrará cuantas noticias necesitemos.

—¿Cómo? preguntó Pedro mirando fijamente á su interlocutor. ¿Sería ella capaz de...

—Una mujer es capaz de todo cuando tiene miedo, contestó Mauricio sin dejarle acabar. Durante la presente época del año, mientras los padres trabajan en el campo, la chica se queda sola en la casa, cuyo arreglo interior le está confiado, ¿Me vas comprendiendo ahora?

—Podría suceder, sin embargo, que esa jóven, dijo Pedro pensativo mientras se pintaba la espresion del disgusto en su fisonomía, esa jóven podría tal vez negarse á hablar, y entonces...

—Si no habla de buen grado, hablará por fuerza. Déjalo á mi cuidado.

Pedro intentó agregar algunas observaciones más. Su compañero no se lo permitió.

—Se va haciendo tarde, dijo levantándose, y es ya hora de ponernos en camino. Además, he hablado tanto, que necesito remojarme el gaznate ahí enfrente. Si fuera en invierno nos darian de balde una copa de *kirsh*; pero ahora nos costará el dinero. Cuando nos hayamos refrescado nos dirigiremos á Hospental, donde llegaremos de noche y sin que nadie nos vea. ¡En marcha, pues!

Pedro no hizo ninguna objecion, pero indudablemente no estaba contento. Hubiera preferido que fuese otra la víctima del golpe de mano que habian proyectado, no por Walter, sino por Margarita, que sabia habia sido recogida por él y á la cual recordaba haber acari-

ciado algunas veces, aunque pocas, cuando era niña. La memoria de aquel ángel conmovia á pesar suyo su empedernido corazón. ¡Le habia hecho ya tanto daño! El criminal más desalmado tiene momentos de desfallecimiento durante los cuales le es imposible cerrar sus oídos á las reconvenciones de su conciencia.

La llegada de Mauricio con su caballo puso término á sus reflexiones, á la vez que acalló sus escrúpulos. Si los malvados estuviesen solos vacilarian ante muchos crímenes que en el caso contrario cometen á sangre fría, y es porque temen que sus cómplices califiquen de debilidad ó miedo lo que en realidad no es otra cosa que el remordimiento. El sentido moral jamás se pervierte por completo en ningun hombre. ¿No hay motivo para sacar de aquí la consoladora consecuencia de que hasta el más criminal es susceptible de enmienda? Lamentamos que no haya llegado aún el momento de reconocer esta verdad en el Código penal de la mayor parte de las naciones.

Trascurrieron algunos dias sin que en la granja de Walter, ni en el valle de Urseren

ocurriese ningun acontecimiento digno de particular mencion. Entre aquellos pacíficos montañeses la naturaleza es la única que con sus periódicos cambios anuales ó con sus extraordinarios cataclismos altera la monotonía de su existencia. El conocido dicho: los dias se suceden, pero no se asemejan, tiene para ellos poca ó ninguna significacion.

Esa monotonía no impide, sin embargo, que sean dichosos. La desgracia consiste solamente en la diferencia que separa el ensueño de la realidad, y como las aspiraciones de todos ó casi todos ellos no pasan más allá del círculo de elevadas cimas que los rodea, satisfechos con lo que poseen en el momento presente, no se inquietan por lo que puede suceder en el porvenir.

En ese caso se hallaba Margarita. Adorada por sus padres adoptivos, recibida con cariño en todas partes, acostumbrada á no ver donde quiera que dirigia sus miradas sino semblantes benévolos, vivia contenta. Pues qué, ¿le faltaba algo, acaso?

Esta pregunta se hacia á sí misma una tar-

de en que, sola en la granja por hallarse sus padres ocupados en sus acostumbradas faenas campestres, repasaba la ropa de la familia encomendada á su cuidado. Sus lábios pronunciaron un no, terminante.

Y, sin embargo, su mano, que ponía en movimiento la aguja, se detuvo; el lienzo que la otra sujetaba cayó abandonado sobre sus rodillas, y sus azules ojos se fijaron melancólicamente en el cielo que se descubría por la puerta principal de la casa, y en el cual vagaban algunas nubecillas blancas que el sol debía tener bien pronto de carmin.

—¿Saben, acaso, esos ligeros vapores hácia dónde los impele el viento? También nosotros ignoramos hácia dónde nos impulsa nuestro destino, dijo. Nubes pasajeras en el cielo de la vida, un soplo nos hizo aparecer en el horizonte, y otro soplo nos hará desaparecer de él. Pero, ¿cuándo?...

¿Qué sentimiento era el que la colocaba en aquella contemplativa situación? Ella misma no hubiera podido explicarlo. De su alma se había apoderado una necesidad vaga, indefini-

ble, que hacia palpar su corazon, trasportándola como por encanto á una region amena, luminosa, en que reinaban la paz y la alegría. Aquella vision, no obstante, solo duró un momento. Desvaneci6se repentinamente, y desde que dejó de contemplarla volviendo á la vida real, pareció encontrar en torno suyo un vacío que le impedia respirar con completa libertad. Faltábale el ideal que acababa de entrever, que la fascinaba, que irresistiblemente la atraia, que le brindaba goces incomparables, infinitos; ideal que hubiera querido adorar sin embargo de haberlo adivinado, más bien que visto, con los ojos del deseo en el delirio juvenil de su imaginacion. Ent6nces, como era natural, quiso correr el velo que le ocultaba, desgarrarlo si era necesario, pero no se atrevió. Un púdico temor calmó la momentánea exaltacion de su cerebro, y aunque tenia delante el templo, no osó penetrar en él para averiguar sus misterios. La naturaleza habia hablado inútilmente. El alma vírgen de Margarita no habia podido comprender aún su lenguaje. Convenida de que las dulces emociones que acababa

de experimentar eran el resultado de un ensueño ó de una pasajera alucinacion, trató de despertar, para lo cual, levantándose de su asiento y dejando sobre él la costura, dijo:

—Soy una loca. ¿Qué necesito? Nada. Tengo á mis buenos padres, y ellos solos bastan para hacerme dichosa, para llenar mi existencia. Voy á disponerlo todo, á fin de que nada falte cuando lleguen.

La candorosa visionaria habia desaparecido, en efecto, reemplazándola la jóven activa y hacendosa atenta al cumplimiento de sus deberes. En un momento reavivó el fuego del hogar en que hervian varios pucheros de cuyo interior se exhalaba apetitosa fragancia, cubrió la mesa situada en el centro de la habitacion con un blanco mantel, y despues de haber colocado encima los platos y cubiertos necesarios para la comida, ocupó de nuevo su asiento completamente libre de las ideas que poco ántes cruzaran por su mente, en la que no habian dejado más señales de su paso que las que deja el ave en el aire que acaba de atravesar velozmente.

Un cuarto de hora habria trascurrido, cuando le pareció oír el ruido causado por alguna persona que subia la escalera del corredor exterior, que en los *chalets* suizos casi siempre sirve de entrada. Margarita alzó de nuevo los ojos, y al distinguir el sol que brillaba todavía sobre las montañas, dijo para sí:

—No deben ser ellos: no acostumbran dejar el trabajo tan temprano. ¿Quién puede llegar entonces á esta hora?

Deseosa de satisfacer su curiosidad, se dirigió hácia la puerta, pero le interceptaron el paso dos desconocidos que, sin pedir permiso ni saludar siquiera, penetraron en la habitacion.

—¿Es esta la granja de Walter Steiner? preguntó en tono breve uno de ellos.

—Sí, señor, contestó Margarita, sorprendida más bien que asustada por la descortesía de los recién llegados.

—¿Está en casa?

—No, señor.

—¿Y su mujer?

—Tampoco.

—¿Luego la han dejado á Vd. sola?

—Sola estoy, pero pueden Vds. indicar lo que se les ofrece.

—Va Vd. á saberlo, pues no tenemos tiempo que perder.

Y volviéndose Mauricio, pues no era otio, á su compañero el cazador de gamuzas, agregó:

—Quédate en la puerta y observa con atención si alguien se acerca. Yo me entenderé con esta linda moza, que será tan amable y complaciente conmigo como con todos los que la tratan.

El aspecto de aquellos dos hombres y las palabras del que habia hablado comenzaron á asustar á Margarita, que retrocedió involuntariamente hácia el centro de la habitacion.

—¡Eh! qué diablos, no hay que tener miedo, exclamó Mauricio, adivinando lo que pasaba en el interior de la jóven. Como sé que es usted prudente y razonable, espero que el asunto que aquí nos trae se arreglará por las buenas. Sentiria verme precisado á recurrir á la fuerza con una chica tan graciosa como Vd.

—¡Dios mio! ¿Qué pretenden Vds. de mí? preguntó Margarita con voz trémula.

—Muy poca cosa. Sé que Walter tiene dinero guardado en esta casa. Ese dinero nos hace falta y venimos por él. Como Vd. vé, nada más sencillo que lo que pretendemos.

Lo que le sucedía era tan extraordinario, tan en contradicción con cuanto había oído en su vida, que Margarita no encontró palabras para responder. Fué necesaria una mirada imperiosa del hombre que tenía delante para que comprendiese su verdadera situación.

—¿Sería Vd. sorda por ventura? preguntó Mauricio, á quien el silencio de la jóven comenzaba á impacientar.

—Le han engañado á Vd., murmuró Margarita cada vez más asustada.

—He dicho ya que no tenemos tiempo que perder. Somos dos y la resistencia á nada conduciría. Necesito el dinero que he pedido, y pronto.

Estas palabras, pronunciadas con voz ronca, hicieron estremecer á la pobre jóven quien, sin embargo, tuvo aliento todavía para contestar negativamente.

—¡Con dos mil diablos, acabemos! gritó el

bandido lanzándose repentinamente sobre ella y agarrándola con fuerza por un brazo.

—¡Ay! no me lastime Vd. Aseguro que nunca he visto semejante dinero.

—¡Hola! con que persistes en callar. Entonces me pondrás en el caso de desatarte la lengua.

Y mientras hablaba sacó un cuchillo que llevaba oculto bajo la blusa y cuyo brillo, al herir los ojos de Margarita, se los hizo cerrar como si hubiese sido el del rayo al atravesar el aire.

Considerándose perdida, la aterrada joven sintió nacer en ella el amor instintivo de la vida que la hizo vacilar. La lucha entre el deber y el deseo de salvarse fué terrible en su interior. Casi por completo destituida de fuerza moral iba á ceder, cuando recordó la historia del dinero que el bandido le pedia, el religioso cuidado con que Walter lo guardaba, y el profundo pesar que iba á sufrir si llegaba á faltarle. Estas consideraciones reanimaron su espirante valor. Resuelta á morir si era preciso, con una entereza que sorprendió al malvado, exclamó:

—Sé que mi vida pende de un hilo y que

soy demasiado débil para resistir. Sin embargo, no logrará nadie hacerme faltar á la confianza que en mí han depositado mis padres. Si el cielo ha dispuesto que muera, cúmplase su voluntad.

Las palabras de la jóven, que aunque pronunciadas en tono dulce y resignado indicaban no obstante una resolución irrevocable, irritaron al bandido quien, cegado por la cólera, alzó el cuchillo sobre la cabeza de la víctima, que la bajó humilde cerrando los ojos para recibir el golpe; pero Pedro, que estaba á la puerta, se lanzó sobre él y detuvo su brazo diciendo:

—Eso no: todo lo permito menos atentar á su existencia.

Aquel socorro inesperado devolvió la esperanza á Margarita, que intentó arrojarse á los pies de Pedro para ponerse bajo su protección, pero éste se lo impidió, exclamando con una frialdad que la dejó helada de espanto:

—¡Poco á poco! Lo único que exijo es que no se derrame sangre. En lo demás no me memento. Así, mal aconsejada jóven, haz lo que de tí se exige, porque de lo contrario serás mal-

tratada de obra y de palabra, lo que no podré de ningun modo impedir.

Un grito de Margarita fué la única contestacion que recibió Pedro. El malvado que la sujetaba, cual si hubiese aguardado la indicacion de su compañero, apretó de tal manera con su callosa mano el delicado brazo de la jóven, que, agobiada ésta por el dolor, cayó de rodillas.

—¡Madre de Dios, ten piedad de mí! murmuró mientras la lividez de la muerte se extendia por su semblante.

El bandido, entretanto, habia examinado el sitio en que á la sazón se hallaban, y una sola ojeada le bastó para hacerle adquirir la seguridad de que no podia estar allí lo que buscaba. Para cerciorarse de ello preguntó:

—¿Qué habitacion es esa de enfrente?

—La alcoba de mis padres, contestó con voz desfallecida Margarita.

—¿Comunica con alguna otra?

—Con la mia.

—Vamos entonces á la primera.

—¡Nunca! exclamó Margarita con resolucion.

—Ahora lo veremos, gritó el malvado.

Y arrastrándola brutalmente por el brazo sin cuidarse de los dolores que le ocasionaba, entró con ella en la habitación inmediata. Margarita, incapaz de resistir, prorumpió en un grito de dolor.

—¿En cuál de esos dos armarios se halla el dinero? preguntó Mauricio fijando en ella sus ojos centelleantes de furor.

Margarita no respondió.

—Está visto: tendré que averiguarlo por mí mismo.

Dicho esto se dirigió á uno de los muebles indicados, y haciendo un violento esfuerzo, ayudado de su cuchillo, que introdujo por el ojo de la llave, arrancó la cerradura. Registrar el interior fué para él obra de un momento.

—¡Nada! gritó despechado esparciendo por el suelo la ropa que contenía.

La misma operación practicada en el otro armario dió iguales resultados. El bandido bramaba de rabia. Más bien como una fiera que como un hombre se precipitó sobre Mar-

garita que habia permanecido arrodillada temblando.

—¿Dónde está el dinero? volvió á gritar agarrándola por los cabellos y blandiendo el cuchillo con un ademán feroz.

—No lo sé, contestó la jóven más bien que con la voz con el movimiento convulsivo de los labios.

—¿No lo sabes? repitió Mauricio alzando el arma por segunda vez.

En el momento en que incapaz de contenerse, exasperado por tan tenaz resistencia, iba á herirla, detuvo su brazo la voz de Pedro que pronunció su nombre con precaucion.

—¿Qué ocurre? preguntó fijando sus ojos en la puerta.

—¿Has concluido? agregó el cazador siempre del mismo modo.

—¡Mil rayos! ¡no!

—Es el caso que oigo voces como de personas que se acercan.

Esta indicacion alarmó á Mauricio que, soltando á Margarita, á la que tenia aún asida por el cabello, salió precipitadamente de la

habitacion para reunirse con su compañero.

Margarita, al verse sola y libre de la mano que pesaba sobre su cabeza como si hubiese sido de hierro, recobró su perdida energía y con ella parte de sus fuerzas. Efectuando un movimiento rápido que en la situacion en que se hallaba solo podia ser inspirado por la esperanza de salvar su vida, se alzó del suelo, corrió hácia la puerta que comunicaba con la habitacion en que se hallaban Mauricio y Pedro, la atrajo hácia sí con violencia, y pasó su brazo por dos gruesas argollas que en ella habia, como si hubiese sido un cerrojo. En seguida inclinando su cuerpo cuanto pudo hácia la ventana que se hallaba poco distante y que estaba abierta por fortuna, comenzó á pedir socorro.

Atraidos los dos bandidos por su voz, se precipitaron hácia la puerta y trataron de forzarla. Margarita comprendió el peligro que correria si lo lograban. Animada de una resolucion de que no se hubiera considerado capaz, y haciéndose superior al dolor casi insufrible que su delicado brazo próximo á fracturarse le hacia sufrir, se apoyó con todo el peso de su cuerpo

contra la débil tabla de que pendia su salvacion y que los dos malvados blasfemando sacudian furiosos, haciéndole padecer un verdadero martirio, que ella soportó sin lanzar un grito, no obstante que las argollas se enterraban en la carne de su brazo de la cual parecia próxima á brotar la sangre.

Sin embargo, lejos de sucumbir, estimulada por la inminencia del riesgo, continuaba resistiendo, cuando la presion que tanto la hacia padecer cesó de repente. ¿Era aquel un ardid? Así lo creyó; pero el ruido que oyó en la pieza inmediata le hizo bien pronto mudar de opinion. Aquel ruido debia ser sin duda causado por las pisadas de varias personas que subian precipitadamente la escalera, y una de las cuales, en que reconoció al punto la de Walter, gritó:

—¡Margarita, Margarita!

—¡Aquí, padre mio, aquí! respondió la jóven.

Segura de que ya nada tenia que temer, sacó el dolorido brazo de las argollas y abrió la puerta por la que Walter y Gertrudis entraron anhelantes.

—¡Padres míos! exclamó fijando en ellos sus ojos inundados de lágrimas.

Pero nada más pudo añadir, porque agotado el poco aliento que le quedaba después de tan terribles emociones y agudos dolores, incapaz de sostenerse en pie, cayó sin sentido en los brazos de Gertrudis.

Imposible sería expresar el horror de cuantos se hallaban presentes al adivinar, por el desorden que tenían delante, el acto de violencia que allí acababa de verificarse. Los armarios abiertos, los objetos esparcidos por el suelo y el desmayo de Margarita bastaron para disipar toda duda.

Pero mayor fué aún su indignación cuando después de haber vuelto en sí pudo la joven explicar lo sucedido.

—¡Ah! los villanos me han privado de ese depósito, que era para mí sagrado, y que no he sabido conservar, exclamó Walter lleno de pesar.

—Tranquílese Vd., padre mío, contestó Margarita radiante de alegría. En vano lo intentaron. Dios me dió valor suficiente para re-

sistir á sus amenazas. No tuvieron tiempo para descubrir el secreto en que se halla el dinero, obligados sin duda á huir por la llegada de ustedes.

—¡Cómo, hija mía! dijo Gertrudis admirada. ¿Tú, tan débil, pudiste arrostrar su ira hasta el punto de negarte á revelárselo?

—¿No era obligacion mia soportar resignada mis dolores cuando lograba así evitárselos á mis bienhechores?

—A tus padres, debiste decir, hija del alma, exclamó Walter estrechándola contra su pecho. ¿Hubiera podido hacer más por nosotros una hija verdadera?

—¡Padre mio!...

¶ Pero las palabras que iba á añadir se contieron en un gemido: Walter al abrazarla la habia lastimado. Su brazo estaba cubierto de oscuras manchas de coagulada sangre, perceptible al través de su blanca y delgada piel.

Este incidente aumentó el horror de los presentes, que rodearon á la jóven poseidos de admiracion y de afectuosa solicitud.

—¡Infames! exclamó Gertrudis. ¡Atormentar

así á esta pobre criatura! ¡Por qué habrán huido!

—Hija de mi corazón, Dios te bendiga, dijo Walter profundamente conmovido, extendiendo sus dos manos sobre ella.

—¡Bendita seas! agregó Gertrudis cubriéndola de besos.

Y los tres se confundieron en un comun abrazo.

¿Puede haber dicha mayor que la que experimentaron entónces aquellas almas puras, penetradas de ese amor verdadero, incomparable, desinteresado, que sólo puede existir entre padres é hijos en la tierra, ó en el cielo en Jesús, que es el padre y el redentor de la humanidad?

VIII.

Heroismo del deber.

Extraordinaria fué la sensación causada en el país por el inaudito atentado cometido en la granja de Walter. No hubo un solo habitante que dejase de manifestar sus simpatías á Margarita, cuyo prestigio se elevó aún á mayor altura. Todos se pusieron en movimiento, practicando indagaciones é interrogando á cuantos encontraban; pero sus pesquisas para encontrar á los criminales fueron vanas. Al fin se organizó una batida general y se les buscó como si hubiesen sido dos fieras hambrientas y sedientas de sangre. Conocedores los dos bandidos del terreno, pudieron ocultarse desde luego con

tanta más seguridad, cuanto que ignorándose quiénes eran, solo habia en contra suya los pocos datos suministrados por Margarita respecto de sus personas. Por ellos se vino en conocimiento de que eran forasteros, pues sus señas no convenian á ninguno de los vecinos más inmediatos, generalmente conocidos por otra parte é incapaces de tan odiosa villanía.

Como siempre en tales casos sucede, la excitacion general se fué gradualmente aplacando; y la tranquilidad no tardó en renacer en aquellos lejanos montes, como renace en el cristal de las aguas, al desvanecerse las ondas circulares causadas por la piedra cuya caída lo ha empañado por breves instantes. La confianza pública no se resintió á consecuencia de un hecho considerado como puramente accidental, y que se hallaba en oposicion con las costumbres y moralidad del pueblo.

Quien de un modo directo sufrió las consecuencias de lo sucedido fué Margarita. La admiracion, por decirlo así, platónica que inspiraba á los mozos de aquellas campiñas y de las poblaciones inmediatas, creció desde aquel dia

de tal manera, que no tardó en traspasar los límites de la reserva en que hasta entónces habia estado contenida. Los más acomodados se decidieron y pidieron su mano; pero no habia llegado para la jóven el momento de amar, y era demasiado honrada para prestar oídos á las sugerencias de la conveniencia hasta el punto de engañar á nadie fingiendo un afecto que no sentia.

Las reflexiones de sus padres fueron vanas tambien.

—¿Por qué me quieren obligar Vds. á estrechar un lazo que mi corazon no aprueba? les respondia. ¿Están Vds. cansados de concederme su proteccion, ó he hecho yo algo involuntariamente que les desagrada y que merezca el castigo de ser desterrada de su lado?

—¡Oh! no hables así, le contestaban. Nosotros solo queremos asegurar tu felicidad.

—Mi felicidad consiste en vivir bajo este hospitalario techo en compañía de mis queridos padres.

—Pero nosotros podemos faltar de un momento á otro. ¿Quién te protegerá entonces?

—Vea Vd. ese pajarillo que salta de rama en rama: es más débil que yo, y sin embargo, vive sin que le proteja nadie.

—¡Le protege Dios, hija mía! observó Walter.

—Siendo así, él me protegerá á mí también.

En vista de resistencia tan obstinada, ni Walter ni Gertrudis se atrevieron á insistir; pero al declararse vencidos, lejos de guardar rencor á la jóven porque se negaba á complacerlos, comprendiendo el noble origen de sus escrúpulos, no podían ménos de aprobar su conducta: una mujer honrada y pundonorosa da su corazón, pero no lo vende nunca.

En cuanto á los aspirantes á su mano, viendo que nada podían recavar de ella, se conformaron al fin con su suerte, sin cesar por eso de quererla y admirarla; porque Margarita, hasta en el momento de responder con una formal negativa á sus ruegos, lo hacia con tanta dulzura, en términos tan lisonjeros y comedidos, que ninguno se consideraba ofendido. De esta manera lograba con su franqueza lo que no consigue la coqueta más astuta con sus artificios, imitando, sin saberlo, á la despierta viuda

deseosa de conservar su libertad á quien una de nuestras principales glorias teatrales modernas hace exclamar:

«Buenas palabras á todos,

Mi corazon á ninguno.»

Pero al decir á sus padres que era feliz á su lado, lo hacia porque libre hasta entonces de las borrascas de la vida no conocia más que sus dulzuras. ¿Cómo podia desear cambiar de situacion cuando su universo eran aquellas montañas en que las pasiones humanas, libres de toda ilegítima ambicion, jamás se desborдан abandonando el cauce trazado á los sentimientos naturales?

Sus ocupaciones domésticas suministraban constante alimento á su actividad; y si se sentia fatigada, lo que rara vez le sucedia, ¿no eran suficientes para esparcir su ánimo los sencillos bailes de verano en que tomaba parte al son de la trompa alpestre sobre el verde prado y bajo un cielo trasparente y luminoso, ó las veladas de invierno, al lado del fuego, en que las tradicionales narraciones hacen olvidar á los que las escuchan que el viento ruge fuera del

chalet agitando las descarnadas ramas de los árboles sumergidos en su letargo anual, ó produciendo torbellinos de nieve, ante cuya violencia hombres y brutos no pueden ménos de temblar?

Completa era, pues, la dicha de toda aquella familia. Cuando los que la formaban daban gracias á Dios por habérsela concedido, lo hacian de corazon, porque creian sinceramente que á él lo debian. Si hubiesen sido desgraciados, hubieran elevado del mismo modo hácia él sus oraciones, sin que un pensamiento de reconvencion hubiese turbado ni por un instante la pureza de sus religiosos sentimientos.

En esta situacion de ánimo se hallaban cuando á los agradables y melancólicos dias del otoño sucedió el largo invierno que en aquellas elevadas regiones, como hemos dicho, cubre la tierra de un blanco sudario durante siete ú ocho meses consecutivos. Los placeres en comun fueron reemplazados por las distracciones íntimas, en familia, al lado del hogar cuya viva y chispeante llama, que á cada momento varía de forma y colores, constituye ya de por sí

un entretenimiento conocido y apreciado tan solo de los que habitan los países fríos.

Al terminar una de las más oscuras tardes de la estación en que acababan de entrar, Gertrudis y Margarita trabajaban cerca del fuego, esperando á Walter, que habia ido despues de comer á Andermatt, llamado por un asunto urgente.

Al ver que se detenía más que de costumbre, comenzaron á sentirse inquietas. Y motivo habia para ello, porque el viento que soplaba con fuerza, y la abundante nieve que en grandes copos caía, anunciaban una de las terribles noches de los Alpes en que la tranquilidad no reina en ninguna morada sino cuando despues de haberse contado cuantos la habitan, encuentran todos el número completo.

Sin embargo, ninguna de las dos mujeres habia comunicado á la otra sus temores. Como se amaban, procuraban sufrir solas, ocultándose los mutuamente. A pesar de esto, la conversacion que tenían habia cesado, y solo interrumpia el silencio que entre ellas reinaba los mugidos del viento que, al descender por el

tubo de la chimenea, producía lúgubres gemidos, ó que azotaba los cristales de las ventanas lanzando contra ellos nubes de pulverizada nieve. Era una de aquellas noches que abaten y apocan el ánimo, y que la imaginación de los crédulos montañeses puebla de siniestros fantasmas.

—La tempestad arrecia y comienzo á tener miedo, exclamó Gertrudis, impresionable como de costumbre. ¡Si á lo ménos hubiese regresado Walter!

—Sosiéguese Vd., observó Margarita aparentando una serenidad que estaba muy lejos de experimentar. Es ya tarde y debe llegar de un momento á otro.

—¡Quiéralo Dios! Pero convendrás conmigo en que no le ocurre con frecuencia permanecer tanto tiempo fuera de casa, sobre todo cuando hace mal tiempo.

—No ignora Vd. cuán delicado es el asunto que exigía su presencia en Andermatt. A consecuencia de la mala cosecha de este año, no ha sido posible cubrir del todo los anticipos que á padre le han hecho algunos compradores del

pueblo. Es preciso, pues, conseguir una próroga hasta el año que viene.

—Que espero sea mejor que el presente, porque de lo contrario, nos veríamos en grande apuro.

—Confiemos en que suceda así.

No bien habia Margarita concluido de hablar, resonaron tres golpes en la puerta.

—Aquí está padre, exclamó llena de alegría.

—¡El cielo sea loado! agregó Gertrudis levantándose de su asiento.

Mas por pronto que anduvo, Margarita se le habia anticipado, abriendo precipitadamente la puerta.

Walter era, en efecto, el que llegaba; pero, ¡en qué estado! Pálido, temblando de frio y casi sin poder hablar, indicó más bien con el gesto que con las palabras un sillón en el que se dejó caer para quedar inmóvil.

—Padre mio, ¿qué tiene Vd.? preguntó Margarita alarmada.

Walter no pudo contestar.

Gertrudis no logró hacerle hablar tampoco.

Sus movimientos y su cárdeno semblante indicaban solamente que sufría los dolores más agudos.

Al fin pudo articular algunas palabras con las cuales indicó que deseaba recogerse.

Desde aquella triste noche la desgracia comenzó á cernirse sobre la morada de Walter, donde poco ántes reinaban la alegría y el sosiego. Atacado éste por un reumatismo poliarticular agudo, se vió precisado á guardar cama, padeciendo cruelmente, sin que los asídúos cuidados que Gertrudis y Margarita le prodigaban, consiguiesen mitigar su mal. Haciéndose superior á sus sufrimientos para no afligir á aquellas dos personas á quienes entrañablemente quería, Walter disimulaba hasta ahogar los gemidos, único consuelo de los que padecen grandes dolores físicos ó morales; pero fácil era conocer en la expresion de su rostro los esfuerzos que hacia al ocultar sus dolores.

De esta manera pasó el invierno. El médico del pueblo solo logró proporcionar algunas horas de descanso parcial al enfermo con las posiciones calmantes que de continuo le adminis-

traba. Salvo esos momentos de alivio, nada habia conseguido la ciencia del facultativo, quien desalentado al fin, manifestó la gravedad del caso. Segun él, únicamente el cambio de estacion podia producir una mejoría relativa, que no se atrevia á asegurar no obstante.

La impresion que sus palabras causaron en Gertrudis y Margarita fué profunda. La creencia de que el paciente mejoraba las habia animado y sostenido hasta allí, como anima al viajero sediento en el desierto el lago trasparente y fresco que el espejismo hace brillar á su vista; pero así como éste desaparece al poco tiempo dejándole sumergido en la más completa desesperacion, del mismo modo el pronóstico del médico habia destrozado el corazon de las dos pobres mujeres, matando en él la esperanza.

Sin embargo, con un valor que no es comun en las personas de su sexo, ocultaron á Walter su angustia. Jamás éste vió correr las lágrimas que en secreto derramaban: sus oraciones al cielo nunca hirieron sus oidos. Nada más natural: así como era comun en ellos el

cariño, lo era también la abnegación. Antes de pensar en sí mismas, procuraban todos adivinar lo que convenia á los demás. Los lazos que el amor habia formado los habia estrechado el dolor.

—¡Esto no puede continuar así! exclamó Gertrudis una mañana en que los padecimientos de Walter se habian exacerbado. Es preciso tomar un partido.

—Es preciso tener paciencia, dijo el enfermo con acento resignado.

—¿Cómo quieres que la tengamos, viéndote padecer?

—Recuerda, Gertrudis, las palabras del médico. La primavera ha comenzado y me traerá el alivio que hasta ahora no se ha podido conseguir.

—Pero el médico no aseguró nada, exclamó Margarita. Solo habló de una eventualidad que ningun hecho ha justificado hasta ahora. Por otra parte, atacando el mal á tiempo y con vigor se conseguirá vencerle, lo que quizá más tarde no seria posible.

—Tengamos confianza en Dios, hija mia.

—El nos manda ayudarnos á nosotros mismos.

—¿Y cómo?

—Recurriendo á otro facultativo.

—¿Pero no me asiste el que más reputacion tiene en las inmediaciones?

—Lo que no se puede encontrar en nuestras montañas, exclamó impetuosamente Gertrudis, se encontrará indudablemente en Lucerna, ciudad no muy distante por cierto.

—¡Pobre de mí! observó Walter sonriéndose tristemente. Si es ese el medio que propones, forzoso nos será renunciar á él.

—¿Y por qué, padre mio? preguntó Margarita angustiada.

—Bien sabes, hija de mi alma, que un médico no vendria aquí desde Lucerna sin exigir una crecida cantidad que nos es imposible satisfacer. No ignoras que nuestros recursos se han agotado.

—No tal, replicó Gertrudis. El dinero que nos entregó la señorita Berta...

Walter no la dejó proseguir. En tono severo dijo:

—Ese dinero no me pertenece y debo hacerlo llegar completo á poder de su dueña.

—Pero su dueña ya no existe.

—Existe, por el contrario, y existirá siempre para mí mientras no tenga pruebas positivas de su muerte.

—De todos modos, mi corazón me dice que Berta desde su celeste morada aprobaría tal conducta.

—Nuestro corazón nos extravía amenudo, replicó Walter con voz firme y decidida. Se trata de un depósito á que no me es permitido tocar. ¡Nunca! Prefiero perder la vida á perder la tranquilidad de mi conciencia.

Esta respuesta sumergió en profundo abatimiento á las dos infelices mujeres. Conocían á Walter y sabían que nada se podía esperar de él en tal concepto. Para aquella alma honrada, el sacrificio de la existencia era poca cosa en tratándose de cumplir con lo que él consideraba como un deber sagrado. Sin embargo, Gertrudis insistió todavía.

—Creo que llevas esta vez tus escrúpulos demasiado lejos, dijo bañados los ojos en llanto.

390 EL SEPULCRO DE HIELO.

Con ellos te matas y nos matas á nosotras. ¿Qué recurso nos resta si llegamos á perderte? Moriremos, no lo dudes, porque imposible nos sería vivir sin tí.

—No hables así, Gertrudis, exclamó Walter conmovido. ¿No ves que me estás desgarrando el alma con tus palabras?

—Más cruel eres tú al arrebatarnos nuestra última esperanza, dijo Gertrudis, que en su ansia de salvar al esposo á quien idolatraba, no observaba el mal que le estaba ocasionando.

—¿Y crees que el medio que propones sería capaz de curarme? Te engañas. Con él se lograría restablecer tal vez mi cuerpo, pero hiriendo mi alma mortalmente, porque los dolores que actualmente sufro no serian comparables á los que me ocasionaria el remordimiento. Al ver que permanezco fiel á mi compromiso puede Dios, compadecido, devolverme la salud: faltando á él, moriria infaliblemente.

—Como morirás si continúas así. En el estado en que te hallas no puedes trabajar y mucho ménos pagar lo que debemos. ¿No es tambien obligacion nuestra cumplir con nuestros

acreedores? Cuando te hayas restablecido no habrá dificultad en reponer la cantidad que hayas gastado.

Sin embargo de la lógica que encerraba el argumento de Gertrudis, Walter no vaciló en contestar y fué para decir con la misma firmeza:

—Una necesidad, por perentoria que parezca, no justificará nunca una mala acción, y la que tú me aconsejas no sería otra cosa que un abuso de confianza, peor que el robo mismo.

—Y yo sostengo, exclamó Gertrudis cada vez más exaltada, que una delicadeza exagerada como la tuya, llega á ser criminal si hace irreparables males capaces de remedio. Piénsalo bien, esposo mio; ese dinero no te pertenece.

—Ahora has dicho la verdad.

—Lo es también que ha dejado de pertenecer á aquella á quien fué destinado, no habiéndolo reclamado nadie durante tantos años.

—¿Pues de quién es entonces?

—De Margarita, respondió Gertrudis penetrada de profunda convicción. ¿Existiría por

ventura si ella no lo hubiese salvado con peligro de su vida?

Un silencio de algunos minutos siguió á estas palabras, silencio que hacia padecer á los tres. Al fin Walter, despues de haber reflexionado, lo rompió diciendo con cierta ansiedad que no consiguió ocultar:

—Margarita, hija mia, respóndeme como responderias si te hallases en la presencia de Dios: ¿Te consideras con algun derecho á ese dinero?

La jóven comprendió que de su contestacion pendia la única esperanza que su madre y ella alimentaban. Vaciló, por tanto, ántes de darla, pero obedeciendo á la voz de su conciencia que le ordenaba manifestar la verdad, dijo temblando:

—No tengo ninguno... Ese dinero no es mio ni lo ha sido nunca. Negándome á indicar dónde se hallaba, hice lo que debia y nada más.

—¿Lo oyes, Gertrudis? Cierto estaba de que mi hija habia de pensar como yo.

Y sus ojos se fijaron en la jóven, leyéndose en ellos una viva satisfaccion.

—¿Qué has hecho, Margarita? exclamó Gertrudis á quien la desesperacion hizo prorumpir en un desgarrador sollozo.

—Perdon, madre, perdon! dijo Margarita arrojándose en sus brazos y mezclando sus lágrimas con las suyas. Pero yo no podia decir una mentira.

—¡Ah! Todo se conjura en nuestro daño, gritó Gertrudis.

Y cayendo de rodillas al pié de la cama, agregó uniendo las manos en ademan de súplica:

—¡Walter, cede á nuestros ruegos! Sálvate y sálvanos á nosotras.

—¡Cesa por piedad! No aumentes mis padecimientos con súplicas que no puedo, que no me es lícito escuchar.

—Margarita, hija, une tus ruegos á los míos.

—¡Padre, oiga Vd. la voz de estas dos pobres mujeres á quienes quiere Vd. dejar sin amparo!

—¡Basta! exclamó Walter con ademan lleno de dignidad, No me ama quien exige de mí una

accion villana. Alejaos de aquí. Prefiero morir solo á tener cerca de mí personas capaces de transigir con el honor y la conciencia. Dejadme solo: no quiero ver á nadie.

Estas palabras, dichas en un tono de autoridad á que no estaban acostumbradas, aterraron á las dos afligidas mujeres, que no se atrevieron á replicar. Con la cabeza baja se alzaron del suelo, no atreviéndose á fijar la vista en Walter que habia vuelto la cara para ocultar su emocion.

—¡Dios tenga misericordia de nosotras! exclamó Gertrudis, elevando sus ojos al cielo.

—¡Oh, la tendrá, madre mia, la tendrá! respondió Margarita en voz baja.

Walter pasó malísima noche. Los dolores no permitieron que disfrutase ni de un solo momento de reposo. Con su valor acostumbrado ahogó sus gemidos. Pero Gertrudis y Margarita comprendian sus padecimientos y lloraban, si bien sus lágrimas corrian en silencio para no afligir al enfermo.

—Nosotras tenemos la culpa de que se sienta peor, dijo Gertrudis. Le hemos atormentado

inútilmente con nuestras súplicas, sabiendo que jamás transige con el deber.

—Que lo sucedido nos sirva de lección, observó Margarita.

Ambas cumplieron su propósito. Ninguna volvió á hablar del depósito.

IX.

El principio de un idilio.

La primavera, entre tanto, habia comenzado. La nieve se derretia descubriendo las azuladas rocas cuya superficie ocultaba: un aire tibio y perfumado iba sucediendo á las heladas ráfagas del invierno. Al despojarse la naturaleza del blanco sudario que le daba todas las apariencias de la muerte, para mostrar de nuevo los tonos vigorosos y variados que constituyen su esplendor, parecia renacer á la vida. Y mientras que los seres que la aniran parecen realmente para que otros los reemplacen. Y, sin embargo, salvo los accidentes, como son los ca-

taclismos geológicos que han hecho desaparecer razas enteras de animales y vegetales, esos seres continúan existiendo. ¿Por qué? porque la unidad reside en la especie y no en el individuo.

Walter, á pesar de la gravedad del mal que muchas veces lo puso al borde del sepulcro, obedecía á aquel impulso general de regeneracion. Sus dolores eran ménos agudos, su espíritu ménos dominado por la materia, le permitia de vez en cuando alentar con una sonrisa á las que estaban pendientes de sus palabras, de sus más pequeños movimientos; pero la enfermedad subsistia siempre sin permitirle abandonar el lecho. Era una tregua que les concedia, algun tanto mitigada, mas no vencida.

Llegó el verano, y su saludable influjo proporcionó dias más tranquilos á Walter y momentos de esperanza á Gertrudis y Margarita. Esto bastó para que una satisfaccion relativa reinase en la granja. ¡Los desgraciados se contentan con tan poca cosa!

Fuera del *chalet* la alegría dominaba tambien. La juventud habia renovado sus bailes

sobre el prado y bajo los árboles que reflejaban sus verdes copas en el río. Los viajeros afluían á los hoteles, particularmente al del *San Gotardo*, situado á poca distancia de la morada de Walter, y la misma Margarita, obedeciendo á una necesidad de su organismo así como á la confianza que hacen nacer los pocos años, sentía algunas ráfagas de su antigua placidez que alejaban de su ánimo durante algunos momentos los pesares, como las del aire perfumado por las flores alejaban de los valles las pocas señales que del último invierno quedaban.

Al fin, Walter, aunque con mucho trabajo y ayudado de sus dos infatigables enfermeras, pudo dejar una tarde el lecho y sentarse en un sillón frente á la ventana de su alcoba, por donde penetraba un rayo de sol. Aquel día fué de verdadera fiesta para todos. Cuando los tres hablaban, penetrados de una dulce confianza, entraron en el *chalet* algunas amigas de Margarita. Aquella noche se iluminaba por primera vez la cascada del Puente del Diablo, é iban á buscarla para que disfrutase en su compañía de tan bello espectáculo. Como era natural, la

jóven rehusó la invitacion, pero Walter y Gertrudis la instaron de tal manera, que más bien por complacerlas que por deseo de divertirse, accedió al fin.

En varios puntos de Suiza, mediante la contribucion voluntaria de los huéspedes de los principales hoteles, se disponen todas las noches espectáculos semejantes.

Cuando las jóvenes riendo y bromeando llegaron al Puente del Diablo, las sombras del crepúsculo habian sucedido á la claridad del dia. El Reus, formando numerosas cascadas de espuma, se precipitaba con estruendo por debajo del puente cuyos dos extremos, despues de formar un solo arco, se apoyan contra las pendientes, desnudas que van á perderse en el fondo del abismo. Aumentado el caudal de sus aguas por las nieves que el sol de estío liquidaba, rugía saltando de peña en peña desordenadamente, despidiendo nubes de vapor que se deshacian en el aire en forma de finísima lluvia. Es tal el ruido que causa en aquella estacion, que el transeunte siente temblar la tierra bajo sus piés al seguir el magnífico camino abierto

en la roca al borde del precipicio cuyas dos orillas pone el puente en comunicacion.

El que al espirar el crepúsculo de la tarde lo atraviesa, fuertemente impresionado no puede ménos de recordar la leyenda anexa á su construccion. Si es uno de los sencillos montañeses tan dispuestos á dar crédito á todo lo maravilloso, se figura ver al diablo recreándose en contemplar la atrevida obra que se le atribuye y que lleva su nombre, á la par que oir entre los bramidos de la corriente los lamentos en que despechado prorumpe un instante despues, por no haber podido conseguir el alma del primer hombre que la atravesó. Era éste, segun cuenta la tradicion, un astuto aldeano que temeroso de que no ofreciese suficiente solidez, obligó á que le precediese el perro que lo acompañaba.

Furioso Satanás, que aspiraba al alma de un hombre, al encontrarse con un perro entre sus aceradas uñas, subió al monte más cercano y lo bajó cargado de una enorme roca con que se proponia destruir el puente para que nadie lo utilizase; pero una vieja que afortunadamen-

te lo llegó á ver, lo saludó en el nombre de Dios. Más furioso que ántes con el saludo, y desconcertado, tembló de pies á cabeza, y dejó caer la roca en la pradera inmediata donde es llamada *la piedra del diablo*, emprendiendo en seguida la fuga blasfemando.

Las jóvenes que acompañaban á Margarita, participando de la creencia general, se agruparon en silencio como una bandada de tímidas palomas, poseidas de un terror supersticioso al llegar al sitio en que se hallaban reunidos todos los huéspedes del Hotel del San Gotardo, así como un considerable número de aldeanos. Colocadas para ver mejor en la orilla derecha del camino á cuyo pie, sin resguardo de ninguna clase, descende casi perpendicularmente el precipicio, podían contemplar sin que nada las estorbase la masa oscura formada por el agua al precipitarse debajo del puente nuevo, y en seguida del viejo, abandonado y ennegrecido por el tiempo. Solo personas acostumbradas como ellas á fijar la vista sin temblar en el fondo de las simas más profundas, hubieran podido elegir aquel sitio,

— Una fuerte detonacion acompañada de un estallido hizo estremecer el aire de improviso. Centenares de luces de distintos colores que parecian otras tantas estrellas desprendidas del firmamento cayeron á manera de lluvia sobre la tierra. Al mismo tiempo difundió en todos sentidos sus resplandores una vivísima luz azulada, y los concurrentes que al reflejarla parecian otros tantos fantasmas de cárdeno semblante salidos de las tinieblas, dirigieron sus miradas á la cascada.

¶ El espectáculo era magnífico. El pálido fuego de bengala comunicaba al agua tonos verdaderamente mágicos. Saltando ésta, dividiéndose y retorciéndose de mil maneras distintas, parecia querer burlar la curiosidad de que era objeto al precipitarse en el oscuro antro formado por el arco del puente.

Trascurrieron algunos minutos. Las tinieblas reemplazaron á la claridad, y á la vez que la espléndida vision desaparecia, una nueva bomba haciendo explosion en el aire lo volvió á sembrar de estrellas de diversos colores brillan-

tes como un conjunto de piedras preciosas sobre un manto de oscuro terciopelo.

Apenas se extinguieron, iluminóse la cascada por segunda vez, pero de rojo. Los espectadores se estremecieron cual si tuviesen delante un río de sangre. Si ántes era deslumbrante, magnífica, bajo su nuevo aspecto tenía algo de siniestro. Todos recordaron á los que allí habian sucumbido combatiendo.

Margarita y sus compañeras, impresionadas como las demás, se unieron unas á otras, procurando alejar de sí el vago temor que á pesar suyo se habia apoderado de ellas; pero ese temor cesó con la causa que lo produjo.

Ansiosas estaban de saber qué nuevo aspecto iba á presentar la impetuosa corriente, cuando se oyó el ruido inmediato de un carruaje que llegaba por el camino y que tuvo que detenerse entre el grupo formado por los jóvenes y la orilla del precipicio, interceptando el paso las muchas personas amontonadas en la entrada del valle. Margarita, que se hallaba más próxima á los caballos del coche, en vez de apartarse como era natural, se puso repentina-

mente delante de ellos y los sujetó por la brida con cuanta fuerza pudo reunir.

—¿Estás loca? le gritó sorprendida una de sus compañeras.

—¿Qué haces, muchacha? ¡Apártate! exclamó á su vez el cochero irritado levantando el látigo en ademan amenazador.

Pero Margarita, en vez de obedecer, se colgó sin contestar de los frenos para aumentar su vigor con el peso de su cuerpo.

Mientras duraba aquella especie de lucha, interrumpió otra vez el silencio de la noche la explosion del mortero al esparcir por el aire centenares de luces como anteriormente. El brillo de éstas y el ruido que las precedió, asustaron á los caballos que, encabritándose, retrocedieron en direccion al precipicio. Afortunadamente para el único viajero á quien conducian, la mano de Margarita contuvo su primer ímpetu, dando lugar á que las personas más inmediatas, que prorumpieron en una exclamacion de terror, la secundasen en su generoso intento.

El primer cuidado del recién llegado que

se arrojó del carruaje á vista del peligro, fué acercarse á la denodada aldeana para darle las gracias por el servicio que con su prevision y arrojo acababa de prestarle; pero avergonzada ésta al oír que todos pronunciaban su nombre, habia desaparecido en la muchedumbre. Su modestia se negaba á recibir la especie de ovacion que la admiracion general le preparaba, pues en realidad nadie hubiera esperado un acto semejante de su reconocida timidez. Ella misma al regresar precipitadamente á su morada estaba sorprendida de su propio valor; y es que ignoraba que el que siente latir en su pecho un corazon noble y generoso, jamás vacila en esponer su vida cuando llega el momento de salvar á uno de sus semejantes.

El mismo sentimiento que la habia hecho abandonar bruscamente á sus compañeras, la indujo á guardar silencio respecto á lo sucedido al llegar á su casa: Walter y Gertrudis que la esperaban nada supieron.

A la mañana siguiente, á causa de las alternativas propias de todo mal crónico, Walter no se sintió tan bien como el dia anterior, impi-

diéndole sus dolores abandonar el lecho. Margarita y Gertrudis estaban desconsoladas: nada aflige tanto como la pérdida de una esperanza que se comienza á acariciar.

Entregadas se hallaban á las más tristes reflexiones á la cabecera del enfermo, donde cosian silenciosas, cuando oyeron ruido en la pieza inmediata.

—Alguien ha entrado, dijo Gertrudis levantándose.

En efecto; un desconocido en traje de viaje y cuyo distinguido aspecto hablaba desde luego en su favor, estaba en el centro de la sala.

—¿Es esta la morada del Sr. Steiner? preguntó despues de haber saludado cortesmente.

—Sí, señor, contestó Gertrudis.

—En ella debe vivir entonces, una jóven llamada Margarita, si no me han informado mal.

—Le han dicho á Vd. la verdad, caballero.

—¿Está aquí?

—Sí, señor: esa jóven es mi hija.

—En tal caso, debe Vd. adivinar desde luego

¿cuál es el objeto que aquí me trae. Soy el doctor Ulrich de Travers.

Gertrudis, sorprendida, solo pudo contestar al pronto con una inclinacion de cabeza que llamó la atencion del recién llegado: tanto se diferenciaba del modo de saludar brusco y desmañado de los montañeses. Obedeciendo después á la vivísima curiosidad que se habia apoderado de ella, dijo:

—Perdone Vd., caballero. Nada sé y lo extraño, porque mi hija jamás ha tenido secretos para mí.

—Quien debe extrañarlo soy yo, señora, porque el acto á que me refiero pertenece al número de aquellos que por lo mismo que honran á sus autores, se ocultan muy pocas veces. Forzoso es, pues, atribuir semejante reserva á un exceso de modestia, lo que aumenta el mérito de la accion.

—Ahora le comprendo á Vd. ménos, dijo Gertrudis cada vez más sorprendida. Sin embargo, en tratándose de modestia, puedo asegurar sin jactancia que nadie la posee en más alto grado que mi hija.

—Lo que Vd. acaba de manifestar se halla completamente de acuerdo con los informes que me han dado. ¿No podría tener el gusto de verla para demostrarle personalmente mi agradecimiento por el servicio que me ha prestado?

—No hay inconveniente, respondió Gertrudis de quien comenzaba á apoderarse la impaciencia.

Y haciendo una indicacion al doctor para que se sentase, salió de la habitacion á la que no tardó en volver acompañada de Margarita.

—Hé aquí mi hija, dijo Gertrudis con cierta vanidad que hubiera Ulrich notado desde luego, á no tener fijos sus ojos en el bello y simpático rostro de la jóven cuyas mejillas se cubrieron de carmin.

—Yo no sé con quién hablo, exclamó el doctor de una manera que revelaba tanto respeto como complacencia; pero cierto estoy de que me hallo en presencia de una persona muy superior á la clase que su traje representa. Sea como fuere, el favor que he recibido es siempre el mismo, y grande el reconocimiento que abriga mi corazon.

—¿Pero qué favor es ese? preguntó Gertudis, cuya viveza de carácter le permitía disimular á duras penas la ardiente curiosidad que la devoraba.

—Esta señorita me ha salvado anoche la vida, tal vez con riesgo de la suya, exclamó Ulrich profundamente conmovido.

—¿Es posible? dijo Gertrudis en el colmo del asombro.

—Nada más cierto. Sin su valor y decision, ni yo ni el cochero que me conducia existiriamos actualmente.

—¡Hija mia! exclamó Gertrudis enternecida oprimiendo con sus manos la cabeza de Margarita y contemplando su rostro llena de admiracion.

Y despues de haber enjugado sus húmedos ojos, añadió:

—Disimule Vd., caballero, si no he podido contenerme; pero con este ángel no hay modo de permanecer indiferente. Todos los dias manifiesta una nueva virtud.

—No todas las madres podrán decir otro tanto de sus hijas, observó Ulrich melancólica.

mente, lanzando un suspiro. Por de pronto, ya sé que esta señorita reúne á su estremada belleza un corazón noble y valiente.

—Es Vd. demasiado galante, replicó Gertrudis. Pero debo advertir á Vd. que mi hija no es más que una pobre montañesa, y que como tal no le cuadra el título de señorita con que usted la honra.

—Poco me importa que sea una cosa ú otra. Mi respeto y mi agradecimiento no por eso variarán en lo más mínimo.

Y dirigiéndose á la jóven, que habia permanecido hasta entónces con los ojos bajos y con la expresion que solo Rafael ha sabido comunicar al semblante de sus vírgenes, añadió:

—Margarita, permítame Vd. que la llame por su nombre; ¿tiene Vd. un hermano?

—Carezco de esa dicha, señor.

—¿Consiente Vd. en que ocupe desde hoy su lugar? Si Vd. acepta mi proposicion, deme usted su mano. Hé aquí la mia. Puede Vd. estrecharla sin reparo, porque es la de un hombre leal que jamás ha dicho una mentira, ni dejado de cumplir una promesa.

—Acepto el ofrecimiento de Vd., contestó Margarita con timidez alargando su mano derecha al doctor.

Pero al advertir éste que la tenía vendada, retiró la suya.

—¿Qué es eso; ha recibido Vd. algun golpe? preguntó.

—No es nada, respondió la jóven con las mejillas más rojas aún que antes.

—Te has lastimado y no me lo has dicho, exclamó Gertrudis en tono de reconvencion. Has hecho mal, hija mia. Ahora mismo vas á manifestarnos lo que ha sido.

—Repito que no vale la pena.

—Margarita, á las súplicas de su madre de Vd. agregó los mias, añadió Ulrich. No olvide Vd. que desde hoy tiene Vd. un hermano médico.

Ulrich dijo estas palabras de una manera tan espontánea y afectuosa que Margarita cedió y le extendió su mano.

—Comprendo, exclamó despues de haber quitado la venda y haberla examinado con el mayor detenimiento. El roce de un cuerpo duro

ha levantado la epidermis. Las riendas de un caballo son demasiado ásperas para manos tan delicadas, agregó con intencion.

—Margarita no acostumbra montar, observó Gertrudis sonriéndose.

—Pero si no monta los caballos, los sabe sujetar admirablemente, agregó Ulrich en el mismo tono festivo.

Entonces refirió á Gertrudis lo sucedido en el Puente del Diablo.

—Donde el diablo ha andado no pueden suceder más que diabluras, exclamó Gertrudis lanzando á su hija una mirada de satisfaccion.

—Afortunadamente, su satánica magestad se ha llevado esta vez un completo chasco. Vuelva usted á cubrir su mano, Margarita, que el mal no exige el auxilio del arte: él sólo se curará. Eso no impide, sin embargo, que sienta haberle ocasionado. De todos modos, aunque sé que estoy hablando con personas que practican el bien por el placer de hacerlo, ¿podria yo saber si existe algun medio capaz de manifestar á mi interesante y modesta salvadora mi agradecimiento?

Margarita iba á contestar, cuando una idea repentina cruzó rápida por su mente.

—Sí existe uno, exclamó saliendo de la tímida reserva en que hasta entónces se habia mantenido. Existe uno sólo que le grangeará á usted las bendiciones de toda una familia, sin exceptuar las mias.

—Ante esa recompensa, por grande que sea el sacrificio, no tema Vd. que me asuste. ¿Cómo puedo hacerme digno de tan envidiable premio? preguntó Ulrich galantemente.

—Devolviendo la salud á un enfermo.

Y la voz de Margarita tenia las inflexiones del ruego. En cuanto á Gertrudis, estrechó en silencio su mano.

—El deber del médico es acudir sin dilacion á la cabecera del doliente, y yo estoy pronto á cumplir con el mio. ¿Dónde está la persona que necesita de mis cuidados?

—Allí, respondió Margarita, señalándole la habitacion inmediata. Allí se halla postrado en la cama hace seis meses mi pobre padre, sin que los facultativos del país hayan logrado aliviarle.

—¡Ojalá tenga yo mejor acierto! No me jacto de saber más que ellos, pero lo que uno no ve puede verlo otro. Héme aquí á las órdenes de Vd.

Gertrudis siguió guardando silencio; pero sin que el doctor la viese dirigió al cielo una mirada de súplica.

Los tres entraron en la alcoba en que se hallaba Walter, quien en breve tiempo quedó enterado de todo.

—La accion de mi hija ha bastado para asustar á la enfermedad, dijo el buen montañés estrechando la mano izquierda que Margarita le alargó.

—Veamos ahora si el médico á quien esa accion ha aprovechado, logra alejarla por completo, agregó Ulrich.

Y sin tardanza pidió que le enterasen de cuanto tenia relacion con el estado del paciente.

Durante el interrogatorio á que sujetó á éste, las que le asistian procuraban leer su opinion en su semblante. Ulrich permaneció impassible. Sério y melancólico como de costum-

bre, no dió muestras de animacion sino despues de haber leido las recetas de los facultativos que le habian precedido y que á petición suya le fueron presentadas.

—El mal es grave, dijo en un tono que hizo estremecer á los que, sumergidos en cruel ansiedad, aguardaban sus palabras con el mismo recojimiento con que los creyentes paganos esperaban las del oráculo á quien habian consultado. Sin embargo, la ciencia no ha agotado sus recursos, y creo que no hay motivo para desesperar. Importa no perder tiempo.

Dicho esto, dispuso el tratamiento á que debia sujetarse el enfermo, y escribió una receta encargando que la llevasen cuanto ántes á la botica más inmediata.

—Ahora bien, agregó despues de haber manifestado nuevamente su gratitud á Margarita, el médico no necesita el permiso del enfermo para volver á su lado mientras puede serle útil; pero ¿me permitirá mi hermana verla nuevamente para disfrutar del placer que su presencia me ocasiona?

Desde luego se adivinará la respuesta que

á esta pregunta dió Margarita. Gertrudis, con la franqueza que le era propia, unió á los ofrecimientos corteses de su hija los que le inspiraba la esperanza de que se hallaba animada.

Aquel dia no se habló más que de Ulrich en la granja. El doctor con sus finos modales y su bondadoso aspecto se habia captado la confianza y las simpatías de todos.

Y, sin embargo, no habia motivo para regocijarse todavía. Los mal provistos establecimientos de farmacia de las inmediaciones carecian de la *litina*, sustancia en que descansaba el tratamiento que el doctor se proponia seguir. Fué preciso, pues, informarle de este contratiempo al dia siguiente.

—Debí adivinarlo, dijo quedándose pensativo. La *litina*, no obstante, es indispensable. Pero si no la hay aquí, no faltará en Lucerna. Hoy mismo enviaré por ella y mañana la tendremos en nuestro poder. No deben Vds, pues, desalentarse.

Este rasgo de generosidad acabó de cautivar á los habitantes del *chalet* donde bastaba

su llegada para reanimar el abatido espíritu de todos: las lágrimas que quizá poco antes habían derramado en silencio Gertrudis ó Margarita, se convertían en alegría al escuchar sus palabras insinuantes y persuasivas.

El doctor, no obstante, distaba mucho de tener un humor festivo. En medio de sus nuevos amigos le sucedía con frecuencia guardar silencio, dando evidentes muestras de distracción, y entonces su frente se arrugaba, su semblante plácido y dulce tomaba un aspecto sombrío, y de su pecho se exhalaba un suspiro profundo. El motivo de tales cambios, que cualquiera hubiera atribuido á desigualdad de carácter, no es un misterio para nosotros. Sabemos lo que le había sucedido en Ginebra y la causa del viaje que efectuaba.

No se hallaban en igual caso Gertrudis y Margarita, que no acertaban á explicar tales mudanzas. Sospechaban por algunas palabras que le habían oído que un oculto pesar le atormentaba; pero como eran discretas, tuvieron sumo cuidado en evitar toda pregunta que pudiese indicar curiosidad de su parte. Lo que en

ellas no era más que interés, podía ser interpretado de muy distinto modo.

Así trascurrieron algunos días. La *litina* comenzó á producir sus efectos y Walter á experimentar una mejoría lenta, aunque progresiva. Ulrich tenia mucha confianza en la robustez del enfermo, así como en la sustancia que empleaba para aliviarle, y más de una vez se mostró satisfecho de la marcha seguida por el mal.

Pero mayor era todavía el contento de Gertrudis que incapaz de ocultar lo que sentia, lo manifestaba claramente. Ulrich era para ella un enviado del cielo compadecido de su desgracia.

—No soy más que un pobre mortal con todos los defectos que caracterizan al hombre, y por tanto sujeto á sufrir los mismos dolores y desengaños que mis semejantes, contestó el jóven doctor procurando poner coto al entusiasmo de la agradecida esposa:

—Pues qué, preguntó Margarita con su acostumbrada ingenuidad, ¿estamos acaso condenados todos á sufrir aquí en la tierra?

—A la verdad, observó melancólicamente Ulrich, que sin saber por qué se sentía aquella mañana más triste que otras veces, quizá hago mal en atribuir á todos dolores que tal vez á mí solo pertenecen. Pudiera suceder que la desgracia no fuese en realidad el elemento en que nace y vive el hombre constantemente hasta que muere.

—Yo así lo creo, porque suponer lo contrario, equivaldria á hacer un cargo á la Providencia, cuya bondad solo admite comparacion con su justicia. ¿Por qué no convenir más bien en que el infortunio es la consecuencia de nuestros propios actos ó de nuestra falta de conformidad?

—¡Ah! no todos tienen bastante fuerza de voluntad para refrenar sus pasiones.

—Pues yo me figuraba que las pasiones callan cuando habla el deber, dijo Margarita con la más profunda conviccion.

—Solamente pueden espresarse así los que poseen alas para remontarse con ellas á las sublimes regiones del heroismo.

—Perdone Vd., doctor, replicó Margarita ba-

ajando los ojos. Sin alas podemos elevarnos todos á la misma altura. Yo estoy muy lejos de considerarme como una heroína, y no obstante, me atrevo á asegurar á Vd. que nada podrá apartarme del camino que mi conciencia me trace.

—El que Vd. no haya visto sus alas no quiere decir que carezca Vd. de ellas. Si fuese usted ménos modesta hubiera admirado su brillante blancura, porque las alas fueron siempre atributo de los ángeles.

—A no tener la certeza de que es Vd. una persona seria, diria que se halla Vd. hoy en uno de sus dias de buen humor y dispuesto á recurrir hasta á las epigramáticas bromas que considera capaces de alimentarlo, exclamó Margarita riéndose. ¿Conque segun Vd., somos ángeles las mujeres?

—¡Oh! no: yo no he dicho que lo sean todas, observó Ulrich con precipitacion á la par que con amargura. Al hablar de las mujeres en general, quizá hubiese mostrado ménos entusiasmo. Unicamente me he contraido á Vd.

—Agradezco la galantería. Pero por más que

Vd. se empeñe, todas nos parecemos unas á otras.
—No, Margarita: por fortuna ó por desgracia se equivoca Vd.

—¿Por fortuna ó por desgracia?..... No le entiendo á Vd. O es una cosa ú otra.

—O las dos á la vez, dijo tristemente Ulrich. Despues de haberla conocido á Vd., considero una desgracia para mí que todas las mujeres no se parezcan, mientras que para Vd. es una dicha que así suceda.

—El lenguaje de Vd. me parece ahora más oscuro.

—Alégrese Vd. de ello. Es una ignorancia que debe Vd. procurar conservar.

—Una pregunta no más, doctor, y mudaremos de conversacion, porque veo que la materia de que tratamos, en vez de distraer á Vd., aumenta, por el contrario, su tristeza. ¿Entre las mujeres que Vd. ha conocido, ha visto alguna capaz de faltar á sus deberes?

—¿Y por qué desea Vd. saberlo?

—Porque de ser así, procuraria estudiar á las que me rodean para huir al instante de la que se hallase en semejante caso.

—Pues bien; siendo la mision de la mujer labrar la dicha del hombre, mujeres hay dotadas de un corazon insensible y egoista, que en vez de compadecer y tratar de dulcificar el mal que intencional ó involuntariamente causan, gozan humillando y escarneciendo al incauto que se ha dejado seducir por sus halagos.

—¿Es posible? exclamó Margarita sorprendida. Si tales mujeres existen, fácil será conocerlas, y conocidas será fácil tambien alejarse de ellas y olvidarlas.

—¡Ah! No siempre que se quiere olvidar se logra.

Ulrich pronunció estas palabras de una manera que conmovió vivamente á Margarita. Aunque ignorante y candorosa, conoció que el jóven doctor se hallaba bajo el influjo de un profundo dolor moral, y que ese dolor era obra de una mujer.

Esto aumentó el interés que le inspiraba. Desde aquel dia, sin saberlo él mismo, procuró alejar con ideas más risueñas los pensamientos sombríos que á menudo le asaltaban. ¿Consiguió su objeto? Lo cierto del caso es que Ul-

rich, que todas las mañanas iba á ver á Walter, abandonaba por la tarde la escogida sociedad del hotel en que se hospedaba para dirigir sus pasos involuntariamente á la granja, sintiendo un dulce placer en recorrer con Margarita las solitarias campiñas inmediatas, y en hablar con sus nuevos amigos por las noches hasta la hora en que Walter mostraba el deseo de recogerse.

En cuanto á Margarita, si estaba satisfecha de la mejoría que se advertía en su padre, no lo estaba ménos de la que notaba en el ánimo del doctor. ¿Pero no ponía ella en peligro sin saberlo su propia tranquilidad? El médico se contagia con frecuencia adquiriendo la enfermedad del doliente á quien asiste. Al compadecer á Ulrich, ignoraba que en el corazón de la mujer la compasión es frecuentemente la llave que abre las puertas al amor. De todos modos, como los dos jóvenes se veían diariamente, no habían llegado aún á comprender si lo hacían por pasatiempo ó por necesidad.

Quizá por lo mismo no recordó Ulrich que habían trascurrido dos semanas después de la

llegada al valle de Urseren, sino cuando uno de los viajeros alojados en el hotel le habló del objeto que allí le había llevado. El mismo se sorprendió de la rapidez con que había pasado el tiempo. Como deseaba recorrer los montes inmediatos en que tan variada y magestuosa se muestra la naturaleza, no vaciló en aceptar la compañía de aquél, dominado de igual curiosidad. Sabía ya por experiencia cuán triste cosa es viajar sin tener más persona á quien comunicar sus ideas é impresiones que un cochero ignorante y á menudo embrutecido por el abuso de las bebidas alcohólicas.

Formado el propósito, se decidió á llevarlo á cabo. La víspera de su partida se dirigió más temprano que otras veces á la granja para despedirse de sus nuevos amigos. Aunque no era la hora en que acostumbraba llegar, Margarita le estaba ya aguardando para dar el diario paseo.

El sol brillaba sobre las elevadas cumbres del Oberland bernés cuando los dos seguían la orilla izquierda del Reus, tan tranquilo y límpido en aquella llanura como espumoso y re-

vuelto al precipitarse por debajo del puente. La suavidad de la temperatura, la pureza del aire y la transparencia del cielo solo inspiraban risueños pensamientos. Sin embargo, Ulrich estaba melancólico y el aspecto de la naturaleza no parecía producir ningún efecto en él.

Margarita, que dotada de un carácter contemplativo, había recorrido frecuentemente aquellos lugares admirando sus variadas perspectivas cuyos pormenores conocía, procuraba distraerle llamando sobre ellos su atención. Dotado del sentimiento de lo bello y acariciado, además, por las afectuosas palabras que resonaban dulcemente en sus oídos, el doctor se sobreponía á sus recuerdos y seguía con interés sus indicaciones; pero esto solo duraba breves instantes: pronto recaía en su habitual tristeza.

—Tal es nuestra existencia: siempre contrariedades, siempre sinsabores, dijo de repente. Este estrecho valle ha sido un agradable oasis en el desierto de mi vida y héme aquí próximo á abandonarlo.

—¿Abandonarlo... y por qué? preguntó Margarita palideciendo.

Ulrich solo se hallaba allí de tránsito, como el ave de paso á quien su instinto conduce en busca de nuevos goces, de mayor bienestar; y, no obstante, hasta aquel instante no se le habia ocurrido la idea, sumamente natural por otra parte, de que el doctor debiese separarse de ella.

—Tengo un compañero de viaje con quien recorrer los sitios más pintorescos de estas montañas.

—¡Dejarnos tan pronto! exclamó sencillamente Margarita.

—¿Olvida Vd. que han trascurrido dos semanas desde que llegué aquí?

—Es verdad..... no me acordaba, dijo la joven con cierto despecho que trató de disimular. Debía haberlo imaginado. Es natural que se fastidie Vd. de permanecer siempre en el mismo sitio. Para distraerse necesita Vd. variar.

—¡Oh! no. Muy lejos estoy de fastidiarme, exclamó Ulrich con un acento en que era fácil adivinar la sinceridad. Por el contrario, puedo

asegurar á Vd. que he pasado aquí dias verdaderamente agradables y hasta felices. Pero debo partir. No hay motivo justificado que me detenga. La salud de su padre de Vd. mejora rápidamente, y continuando con el mismo método, me atrevo á presagiar su pronta y completa curacion.

—Es muy justo lo que Vd. dice. Nada puede detenerle á Vd. en estas tristes soledades. Pero si es cierto que ha pasado Vd. en ellas dias felices, ¿por qué renuncia Vd. voluntariamente á los que aún le pueden proporcionar?

Esta pregunta extraña y hasta inconveniente en boca de otra, no lo era en la de Margarita. Las jóvenes que frecuentan la sociedad llamada de buen tono tienen que someter sus sentimientos y actos á la reserva que ésta les impone; pero las que viven en condiciones opuestas, desconocen semejantes trabas. La moral es la única que les dicta leyes. Como en nada las infringia, agregó:

—Yo no veo por qué motivo no hemos de permanecer donde nos encontramos bien.

—Un viajero no puede siempre obedecer á

sus deseos. Sigue su marcha impelido por la fuerza que lo lleva tras lo desconocido, fuerza muchas veces superior á su voluntad.

—¿Aunque tenga que separarse de las personas que... le estiman? Pero soy una loca. Para Vd. no hay ni debe haber aquí más que personas indiferentes...

Al hablar así, Margarita distaba mucho de creer lo que decía. Por lo tanto, su conciencia no tardó en reconvenirla por la inocente falsedad que acababa de pronunciar. Como se reconoció culpable se turbó. Ulrich, interpretando mal el sentimiento que habia dictado sus palabras, considerándolas como un cargo, trató de defenderse.

—Por la primera vez, dijo, me da Vd. motivo para calificarla de injusta. Considerarme en esta ocasion capaz de indeferencia, equivale á tacharme de ingrato. No, Margarita; jamás lo fuí. ¿Cómo puede serme indiferente la honrada familia en cuyo seno he encontrado tantas simpatías, que me ha proporcionado tantos momentos de dulce calma y casi de completo olvido? ¿Indiferente para mí la jóven modesta y can-

dorosa que, como las flores, crece pura é ignorada en este apartado valle, la valiente salvadora de mi vida? Tal suposición envuelve una injuria.

Margarita trató de justificarse, pero no lo necesitaba.

Su pregunta, hecha con la insistencia con que los niños deseosos de conseguir su objeto se aferran siempre al mismo argumento, incapaces de imaginar otro, conmovió profundamente al doctor que al principio no supo qué contestar. Su amor propio se sintió lisonjeado con tan candorosas instancias, sobre todo cuando reparó en el demudado semblante de la que se las dirigia. Así, no sin cierta complacencia interior que disfrazó para que no pudiese ser mal interpretada, prosiguió:

—Pues bien: volveré. Antes de alejarme del valle de Urseren, quiero dejar completamente tranquila y feliz á la estimable y bondadosa familia que la casualidad me ha hecho encontrar en él, asegurando el restablecimiento del enfermo.

—¿Me lo promete Vd.? dijo Margarita son-

riéndose, á la vez que dos lágrimas corrían por sus mejillas como corren dos gotas de rocío por los pétalos de una rosa.

—Dentro de quince días á más tardar nos volveremos á ver. De esta manera cumpliré con el deber que me dicta la gratitud y satisfaré el deseo de mi corazón.

La velada no fué aquella noche tan animada como de costumbre. Walter y Gertrudis se hallaban realmente afectados por la partida del que habia devuelto la alegría á aquella casa, librando al primero de las garras de un mal tan cruel como tenaz. En cuanto á Margarita, ella misma no sabia explicar lo que sentia. Para conservar su serenidad habitual tenia que recordar la promesa de volver que Ulrich le habia hecho.

La despedida fué triste y afectuosa. Todos estaban apesarados. Pocos dias habian bastado para anudar unos lazos que generalmente solo la continuacion prolongada del tiempo estrecha. Las almas puras y honradas pronto se comprenden y se aman.

X.

La declaracion.

La familiaridad no tarda en nacer entre personas que viajan juntas. Ulrich y el jóven francés que le acompañaba no se habian visto hasta entonces, y no obstante, dos dias despues de haber salido del hotel del San Gotardo se trataban como si se hubiesen conocido desde la infancia. No fué poca fortuna para el primero que así sucediese, pues necesitaba toda la alegría del otro para vencer de vez en cuando la profunda distraccion en que constantemente se hallaba sumergido.

Merced á esta circunstancia, la escursion que

acababa de emprender pudo despertar en él algun interés. De otra manera, en vano la cumbre del San Gotardo hubiera desplegado ante sus ojos sus inmensos é imponentes panoramas, la Furka-horn sus peligrosos y ásperos senderos, y la nevera del Ródano, una de las más bellas de Suiza, su blanca y agrietada superficie que entre las dos prolongadas elevaciones que la aprisionan forma un inclinado abanico de cuya parte más estrecha nace el rio de su mismo nombre.

Durante el dia pertenecia á la naturaleza que cautivaba sus sentidos; pero cuando por la noche se hallaba solo en su habitacion, era nuevamente presa de los recuerdos lejanos y dolorosos unos, más recientes y agradables otros.

Parecíale á veces que su pasada existencia se iba desvaneciendo poco á poco oscura y confusa en un nebuloso horizonte, delante del cual se alzaba la memoria de sucesos posteriores que le conmovian dulcemente y que reanimaban su corazon, poco ántes yerto é insensible á toda impresion nueva. Cuando esto sucedia, trasla-

dábase con la imaginacion al apacible valle de Urseren, en cuyo centro divisaba el chalet de Walter, y en el corredor de este la luminosa figura de Margarita radiante de inocente belleza en el acto de fijar en el camino por donde acostumbraba él llegar sus azules ojos de los que apartaba su rubia cabellera agitada por el céfiro de la tarde para ver mejor.

Cuando su imaginacion le pintaba así á la jóven montañesa, un profundo suspiro se escapaba de su pecho preguntándose á sí mismo involuntariamente si aquella imágen aérea, realzada por su sencilla gracia y atractiva hermosura, era una creacion de su fantasía ó si existía en realidad dispuesta á brindarle la dicha de que se consideraba divorciado para siempre.

Ello es que cuando Berta se presentaba á su memoria para hacerle padecer, al instante la reemplazaba Margarita, á cuya vista experimentaba la deliciosa sensacion que la pocion calmante ocasiona en el enfermo al aliviar sus dolores. Si retrocedia á lo pasado, le salia al encuentro la primera, sarcástica, amenazadora;

mientras que, al analizar su presente, descubría la última afable, afectuosa, brindándole la paz y el consuelo que su alma dolorida ambicionaba.

Convencido su compañero de que en vano procuraba Ulrich borrar con las impresiones que recibía, otras profundamente grabadas en su corazón, le dijo una mañana mientras subían un empinado monte:

—Usted no debía haber emprendido esta escursión. Para que un viaje cause placer necesita el que lo efectúa tranquilidad de ánimo, y eso es precisamente lo que á Vd. le falta. El movimiento y la fatiga del cuerpo nada pueden en un alma cuya atención permanece fija en el lugar de donde siente haberse separado. ¿No es esto lo que á Vd. le sucede? ¿No preferiría usted el tranquilo valle de Urseren á estas imponentes montañas cuyas bellezas Vd. no aprecia, cautivado por otras de muy distinta clase?

—Tal vez no se haya Vd. equivocado, contestó Ulrich pensativo.

—¿Segun eso, observó el primero sonriéndose, se propone Vd. renovar los tiempos en que

los reyes ponian sus coronas á los pies de las pastoras?

—Las pastoras y las damas son iguales para mí. La única diferencia que entre ellas encuentro consiste en el traje, y éste nunca ha tenido á mis ojos valor alguno.

—En efecto: la belleza no necesita postizos accesorios para seducir: el traje ni le da, ni le quita. Siempre he creido que el ropaje se ciñe al cuerpo cuyas formas no oculta nunca por completo, y del cual, por tanto, depende su elegancia. El vestido que realza los encantos de una mujer puede parecer ridículo en otra. Todo consiste en el modo de llevarlo.

—Lo que Vd. dice es tan aplicable á lo físico, como á lo moral. Debajo del justillo de lana y el pañuelo de algodón no es raro encontrar un corazon leal, un alma elevada. ¿Seria Vd. capaz de asegurar que alientan tambien constantemente bajo los pliegues de la seda y del brocado?

—Veo que prefiere Vd. los idilios, muy poéticos sin duda, pero en que campean el artificio y la falta de verdad que los han hecho pasar de

moda, á la novela moderna, reflejo de las costumbres de la sociedad humana y en que domina el realismo, si bien presentado á veces con demasiada crudeza y en repugnante desnudez.

—No tengo por qué ocultarlo. Los primeros son la copia de la naturaleza embellecida sin duda por el arte; mientras que la segunda será, como Vd. dice, un reflejo de las costumbres, pero afeado por el deseo que muestran á veces sus autores de intimidar recurriendo á una exagerada generalizacion.

—Por muy aceptables que las razones de usted me parezcan, Vd. no podrá ménos de convenir conmigo en que una aldeana, por bella que sea, no será nunca más que una belleza rústica para un hombre acostumbrado á frecuentar la buena sociedad donde todo lleva el sello de la elegancia y de la distincion. El diamante es la más hermosa de las piedras preciosas y, no obstante, sin el pulimento que le da transparencia y brillo, solo parecería un guijarro.

Esta alusion lastimó á Ulrich que adivinó al momento dónde iba á parar. No tenia el de-

recho de enfadarse y, sin embargo, se advertía no poca acritud en su acento al decir:

—Las aldeanas virtuosas son capaces de elevarse al nivel de las más encopetadas señoras, cuando por medio del ejemplo que tienen en su casa y de la lectura que se proporcionan, adquieren la instrucción y delicadeza de sentimientos que su humilde posición parece negarles.

—Para Vds. los demócratas suizos, todo eso puede parecer muy racional, replicó el compañero de Ulrich riéndose; pero nosotros los franceses no nos hallamos aún suficientemente identificados con la igualdad para aceptarla como moneda corriente.

—Lo creo: Vds. están más por la forma que por la esencia.

—Puede ser. No me negará Vd., sin embargo, que la forma, cuando es agradable, no echa nada á perder.

Al día siguiente de esta conversación, Ulrich manifestó á su compañero el deseo de regresar al valle de Urseren: había trascurrido el tiempo prefijado por él mismo para esta excur-

sion. Como nada le impedía realizarlo, se puso en camino sin tardanza, y pocas horas después de haber llegado al hotel del San Gotardo, se dirigió á la granja de Walter, que completamente restablecido salió en persona á recibirlo. La alegría de todos al verle fué sincera y expansiva, ménos de parte de Margarita que si no se mostró indiferente, se mantuvo siempre en los límites de una reserva y circunspeccion poco conformes con la franqueza y abandono que hasta entonces habia manifestado.

Este cambio sorprendió á Ulrich, que lo atribuyó al principio á uno de los innumerables caprichos de que nunca se halla exenta la jóven más sencilla. Los niños poseen una versatilidad de humor bien conocida, y la juventud se halla aún muy cerca de la niñez. Pero no tardó mucho tiempo en convencerse de que se habia engañado: la reserva de Margarita parecia ser más bien el resultado del cálculo y de la reflexion que de un capricho pasajero.

—¿Qué significa esto? se preguntó á sí mismo. ¿Me habré equivocado por segunda vez?

¿Será la mujer la misma en todas partes y en todas las clases sociales?

Dos días despues, al no advertir cambio alguno en la actitud de la jóven, se sintió inquieto. Margarita era para él un misterio que escitaba su curiosidad. ¿Su curiosidad, nada más?

—Quisiera saber el motivo de tan repentina trasformacion, se decia cada vez más contrariado. Antes no tenia inconveniente en salir sola conmigo, y ahora lo evita y hasta lo rehusa. Su inocencia le parecia proteccion bastante en mi compañía, y en la actualidad manifiesta tenerme miedo y no se tranquiliza sino cuando su madre ó su padre se reunen con nosotros. Sin embargo, no ha perdido su dulzura y su afabilidad... Pero no, no es lo mismo, continuó con impaciencia. Si la miro, baja sus ojos; cuando comienzo á hablar, se sobresalta. Al llegar á su casa ya no la encuentro aguardándome á la puerta dispuesta á extenderme sus pequeñas manos que con tanto placer estrechaba yo entre las mias.

Y despues de seguir meditando sin sacar nada en claro, exclamó:

—Sea lo que fuere, ¿á mí qué me importa? ¿Qué vínculos me ligan á ella? Entre los dos no media más que una gratitud mútua, y la gratitud, por desgracia, es el sentimiento que ménos dura en el corazon humano. Convengamos en que soy un loco en atormentarme. Cuando me haya alejado de estos sitios, lo que muy pronto debe suceder, no nos volveremos á ver. Ni ella se acordará de mí, ni yo... de ella.

Semejante conclusion no le dejó satisfecho. Era el resultado de sus reflexiones al acostarse una noche, y el dia le sorprendió, no obstante, pensando en Margarita. La idea de que ésta debia olvidarle, alejó de sus párpados el sueño, mientras que la de permanecer á su lado, que se le ocurrió de repente, le causó una indefinible sensacion de placer.

Despues ya no dejó de ver su imágen en todas partes. Lo mismo le parecia distinguir su dulce sonrisa y sus elegantes formas al través de la ligera niebla de la mañana, que las hacia parecer más vaporosas poetizándolas, que iluminadas por la suave y melancólica claridad del crepúsculo de la tarde. Esta fijeza invenci-

ble de su pensamiento fué para él como una revelacion. Sospechó que la simpatía que desde luego la jóven le habia inspirado, era el principio de un amor que insensiblemente habia ido echando raices en su alma. No le habia sido posible permanecer indiferente ante tanta inocencia y tanta virtud.

Cuando acababa de adquirir esta conviccion, el recuerdo de Berta surgió en su mente haciéndole estremecer. Llevó la mano á su corazon y sintió en él un dolor vago como el que causa la presion en una profunda herida recientemente cicatrizada. El náufrago despues de haberse salvado nada teme; pero la memoria de la tempestad que puso en riesgo su vida le hace siempre temblar. Para sacudir el sobresalto que á pesar suyo le dominaba, pensó otra vez en Margarita. Consiguió su objeto: la candorosa imágen de la última sustituyó á la sombra de la primera que al fin se desvaneció del todo.

Observador como Ulrich era, trató de adivinar, estudiándose á sí mismo, lo que pasaba en el interior de la jóven montañesa. Como se

sentia casi turbado en su presencia, privado de su anterior serenidad, sacó por consecuencia que la timidez es compañera inseparable del amor. Mas ¿podia aplicarse este principio á Margarita? ¿Bastaba para explicar su encogimiento y su reserva? Hé aquí lo que sin tardanza se propuso averiguar.

Acababa de tomar esta resolucion, hija de su deseo, y disponíase á ponerla en planta, cuando le ocurrió una nueva idea.

—Y con qué derecho voy á interrogarla? se preguntó. ¿Debo exponerme á alterar la paz de su corazon? Margarita es una pobre aldeana, mientras que yo... yo no valgo más que ella, agregó indignado contra sí mismo por haber sucumbido á un momento de ridícula vanidad. Ella posee una alma vírgen, inocente, y la que yo en cambio podria ofrecerle ha perdido su frescura marchita por el mortífero hálito de las pasiones y de los desengaños. ¡Me encuentro, pues, en el caso de alejarme de aquí ó de resolverme á llamarla mi esposa, porque tratar de seducirla, fuera una infamia!

Y desechando con horror, tal pensamiento,

que repugnaba á su honradez, y cuya sola concepcion consideró como una ofensa capaz de empañar la pureza de la jóven, recordó sus virtudes, los conocimientos que habia adquirido y que la hacian superior á muchas damas de la mejor sociedad, pretenciosas, pero amenudo ignorantes, y concluyó pensando que la que soltera podia ser considerada como modelo de hijas, debia serlo tambien de esposas despues de casada. En su afan de examinar todas las fases de la cuestion que le privaba del sosiego, no olvidó á su tio, que deseoso de verlo feliz y naturalmente despreocupado, era probable no desaprobase una union que debia poner término á los errores y devaneos de su juventud.

Animado de semejantes ideas, se dirigió á la granja á la hora de costumbre. Era sábado, y Walter, con el objeto de pagar á los que le ayudaban en la cosecha, habia regresado más temprano que otras veces á su casa. No podia, pues, contar con el acostumbrado paseo que le hubiera permitido hablar libremente con Margarita.

Afortunadamente para él, la encontró sen-

tada en el primer peldaño de la escalera de entrada entretenida en acariciar á una ovejita favorita suya, á la cual de cuando en cuando daba á comer una flor del ramillete de margaritas silvestres que tenia en la mano.

Nunca le habia parecido tan bella.

Absorta en aquella inocente diversion, no oyó los pasos del doctor, cuya presencia le indicó el movimiento que la oveja hizo para huir.

—Ha asustado Vd. á mi amiga, dijo Margarita sonriéndose.

—¿Lo siente Vd.? preguntó Ulrich picado. Si su compañía le es á Vd. más agradable que la mia, dispuesto estoy á remediar mi torpeza retirándome.

Al oír estas palabras pronunciadas con cierto espíritu de hostilidad, Margarita fijó en él sus ojos asombrada.

—Lo que he dicho, contestó tímidamente, no debe ofender á Vd.

Y repeliendo suavemente á la oveja, se puso en pié.

—Ya ve Vd. que prefiero la compañía de usted á la suya, agregó.

—He sido un nécio y ruego á Vd. me perdone, exclamó Ulrich. Pero al llegar aquí me dominaban ideas poco agradables, y no es extraño que mis palabras se resintiesen de semejante situación. Los que se hallan como yo estoy, no siempre piensan lo que dicen.

—Eso me sucedia á mí ántes.

—¿Y ahora?

—Ahora solo hablo despues de haber pensado con detencion....

—Desgraciadamente para mí; porque haciéndolo así, ha perdido Vd. la ingenuidad que tanto placer me causaba.

—¿Y qué puede á Vd. importarle?

—Me importa mucho. En lo sucesivo no podré ya leer en su corazon.

—¡Oh! mi corazon es un libro abierto cuyas páginas puede recorrer cualquiera sin dificultad.

—Ojalá fuese mi vista suficientemente penetrante para ello, exclamó Ulrich suspirando. Entonces no tendria secretos para mí.

—Y no los tiene en efecto.

—¿Habla Vd. de veras?

—Nunca he hablado de otro modo. Pero no comprendo qué especie de interés puede usted tener en estar al cabo de mis sentimientos.

—Entonces no ha comprendido Vd. tampoco el que Vd. personalmente me inspira.

—¿Yo? exclamó melancólicamente Margarita. De algunos días á esta parte he reflexionado y he leído mucho. Ignorante aldeana nacida y destinada á morir en estas soledades, el mundo es para mí el espacio de tierra y cielo que mi vista abarca. Los libros me han dicho, sin embargo, que existe otro más vasto, lleno de esplendores, en que los hombres corren detrás de goces desconocidos de nosotros para quienes no hay otras magnificencias que las de la naturaleza, ni otros placeres que los de amar y servir á su creador. ¿Cómo debo, pues, creer que á Vd, que pertenece á ese mundo tan distinto del nuestro y que sin cesar le llama, pueda interesarle nada de lo que aquí existe?

—Tal vez dude Vd. de mi buena fé si le aseguro que ese mundo, no obstante sus atracti-

vos, me espanta; que las pasiones que en él reinan son precisamente las que me han arrojado á este tranquilo valle donde creo que es posible encontrar quizá la paz y la dicha tras las cuales corre casi siempre inútilmente el hombre. ¿Comprende Vd. ahora la causa del interés que Vd. me inspira?

Al hacer esta pregunta, contaba Ulrich con una respuesta franca, decisiva. Algunos días ántes tal vez la hubiera obtenido; pero Margarita habia dejado de ser lo que era. La niña ya no existia: la mujer habia ocupado su lugar. Esta trasformacion, semejante á la que sufre la crisálida al convertirse en mariposa, la experimentan todas en el momento en que aman ó en que se sienten capaces de amar. Los peligros que la niña desconoce, y que por lo mismo no trata de evitar, los adivina la mujer: de aquí la reserva tras la cual se escuda para ponerse á cubierto de ellos.

—Veo que Vd. no quiere comprenderme, dijo tristemente Ulrich. Y, sin embargo, de la respuesta que de Vd. espero depende mi felicidad.

—¡Oh! Si de alguna manera puedo influir en la dicha de Vd., no dude Vd. en contar conmigo, replicó Margarita bajando los ojos y vacilando.

—¡Si fuese cierto lo que Vd. dice! exclamó Ulrich, á quien seguia la duda atormentando.

—¿Olvida Vd. que somos hermanos?

—¡Oh! No es eso, no es eso, observó Ulrich con impaciencia. No es de mi hermana de quien yo espero la felicidad, es de...

Y no se atrevió á concluir la frase. Temia que Margarita destruyese su esperanza en un momento con una sola palabra, sobre todo al notar la agitacion que de ella se habia apoderado.

Su temor no es de extrañar. Como médico conocia fisicamente el corazon de la mujer. Sabia que es un músculo carnoso encargado de enviar la sangre á todas las partes del cuerpo; pero no le sucedia lo mismo bajo el punto de vista del sentimiento que vulgarmente se le atribuye tomando el efecto por la causa.

Bajo este concepto, su ignorancia era completa. Los libros no bastan para estudiar el

hombre vivo, y con el escalpelo en la mano solo se llega á conocer al hombre muerto. Es indispensable observarle tambien en el mundo, cuando se entrega á toda su actividad, cuando trata de conseguir sus aspiraciones, y esto hemos dicho que no lo habia hecho Ulrich. ¿Cómo sorprendernos, pues, de que Margarita fuese para él en aquel momento un enigma indescifrable? No comprendiéndola se equivocó, y tal equivocacion fué la que le hizo exclamar despues de algunos instantes de vacilacion:

—Ya lo veo. Estoy condenado á tener delante la dicha y á no poderla nunca alcanzar.

Sus palabras revelaban tan profunda tristeza, que los ojos de la jóven se humedecieron de lágrimas. Dos veces intentó ésta hablar sin conseguirlo. Al fin, extremadamente conmovida, dijo:

—Dios que lee en mi alma sabe si soy sincera al asegurar que la felicidad de Vd. me es tan cara como la mia propia.

—Sí: no ignoro que es Vd. generosa y compasiva, pero esto no me basta. Las circunstancias en que me encuentro me obligan á tomar

una resolución... ¡Y yo que creí haber hallado aquí lo que en otra parte no he podido encontrar!

—¿Qué quiere Vd. decir? preguntó Margarita alarmada.

—Que estoy en el caso de alejarme de este sitio lo más pronto posible y para siempre.

—¿Alejarse? .. ¿Y yo?... ¿Por qué vino usted entónces? preguntó la jóven, incapaz de disimular por más tiempo, dando libre curso á su llanto.

—¡Cómo! dijo Ulrich trasportado de alegría, apoderándose de una de sus manos, que estrechó tiernamente entre las suyas. ¿Siente Vd. mi partida?

—¿Y ha podido Vd. dudarlo? contestó cándidamente Margarita.

—De todos modos, tendré que abandonar este valle. Mis deberes me llaman lejos de aquí.

—¡Ya lo esperaba yo! dijo Margarita retirando su mano.

—¿Y qué importa? La dicha no depende del punto que se habite. Para mí estará donde usted esté... ¿Quiere Vd. partir conmigo?

—¿Cómo? preguntó la jóven ruborizada.

—Siendo mi esposa.

Margarita no pudo responder. Bajo el influjo de una emocion viva, profunda, temblaba como la hoja del árbol agitada por el aire. Cuando recobró la voz, murmuró sin atreverse á alzar los ojos señalando una de las flores del ramillete que tenia ántes en la mano y que habia dejado caer á sus pies.

—Esa flor se llama como yo y contestará por mí.

—Como no comprendo su lenguaje, ¿quiere usted servirle de intérprete?

—Antes de llegar Vd. la interrogué separando uno á uno sus pétalos, y respondió.

—¿Qué?

—Respondió... que sí.

Margarita pronunció estas palabras con tan modesta naturalidad, que Ulrich, trasportado de gozo, la enlazó con sus brazos por su delicado talle, la estrechó contra su pecho y depositó un ardiente beso en su pudorosa frente.

Ella, que no habia previsto este raptó de apasionado júbilo, no pudo evitarlo; pero tré-

mula y penetrada de una sensación que participaba á la vez del temor y del placer, volviendo el rostro á otro lado, se desprendió con un rápido movimiento del tierno lazo que amorosamente la oprimía, subió la escalera y desapareció en el interior del *chalet*.

Al día siguiente se presentó Ulrich en la granja por la mañana. Al verlo entrar todos se sorprendieron ménos la jóven que, bajando confusa los ojos, se retiró á la pieza inmediata. Para ella no era un misterio la llegada del doctor: habia adivinado.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Walter reparando en el contento que reflejaba el semblante de aquél. ¿Nos trae Vd. alguna noticia agradable?

—Muy agradable es, en efecto, para mí. Vengo á participar á Vds. mi partida, y á pedir á Vds. sus órdenes para Ginebra donde me dirijo.

—¿Y califica Vd. de agradable ese acontecimiento? exclamó Gertrudis disgustada. Creí que tenia Vd. en mayor aprecio el afecto que le profesamos.

—Pero si parto es para volver, Hace tiempo

que no veo á mi tío, á quien amo y respeto como á un segundo padre. Además, los deberes de mi profesion, que harto he descuidado, me llaman allí.

—Por sensible que su ausencia nos sea, apruebo su resolucion, dijo Walter. El deber ántes que todo.

—Mas para volver necesito el consentimiento de Vds.

—En el caso de que así fuese, demasiado sabe Vd. que no podria faltarle, observó Gertrudis maliciosamente, aunque con cierta tristeza.

—¿Serán ustedes tan bondadosos cuando sepan que trato de privarles de la joya más preciosa que poseen?

—Tales favores le debemos á Vd., que nada podremos negarle.

—¿Ni la mano de Margarita?

—Esa peticion no nos sorprende, porque la aguardábamos, contestó Walter con gravedad. A los ojos de padres celosos y vigilantes, como nosotros, nada se oculta, y de personas pundonorosas y honradas como Vd., nada se puede

esperar que no sea digno de ellas. Sin embargo, ántes de contestar debo enterar á Vd. de ciertas particularidades que quizá ignore.

—Hable Vd., dijo Ulrich.

Walter le refirió entónces la historia de Margarita, sin omitir ningun pormenor importante. Concluido que hubo, le preguntó si insistia en su peticion.

Ulrich no vaciló ni un momento. A su respuesta afirmativa y terminante nada tuvo que observar Walter, quien, alzando la voz, llamó á Margarita. Acostumbrada ésta á obedecerle, se presentó sin tardanza con los ojos bajos y el rubor en las mejillas.

—Hija mia, le dijo aquél con una dulzura verdaderamente paternal. El Dr. Travers acaba de pedirnos tu mano, y yo no sé si debo concedérsela. Como se trata de tu felicidad, á tí es á quien toca realmente resolver.

—Sin la aprobacion de mis padres no adoptaré determinacion ninguna, contestó Margarita con su sumision acostumbrada. Ellos deben ordenar: á mí solo me corresponde obedecer.

—Pero tú sabes que nosotros no lo somos.

—¡Oh! Lo serán siempre, exclamó la jóven precipitándose en los brazos de Gertrudis. No reconozco otros que los que me ampararon en mi orfandad y me protegieron con su cariño. Mientras viva y en cualquier situacion en que me encuentre, jamás dejarán de tener en mí una hija tierna y respetuosa los que han sido para mí una segunda Providencia.

El fin de esta escena, que conmovió profundamente á Ulrich, no es difícil de adivinar. Nunca en los palacios reinó una alegría más verdadera y pura que la que hizo palpitár todos los corazones en aquella rústica morada.

—Mis inquietudes respecto del porvenir de Margarita se han disipado, dijo Walter.

—Pero vamos á separarnos de ella, agregó Gertrudis bañada en llanto.

—Tal es la voluntad de Dios: sometámonos sin murmurar, contestó el primero con resignacion.

Ulrich partió para Ginebra algunos dias despues, prometiendo regresar en la próxima

primavera. Los habitantes de la granja le acompañaron hasta el Puente del Diablo. Allí había conocido á Margarita y allí quiso despedirse de ella.

—En este sitio te debí la vida, le dijo estrechando su mano contra su corazón.

—¿Para qué recordarlo? exclamó la jóven. ¿No he conseguido yo en cambio la felicidad?

XI.

Los primeros rugidos de un volcán.

Trascurrió el invierno. Los amantes no se vieron durante seis meses, pero se comunicaron sus pensamientos por escrito. Lejos de entibiar su afecto la ausencia, lo aumentó. El tiempo y la separación disminuyen el cariño: nada más cierto por desgracia; pero cuando la separación debe tener un término cercano, sucede lo contrario. En este caso la impaciencia y el deseo rechazan la indiferencia, hija del olvido.

Esa impaciencia era la que dominaba á Margarita y á Ulrich, que contaban los días que entre ellos se interponían. Pero su cálculo salió

errado: su reunion no se efectuó cuando esperaban. En el momento en que el suave calor de la primavera comenzaba á sacar de su periódico letargo á los millares de séres á quienes hace revivir, moria en los brazos de Ulrich el anciano que le habia servido de padre.

Este triste acontecimiento, que causó al jóven doctor un dolor verdadero, le obligó á prolongar su permanencia en Ginebra, no solo por respeto á su memoria, sino tambien para llenar las formalidades que le imponia la toma de posesion de la cuantiosa herencia que le habia legado. Merced al cariño de su tio, Ulrich podia ofrecer á Margarita una fortuna que los hacia á entrambos del todo independientes. La herencia y la bendicion del difunto eran para él prendas seguras de bienestar y de futura dicha.

El tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones permanecia en su casa entregado á la lectura y á sus recuerdos. Estos últimos bastaban para poblar la soledad en que vivia. Todos sus amigos fueron á verle: á los ricos no les falta nunca quien participe de sus pesares.

El á todos abrió la puerta de su casa, pero

á ninguno su corazón. Los dolores que había sufrido le habían hecho reservado. Cierto de haber tropezado con la dicha que ambicionaba, temía que cualquiera causa imprevista se la arrebatase. Las contrariedades y sufrimientos convierten el carácter más franco en precavido y desconfiado.

El recogimiento en que se encerró tuvo por consecuencia el aislamiento. La sociedad acaba por mirar con indiferencia á los que no se toman el trabajo de proporcionarle contento y distracción. Por eso es que mientras en la morada de Ulrich reinaban la quietud y el silencio, en la de Guillermo Muralt los placeres se sucedían unos á otros sin interrupción. Aquel suntuoso palacio era el punto de reunión de las personas más distinguidas de Ginebra, y el templo en que Berta, su única divinidad, recibía las adoraciones que á su riqueza y hermosura todos tributaban.

Sin embargo, llamaba la atención que como las estatuas á cuyos pies la generalidad se posttra, permaneciese fría é insensible. Sólo se animaba para lanzarse ciega en el torbellino de las

distracciones, aceptando los obsequios de que era constante objeto, pero sin manifestar ni con una sonrisa que los agradecía. Su semblante bello, sin duda, tenia la dureza y la inmovilidad del bronce. En general se le atribuia un corazon tan helado como la cubierta que lo encerraba; pero algunos, más acostumbrados á penetrar la máscara con que á menudo el rostro se encubre, aseguraban que bajo aquella calma é impassibilidad aparentes, hijas del disimulo así como de una extraordinaria fuerza de voluntad, alentaba un alma ardiente contrariada en sus deseos y únicamente ocupada en expiar el momento de satisfacerlos. Segun ellos, Berta era como un fruto de vistoso aspecto en que no es fácil descubrir el gusano que lo roe interiormente.

¿Y qué podia faltarle á ella, colmada de los dones de la naturaleza y de la fortuna? ¿Para cuándo reservaba la manifestacion de sus aspiraciones? Lo mismo seria preguntar al volcan cuyas pendientes, cubiertas de verdor, indican una prolongada tranquilidad, el momento en que se propone renunciar á ella para sembrar en

derredor suyo el espanto y la desolacion. Nadie la interrogaba, porque todos estaban seguros de no obtener respuesta.

Sin embargo, por breves instantes salió un dia de su indiferencia habitual. Hallábase rodeada en su casa de algunos de sus más íntimos amigos que, sin esperanza y solo por costumbre, quemaban incienso en el altar de sus gracias. En Suiza, como en todas partes, la juventud dorada dispensada de trabajar para vivir, se ocupa casi exclusivamente en obsequiar al bello sexo.

Despues de haberse hablado de los sucesos más recientes acaecidos en Ginebra, y del prójimo ausente que no fué siempre tratado con consideracion, dijo uno:

—Nuestro antiguo amigo, el doctor Travers, ha regresado ya de su largo viaje.

—¡Noticia fresca! observó otro riéndose. Figúrense Vds. que Ulrich llegó mucho ántes del fallecimiento de su tio el cual, como nadie ignora, le ha dejado al morir sus cuantiosos bienes.

—¿Y cómo es que no se le ve en ninguna parte?

—Vive muy retirado. Aunque no sea más que por cubrir las apariencias, debe hacerlo así. Hay alegrías que nadie se atreve á ostentar descaradamente ante el mundo, y á esta clase pertenece la que causa á su sobrino un tío que tiene la buena ocurrencia de morir para testar en su favor la friolera de cuatro millones de francos. Por eso se ha dicho que una gran fortuna suele hacer hipócritas á los hombres.

—Sin querer dar á entender que el Dr. Travers lo sea, no debemos contarle desde hoy en el número de los desgraciados. Despues de haberle tomado el pulso á tan pingüe herencia, ya no tendrá que afanarse en buscar enfermos á quienes tomárselo como médico, cosa únicamente agradable cuando el paciente es una mujer jóven y bonita.

—Si así lo hace, hará muy bien. Un novelista francés ha escrito que la mayor de las bendiciones que el hombre ha recibido de Dios es la del trabajo; pero yo estoy con los que opinan que no hay cosa más agradable que no hacer nada.

—Nosotros los suizos pensamos como el primero. Es necesario trabajar para adquirir, y trabajar despues para conservar lo que se ha ganado. No hay nada peor que el ócio.

—Pues tu conducta no se halla de acuerdo con tus palabras, dijo en tono burlon uno de los presentes.

—Se puede muy bien aprobar una máxima y no practicarla. Esto se ve todos los dias. Nos gusta muchas veces en los demás lo que no estamos dispuestos á hacer nosotros mismos, y si no ahí está la mayoría de los hombres políticos que no me dejará mentir.

—¿Y por dónde saben Vds. que el Dr. Travers se propone vivir ocioso? No le dará poco trabajo la empresa que se propone llevar á cabo. Asegúrase que pagará muy pronto al dios Hymeneo el tributo que ningun hombre le niega. ¿Les parece á Vds. pequeño trabajo este? Yo lo cuento en el número de los de Hércules, sin que por eso me inspire repugnancia.

—¡Pobre tonto! dijo uno con mal disfrazado despecho, lanzando á Berta una oblicua mirada.

—¿Tonto? No tal. No es tonto el que casán-

dose se asegura al ménos dos dias de dicha.

—¿Dos? No creo que sean tantos, replicó el primero.

—El que se casa puede enviudar, luego lo único bueno que hay en el matrimonio se debe buscar en los extremos.

—¿Y si la que enviuda es ella?

—Es lo ménos probable.

—Segun eso, las mujeres son como las alondras: vivas, nos encantan; muertas, por su esquisito sabor nos deleitan.

—Convengamos en que no son Vds. muy galantes, exclamó Berta rompiendo el silencio que hasta entónces habia guardado.

—Yo por mi parte, observó el primero que habia hablado mirando á la jóven fijamente, declaro que detesto el matrimonio desde que perdí la esperanza de contraerlo con la que al principio me lo habia hecho desear.

—Si la culpa la tuvo ella, debe estarle usted agradecido, replicó Berta. La dicha no consiste en casarse solamente, sino en casarse con quien no se arrepienta despues de haberlo hecho.

—Por eso se ha dicho que el día de boda es el más feliz de la vida.

—Lo niego, exclamó uno. Cuenta el viajero Marmier que en la isla de Helgoland llegaron las becasinas y otras aves de paso en el momento en que dos jóvenes estaban recibiendo la bendición nupcial.

—¿Y bien?

—Al circular la noticia, el novio echó á correr en busca de su escopeta, y el sacerdote, arrojando el libro, hizo otro tanto. Esto dió lugar á que la ceremonia, que habia comenzado por la mañana, no terminase sino al día siguiente.

—Se trataba de aves de paso, y era necesario aprovechar la ocasion. La otra estaba ya enjaulada y casi presa en el lazo del matrimonio, y no habia temor de que se escapase. Ese nudo es muy difícil de romper.

—Pero al fin, dijo Berta con un interés contenido aunque no lo bastante para que no se conociese, ¿se casa ó no el doctor Travers?

—Se asegura que sí

—¿Aquí, en Ginebra?

—No. Admírense Vds. Dícese que ha dejado

su corazón con la mayor parte de su equipaje en una aldea de los altos Alpes que nadie ha sabido indicar. El doctor fué siempre extravagante.

—Y ahora se dispone á dar una prueba indestructible de ello.

—El amor nunca ha inspirado más que tonterías, y el doctor parece que ama de veras esta vez, observó con un placer maligno el que habia dado la noticia.

¶ Berta, que comprendió que el tiro iba dirigido á ella, se mordió los labios de cólera. Sin embargo, á fin de no dar su brazo á torcer, dijo con una sonrisa indiferente:

—El doctor es muy inflamable, y segun cuentan sus amigos, se halla siempre dispuesto á postrarse á los pies de la última mujer que ve.

—Eso demuestra mucha inconstancia.

—O no poca filosofía, replicó Berta.

—Es verdad que no se aplica semejante nombre al amor á la ciencia, que es lo que significa, sino al que á nosotros mismos nos profesamos. A este último lo llama el vulgo egoísmo.

—Llámeze como se quiera, el que así obra,

se evita muchos quebraderos de cabeza. Los partidarios de la monarquía por no romperse la suya, al oír decir: «el rey ha muerto,» gritan al instante: «viva el rey.» ¿Por qué no se ha de hacer con las mujeres lo que con los reyes?

—Bien se echa de ver que ignora Vd. lo que es una pasión, exclamó uno de los más asíduos adoradores de Berta.

—Lo que yo sé es que lo que se hace bajo el dominio de cualquier sentimiento exaltado, rara vez sale bien.

—Afortunadamente, eso no está de moda hoy, en que por falta de fé, á la pasión ha sucedido el cálculo.

Lanzada la conversacion en el campo de las generalidades, no tardó en perder todo su interés. Fué decayendo gradualmente hasta que terminó por falta de materia. Los concurrentes entonces se retiraron unos despues de otros.

Berta los despidió á todos con su acostumbrada placidez; pero así que se vió sola, corrió desalentada á su gabinete, y cubriéndose el rostro con las manos, cansada de los esfuerzos

que acababa de hacer, prorumpió en un torrente de lágrimas.

Durante algunos minutos permaneció en aquella postura. La mujer pagaba el tributo que ni la más fuerte es capaz de negar á la debilidad de su sexo.

Cuando se incorporó, un fuego sombrío brillaba en sus ojos húmedos y enrojecidos. Estaba pálida, y sus labios, secos y sin color, pronunciaban palabras ininteligibles que debían ser eco fiel del sentimiento que hacia vibrar todas las fibras de su corazón. Nunca había estado tan bella; pero cualquiera que la hubiese visto hubiera tenido miedo. Era la imagen del dolor á la par que de la venganza.

—No debo vacilar, dijo al fin. Harto tiempo he esperado: ó mio ó de ninguna.

Al hablar así, indicaba el trabajo que se verificaba en su mente, ocupada en buscar el medio de volver á ver á Ulrich. Tanta confianza tenía en el poder de su hermosura y en la seductora persuasión de su acento, que el joven doctor, á semejanza de Ulises en presencia de las sirenas, debía según ella, taparse los ojos

y oídos para no sucumbir. Pero se necesitaba obrar pronto y con energía. Conocía á Ulrich, sabia cuán severo era en cuanto se relacionaba con el cumplimiento del deber, y si dejaba que se realizase su proyectado enlace, todo estaba perdido para ella.

Esta última idea la sumergió en un cúmulo de dudas más ó ménos dolorosas que aumentaron su ansiedad. Sin embargo, había resuelto luchar, y cobrando nuevos bríos en vista de las dificultades, exclamó:

—Pues bien; si da su mano á otra, no retrocederé tampoco. Los hombres casados pueden divorciarse... ó quedar viudos.

Estas palabras salieron con trabajo de sus lábios, pero las pronunció.

Desde entonces solo pensó en los medios de atraer á Ulrich á su casa una vez más, ya que no le era posible á ella ir á la suya. Los inconvenientes con que tropezaba, privada de una persona que la ayudase, le hacia maldecir su sexo á quien se negaba toda libertad. Cuando más desesperada estaba, la casualidad le comunicó nuevo aliento.

Habia salido de su tocador, y se hallaba pensativa en su gabinete. De repente entró en él su padre. Al verle, el semblante de la jóven varió repentinamente. Sus labios contraídos y sus fatigadas mejillas se iluminaron con una sonrisa, aunque triste como la aurora que ilumina las mañanas de las regiones frías ántes de asomar en el horizonte el pálido sol de invierno.

Guillermo, que habia notado el cambio sobrevenido en la salud y en el humor de su hija, no obstante el esmero con que procuraba ésta ocultar lo que sentia, le preguntó con vivo interés cómo se encontraba. Despues de haber cambiado algunas palabras de mútuo afecto, algo más tranquilo con la respuesta de Berta, agregó en tono festivo:

—¿A que no adivinas dónde me propongo ir al salir de casa?

Despues de haber oido la contestacion negativa de la jóven, añadió:

—Voy á ver á un antiguo amigo, alejado hoy de nosotros, por culpa tuya, sin duda.

—¿Por culpa mia?

—Aunque no acostumbro dar ninguna importancia á los caprichos de las jóvenes, siento que uno de los tuyos nos haya privado del trato de una persona dotada de verdadero mérito. Me refiero al doctor Travers.

Al oír este nombre Berta palideció.

—Tranquilízate, exclamó Guillermo, á quien no se ocultó la impresion que el nombre del doctor hizo en su hija. No trato de contrariarte en esto ni en cosa alguna. Nuestra entrevista tiene por objeto concluir una venta que su tío me habia hecho y que su muerte impidió acabar de formular. Ya que ese jóven, heredero suyo, te inspira tanta antipatía, arreglaremos el asunto en su propia casa, en vez de hacerlo en la mia, como era más natural.

—Estás en un error, dijo Berta. El doctor no me inspira ninguna antipatía. Antes por el contrario, he creído siempre que es digno de la mayor estimacion.

—¿Entónces, por qué no ha vuelto á vernos? preguntó Guillermo maliciosamente.

—¿Lo sé yo por ventura? Ha pasado algun tiempo viajando. Despues, dicen que la muerte

de su tío le ha hecho adoptar un género de vida muy retirado. Si viene, agregó dando á su rostro una espresion risueña, tendré mucho placer en verle.

—¿De veras? preguntó Guillermo sorprendido. Hé aquí las mujeres. Abismos de disimulo: para averiguar lo que piensan ó lo que sienten, se necesita penetrar en su interior á riesgo de no descubrir nada en las tinieblas que constituyen su naturaleza. Razon tuvo quien dijo que la mujer cuando habla hace lo mismo que cuando escribe: deja siempre para la postdata lo que más le importa decir.

—¡Muchas gracias!

—Hija mia, lo que pienso de tí se refiere á todas las demás. Una solamente habia que constituia una excepcion, agregó Guillermo melancólicamente; pero esa ya no existe.

—Hablas de mi madre. ¿No me parezco yo acaso á ella?

—No, Berta, contestó Guillermo con seriedad. Siento que me hayas puesto en el caso de declararlo; pero no puedo, ni debo faltar á la verdad. Adios, hija mia.

Como si un penoso pensamiento hubiese surgido repentinamente en su imaginacion, Guillermo bajó la cabeza y se dirigió hácia la puerta. No habia llegado aún á ella, cuando Berta lo llamó.

—No quiero que te retires así. ¿Es mia la culpa si no poseo las cualidades que adornaban á la que me dió la vida, y que echas de ménos en mí?

—Tal vez no, respondió Guillermo apesadumbrado.

—Entonces, no debes dejar por eso de quererme.

—¿Y quién te ha dicho que no te quiero? Lo que sucede debia suceder: toda falta es preciso que sea expiada, y yo estoy expiando la única que cometí en mi juventud, impedido por el ódio implacable que otro me profesaba.

—Mas yo...

—Tú solo eres el instrumento de que se ha valido Dios para hacerme sentir el peso de su justicia. Podia considerarme feliz y no lo soy: el ángel que perdí no ha sido reemplazado. El

árbol fresco y lozano solo ha producido un fruto de belleza aparente, pues temo que esté dañado en el interior.

—¿Te contraes á mí? preguntó Berta no sabiendo cómo interpretar las palabras que oía.

—¡Solo me contraigo á mi desgracia! contestó Guillermo comprendiendo que habia ido más allá de donde se proponia llegar al manifestar que conocia mejor que nadie los defectos de su hija.

Deseoso, pues, de destruir la impresion que creia haberle causado mal su grado con sus quejas, agregó en tono ménos acerbo:

—Cada hombre tiene su cruz aquí en la tierra, y su deber le manda llevarla sin murmurar, siguiendo el ejemplo que Jesús le ha dado. Eres mi hija y te amo no obstante tus desaciertos.

—Esta es la primera vez que me los echas en cara.

—Tienes razon: ántes de ahora debí hacerlo. El mismo cariño que te profeso te ha perjudicado.

—¿Y ese cariño, dónde está?

—¿Dudas de él?

—Hace poco te ibas sin haberme besado.

—Es verdad, dijo Guillermo estrechándola contra su corazón. Ideas enojosas me distrajeran. ¡Perdona, hija mía!

—Ya estabas perdonado, replicó ésta con una de las seductoras sonrisas á que nunca su débil padre pudo resistir. Si deseas complacerme, haz de modo que el doctor Travers venga aquí á arreglar el asunto de que has hablado.

—¿Qué nuevo capricho es ese?

—No es capricho, es el deseo de que no humilles tu dignidad:

—¡Oh! mi dignidad no se alarma por tan poca cosa, dijo Guillermo sonriéndose.

—Yo soy más quisquillosa que tú. Que venga aquí: obrando de esa manera se mostrará deferente con tu carácter y con tu edad.

—Está bien: haré lo que pides.

Y Guillermo se retiró.

—¡Ah! exclamó Berta levantándose del sofá en que se hallaba reclinada y recorriendo con paso desigual y agitado el aposento. La fortuna secunda mis planes. Ya no desespero.

Una hora despues, Guillermo estaba de

vuelta. Berta le salió al encuentro. El corazón y las sienes le latían con fuerza cuando le preguntó con voz en la apariencia firme:

—¿Y bien?

—¿Qué quieres saber? dijo Guillermo.

—¿Ha consentido el doctor en ahorrarte la humillación de ir á su casa?

—Sí, contestó Guillermo riéndose; el doctor estaba ausente; pero en su lugar ha dejado una carta para mí que lo arregla todo satisfactoriamente.

—¿Una carta? repitió Margarita con voz alterada.

—En ella me dice que, obligado á ausentarse de Ginebra por un motivo urgente, no duda en aprobar cuanto yo haga para terminar este asunto.

—Eso significa... dijo Berta con la muerte en el alma.

—Eso significa que el doctor ha partido sin decir dónde ha ido ni cuándo volverá.

Al enterarse Berta de lo que había sucedido, pudo ahogar, haciendo un extraordinario esfuerzo, un doloroso gemido; pero no sostenerse

sin apoyarse contra la pared. Guillermo nada advirtió, por haber vuelto la espalda para dirigirse á su gabinete, dando por terminada una conversacion que ningun interés ofrecia para él.

Ella tomó tambien la direccion del suyo. Al llegar, libre de que nadie la observase, se agitó furiosa como la leona herida, dispuesta á saciar su rabia en cuantos se han atrevido á provocarla. Desde aquel momento el deseo de venganza se apoderó de su corazon.

—Sí, me vengaré, exclamó. Me vengaré, aunque deba sucumbir. Hacer sentir en lo sucesivo los tormentos que sufro á los que los ocasionan será el único objeto de mi vida.

Y, sin perder tiempo, comenzó á formar planes más ó ménos aventurados, para cuya realizacion contaba con su fuerza de voluntad, su riqueza y la complacencia de su padre.

—Con estos elementos, dijo, debo triunfar y triunfaré.

XII.

La boda.

Ulrich, entre tanto, estimulado por el deseo, se dirigia al valle de Urseren valiéndose de los medios de traslación más rápidos que pudo encontrar. Su impaciencia era tanto mayor cuanto que con motivo del fallecimiento de su tío, no logró efectuar su viaje en la época que habia prometido.

Observador por instinto, como hemos dicho, y dado á estudiar por afición en sus infinitos pormenores las bellezas de la naturaleza, no sintió entónces, sin embargo, ningun placer al contemplar los fértiles valles, los transparentes lagos de su pátria, de aquel paraiso de

la libertad en cuyas montañas, según nuestro elocuente tribuno Castelar, se eleva el pensamiento para subir á lo infinito, y en cuyas instituciones, agrega, se acerca la voluntad para realizar la justicia.

Y es que no las veía entonces con los ojos del alma, que son los que comprenden, aprecian y juzgan, fijos en otras imágenes é indiferentes para todo ménos para ellas. Los del rostro de nada sirven cuando las impresiones que reciben se quedan en la retina.

Como no se detuvo en ninguna parte, llegó pronto. La primera persona á quien encontró al subir la escalera del *chalet* fué Margarita, que con la facultad de adivinar que posee el corazón de la mujer amante, había salido á la puerta á aguardarle.

Aunque loca de alegría, se resistió como siempre á sus caricias; pero si hemos de ser fieles cronistas, diremos que, roja como la amapola y pudorosa como ésta que deja caer sus pétalos al contacto de la mano que los profana, no tuvo tanta habilidad ni fuerza para defenderse como anteriormente. Por la primera vez

sintió en sus lábios los de Ulrich. Intentó protestar, y un nuevo beso le cerró la boca. Aquella violencia no la irritó, sin embargo. ¡Le amaba tanto y se consideraba tan feliz en sus brazos! Además, ¿cómo enfadarse con el que consideraba ya como su esposo?

El gozo de Walter y de Gertrudis corrió parejas con el de la jóven. Aquel enlace ansiado por todos los llenaba de satisfaccion, porque realizando sus deseos presentes, disipaba las incertidumbres del porvenir: tal era la confianza que mútuamente se inspiraban. Por esta misma causa no hubo entorpecimientos que retardasen el doble acto civil y religioso que debia verificarse en Wasen. Los dos amantes estaban perfectamente de acuerdo, ménos en un punto.

Al mostrar Ulrich las joyas y elegantes adornos que destinaba á su esposa, aunque se habia resuelto de antemano que se verificase la boda sin ningun aparato, creyendo todos, y con razon, que cuando el corazon palpita de dicha, cuanto no tenga íntima correlacion con la causa que la motiva no puede ménos de ser indi-

ferente ó importuno, manifestó el deseo de que Margarita se engalanase con el vestido que para la ceremonia habia expresamente encargado. Esta indicacion, por natural que pareciese, se estrelló contra la resistencia de aquella de quien ménos se esperaba, y á quien más debia halagar.

—No comprendo semejante repugnancia, observó Ulrich. ¿Hay algo de extraordinario ó de chocante en que una jóven se adorne al acercarse al altar, si al pronunciar en él el juramento de amar á su esposo no hace más que repetir con los labios lo que le dicta el corazón?

—¿Dudas acaso de la sinceridad de mi cariño? preguntó la jóven con dulzura, pero algun tanto resentida.

—¡Oh! de ningun modo, contestó éste estrechando su mano que tenia entre las suyas. Si dudase, no te confiaría con mi honra mi futura felicidad.

—Pero tú olvidas que no soy más que una humilde aldeana, una pobre huérfana que te ama con toda su alma, es cierto; pero en cuyo pecho, tu cariño que tanto la enaltece, no ha

podido hacer nacer el orgullo, y mucho menos una mezquina vanidad.

—Lo creo, como lo creía antes que me lo dijese. Sin embargo, no veo todavía el motivo que te impide complacerme.

—Obedecerte será siempre para mí el primero y el más dulce de mis deberes. ¿No te hallas dispuesto tú á hacer conmigo otro tanto?

—¡Oh! puedes estar segura de ello.

—¿Entonces, por qué me obligas, á mí rústica montañesa acostumbrada á vestir tosca saya, á que adopte desde luego las galas de la señora á los ojos de mis compañeras y de todos los que siempre me han conocido con este traje? A la sola idea de que puedan figurarse que con mi vestido ha podido cambiar mi corazón, siento en mis mejillas el calor de la vergüenza. No quiero alejarlas de mí con un lujo que las asustaría como me asusta casi á mí misma, lejos de alumbriarme. Deseo, en fin, que se persuadan de que para ellas seré siempre lo que fui, no obstante mi cambio de posición.

Más fácil era leer en el interior de Margarita que en el de cualquier otra mujer. Ulrich

sabia, por el estudio que de ella habia hecho, que dotada de una delicadeza exquisita, así en lo físico como en lo moral, á semejanza de la sensitiva á la cual el más ligero soplo de aire hace encoger sus hojas, bastaba un pensamiento, una leve suposicion para herirla y alarmarla. No debe sorprender, por tanto, que participando su modestia de la impresionabilidad de todo su organismo, se rebelase al considerarse expuesta á infringir lo que era en ella una costumbre de toda su vida.

Ulrich lo comprendió así; pero deseando con impaciencia ver realizados sus encantos con tan elegantes adornos, insistió:

—Tu resistencia procede de un exceso de timidez que las circunstancias no justifican, dijo; solo los malos pensamientos y las malas acciones deben avergonzarnos.

—Bien lo sé; pero tambien deben procurar los que suben no lastimar á nadie haciendo ridícula ostentacion de su improvisada grandeza, y mucho ménos á los que en su humildad fueron ántes sus iguales. Mientras permanezca en este retirado valle en que tan feliz he sido, de-

seo no mudar de traje, así como tampoco de condicion. Te ruego me permitas continuar siendo la misma. Lejos de aquí, en las ciudades populosas, al alternar con personas de clase más culta, pero no más honrada, procuraré ponerme al nivel de mi marido por todos los medios posibles, sin que considere esto como un sacrificio, porque no los hay nunca para el deber, y mucho ménos para el amor.

—Sin embargo.....

—Piensa, además, que no se cambia de modo de ser en un momento. Hasta temeria parecer ridícula con unos atavíos que no sé llevar.

—Pero eso mismo te sucederá en cualquiera otra parte.

—No tal. A tu lado, estudiando tus modales, procurando elevarme á la altura de tus ideas y de tus sentimientos, me iré preparando á fin de quedar airoso en el momento de la prueba.

Estas palabras demuestran que la mujer, por sencilla que haya sido su educacion y por apartada que haya estado de la sociedad elegante, conoce mejor por intuicion lo que se ha

dado en llamar la ciencia de la vida que muchos hombres ajenos á sus nociones más elementales, no obstante haber tenido tiempo suficiente para estudiarla en toda su extension. La mujer vana ó necia es la que no teme ó se expone á recibir las incurables heridas del ridículo.

Además, si la lisonja, bastardo engendro del cálculo y del interés, penetra acariciando los oídos hasta el corazón, halagando el amor propio, ¿cómo podía dejar de sentirse satisfecho el de Ulrich al escuchar las palabras que acababa de pronunciar la mujer á quien adoraba?

—Veo que sabes defender tu causa, dijo lleno de placer. No obstante, debo advertirte que en tratándose de galas y de fórmulas sociales, harás muy bien en no elegirme por modelo.

—Permite que no siga el consejo... ¿Puede dejar de serlo el descendiente de los ilustres condes de Travers? preguntó sonriéndose maliciosamente Margarita.

—¿Cómo has logrado saber quiénes fueron mis antepasados? exclamó sorprendido Ulrich.

—He leído, y no una vez sola, la historia de mi patria, contestó la jóven bajando los ojos con modestia.

—¡Perdona! Habia olvidado que solo eres campesina en el nombre. Yo, por mi parte, sin dejar de respetar la memoria de mis abuelos, soy simplemente un demócrata sincero que considera la libertad y la igualdad políticas como las más hermosas conquistas de la moderna civilizacion. No recurras, pues, á ellos para juzgarme, porque te equivocarias. Por grandes que aparezcan en la historia, no aumentarán en nada mi valor personal. El hombre es hijo de sus propias obras.

—Nobleza obliga, ha dicho alguien con razon.

—¿Tambien conoces esa frase de que tanto se ha abusado? Los que obligan son el deber y la justicia. Para mí, nuestros ascendientes se parecen al griego y demás idiomas muertos: solo sirven para las etimologías. Ocupémonos, pues, en estudiar á los hombres vivos y sus necesidades, y dejemos reposar á los muertos en sus tumbas, donde nada les hace falta.

—Pero á todas estas, el punto que ventilamos subsiste aún. en pie, dijo en tono festivo Margarita.

—Tienes razon, mi bella doctora, y segun acabas de expresarte, creo que la tendrás siempre. Haces bien en considerar la opinion como reina del mundo y en pensar con madame de Stael que la mujer debe ser la primera en someterse á su imperio. Adórnate con tu tosca saya bajo la cual has sabido granjearte el afecto de todos, que no por eso parecerás ménos bella á mis ojos.

Como se ve, el triunfo de Margarita fué completo. La mujer cuando es discreta, si es tambien amada, no necesita desplegar mucha elocuencia para vencer. Si además tiene la ventaja de ser hermosa, al comenzar el ataque su contrario, está ya medio derrotado.

Los pocos dias que faltaban para la boda los emplearon Margarita y Ulrich en repetirse lo que mil veces se habian dicho y en formar mil planes de felicidad futura. El último, tan cuidadoso de ésta como el avaro de su tesoro, á fin de no perder ni un solo instante de ella,

habia arreglado sus negocios de manera que no fuese necesaria su presencia en Ginebra durante algun tiempo. Por otra parte, ántes de presentar á su esposa á la buena sociedad de aquella poblacion, con la cual debia alternar, queria que se acostumbrase á su nueva posicion adoptando sus modales y su lenguaje. Esto no podia ser difícil: las personas dotadas como ella de natural distincion y de verdadera dignidad, poco ó nada necesitan aprender. Las que, por el contrario, carecen de las indicadas cualidades, al pretender parecer dignas, no dejarán nunca de ser extravagantes.

Completamente de acuerdo en esto como en todo lo demás, resolvieron pasar el verano y una parte del otoño en el valle de Urseren que les permitia, por su situacion aislada, apurar su dicha á grandes tragos, libres de testigos y de importunos.

Obrando así pagaban una deuda de gratitud á Walter y á Gertrudis, que, á pesar de sus repetidas instancias, rehusaron dejar sus montañas á que se hallaban íntimamente ligados los recuerdos de su juventud y las espe-

ranzas de paz que deseaban para sus últimos días. La promesa que les hicieron de visitarlos todos los años en la misma estación les pareció suficiente recompensa del amor desinteresado que á Margarita profesaban.

En cuanto al invierno y la siguiente primavera, para distraerse agradablemente, nada les pareció tan á propósito como Italia por su clima templado y por sus bellezas artísticas y naturales que deseaban admirar. Su claro cielo y sus tibias brisas convienen más que las nieves y brumas á los recién casados á quienes acarician los rayos de la luna de miel. Para recorrer la Suiza destinaron el verano y el otoño del siguiente año, en que debían terminar sus escursiones. Despues...

—¿A qué pensar en lo que hemos de hacer despues? exclamó Margarita. Oportunamente nos ocuparemos de ello: ahora solo debemos hablar del momento presente.

—Dices bien, observó Ulrich; amándonos como nos amamos y como nos amaremos siempre, el porvenir es nuestro.

Al fin llegó el día deseado. La naturaleza,

cual si hubiese querido participar de la fiesta, nunca se ostentó tan bella como aquella mañana. Cuando los dos jóvenes se dirigieron á Was-sen acompañados solamente de sus padres y de las demás personas absolutamente indispensables, pues bastaba que hubiesen manifestado el deseo de hallarse solos en el momento de efectuarse la ceremonia, para que cuantos estaban al cabo de ello se abstuviesen de importunarlos mostrando una indiscreta curiosidad, el sol se elevaba resplandeciente y magestuoso sobre las montañas. Un aire puro y vivificante que se respiraba con deleite, aceleraba la evaporacion de las gotas de rocío que, cual pulidos diamantes, pendian de las hojas de los abetos y cubrian, como si fuesen menudo aljófár, la hierba de los prados.

Hasta las descarnadas rocas del estrecho y triste desfiladero de Schollinen habian perdido su lúgubre aspecto para sonreir á los novios, iluminadas oblicuamente por los rayos del astro del dia. Las impresiones que recibieron durante el camino fueron todas agradables, guardando perfecta armonía con los sentimientos

que hacian palpar sus corazones, entre los cuales, como era natural, dominaba el de la impaciencia. Tenian á la vista el templo en que la religion iba á legitimar la realizacion de sus más vehementes deseos, y les parecia que entre éste y ellos se interponia la tardanza de un siglo. Nunca el caminante fatigado llega demasiado pronto á la posada en que le aguardan el reposo y una afectuosa acogida.

La ceremonia terminó al fin. Tal momento es siempre solemne. En él se unen dos voluntades y tambien dos destinos. ¿Será duradero el lazo? ¿Lo aflojarán ó lo estrecharán los acontecimientos futuros? Jamás dejan de hacerse estas preguntas los más apasionados contrayentes. ¿Participaban Ulrich y Margarita de semejante incertidumbre? No podemos decirlo. Ello es que dominados por el respeto que el templo impone á las almas verdaderamente religiosas, guardaron profundo silencio. Fuera ya del sagrado recinto, llenos de mútua fé, intentaron hablar y se lo impidió la emocion. Solo pudieron mirarse; pero aquella mirada prolongada, expresiva, penetrante, fué más elocuente que

cuantas palabras hubieran sus lábios pronunciado. Cuando una gran dicha predomina, el corazón palpita, la respiración se acorta y la lengua se entorpece: muda ésta por lo general en sus raptos, lo es porque hace sentir é impide raciocinar.

En silencio, pues, efectuaron su regreso á la granja. Pero así que hubieron llegado, ántes de penetrar los dos en la habitacion que les estaba destinada, y que era la misma que hasta entonces ocupara Margarita, uniendo ésta sus manos en ademán de súplica, cayó á los pies de Walter y de Gertrudis.

—Padres míos, exclamó, algo necesito aún para considerarme completamente dichosa. Si me faltase en este solemne momento de mi vida la bendición que de Vds. imploro, temeria que Dios me negase también la suya.

Ulrich, no ménos conmovido que Margarita, se arrodilló al lado de ésta, agregando:

—Yo uno mis ruegos á los de mi esposa.

—Vais á quedar satisfechos, hijos míos, contestó Walter extendiendo sus manos sobre las cabezas de ámbos. Recordad que habeis jurado

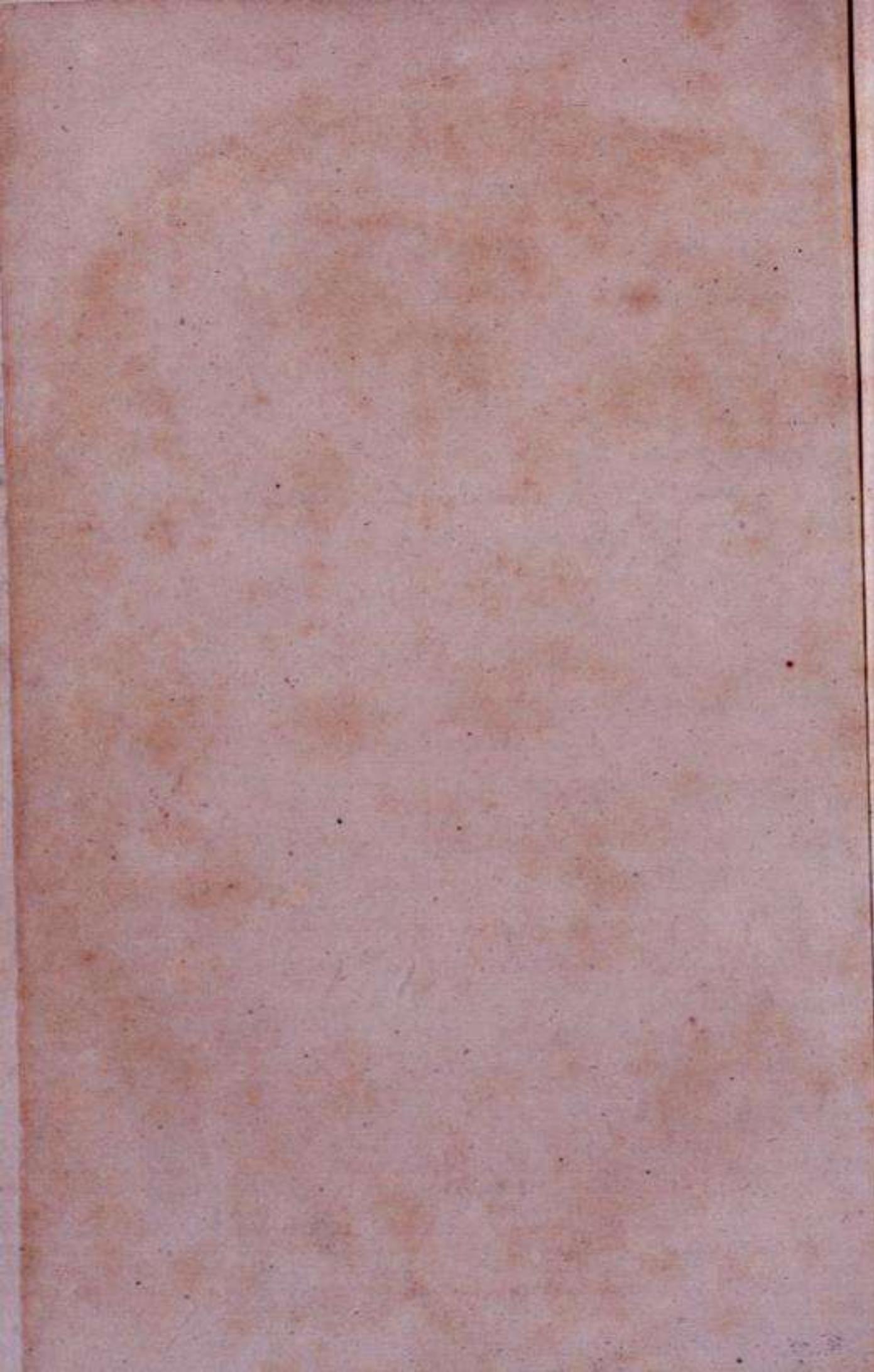
haceros mutuamente felices. Si para cumplir vuestro juramento es preciso que intervengan con sus votos estos dos ancianos, ruego fervorosamente al cielo os dé su bendición, así como desde el fondo de nuestros corazones os habíamos dado ya la nuestra.

—En cuanto á la mía en particular, recíbela con este amoroso beso, dijo Gertrudis abriendo sus brazos á Margarita, que se arrojó en ellos bañada en dulce llanto.

En aquellas protestas de cariño tomaron parte cuatro almas convertidas, por la mancomunidad de sentimientos, en una sola. Esos sentimientos eran el amor y la virtud.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.





UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740394975

